

JACQUES CARDONA Y GÉRARD SOLIVERES

EL ARQUITECTO DE LOS CIELOS

LA APASIONANTE NOVELA
SOBRE LOS CONSTRUCTORES
DE LA MEZQUITA DE CÓRDOBA
QUE HA CAUTIVADO A LOS
LECTORES FRANCESES



*Les arrebataron su
reino y solo al-Ándalus
les devolvió la paz*

Lectulandia

Dos horas en el infierno y ocho siglos de luz. Dos fragmentos de la historia de la humanidad. El primero se celebra en 1992 durante la guerra de Bosnia, el segundo comienza en Siria, en el año 750 de nuestra era, en el momento en el que la Voz de Nabi Muhammad siembra Oriente como un polvo de estrellas. Acabará por la caída del último rey de los Moros, al otro lado del mar, con al-Andalus. ¿Qué tienen pues en común estos dos segmentos de la aventura humana? Una Torah. Encargada a un judío erudito por Al Hakam II, califa de Córdoba, e iluminada por un cristiano, la Torah será salvada dos veces de las llamas. De las de la Inquisición en primer lugar, que toca el tañido fúnebre de una de las civilizaciones más brillantes que jamás hubiera conocido Occidente desde la Grecia Antigua. Y de las de la Gran Biblioteca de Sarajevo (medio milenio más tarde), donde había llegado después de un largo viaje a través de Europa, salpicado por sangre y lágrimas. Este libro santo tiene valor de símbolo. Cristaliza la sed insaciable de la verdad, de la justicia y de la tolerancia de los príncipes omeyas, grandes constructores de templos y constructores del espíritu, locos de belleza, de conocimiento y de fe desgarradora. Hicieron de al-Andalus uno de los faros del mundo. Un viaje que exalta a través de la épica, la novelesca y lo maravilloso, desde la primera palabra hasta la última revelación, allí dónde el Nombre y el Número se reúnen y se confunden, un luminoso mensaje de amor.

Lectulandia

Jacques Cardona & Gérard Soliveres

El arquitecto de los cielos

ePub r1.0

Titivillus 18.02.2019

Título original: *El arquitecto de los cielos*
Jacques Cardona & Gérard Soliveres, 2008
Traducción: María José Enguix Tercero

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Cubierta

El arquitecto de los cielos

Primera parte

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Segunda parte

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Tercera parte

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Cuarta parte

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Quinta parte

Capítulo 37

Capítulo 38

Epílogo

Glosario

Agradecimientos

Notas

El escritor Jacques Cardona falleció meses antes de que se tradujera su novela al castellano. Con estas palabras de su amigo y colega Gérard Soliveres queremos rendir un homenaje a su memoria:

Jacques,

Me faltan las palabras para decirte hasta qué punto tu ausencia ha empañado mi vida. Me siento huérfano. Tu silencio es tan duro de contener... Mas debo, en nombre de nuestra amistad, mantener el rumbo y continuar con todas las tareas que habíamos previsto realizar juntos.

Cuando te encuentres con nuestros personajes y les hables de la Mezquita de Córdoba, diles que a la gente de abajo les encantaría conocerlos y que ya saben que yo tengo la clave de acceso.

Así pues, Jacques, nos vemos muy pronto en ese lugar. Te envío un abrazo,

GÉRARD

PRIMERA PARTE

El exilio

El comandante Zoran Stoikovich estaba de un humor de perros. No había pegado ojo en toda la noche, reviviendo una y otra vez en la oscuridad la última reunión de la víspera.

Lo que había oído le producía escalofríos. El ambiente malsano, las miradas cómplices, las risas sardónicas retumbaban aún en su cabeza y le producían náuseas.

¡Por todos los santos! ¡No todos los musulmanes eran unos perros o unos hijos de puta aunque fuesen bosnios! ¿Cómo podía pensarse algo así? No es de extrañar que la mitad del planeta considere a los serbios unos locos sanguinarios. Sintió una horrible mezcla de vergüenza y rabia impotente.

Había pensado ya dimitir en varias ocasiones y se había echado atrás convencido de que su gesto se interpretaría como una traición y lo abocaría directamente al tribunal militar.

Pensó en su mujer y en Lula, la flor de su corazón. Eran más que nunca el centro de su universo. En realidad le habría gustado dejarlas al cuidado de sus suegros, residentes en Francia, en espera de días mejores, pero se había endeudado hasta las cejas al comprarse el piso nuevo y no le quedaba ni un dinar para costearles el viaje. Por otro lado, era demasiado orgulloso como para pedir ayuda a nadie.

—Comandante, su café.

La irrupción repentina de su joven mecánico lo sacó un instante de su letargo. Aguardó a quedarse solo otra vez, se sirvió dos azucarillos y movió maquinalmente la cucharilla en la taza, la mirada perdida. Recordó con nostalgia la época bendita del mariscal, cuando asistía a sus clases en la escuela militar. Aunque todo distase de ser perfecto, Belgrado gozaba entonces del respeto internacional, Moscú incluido. Es más, tenía la firme convicción de que la mezcla étnica contribuía al lustre de la nación yugoslava. Una auténtica riqueza...

Disgustado, se bebió el café de un trago. Ya estaba tibio y tenía un sabor repugnante.

—¡Te voy a dar yo a ti gran Serbia! —masculló entre dientes. Temeroso de que lo hubiesen oído, lanzó una mirada inquieta al exterior. La lluvia fina y regular que caía desde hacía dos días había transformado el campo en un auténtico barrizal.

Con aire taciturno, suspiró profundamente, se puso la parka y salió. El aire fresco de la mañana apestaba a vapores de gasolina. La gente iba y venía presurosa, y le costó orientarse en medio de la excitación general. Cuando se disponía a cruzar la avenida principal del campamento, esquivó por los pelos un vehículo blindado que pasó rozándole y le salpicó de barro.

—¡Eh, Zoran! ¡Hoy es el gran día, van a palmar todos!

No tuvo tiempo de verle la cara, pero reconoció al instante la voz ronca y cavernosa de Laslo Pilic. ¡El muy crápula...! Ese sí que era un verdadero peligro. Un perturbado a sueldo de Karadzic. Su lugar no estaba en un ejército permanente, sino en un hospital psiquiátrico. Tenía fama de encargarse de los trabajos sucios, olía a pólvora y a carne de cañón. Los corresponsales de guerra no iban nada errados, por cierto, y lo seguían como un rebaño de ovejas. Pero era astuto y sabía guardar las distancias, alimentaba el misterio sin descubrirse jamás.

El comandante Stoikovich profirió un juramento mientras se miraba el pantalón manchado y se dirigió a su tanque, que lo observaba de lejos ronroneando. Tras rodearlo, trepó a la torreta, comprobó que llevaba la foto de sus dos amores en el bolsillo interior, se persignó discretamente y esperó las órdenes.

Abajo, al pie de los cerros, todavía adormecida en su sueño nebuloso, Sarajevo despertaba.

Año de gracia 751 de la era cristiana

Año 129 de la hégira

—¡Suleimán!
Fátima salió a la luz del día.

El sol apenas empezaba a declinar en el cielo pálido y proyectaba una claridad cegadora contra las paredes de la casa. Se protegió los ojos con la mano, deslumbrada, y vio que la puerta de entrada al patio interior estaba entreabierta. Salió corriendo y escrutó los alrededores, con el corazón palpitante. Ante ella, la larga fila de palmeras remontaba el río bordeando la montaña y se detenía al pie de la Puerta del Diablo, una brecha inmensa tallada a cuchillo que los habitantes del pueblo evocaban siempre con un temblor en la voz.

A sus espaldas, hasta donde alcanzaba la vista, el ancho desierto blanco.

—¡Suleimán!... ¡Yasmina!...

Gritó con todas sus fuerzas, fustigándose interiormente por haberse adormilado tras el frugal almuerzo del mediodía. Se acuclilló a la sombra de una higuera, vencida por el silencio sepulcral, y permaneció a la espera, con el estómago roído por los remordimientos y la angustia. Bruscamente le vino todo a la memoria, como una historia cien veces repetida, pero revestida entonces de una singular intensidad.

Hacía exactamente cuatro años...

Una mañana azul se había instalado en el palacio de al-Ruzafa, morada de los califas omeyas, en tierra de Siria. Aquel día Fátima se disponía a celebrar su décima primavera. Abderramán, su hermano mayor, al cual veneraba por encima de todo, entró en su aposento y se sentó en una esquina de la cama con un recién nacido en brazos. Con expresión de gravedad, le habló tiernamente.

—Su madre ha muerto en el parto. Te lo confío a ti. Vela bien por él, hermanita, es la carne de mi carne y un día será califa, cuando yo alcance los jardines de Alá.

Luego le dejó al niño cerca, la besó con ternura en la frente y desapareció sin pronunciar palabra.

Fátima, temblando de arriba abajo, apretó contra su pecho aquel cuerpecillo frágil que desprendía un aroma a jazmín y a leche de almendra, y lo contempló durante horas sin moverse, con los ojos abiertos de par en par. En un instante su vida había dado un vuelco. Ella, Fátima, hija del califa Maruán II, princesa de sangre de la muy noble dinastía de los omeyas, ¡acababa de ser madre a los diez años!... O, para ser más exactos, le habían encomendado ese papel, tan sublime como temible.

En su mente no había distinción alguna. Supo de inmediato que dedicaría sus días y sus noches a la educación del niño y se prometió a sí misma que no delegaría en nadie su cuidado. Ni siquiera en su joven hermana Yasmina, algo que entrañaría sin duda furibundos ataques de celos.

Fátima cumplió su palabra.

Nunca se separaba de Suleimán y lo llevaba a menudo a Mshatta, el palacio de su difunto abuelo, el califa Hisham II, cuyos jardines eran un auténtico embrujo. Aquí, bajo las cascadas de flores, lo mecía durante tardes enteras y lo dormía cantando con los pájaros.

También aquí encontraba a Yahara, su otro hermano, que acudía en busca de inspiración a este lugar paradisíaco. Yahara, cadete de Abderramán, era un adolescente de cuerpo grácil y largos cabellos rizados, mucho más interesado en su laúd que en los asuntos del califato. Sentado al borde de la fuente, entonaba en presencia de Fátima canciones de amor pegadizas, casi todas dedicadas a Karima, una de sus siervas, lo que provocaba sus risas constantes.

Un día, una larga y vibrante melopeya llamó su atención.

No se trataba ya de tiernos sentimientos para su amada, sino de belleza celestial, amor al prójimo y misericordia divina.

—¿Qué es ese extraño canto, hermano mío?

—Son palabras del Profeta a las que he puesto música. ¿Te gusta?

—¡Es magnífico!...

Fátima no sabía nada o casi nada de religión.

Le habían enseñado, como mucho, que desde la muerte de Mahoma, alabado sea su nombre, la Palabra Sagrada había sembrado todo Oriente como polvo de estrellas. La gran Siria al oeste, a ambos lados del río Jordán; Persia al este, hasta las fronteras de la India; Egipto y la península Arábiga al sur; todo el norte de África, a lo largo del mar interior, hasta el país de los bereberes, en la punta del extremo occidental. Y al otro lado del Estrecho, la tierra rica y fecunda de al-Ándalus, cuya belleza comparaban con la de Siria.

Su padre Maruán II hacía reinar la paz sobre este vasto territorio, llamado Dar al-Islam. Como todos los califas omeyas, era un constructor excelente y había ampliado las espléndidas mezquitas erigidas por Hisham II en Damasco, Alepo, Jerusalén y Kairuán.

Era amado y respetado por todos. Pero, como cualquier hombre de bien, suscitaba muchas envidias. Un año antes, en pleno ramadán, Fátima se reunió con su hermano en el lugar acostumbrado, pero aquel día Yahara no llevaba su laúd. Estaba sentado en el suelo con la mirada sombría, y parecía absorto en sus pensamientos.

—Pareces muy preocupado, Yahara, ¿qué ocurre?

—La situación es crítica. Vengo de al-Ruzafa, donde nuestro tío, el gran visir, me había convocado junto con Abderramán. Desde hace tiempo Abu-l-Abbás, el sultán de Bagdad, conspira contra nosotros y difunde el rumor de que nuestro padre,

demasiado tolerante con los infieles, no respeta las palabras del Profeta. Lo cierto es que es abasí y que los abasíes odian desde siempre a los omeyas. Son celosos como tigres y solo sueñan con una cosa: tomar el poder. Abu-l-Abbás ya ha reclutado a muchos mercenarios a las órdenes del odioso Ben Mabruk, su secuaz, cuya misión es sembrar la confusión en el pueblo. Aparentemente lo ha logrado, puesto que la mayoría de nuestros súbditos están desconcertados y no saben a qué imán obedecer. Si deseamos eludir una sublevación general, el enfrentamiento directo con los abasíes parece inevitable. Lo peor es que nuestro padre se hace viejo y sus ejércitos están desperdigados por los cuatro rincones del califato. Jamás podrá reunirlos a tiempo. Que Alá nos proteja, hermanita...

Los acontecimientos posteriores le dieron la razón. El enfrentamiento se produjo en el Gran Zab. Pese a resistir heroicamente, las tropas del califa se vieron forzadas a replegarse hacia el sur, en dirección a Palestina.

En el curso de un encarnizado combate, Ben Mabruk mató con sus propias manos a Maruán II, no sin antes infligirle este último una herida profunda en el rostro, lo que le daba un aspecto más espantoso si cabe.

Abu-l-Abbás se proclamó enseguida teniente del Profeta y comendador de los creyentes. Pero sus intenciones no terminaban ahí. Su objetivo confeso era exterminar a todos los omeyas sin distinción.

La empresa no era fácil. Pese a estar en situación de inferioridad, el enemigo gozaba de muchos apoyos, sobre todo por parte de judíos y cristianos que no habían olvidado la generosidad de corazón y espíritu del antiguo califa.

Una vez agotada su paciencia, Abu-l-Abbás y Ben Mabruk maquinaron un plan demoníaco e invitaron a los jefes militares omeyas a un gran banquete de reconciliación. Acudieron todos, incluido Abderramán, que no deseaba levantar sospechas. Pero en el último momento aprovechó la confusión general para retirarse discretamente con toda su familia. Durante el banquete Ben Mabruk se levantó como estaba convenido y recitó un poema para captar la atención del auditorio y burlar su vigilancia. El último verso cayó como una cuchilla: «¡Matadlos a todos!».

Según lo referido por un testigo que logró escapar milagrosamente, la matanza fue de una violencia indescriptible y terminó en un baño de sangre.

Abu-l-Abbás habría tenido razones más que suficientes para sentirse satisfecho, de no haber sabido más tarde que Abderramán y los suyos habían logrado escabullirse entre las mallas de la red. Se apoderó de él una cólera espantosa y ordenó a Ben Mabruk y a sus esbirros que partieran de inmediato en su busca y los mataran a todos, sin que quedara uno vivo. Tal era su rabia que mandó exhumar los cuerpos de todos los califas omeyas y quemar en la plaza pública hasta el último de sus huesos.

Entretanto Fátima, sus hermanos, su hermana y el pequeño Suleimán abandonaron Palestina y huyeron hacia el norte, guiados por Badr, el siervo y amigo fiel de Abderramán del cual nunca se separaba. Fue así como encontraron refugio en

un pueblecito del sur de Siria, donde se concedieron unos días de reposo antes del gran viaje hacia Occidente.

—¿Sigues durmiendo?...

A Fátima le dio un vuelco el corazón. Yasmina estaba plantada delante de ella, con un pesado fardo de leña en equilibrio sobre su cabeza.

—¿Dónde está Suleimán?

—Lo he traído conmigo. Hace casi una semana que estamos emparedados vivos y no podía soportar verlo correr en círculo por el patio.

—¡Pequeña estúpida! ¿Cuántas veces he de decirte que nos persiguen unas malas bestias que solo desean nuestra muerte y que no debemos salir jamás bajo ningún pretexto? ¿Cuántas veces? No sé cómo no te...

Ya había levantado la mano cuando Suleimán apareció risueño, trotando detrás de un cachorro que arrastraba un hueso roído tan grande como él. Fátima cogió al niño al vuelo y lo estrechó entre sus brazos cubriéndolo de besos.

—Suleimán, mi sol, mi vida... ¡Acabarás matándome a sustos!

Hundió una vez más los labios en los huecos de los frágiles hombros del niño, embriagada de amor. Sumida en su abrazo, no prestó atención a un extraño silbido ni al grito ahogado posterior. Solo se volvió ante el ruido del fardo que se desplomó por el suelo.

Yasmina yacía a sus pies, con los brazos en cruz, boca abajo, con una flecha clavada en la espalda. El flechazo había sido certero, pues la pequeña estaba ya muerta, con el corazón reventado.

Fátima, petrificada de terror, intentó gritar, pero no salió ningún sonido de su boca. En ese momento salieron varios hombres vestidos de negro de la casa vecina. El que parecía ser el jefe, un auténtico coloso, se acercó a ella con paso amenazador. Una venda de tela ocultaba su ojo izquierdo, pero no lograba disimular la horrible cuchillada que le partía el rostro, de la raíz del cabello al extremo inferior de la mejilla.

—¿Dónde están?

Fátima, aturdida, logró balbucear algunas palabras.

—Se han ido de caza. Han dicho que volverían dentro de dos o tres días.

Ben Mabruk la abofeteó y le arrancó de los brazos al pequeño Suleimán, que se echó a llorar.

—¡Mientes! Sé que están aquí. ¡Dime de inmediato dónde están o mato al crío!...

Apabullada, Fátima cayó de rodillas.

—Señor, os lo suplico, digo la verdad. Haced conmigo lo que queráis, pero, por piedad, no le hagáis daño. Él no ha hecho nada, ¡no es más que un niño!...

Un gélido destello cruzó la mirada del hombre de negro. Con el sable en la mano derecha agarró a Suleimán con la otra, lo levantó por la cabellera como a un conejo

por las orejas y, con un gesto preciso, le cortó el cuello.

El cuerpecito desarticulado cayó al suelo, dejando escapar un chorro de sangre. Con los ojos en blanco y la cabeza entre las manos, Fátima soltó un largo y doloroso grito de desesperación. Luego alzó el rostro bañado en lágrimas y deformado por un rictus de odio.

—¡Asesino! ¡No eres más que un vil asesino, Ben Mabruk! Alá te castigará por el horrible crimen que acabas de cometer. ¡Malditos seáis, tú y los tuyos, hasta la quinta generación!

No tuvo tiempo de continuar. A una breve seña de Ben Mabruk, uno de sus hombres agarró una lanza y la atravesó de parte a parte con tal fuerza que la hoja acerada terminó su curso hundiéndose en la tierra.

Clavada en el suelo, con la boca abierta de par en par, Fátima se enderezó con un último espasmo y luego todo su cuerpo se distendió de golpe. Resbaló lentamente a lo largo del asta, privada de vida.

En el linde del palmeral, oculto detrás de las hierbas crecidas, Abderramán se acurrucó y vomitó en la arena. Badr tuvo que emplear toda la fuerza de sus brazos para inmovilizar por la cintura a su amo e impedirle gritar.

—Señor, no podemos hacer nada más por ellos. Debemos marcharnos o estamos perdidos.

—No, Badr. Déjame solo, quiero morir.

—Mi amo, os lo ruego, ¡levantaos! Recordad la promesa que hicisteis a vuestro padre. Sois el último de los califas omeyas. Sin vos, ¿qué será de nuestro pueblo? No podéis abandonarlo.

—No soy su califa, Badr. Nunca lo seré. Ya no soy nada.

Abderramán ya no era nada. Veinte años de felicidad acababan de disolverse en unos minutos con la más horrible de las pesadillas. Después de otra arcada se desmayó.

Enfrente de ellos, los hombres de negro comenzaron a registrar el pueblo. Badr agarró a su amo por el cuello del vestido y, con la espalda encorvada, lo arrastró unos metros por la maleza. Luego lo levantó, se lo echó a la espalda y corrió hasta el río donde Yahara daba de beber a los caballos. Yahara notó enseguida que algo grave había sucedido, pero no hizo preguntas. Ayudó a Badr a colocar el cuerpo inerte de su hermano a lomos del caballo y lo siguió a través del vado.

Una vez en la otra orilla, ambos hombres montaron en sus cabalgaduras y huyeron al galope.

Badr reflexionaba a toda velocidad. Huir por el desierto era una auténtica locura. Los caballos estaban cansados, ellos estarían al descubierto y les darían alcance en cuestión de minutos. Por otro lado, no iban lo bastante equipados como para atravesar

las montañas. Allí las noches eran glaciales y muy inhóspitas. Y luego, en la otra vertiente, Persia... en todos los sentidos del término, era meterse en la boca del lobo.

Solo había una salida: la Puerta del Diablo.

La conocía bien por haber acorralado allí la víspera a una gacela y su cría, en compañía de Yahara y Abderramán. Los dos animales habían entrado en el desfiladero y los habían seguido durante casi una hora hasta el Paso del Infierno. El camino se interrumpía de golpe al pie de una pared rocosa por debajo de la cual penetraba el torrente, para resurgir a borbotones como si sus aguas ascendieran del centro de la tierra. Antes de brotar más abajo formaban un enorme torbellino cuyo centro podía verse y que, con un sordo rugido, arrastraba al fondo todo lo que se ponía a su alcance. Las pobres gacelas habían sufrido la triste experiencia. Al ver llegar a sus cazadores, se abalanzaron hacia el torrente y fueron engullidas sin poder ofrecer resistencia alguna. Después desaparecieron con un balido patético.

Era menester cruzar este lugar aterrador para alcanzar la otra orilla. No había otra solución. Si tenían la suerte de volver a escapar, «in sha'a Allah», podrían esperar a sus perseguidores y sorprenderlos uno a uno, pues el camino se perfilaba entre el acantilado abrupto y un enorme peñasco en equilibrio encima del remolino, por donde solo cabía un hombre a caballo. Era eso o luchar contra quince locos peligrosos armados hasta los dientes.

Badr se volvió. Por la nube de polvo y arena que se levantaba a lo lejos, supo que Ben Mabruk y sus hombres habían encontrado su rastro. Apretaron la marcha hasta llegar al desfiladero y se adentraron en él a todo galope. A medida que remontaban el río, las aguas se volvían más tumultuosas y el camino más caótico. Muy pronto tuvieron que desmontar. Antes de seguir avanzando, tendieron a Abderramán en el suelo. Yahara desgarró parte de su turbante y lo mojó en el río. El agua fresca en el rostro de Abderramán pareció devolverlo a la vida. Abrió los ojos y cruzó una mirada con su hermano inclinado sobre él. Jamás se habían mirado igual, con tanta fuerza y amor.

—Badr, ¿qué ha pasado? Necesito saberlo.

Lentamente Badr contó a Yahara la monstruosa realidad. Cuanto más ahondaba en el horror, con más intensidad se clavaban una en otra las miradas de los hermanos. El rostro de Yahara estaba lívido, sus mandíbulas apretadas, y rodaban lagrimones por sus mejillas. Pero no decía nada.

Badr tuvo la repentina impresión de que Yahara se estaba haciendo un hombre. Entre los omeyas, solo los hombres sabían llorar en silencio.

—Señores míos, debemos partir.

Reanudaron la marcha a pie y llegaron al paso tras una larga y penosa travesía por las rocas punzantes. El remolino los esperaba, más estruendoso que nunca. Montaron de nuevo en sus caballos y Badr se puso al mando de las operaciones.

—Amo, pasad delante, yo me ocupo de Yahara. Sobre todo, cuidado con exponeros demasiado a la corriente. Vuestro caballo no resistiría y os desarzonaría.

Abderramán se adentró en el paso, seguido por Badr, que sujetaba las riendas con una mano y la brida del caballo de Yahara con la otra. Avanzaban con la mayor prudencia posible, pero los caballos, que notaban el peligro, eran difíciles de controlar. Cuando el agua les llegó a la silla, la corriente empezó a llevarles a la deriva. Era el momento de jugarse el todo por el todo. Pero el paso era muy estrecho. Una ligera desviación a la derecha y la corriente los arrastraría irremediablemente hacia abajo, con todas las probabilidades de estrellarse contra las rocas. Demasiado a la izquierda y se enfrentaría al remolino mortal. De pronto el caballo de Abderramán perdió pie y dio una espantada. Acto seguido, el de Badr se encabritó. De forma instintiva, Badr soltó la brida de la montura de Yahara y retomó sus riendas con las dos manos.

—¡Amo, os lo suplico, avanzad, avanzad!

Pero el caballo de Abderramán, completamente alocado, pataleaba en todas direcciones y no avanzaba, levantando enormes chorros de agua que no hacían sino contribuir a su pánico. Badr se acercó a él como pudo y, sin reflexionar, le dio una estocada en plena grupa. Con un relincho de dolor, el animal dio un salto desesperado hacia delante y recuperó el equilibrio. El caballo de Badr, alentado, lo siguió.

Unos segundos más tarde habían llegado a la otra orilla. En lo alto del ribazo, Abderramán y Badr se dejaron caer en el suelo, agotados.

Sus miradas se cruzaron y tuvieron el mismo pensamiento. ¡Yahara!...

El joven se agitaba como un diablo en su montura. Desde el bandazo, su caballo se había negado a avanzar siquiera un paso. Por el contrario, retrocedía piafando en medio del torrente, con los ojos desorbitados. Pese a un último esfuerzo de Yahara, logró dar media vuelta y enfiló hacia la orilla opuesta.

—¡Yahara, no! ¡Yahara!...

Abderramán ya estaba en el agua cuando los hombres de negro aparecieron de repente en el recodo del camino. Badr corrió hacia donde estaba Abderramán y tiró de él con todas sus fuerzas. Logró ponerlo a cubierto justo cuando una ráfaga de flechas se estrellaba contra la pared rocosa.

—Lo quiero vivo.

La voz de Ben Mabruk retumbó como una sentencia de muerte. A sus hombres no les costó nada descabalar a Yahara y desarmarlo. Le ataron las manos a la espalda y lo obligaron a arrodillarse.

Ben Mabruk bajó del caballo, la mirada impasible, saboreando secretamente su victoria.

Se acercó a Yahara, lo agarró del pelo y alzó su sable.

—¡Sal!... ¡Sal, hijo de perra, o mato a tu hermano como he matado a tu hijo!

Detrás de la roca, Badr dejaba caer todo su peso sobre Abderramán para inmovilizarlo.

—Amo, no hagáis el menor movimiento. Eso es lo que está deseando, que os dejéis ver para que os disparen como a un conejo.

—¡Miserable monstruo! ¡Abomino de ti, Ben Mabruk, y contigo abomino del animal inmundado que te ha engendrado!

Abderramán había gritado su desprecio. El rostro de Ben Mabruk no tradujo esta vez ninguna expresión particular. Imperturbable, bajó el sable y decapitó al joven. Luego empujó con el pie el cuerpo mutilado, que cayó al agua y comenzó a girar lentamente. De inmediato el paso se convirtió en un charco de sangre. Abderramán no había visto la horripilante escena, pero cuando observó que las aguas habían cambiado de color, soltó un rugido inhumano y se desmoronó arañando la roca fría.

Estaba muerto por segunda vez.

En el colmo de la excitación, Ben Mabruk saltó a lomos de su caballo y avanzó a su vez.

El combate fue breve en extremo. Al notar que se hundía, su caballo, asustado por la fuerza de la corriente y el olor del agua teñida de sangre, dio un salto confuso y se tumbó de costado. El hombre apenas tuvo tiempo de liberarse y zambullirse de cuerpo entero hacia la orilla. Sus esbirros formaron enseguida una cadena y lograron rescatarlo, pero el animal estaba perdido.

Ben Mabruk, calado hasta los huesos, estaba fuera de sí.

—¡Te encontraré, Abderramán!... ¡Dondequiera que estés, hagas lo que hagas, te encontraré, por Alá, y te degollaré con mis propias manos! ¡Tiembra, perro omeya, tiembra antes de morir!...

Luego saltó sobre el caballo de Yahara y desanduvo el camino.

Cuando se marcharon, Badr instaló a su amo como pudo y se puso en marcha. El sendero ascendía en cuesta empinada y volvieron a encontrar el torrente que bajaba en cascadas desde las primeras mesetas. Luego lo dejaron a mano izquierda y descendieron hacia el desierto.

Badr sabía que Ben Mabruk no se rendiría jamás, y que solo le llevaban medio día de ventaja. Al llegar abajo se detuvo para mirar a su amo. Apoyado en el cuello de su caballo, con la mirada fija y los brazos colgando, Abderramán parecía cargar con todo el sufrimiento del mundo. Badr alzó los ojos al cielo y recitó una oración ferviente, ignorando si debía agradecer a Alá el haber dejado con vida al último príncipe omeya o si debía comunicarle su ira por la matanza de tantos inocentes.

Se acercaba la noche. Badr contempló detenidamente el horizonte, bebió un sorbo de agua fría y se puso en marcha hacia el sol poniente.

Los enfados de Abu-l-Abbás eran legendarios.

Daban la vuelta a Bagdad con la velocidad de un caballo al galope antes de propagarse por todo el califato. A veces, en las calles oscuras de la medina, se evocaban a media voz para amedrentar a los niños demasiado revoltosos.

Aquella tarde el palacio de los abasíes echaba chispas.

—¡Inútil! ¡No eres más que un inútil! ¡Pero qué le habré hecho yo al Todopoderoso para que me envíe a semejante cretino!...

Abu-l-Abbás estaba furioso. Ante él, tieso como una estaca, Ben Mabruk esperaba el final de la tormenta.

—Comendador de los creyentes, las circunstancias...

—¿Las circunstancias? ¡Osas hablarme de circunstancias cuando te he dado todos los medios y el tiempo que querías!... ¡Te he dado hombres, te he dado armas, te he dado dinero, barcos, camellos, caballos, como si llovieran del cielo y el resultado es que, casi cuatro años después, no has sido capaz de traérmelo! ¿Qué tendré que darte ahora, Ben Mabruk, a mis mujeres?...

De un manotazo barrió los restos de comida de encima de la gran mesa baja. Hortalizas y frutas, carnes y pescados, copas y platos finamente cincelados cayeron al suelo, hechos añicos y entremezclados, con un estrépito ensordecedor.

Ben Mabruk seguía inmóvil, pero su ojo sano se movía con un pestañeo incontrolable. Bruscamente, Abu-l-Abbás se levantó y se acercó a él, con los brazos extendidos y los dedos crispados. Se detuvo a medio camino y se llevó las manos al cuello. Sus ojos se agrandaron y el color de su rostro mudó al carmesí. Estaba estrangulándose a sí mismo. Sus dos médicos y su catador personal se precipitaron sobre él y lo acomodaron en el «suffa», uno abanicándolo, el otro dándole palmaditas en la espalda, el tercero intentando desesperadamente que bebiese un poco de agua.

Ante aquella situación, tan jocosa como dramática, Ben Mabruk no sabía qué hacer. No obstante, se aventuró a tomar la palabra.

—Comendador de los creyentes, ese hombre es el mismísimo diablo. Le he perseguido por todas partes, Jerusalén, Amón, Damasco, Alepo, hasta el puerto de Trípoli, en el Líbano, donde embarcó con destino a Alejandría. Pero siempre ha logrado escapar. Seguía la ruta de sus ancestros omeyas que construían mezquitas en cada ciudad importante. Allí dejaron muchos amigos, como es natural. Y no solo musulmanes, sino también judíos malditos y cristianos mezquinos que siempre se confabulaban para hacer que me demorase. Sin embargo, seguí investigando y me faltó poco para atraparlo en Bengasi, tierra de Libia, mas se esfumó en el último momento. Entonces decidí regresar. Pero no me preocupa lo más mínimo, sé adónde va.

—¿Y qué haces aquí, cernícalo, si sabes adónde se dirige? Abu-l-Abbás se había recuperado del todo visiblemente.

—Me he quedado sin hombres, mi señor. Ni uno. Todos han sido diezmados, bien por enfermedad, bien por los ladrones y los traidores que nos tendieron emboscadas, y solo a Alá le debo el favor de seguir con vida. Pero no vuelvo con las manos vacías. He podido recabar aquí y allá valiosas informaciones. La madre de Abderramán era bereber, de la tribu de los nafta. Él tiene la intención de llegar a tierras bereberes y en este preciso momento no debe de estar muy lejos. Tengo razones para creer que permanecerá allí algunas semanas, meses quizá, antes de llegar a al-Ándalus para fomentar una revuelta contra nuestro gobernador Yusuf al-Fihri. Comendador de los creyentes, os lo pido por última vez, dadme hombres. Una veintena como mucho. Y que salgan lo antes posible hacia al-Ándalus, me sobrará tiempo para organizarle una pequeña fiesta de recibimiento, creedme. Lo cogeré como un higo maduro y os juro por mi vida que os traeré su cabeza en un cofre de plata.

La mirada de Abu-l-Abbás se le clavó como la hoja de un puñal.

—Mírame, Ben Mabruk. Mírame bien a los ojos. Es tu última oportunidad. Has hecho bien en jurar por tu vida, porque si fracasas, yo te juro por la mía que será tu cabeza la que meteré en ese cofre. ¿Me has entendido bien?

—Sí, com...

—¡Largo de aquí! El grito de Abu-l-Abbás hizo temblar las paredes.

Doblando el cuerpo al límite del equilibrio, Ben Mabruk salió andando hacia atrás. Después de cruzar la puerta, estiró su enorme esqueleto y tuvo que hacer de tripas corazón para no gritar a su vez. Jamás se había sentido tan humillado. Mientras recorría los pasillos del palacio, trazó mentalmente la lista de los suplicios más refinados que infligiría a Abderramán antes de sangrarlo como un pollo.

Al atravesar el jardín oyó risas ahogadas detrás de las celosías. Todo el harén estaba al corriente, lo que multiplicó su cólera. Rabioso a más no poder, masculló entre dientes unas palabras incomprensibles y se perdió en la noche.

Abderramán y Badr desembarcaron en Nador en pleno mes de junio. Pese a la brisa marina, hacía un calor sofocante y el pueblecito parecía dormido tras la escasa vegetación que coronaba la playa. Se abrían camino por entre las redes que los pescadores habían dejado secar al sol, cuando varios niños salieron del vientre de una gruesa barca y acudieron a su encuentro entre gritos y gesticulaciones. El menor de ellos, el más espabilado, se acercó a Abderramán, lo cogió de la mano y le preguntó con voz clara y cantarina:

—¿De dónde vienes?

Abderramán no lo miró. Pero le conmovía esa voz que le recordaba sorprendentemente a la de Suleimán. Apretó con ternura la manita en la suya y, sin dejar de caminar, con la mirada perdida en sus recuerdos, apenas murmuró:

—De lejos, pequeño... de muy lejos.

Badr preguntó dónde estaba la casa del jefe del pueblo. Al unísono, los niños le indicaron una tienda grande, deslucida por el tiempo y las lluvias. Se encaminaron hacia allí a paso lento, en medio de risas y cantos. Delante de la entrada había un anciano de expresión aún viva y voluntariosa, que los saludó con respeto.

—Sed bienvenidos, nobles extranjeros. Os esperábamos.

Los dos sirios cruzaron una mirada de asombro. Ante sus tristes figuras marcadas por el cansancio y sus ropas raídas hasta la trama, se preguntaban qué podía denotar nobleza en sus pobres personas. En cuanto a que los esperasen...

Como si hubiera leído su pensamiento, el hombre esbozó una leve sonrisa.

—Sabemos quiénes sois. Aquí las noticias vuelan. Los caravaneros no transportan solo sal y especias. Pero os lo ruego, hacedme el honor de compartir mi modesta morada...

Los introdujo en la penumbra de la tienda, cuyo agradable frescor no esperaban. El suelo de tierra batida estaba cubierto con una alfombra de lana cruda y esteras multicolores. En el centro, encima de una mesa baja de madera en bruto, había una enorme bandeja circular llena de comida.

Ante la mirada satisfecha de su anfitrión, almorzaron sin pronunciar palabra dátiles tiernísimos y deliciosas tortitas de leche y miel. Hacía tiempo que no se daban semejante banquete, después de tantos días de ayuno y privaciones.

Fue Badr quien rompió el silencio. Tras agradecer al jefe del pueblo su hospitalidad, presentó a su amo y comenzó a relatar su odisea, desde la horrible matanza de Abu Futrus en Palestina y la huida desesperada que siguió. Por pudor hacia Abderramán no insistió en el drama en el palmar y el Paso del Infierno, y se entretuvo más bien en las noches de insomnio a través de Judea, Siria y el Líbano.

Después, la peligrosa travesía hasta el puerto de Alejandría y la larga persecución por los barrios sórdidos de El Cairo, donde Ben Mabruk y sus hombres los habían

localizado.

Luego siguió el viaje hasta Bengasi, donde lograron salvarse exclusivamente gracias a la benevolencia de Salomón, un rico negociante judío que los enrolló en piezas de telas cual momias egipcias y los ocultó en la cala de su barco entre un centenar de rollos. Ben Mabruk, que les pisaba los talones, apareció resoplando como una fragua y, como no descubrió nada, entró en un estado de furia indescriptible, dando sablazos a todo lo que se le ponía por delante. Luego se marchó como había llegado, extrañamente solo.

Salomón tomó bajo su protección a Abderramán y a Badr y los condujo a Sfax. De allí viajaron hasta Kairuán, Susa, Túnez y, de puerto en puerto, a Orán, donde se dirigieron al sur, hasta Tremecén. Unos caravaneros se ofrecieron a escoltarlos hasta Nador a través del desierto, pero en el momento de emprender el viaje Abderramán sufrió fuertes fiebres y, muy a su pesar, tuvieron que renunciar a la idea. Pasaron varias semanas hasta que reanudaron el camino a Orán. Se vieron en la necesidad de vender los caballos para pagarse el viaje hasta Nador, donde desembarcaron, pobres de solemnidad y desprovistos de todo, al cabo de un largo periplo de cuarenta meses.

Abderramán no había pronunciado palabra. Durante el relato de su amigo revivía cada instante de aquella espantosa tragedia con los ojos fijos en el suelo, como si enterrase su propia vida en cada episodio doloroso. No obstante, su rostro brilló con una luz imperceptible.

—Un día, en Jerusalén, tuvimos que refugiarnos en un templo cristiano para escapar de ese canalla de Ben Mabruk. El templo estaba lleno de fieles. Cuando les dijimos quiénes éramos, ocultaron nuestras túnicas y nuestros turbantes, se congregaron a nuestro alrededor y nos pidieron que nos arrodillásemos con ellos para protegernos mejor. Rogué a Alá con todas mis fuerzas, no para que me salvase la vida, sino para que, pasara lo que pasara, concediera su gracia a estos hombres y mujeres de tan generoso corazón. Cuando pasó el peligro, se sintieron felices como niños. Jamás olvidaré sus miradas...

La intervención de Abderramán tuvo el don de conmover al amo del lugar.

—Estas son sabias palabras y reconozco en ellas la nobleza de la sangre que corre por tus venas. ¿Sabes, mi príncipe, que tu madre nació muy cerca de aquí? La conocí cuando era muy pequeñita y la vi crecer hasta la edad de quince años. Era entonces una joven dulce y hermosa, y cuando los criados de tu padre vinieron para llevársela al harén, todos experimentamos un orgullo inmenso. Supimos después que siempre se comportó como esposa amante y madre ejemplar. Eres su digno hijo, Abderramán, y, como tal, eres digno miembro de nuestra tribu. Nunca olvides esto: los bereberes son un pueblo libre. Nunca se ha resignado y nunca se resignará a vivir bajo el yugo de un tirano, por muy musulmán que sea. Te ayudaremos a recuperar el honor perdido y a vengar a tu familia, pues también es la nuestra. Velaré personalmente porque pongan a tu disposición todos los medios necesarios para el éxito de tu empresa. Ahora debéis ir a descansar. Esta noche nos espera una gran fiesta.

Condujeron a Abderramán y Badr a su tienda, donde habían dispuesto dos enormes tinajas llenas de agua para sus abluciones. Pasaron a su interior con deleite y permanecieron largos minutos saboreando ese primer instante de quietud que esperaban desde hacía tanto tiempo. Una vez purificados, se secaron con toallas blancas, se tumbaron en el lecho y se sumieron en un sueño profundo.

Cuando vinieron a buscarlos ya había caído la noche y la fiesta estaba en su apogeo. En el centro del pueblo habían encendido una gran hoguera y a su alrededor se asaban corderos de piel crujiente y aromática. Algo apartadas, las mujeres preparaban las tortas y cocían las hortalizas en tajines de barro cocido.

El jefe del pueblo recibió a los dos sirios con los brazos abiertos y los sentó junto a él, cada uno a un lado. De inmediato sonaron las flautas y los tamboriles y las muchachas con vestidos abigarrados formaron un corro frenético, haciendo tintinear las joyas metálicas que les adornaban la frente, los tobillos y las muñecas. Luego vino la danza de los jóvenes guerreros, provistos de largas pértigas de bambú, que imitaron singulares combates con una destreza y agilidad sorprendentes.

Todo el pueblo estaba allí congregado, cantando y dando palmas al compás. Badr se dijo que un día tal vez necesitaría a esos combatientes de lo imaginario, y su fervor lo llenó de admiración.

La fiesta duró hasta el alba. Los días siguientes se dedicaron esencialmente a preparar el viaje a al-Ándalus.

Se decidió que Badr se adelantaría para no exponer a su amo sin necesidad. Abderramán era desconocido al otro lado del Estrecho y, sin un apoyo serio, no tenía ninguna posibilidad de éxito. Al contrario, su vida corría peligro.

Había que escoger a los que acompañarían a Badr durante la expedición. Todos los hombres sanos del pueblo se presentaron espontáneamente, dispuestos a morir para vengar el honor de su hermano. El viejo jefe, cuya autoridad era indiscutible, escogió a dos pescadores por su gran experiencia en navegación costera, así como a un padre y su hijo de veinte años que comerciaban en lana con los andalusíes y conocían allí los senderos que deberían recorrer sin peligro de ser localizados, además de muchos amigos en esas tierras, que podrían serles muy útiles.

Por su parte, Badr designó a un reducido grupo de valientes guerreros, duchos en el manejo de armas. Desde el episodio de Bengasi tenía la certeza de que Ben Mabruk sabía adónde iban y había preferido dejarlos huir para sorprenderlos mejor en el momento oportuno. Por lo tanto, debían redoblar las precauciones. La meta de la primera etapa era la medina de Loja, donde Badr se reuniría con Ubaid ibn Allah, uno de los primeros exiliados, que sentaba cátedra en la comunidad omeya de la región. Solo él podía encargarse de su protección y ayudarlo a valorar las fuerzas presentes, distinguir los amigos de los enemigos y saber finalmente si Abderramán tenía posibilidades reales de derrocar el poder abasí. Bien escasas eran, pues, a juzgar por lo que habían oído, al-Ándalus era el cruce de un mosaico de pueblos cuyos intereses empezaban a divergir desde el establecimiento de Yusuf al-Fihri.

Durante los preparativos, Abderramán solía ausentarse para dar largas caminatas en solitario. Le gustaba ir a la playa en el ocaso y mirar cómo se confundían mar y horizonte. A veces se tumbaba en la arena aún caliente y saboreaba en silencio los colores sutiles y cambiantes del cielo. El pequeño Alí, con quien había trabado amistad, venía en su busca y, acostados uno al lado de otro hasta que anochecía, se divertían señalando con el dedo el brillo vacilante de las primeras estrellas.

Una noche de agosto, un breve destello desgarró el cielo. Alí se enderezó apoyado en un codo, los ojos maravillados.

—¿Qué era eso?

—Una estrella fugaz.

—¿Qué son las estrellas fugaces?

Abderramán vaciló unos segundos.

Ante la inocencia del crío, no se atrevía a confesarle que según las Santas Escrituras, eran los ángeles que lanzaban piedras a Satanás para expulsarlo del paraíso.

Encontró una alternativa más plácida a esta extraña lapidación.

—Son las lágrimas de Alá.

—¿Las lágrimas de Alá? Ah, vaya. Entonces está triste... ¿Le han hecho daño?

—Puede que sí, puede que no. No siempre llora de pena, ¿sabes? A veces también llora de alegría.

—¿Y esta noche?

—No lo sé... Me gustaría mucho creer que son lágrimas de esperanza.

Se levantó de súbito, cogió al niño entre sus brazos y le dio un beso sonoro en la mejilla. Luego se lo subió a la espalda y corrió hacia el pueblo dando coces y relinchando como un potro.

A la mañana siguiente estaba todo listo para la gran marcha. Abderramán dio un largo abrazo a su amigo fiel delante de todos los habitantes del pueblo que se habían congregado a su alrededor.

—Buena suerte, Badr. Sobre todo, sé prudente. Que Alá todopoderoso vele por ti.

—No temáis nada, amo, voy bien acompañado. Y confío en la justicia divina.

—Ojalá estés en lo cierto...

La travesía se desarrolló sin percances. Badr y sus hombres arribaron de noche a Algeciras, la isla verde al pie de la montaña de Tariq, llamada así porque fue allí donde, cerca de medio siglo antes, Tariq ibn Ziyad rechazó a los visigodos y emprendió la gran conquista.

El trayecto hasta Loja fue largo y difícil.

Se alejaron de la costa y cruzaron la montaña, donde era más probable eludir encuentros inoportunos. Se vieron obligados a desplazarse de noche en pequeños grupos de tres o cuatro que se seguían a distancia para no llamar la atención. La ayuda del mercader de lana y su hijo fue muy valiosa, pues conocían a los pastores. De no haber sido por el cobijo que les dieron, habrían perecido de hambre y de frío.

Al cabo de dos meses llegaron a Loja, en la mitad de una noche sin luna, y se las vieron y desearon para dar con la casa de Ubaid ibn Allah entre las callejas de la medina. Por fin llegaron ante una puerta maciza con dos batientes de hierro forjado en arabescos. Badr llamó tres veces y la puerta se entreabrió casi de inmediato.

—¿Quién va ahí?

—Somos bereberes de la tribu de Nafza. Venimos de Nador y traigo un mensaje de suma importancia para tu amo.

La puerta volvió a cerrarse. Pasó un buen rato. Se disponían a marcharse cuando se abrió de nuevo y apareció un mozo corpulento de mirada amenazadora, flanqueado por varios hombres armados, con la mano apoyada en la empuñadura del sable.

—Di tu nombre, extranjero. Y sobre todo, no intentes engañarme o eres hombre muerto.

—Me llamo Badr. Soy desde hace veinte años el fiel y leal siervo del que llaman «al Dayil», el Inmigrante, y que no es otro que Abderramán el Sirio, muy noble príncipe omeya e hijo legítimo de Maruán II, califa de Damasco, injustamente destituido por Abu-l-Abbás y salvajemente asesinado por sus perros abasíes. Vengo en su nombre para reclamar que se vengue a su familia y buscar ayuda y consuelo en quienes confían en la libertad. ¡Que Alá me fulmine si no digo la verdad!

Badr se preguntó si no se había excedido. Era una invitación directa a la insurrección. Ubaid lo observó fijamente, luego miró de arriba abajo a sus compañeros. Sabía reconocer a un bereber en medio de cien hombres. Y estos le parecían auténticos. Su rostro se distendió de golpe.

—Entrad, rápido.

En cuanto la pesada puerta volvió a cerrarse, Ubaid estrechó a Badr en sus brazos con tal fuerza que casi lo ahoga.

—¡Alabado sea Dios, os creía muertos! Entonces Abderramán está vivo... Es el cielo quien lo ha querido así, no veo otra explicación. ¿Sabes que mi padre y su padre se conocían bien? ¡Venga, acércate, amigo, estoy tan impaciente de que me hables de él!

Llevaron a Badr y sus hombres al interior de la casa, a una amplia sala central coronada por una cúpula y una galería circular que daba acceso a los aposentos privados. Abajo, a ambos lados de la escalera, las cocinas y los baños rivalizaban en belleza con sus mosaicos de vivos colores, finamente ribeteados. Fuera, flanqueando el patio interior, las habitaciones de las criadas y de los guardas estaban enfrente de los establos.

Ubaid dio unas palmadas. Al instante, una retahíla de criados apareció como por ensalmo.

—¡Que traigan abundante comida a estos hombres, deben de estar hambrientos! Karim, tú prepararás jergones frescos en el granero, donde pasarán la noche. Muna, prepara la habitación de invitados para nuestro amigo y asegúrate de que no le falte de nada.

Los bereberes lanzaron a Badr una mirada de angustia. Desde el comienzo de la expedición nunca se habían separado de su jefe, ni siquiera unos pasos. Ubaid los tranquilizó enseguida.

—No os preocupéis, aquí estáis completamente a salvo. Nadie tiene permiso para entrar en esta casa sin mi autorización. Ni siquiera los bandidos a sueldo de Ben Mabruk.

—¿Ben Mabruk?

Badr dijo este nombre casi gritando.

—En persona. ¿Por qué, lo conoces?

—¿Si conozco a Ben Mabruk? ¡Por Alá, si lo conozco...!

De modo que los temores de Badr eran perfectamente fundados. Ben Mabruk había adivinado muy deprisa sus intenciones. Por orgullo, los había perseguido durante más de tres años, después había cambiado repentinamente de táctica para dejarles llegar hasta Nador. El tiempo necesario para que lo olvidaran y se confiaran de nuevo mientras él tejía su tela como una viuda negra.

Durante toda la comida, Badr volvió a relatar su increíble aventura. Esta vez no omitió ningún detalle, arrancando lágrimas amargas en los momentos más trágicos.

El estupor de Ubaid iba en aumento a medida que avanzaba el relato. Hasta entonces había sido informado vagamente y de pronto descubría la verdad en todo su horror.

—¡El muy canalla! Sospechaba que era malvado, pero hasta ese punto...

Cuando todos se fueron a dormir, Ubaid se quedó a solas con Badr para analizar la situación. Acercó las lámparas a la mesa, sobre la que desplegó un enorme mapa.

—Mira, aquí arriba están los Pirineos. Tras la derrota de Poitiers contra los rumíes, los ejércitos del califato se retiraron a este lado de las montañas. Desde entonces las provincias del norte son muy inestables, porque los rumíes las asaltan continuamente, sin contar las bolsas de resistencia de los visigodos que se han negado a someterse desde la victoria de Tariq. Allí es donde se encuentran actualmente al-Fihri y sus tropas. En mi opinión se ha equivocado al alejarse tanto, porque si sale bien nuestro plan, se arriesga a llevarse una buena sorpresa a la vuelta.

—¿Cuál es su residencia habitual?

—Aquí en Córdoba, en su palacio del Alcázar. Y nosotros estamos aquí, en Loja.

—¿Con quién podemos contar?

—Desde la gran conquista, muchos pueblos se han instalado en la región. Sirios, claro está, pero también yemeníes, egipcios, bereberes y amonitas. No han tenido ningún problema para convivir con los cristianos mozárabes y los judíos sefardíes que ya habitaban en el país. ¿Por qué?... Porque tu padre era un hombre tolerante. Sabía que todos formaban parte de «ahl al-Kitab», la gente del Libro. Y eso, por desgracia, es lo que le quitó la vida. Desde que los abasíes tomaron el poder, los mozárabes y los sefardíes temen por el futuro de su comunidad y por la salvaguardia

de su religión. Son gente pacífica, incapaz de reclutar un ejército. Pero estoy convencido de que podrán sernos de utilidad.

—¿Y los demás?

—En principio están de nuestro lado. Los yemeníes se han reagrupado aquí, al este, en las regiones de Valencia y Castellón. Los egipcios un poco más abajo, en la región de Murcia, y los amonitas más al sur todavía, entre Málaga y Almería. Los sirios y los bereberes, por su parte, están repartidos un poco por todas partes, pero básicamente en Sevilla y sobre todo en Córdoba.

Badr escuchaba con atención, tratando de sopesar las fuerzas presentes. Sin duda, no sería una partida amistosa. Pero empezaba a albergar esperanzas.

—¿Cómo vamos a entrar en contacto con toda esta gente?

—¡No vayas a creerte que nos pondremos en contacto con ellos uno a uno! Ni siquiera por pequeños grupos. En primer lugar, porque son demasiado numerosos, luego porque no te conocen y no tienen ningún motivo para confiar en ti. Sería el modo más seguro de desatar los rumores y sabes tan bien como yo que los rumores corren más que el viento del desierto. Si Ben Mabruk se enterase de nuestras intenciones, avisaría inmediatamente a al-Fihri, que bajaría con su ejército antes de darnos tiempo a organizarnos. No, lo que debemos hacer es ponernos en contacto con los jefes. Los jefes de las tribus, los jefes de los clanes y los imanes. Solo ellos gozan de la confianza de sus súbditos y son capaces de reunirlos cuando celebran fiestas tradicionales o religiosas. He hecho un cálculo rápido: los más influyentes son unos trescientos, lo cual no está nada mal. Por eso he pensado en los mozárabes y los sefardíes. Cuando sepan que pretendemos restablecer la tolerancia en el país, se pondrán todos a nuestra disposición. Son personas muy cultas, saben muchos dialectos y cómo hablar a la población.

—¿Y cuánto tiempo nos llevará eso?

Ubaid ibn Allah no andaba errado. Precisaron diez largos meses para contactar con los principales jefes de las tribus y los notables religiosos. Recorrieron la Península de cabo a rabo, siempre utilizando mil estratagemas para no levantar sospechas. Por doquiera que fuesen, siempre notaban a sus espaldas la gélida sombra de Ben Mabruk y sus mercenarios dispuestos a matar a su propia madre por un poco de dinero. Por fortuna, Ubaid conocía todos los rincones y llamaba siempre a la puerta correcta cada vez que olía el peligro.

Así es como llegaron, en mitad del verano siguiente, al término de la primera fase del plan que habían elaborado con paciencia. Estaba todo listo para la segunda fase, pero no podían cometer ni un solo fallo, pues ya habían empezado a correr rumores. Era menester apresurarse.

Llegaron a una calita a una cabalgada corta de Almuñécar. Allí los esperaba un barco balanceándose, oculto entre las cuevas de las rocas.

Ubaid y Badr se abrazaron con fuerza.

—Te dejo a dos de mis hombres. Aparte de mí, son los únicos que conocen este lugar y que pueden llevarte con Abderramán. Volved aquí dentro de dos días, cuando caiga la noche. No tenéis mucho margen para prepararos, pero ya no podemos esperar más. Yo me encargaré de reunir a una treintena de hombres que os escoltarán hasta Loja a la vuelta. Hasta pronto, amigo mío. Que Alá te guarde...

Badr subió a bordo y permaneció un buen rato despidiéndose de Ubaid con la mano. Luego se volvió y miró fijamente hacia el sur. Hacía un año, casi el mismo día, que había salido de Nador y estaba ansioso por reunirse con su amo para compartir con él la inmensa esperanza que sentía nacer en su interior.

A su derecha vio el sol tocar tierra. Algo le dijo que Abderramán, en la otra orilla, lo miraba también.

Fátima baila en las estrellas.

Ligera como una pluma, salta de una a otra con una gracia infinita. A cada paso que da, sus largos cabellos de luna se levantan y vuelven a caer en cascada sobre sus hombros.

Fátima baila vestida de blanco. Vuela de rama en rama como un ave del paraíso.

Fátima es un ángel. Un ángel puro en el reino de los ángeles. Por encima de ella, un trono reluciente con los siete colores del arco iris.

A ambos lados, con trajes de gala bordados en oro y plata, Hisham y Maruán permanecen de pie, guardianes inmóviles del Esplendor eterno. En su rostro, una serenidad profunda y la sonrisa serena de la dicha.

A sus pies, Yahara recita un poema acompañándose del laúd. Bajo la delicada caricia de sus dedos, las cuerdas cristalinas emanan una música clara y límpida como el agua de una fuente.

Suleimán, con la mirada risueña, juega con un cachorro.

Bien. Todo está bien. Infinitamente bien.

Fátima ya no está sola. Yasmina se ha reunido con ella.

Frente a frente, con los brazos extendidos, forman un corro infantil. Las estrellas gravitan a su alrededor, con mil fuegos luminosos cual diamantes.

Reyes de luz. Hisham y Maruán son dos soles de gloria y magnificencia.

Lentamente, se acercan uno a otro y se funden con el prisma divino en un eclipse cegador.

El cielo se abrasa en miles de estrellas ardientes.

Rojo. Rojo vivo. Rojo sangre. Las estrellas son lágrimas de sangre. Gotean una a una y se funden en un río borboteante que se enrolla sobre sí mismo.

Arriba, Yahara y Suleimán han quedado solos, petrificados en las tinieblas.

Apenas sostenidas por finas tiras de carne, sus cabezas grotescas cuelgan sobre sus pechos. Se despegan una a una y caen rodando hasta el río púrpura que las arrastra en su infernal remolino.

Fátima y Yasmina están en el centro de la vorágine inmunda. De rodillas, con la boca abierta de par en par, gritan en silencio, paralizadas por el enorme agujero que les atraviesa el cuerpo.

El horrible tifón se abre, se ensancha como la boca de un monstruo repugnante, lo devora todo y desaparece con un innoble gorgoteo, dejando tan solo la vertiginosa vacuidad de la nada.

No. Eso no sucede. Eso no puede suceder. Eso jamás ha sucedido.

Fátima, Yasmina, no... Yahara, Suleimán, no, no...

—¡No!

Abderramán se despertó sentado en la oscuridad, con el cuerpo empapado en sudor y el pecho a punto de explotar.

Permaneció un rato largo escuchando los latidos de su corazón, luego se levantó, se puso una camisola y un pantalón blancos y salió con la cabeza descubierta. El viento fresco de la mañana le azotó la cara y le infundió nuevas fuerzas. Al comprobar que el pueblo entero seguía durmiendo, enfiló hacia la playa. Una vez en el arenal, respiró hondo y miró hacia Oriente. El sol incendiaba ya el horizonte, inundando el mar de reflejos ambarinos bajo el azul metálico del cielo. Ante tanta belleza, cayó de rodillas de cara al este, vuelto hacia su país natal, que amaba por encima de todo y que nunca abandonaba sus pensamientos.

«¡Tierra, oh, tierra mía! ¡Cuántos hombres te han arañado con sus uñas antes de morir! ¡Cuántas mujeres arrodilladas han depositado en tu polvo el hijo bendito de su sufrimiento! Tierra cruel, madre violenta, vientre manchado por la sangre de nuestras lágrimas, te amo como nunca te he amado. ¿Por qué estás tan lejos de mí? Que el misericordioso Alá pueda, en el último día de mis días, transportarme hasta ti para descansar eternamente en tu dulce luz. ¡Al fin reunido con los míos, dejaré la muerte para unirme al amor, me fundiré en tu sustancia y beberé despacio tu eternidad!...».

Con los ojos arrasados en lágrimas sacó de su pecho un saquillo de piel atado con un lazo, lo abrió con delicadeza y colocó en la palma de su mano una pizca de tierra marrón. Era el único tesoro que le quedaba, una ínfima parcela de su tierra sagrada, de Siria, que había llevado consigo y que lo ataba a la vida. El olor del humus le hizo recordar todos los perfumes de su infancia, las carreras alocadas por los jardines de al-Ruzafa, la caza del halcón con su padre en el desierto y las noches al raso bajo el susurro de las palmeras.

Se llevó la mano a la boca y probó la tierra con la punta de la lengua. Estaba salada, pero le pareció que contenía todos los sabores de Oriente. Con sumo cuidado devolvió lo que quedaba al saquillo, lo ató con esmero y se encaminó de nuevo hacia el pueblo.

Había trasiego alrededor de la tienda del viejo jefe. Las mujeres preparan el «ftur», el almuerzo de la mañana de después de la primera oración, y los aromas delicados le abrieron el apetito.

—Señor, os he buscado por todas partes.

—Ah, eres tú, Ahmed... Tuve una pesadilla y fui a tomar un poco el aire. Pareces agitado. ¿Qué sucede?

—Badr ha vuelto. Llegó de madrugada y no quiso despertaros. Os está esperando. Abderramán se apresuró hacia la tienda con el corazón palpitante.

Badr estaba ahí, con una copa en la mano. Permanecieron un buen rato abrazados sin mirarse, sin hablar siquiera, saboreando en silencio la dicha de su reencuentro.

Finalmente retrocedieron, contemplándose como si se vieran por primera vez.

—¡Badr, de verdad eres tú, pensé que no volvería a verte!

—Mi amo, por desgracia no he podido daros noticias mías porque era demasiado peligroso. No podía confiar en nadie.

—Lo importante es que estés aquí. ¡Estoy tan ansioso de que me lo cuentes todo!

Mientras desayunaban, Badr relató con todo detalle los acontecimientos desde su salida de Nador. Empezaba a acostumbrarse a este tipo de ejercicio y, mientras hablaba, se preguntó si no estaría predestinado a narrar historias durante el resto de su vida.

Cuando hubo terminado, Abderramán lo miró fijamente con gravedad, casi solemnidad. Era la primera vez que lo veía así.

—Badr, ¿tenemos alguna posibilidad?

—Una posibilidad real, amo, a condición...

—¿A condición...?

—De que no surjan imprevistos de última hora. Reunir y mantener con el mismo estímulo a comunidades de costumbres e intereses dispares resulta muy difícil. A la mínima dificultad puede desmoronarse todo.

—¿Con cuántos hombres de confianza podremos contar?

—Según nuestros cálculos, entre veinticinco y treinta mil hombres armados. Pero hay otros miles que pueden sumarse a nosotros. Dependerá de cómo evolucione la situación.

—¿Cuándo partimos?

—Mañana.

La suerte estaba echada. Pasaron el día entre discusiones apasionadas sobre el futuro de al-Ándalus y los preparativos de la travesía. Los guerreros que habían acompañado a Badr durante la primera expedición se presentaron voluntarios para formar parte de la guardia personal de Abderramán, privilegio que se les concedió de inmediato.

Se organizó una gran fiesta de despedida en honor de los dos sirios que, pese a no tener el brillo de la anterior, fue todo un éxito. Al día siguiente, bajo el sol de mediodía, todo el pueblo estaba reunido detrás del viejo sabio. Este último estrechó largamente a Badr entre sus brazos, luego se acercó a Abderramán y le puso solemnemente las manos en los hombros.

—No olvides, mi príncipe, que hay sangre bereber en este cuerpo aún joven y lleno de vida. Y mientras viva, un bereber no abandona jamás. Ve, y que Alá te guíe hacia tu destino.

Después se volvió, seguido por todos los miembros de la tribu.

Solo los niños los acompañaron hasta la playa. Abderramán escrutaba los alrededores con inquietud, pues no había visto a Alí en toda la mañana.

Lo vio finalmente, sentado a la sombra de una barca, llorando a lágrima viva. Tras mirar de reojo a Badr, se acercó al niño, lo agarró en brazos y se lo llevó unos

metros más lejos, a salvo de las miradas.

Lo dejó suavemente en la arena, se arrodilló ante él y deslizó la mano entre sus cabellos.

—Alí, mírame... Marcho a la guerra y la guerra es cosa de hombres, ¿entiendes? Sabes que siempre cumplo mi palabra. Te prometo que vendrás a verme cuando crezcas y volveremos a contar todas las estrellas que brillan en el cielo.

Le señaló con el dedo un brote que afloraba en medio de las hierbas secas.

—¿Ves esta planta? Vamos a cogerla juntos. Cuidado con arrancarla, hay que cavar a su alrededor.

Abderramán ayudó al pequeño a cavar la tierra arenosa, que cedió fácilmente. Cogió el precioso cepellón y se lo enseñó.

—Cuando gane la guerra la plantaré en los jardines de mi palacio y la visitaré todas las tardes. Y todas las tardes, a la hora en que el sol se pone en el mar, pensaré en ti al mirarla, y tú también pensarás en mí en ese mismo momento. Será nuestro secreto, ¿de acuerdo?

Alí asintió tristemente con la cabeza. Abderramán notó que no lo había convencido del todo. Tras un último beso, metió la planta en su bolsa y se fue sin volverse, con el corazón en un puño.

La travesía duró más de lo previsto. A media tarde el viento amainó bruscamente y el sol estaba ya bajo cuando avistaron al-Ándalus. Abderramán, de pie en la proa del barco, escrutaba el horizonte pensativo y en silencio, con una mezcla de aprensión y curiosidad. Lo primero que vio fue la línea incisiva de las montañas, cuyo color gris azulado contrastaba con el hilo dorado de la costa bañada por el sol de poniente. Aún distaba bastante y le sorprendió distinguir con tanta claridad los contornos. Concluyó con alegría que el aire sería tan puro como el de Siria, inspiró una buena bocanada por adelantado y cerró los ojos, con todos los sentidos alerta.

Una suave brisa rozó su rostro y le hizo estremecerse de placer. Era el terral, tan característico del pleno verano, una mezcla de ondas templadas y caricias más frías procedentes de las nieves perennes.

No era la primera vez que experimentaba tales sensaciones. En su adolescencia había acompañado a su padre a Kairuán para inspeccionar las obras de embellecimiento de la Gran Mezquita. Llegaron a Damasco bordeando las costas del Líbano, empujados por un viento caliente del este cuyas esencias sutiles lo habían embriagado.

No había olvidado aquel instante.

Cada vez más excitado; aspiró el aire como un perro al acecho. Perfumes de resina se mezclaban con el aroma a menta de la tierra que devolvía su calor a la noche. Reconoció fragancias de pinos y coníferas, y le invadió al instante una ola de

bienestar. La fama de al-Ándalus era merecida. Era realmente la maravillosa tierra de acogida de la que tanto había oído hablar.

Arribaron cerca de la costa cuando un débil rayo de luna iluminaba apenas las rocas. Los dos hombres de Ubaid gobernaban en silencio, buscando referencias en la penumbra. Uno de ellos se apostó delante, luego encendió una antorcha e hizo grandes molinetes por encima de su cabeza. Esperó unos segundos y repitió la operación. Sin respuesta, se volvió con semblante inquieto.

—¿Estás seguro de que no nos hemos equivocado?

—Seguro. No debemos de estar lejos de la caleta, pero como está muy escondida, quizá deberíamos alejarnos un poco. Nos hallamos demasiado cerca de la orilla.

El timonel maniobró para volver a alta mar y le indicó a su compañero que repitiera la señal.

—¡Allí!

Abderramán señaló con el dedo una luz débil a la derecha. Viraron más de un kilómetro hacia el oeste y tuvieron que remontar la corriente hasta la playita, donde desembarcaron al cabo de unos minutos. Ubaid ibn Allah los esperaba con una treintena de hombres y caballos que piafaban impacientes encima de los guijarros.

—Salud, Badr. Ya empezábamos a preocuparnos.

—Nos han retrasado los vientos y las corrientes adversas. Ubaid, te presento al príncipe Abderramán.

Ubaid se inclinó respetuosamente y se volvió enseguida hacia sus hombres.

—¡Postraos ante vuestro príncipe!... En adelante será el único guía de vuestra fe y conducta. Tendréis que protegerlo en cualesquiera circunstancias, arriesgando la vida, y no traicionar jamás el juramento de fidelidad por el cual os comprometéis ahora mismo ante él. ¡Juradlo!

—¡Lo juramos!

A Abderramán le costaba disimular su emoción ante estos hombres, rodilla en tierra, prestos a morir por él. Esta muestra de fidelidad casi brutal era la prueba formal de que el esplendor de los califas de Damasco seguía intacto.

—Levantaos, amigos míos. Sabed que no soy sino un inmigrante, un príncipe sin reino, sin título ni fortuna. Pero he conservado algo que nadie en el mundo podrá arrebatarme: el honor de un omeya. Este honor es también vuestro y jamás aceptaremos que unos renegados se mofen de él. Alá está a nuestro lado. ¡Juntos venceremos!

—¡Venceremos!

Con una mirada de admiración, Badr se acercó discretamente a su amo.

—Señor, me siento orgulloso de vos. Estas son las palabras de un jefe.

Abderramán no respondió. Iba a cumplir veinticinco años y, por primera vez en su vida, comandaba hombres. Era una sensación nueva, extraña, excitante, como un fuego que quema el cuerpo y el corazón. Y la certeza de que nada podría oponerse al destino que, de ahora en adelante, era suyo.

Ubaid ordenó a los suyos que ataran los caballos y levantaran el campamento.

—Es demasiado tarde para emprender el camino. Pasaremos aquí la noche y saldremos al alba.

—¿Cuánto tiempo se precisa para llegar a Loja?

—Ya no vamos a Loja, Badr. La tarde de tu partida supe que mi casa estaba vigilada. Seguiremos la antigua calzada romana por el interior, después un camino de cabras y nos desviaremos hacia el suroeste en dirección a Torrox, donde el señor Abdelkrim nos espera en su castillo. Allí estaremos totalmente a salvo, es un omeya que simpatiza con nuestra causa desde hace tiempo.

Emprendieron el camino de madrugada, cruzaron el acueducto romano después del columbario y encontraron el camino de cabras que serpenteaba a través de los primeros contrafuertes montañosos. Dos horas después se desviaron hacia su izquierda, en descenso hacia el mar.

En el camino de Torrox, Abderramán, con la vista maravillada, contemplaba el paisaje que se abría como un libro.

A lo lejos los abetos se precipitaban por las laderas abruptas hasta el pie de los cerros ondulantes, tapizados de robles albares, arces y castaños. Más abajo, las alineaciones de olivos e higueras estriaban la llanura bordeando los pinares. Por doquier, en las orillas de los caminos, en los menores surcos del suelo, sobre las paredes blancas de las casitas inundadas de sol, miles de flores fulgurantes de luz cantaban los colores del arco iris.

—Al-Ándalus, tierra prometida...

—Príncipe, ¿me decíais algo?

—No, Ubaid, solo estoy soñando. Pero dime, aquello de allá no serán...

—Campos de caña de azúcar, señor. Los egipcios la trajeron de orillas del Nilo tras la gran conquista.

Abderramán se preguntaba qué podía faltarle a aquel auténtico jardín del Edén. Se había formado una ligera idea, pero no la comentó con nadie, limitándose a admirar los esplendores que le ofrecía la naturaleza.

Llegaron a Torrox al final de la tarde.

La alcazaba se erguía como una gran nave de piedra y dominaba el mar. La mayoría de los habitantes vivía detrás de las murallas, a resguardo de enemigos y merodeadores. Curtidores, forjadores, alfareros, aguadores, especieros, horticultores, todo un pequeño mundo trajinaba en torno a la morada del señor, un caserón de muros espesos del que despuntaban un torreón y una atalaya.

—¡Ah de la casa! ¡Centinelas! ¡Abrid las puertas al príncipe Abderramán, hijo del difunto Maruán II, califa de Damasco, que viene a traer la paz, la tolerancia y la verdadera Palabra del Profeta a nuestra buena tierra de al-Ándalus! El señor Abdelkrim lo está esperando.

Ubaid bajó su estandarte tres veces, según la señal convenida. Las puertas se abrieron con un gemido y descubrieron el gran patio interior donde todos los

habitantes del pueblo se habían reunido. Ubaid, pendón en alto, presionó con un gesto seco los costados de su caballo y el cortejo avanzó lentamente en medio de un silencio impresionante.

Abderramán notaba todas las miradas clavadas en él y se preguntaba con ansiedad cuál sería la reacción de estos hombres y mujeres que lo veían por primera vez.

La imagen de su padre le vino a la memoria, y con ella todo lo que le había enseñado sobre el arte de conjugar la fuerza y la elegancia en presencia de sus súbditos.

Instintivamente, se enderezó sobre su montura y levantó la cabeza.

Una voz se oyó de repente entre el gentío.

—¡Viva nuestro príncipe!

Fue como si hubiesen dado la señal. El clamor se elevó como un canto de victoria.

Abdelkrim, de semblante jovial y mirada viva bajo cejas espesas, esperaba en la entrada del caserón. Recibió a Abderramán con los brazos abiertos y lo invitó a entrar en la sala de guardia.

—Príncipe, sed bienvenido a mi morada. A partir de ahora será la vuestra. Mis siervos están a vuestras órdenes.

—Gracias, Abdelkrim. Me conmueve mucho tu hospitalidad y sabré recordarla.

—¡Den de comer a estos hombres, que estarán muertos de hambre! Selim, lleva al príncipe Abderramán a sus aposentos para que descanse un poco. Nos veremos dentro de una hora para cenar.

Precedidos por el joven paje, Abderramán y Badr cruzaron la sala y subieron por la escalera de caracol del torreón que conducía a los pisos.

En el segundo, entraron en una amplia alcoba con una cama grande de sábanas finas rodeada de pieles de animales. Las paredes estaban adornadas con sables y lanzas cuyas hojas brillaban a la luz de las antorchas. La alcoba tenía ajimeces con vistas al mar y comunicaba directamente con otras dos habitaciones más pequeñas. A un lado, el cuarto de servicio donde Badr se instaló enseguida; al otro, lo que antes sería una letrina, transformado ahora en cuarto de baño decorado con mosaicos multicolores, del suelo al techo.

Selim señaló con el dedo dos baúles guardados en un rincón y se volvió hacia Abderramán.

—El más pequeño está reservado para vuestros efectos personales. El más grande está repleto de ropas nuevas que mi amo ha mandado confeccionar especialmente para vos. ¿Necesitaréis cualquier otra cosa, señor?

—Solo una, Selim. ¿Puedes ir a buscarme un jarrón lleno de tierra fértil mezclada con arena?

—Se hará conforme a vuestros deseos.

Abderramán miró cómo se alejaba Selim y le invadió un profundo vértigo.

Después de Alí, el azar ponía en su camino la imagen irreal de una nueva resurrección. El joven de constitución débil y grandes ojos almendrados le recordaba a Yahara con tanta fuerza que se le hizo un nudo en la garganta y tuvo que esforzarse para no romper a llorar.

Abrió de par en par las ventanas de la habitación, como si le faltara el aire.

Al oeste, el sol había desaparecido por completo detrás de las montañas y había dejado una franja rojiza flotando sobre el horizonte. Al este, el rectángulo de Orión se alzaba sobre el mar oscuro. Se preguntó si Alí lo estaría contemplando en ese instante y sonrió con melancolía.

Hizo sus abluciones, bebió agua fresca, luego abrió el baúl grande y extendió en la cama las prendas que le habían preparado. Contempló admirado la finura de los bordados y el brillo de los colores, pero eligió el atuendo que le parecía más modesto. Todo, desde las sandalias hasta el turbante, era de un blanco inmaculado. El blanco, símbolo de inocencia y pureza, indicaba a sus ojos el nacimiento de una vida nueva y el camino de la esperanza. Es así como quería mostrarse en adelante a su pueblo, en la humilde y transparente luz de los justos.

Selim volvió con una vasija de gres rosa que sujetaba religiosamente entre sus manos. Abderramán cogió con delicadeza la planta que había guardado en su bolsa desde su salida de Nador y la plantó él mismo en la tierra blanda ante la mirada curiosa de su joven criado.

—Se llama cactus. Crece en la arena y en los pedregales de todos los desiertos del mundo. Algunas leyendas cuentan que viene del reino del Preste Juan, un país maravilloso allende las montañas de Persia; otras, que fue transportado por el dios de los vientos desde un continente misterioso, al otro lado del gran mar. Ponlo en algún lugar luminoso a resguardo de las intemperies. Cubre la tierra de piedras planas que reflejarán los rayos del sol y conservarán la humedad en las raíces. Así no hará falta regarla, simplemente humedecerla de vez en cuando como el rocío de la mañana.

Abderramán siempre había guardado en el fondo de su corazón el recuerdo encantado de los jardines de Mshatta, cuando apenas era un crío, y las largas caminatas con su abuelo Hisham, que lo había iniciado en los misterios ocultos de la naturaleza y la ciencia. Había conservado un profundo respeto por la tierra nutricia y una pasión secreta por los vínculos que mantenía con el curso de los astros en el cielo.

—¿Te interesan las plantas, Selim?

—Sí, señor, las amo con toda mi alma. Cultivo algunas en el huerto del castillo, así como árboles frutales y plantas aromáticas. También crío abejas. Cuidaré del cactus como de mi propia vida, lo juro.

—Ahí no acaban las sorpresas, Selim. Si Alá me concede la victoria, mandaré traer plantas de Oriente y crearé en mi palacio el jardín más hermoso que hayas visto jamás. Tú serás el guarda, te enseñaré a disponerlo y mantenerlo. Pero entretanto llévame a la mesa de tu amo, ¡me suenan las tripas del hambre!

Encontraron a Abdelkrim conversando jovial con Ubaid y Badr alrededor de una mesa copiosamente guarnecida. Abderramán fue invitado a instalarse en el sitio de honor y cenó con mucho apetito junto a sus amigos. Cuando terminaron de comer, Abdelkrim tomó la palabra para hacer balance de la situación.

—En primer lugar, quisiera señalar el encomiable trabajo de aproximación efectuado estos últimos meses, gracias al cual sabemos ahora que todo es posible. Un ejército de veinte mil hombres puede plantar cara al enemigo e incluso prever la victoria. Pero la tarea está lejos de haber concluido, ya que una gran mayoría del pueblo no se ha decidido todavía.

—¿Cómo es eso?

—Os lo explicaré, mi príncipe. En su mayor parte el ejército de al-Fihri se compone de persas, con la famosa guardia negra y sus terribles guerreros a la cabeza. En total, veinte mil combatientes. Pero no son los únicos. También hay sirios y bereberes.

—¿Sirios y bereberes?

Abderramán no daba crédito a lo que oía.

—Sí, señor. Los sirios son los envidiosos y los traidores de la causa omeya que se aliaron con Bagdad desde el ascenso al poder de Abu-l-Abbás. Serán unos tres mil hombres. No debemos olvidar que los bereberes, por su parte, se convirtieron al Islam hace poco y algunos se han sentido atraídos como moscas por la línea dura de los imanes abasíes. Han engrosado las filas del ejército enemigo por centenares y, según nuestros cálculos, actualmente sumarán unas cinco mil unidades.

—Quizá, pero esto no nos dice nada sobre el resto de la población.

—Precisamente, el pueblo no sabe muy bien a qué son bailar. Desde que se anunció vuestra llegada, los árabes se han alineado con nosotros, pero muchas tribus bereberes ignorantes de vuestros auténticos orígenes siguen en la duda, a la espera de un gesto decisivo por vuestra parte.

—Por Alá, ¿qué gesto podría yo darles, encerrado en este castillo?

Badr tomó el relevo de Abdelkrim.

—La fe, amo. La verdadera, la pura, la tolerante, la de vuestros gloriosos ancestros. Para muchos sois portador de un estupendo mensaje de esperanza y amor. Aquí nadie se deja engañar por la política de Abu-l-Abbás, que es «divide y vencerás». En el polo opuesto, vos sois un aglutinante. Por eso al principio tendremos que convencer a los indecisos mientras seguís oculto, no solo por vuestra seguridad, sino también para alimentar el misterio en torno a vuestra persona. Cuando estemos seguros de nuestras fuerzas, entonces podremos iniciar nuestra marcha hacia Córdoba y en ese momento preciso os mostraréis ante el pueblo, con motivo de un acontecimiento que deberá impresionarle y sobre el que estamos reflexionando ahora.

—¿Y cuál será ese acontecimiento?

—Una gran concentración popular en la mezquita de Archidona, en el camino a Sevilla.

Ubaid había hablado con calma y determinación. Ante el semblante dubitativo de Abderramán, prosiguió con un tono que intentaba ser tranquilizador.

—Según las últimas informaciones de que disponemos, Yusuf al-Fihri está a punto de terminar su expedición por las provincias del norte. No sabemos cuándo volverá a Córdoba, pero apostamos casi seguro a que lo hará antes del inicio del invierno; es decir, dentro de cuatro meses como mucho. Tenemos el tiempo justo para ponernos en contacto con los reticentes, convencerles de que simpaticen con nuestra causa y dar comienzo a la campaña.

—En ese caso, ¿por qué no avanzar hacia Córdoba ya?

—Porque aún no estamos preparados y sigue habiendo divisiones en la clase dirigente de la ciudad. Lo ideal sería sorprender a al-Fihri en cuanto llegue a Córdoba, con un ejército debilitado por más de un año de guerra. De este modo tendremos muchas probabilidades de cosechar una victoria rápida e indiscutible, si además contamos con el apoyo sin reservas de la población. Por este motivo la concentración de Archidona constituye una de las claves esenciales de nuestra estrategia. Antes de hacer que hablen las armas, esta es la primera batalla que hemos de reñir.

—Y no está ganada por adelantado.

—¿Qué quieres decir, Abdelkrim?

—Como ya os he dicho, mi príncipe, una parte de la población vacila. Pero ocurre algo más grave. Por cuarto año consecutivo una horrible sequía asuela al-Ándalus. A los pastores apenas les quedan pastos para sus rebaños y pronto los campesinos dejarán de regar sus campos, pues los pozos están secos y las fuentes se agotan. La fauna salvaje ha huido hacia tierras más clementes y los cazadores vuelven con las manos vacías. Si no sucede nada en los próximos meses, la situación puede tornarse catastrófica y dejaremos de ejercer control alguno sobre estas pobres gentes.

—¡Por las barbas del Profeta, no soy adivino ni mago, y tampoco puedo hacer que llueva con una simple palmada!

—Lo sabemos, maestro —prosiguió Badr—. Pero a sus ojos, o sois un vil impostor, o sois al-Dayil ibn Maruán, príncipe omeya investido de una misión sagrada. Y en ese caso, tenéis el poder de gobernar los cielos.

Abderramán estaba pasmado. No era la lluvia, sino la bóveda celeste lo que le caía sobre la cabeza. No solo la victoria estaba lejos de ser evidente, sino que, por lo visto, ahora dependía de una intervención divina capitaneada por él.

Regresó a su habitación, desconcertado, y permaneció postrado durante un buen rato. Abrumado por el peso que le oprimía el vientre, se puso a rezar en silencio.

«Padre, respondedme... ¿Seré lo bastante fuerte como para soportar la inmensa tarea que me espera? Vos, que me habéis enseñado la valentía, ¿qué puede la valentía frente al odio ciego? Vos, que me habéis abierto los caminos de la razón, ¿qué puede la razón frente a la embriaguez de los locos? ¿Debo encomendarme a la sabiduría de Dios o puedo creer aún en la de los hombres? ¿Qué podría yo decirles que no les

hayáis dicho ya, hacer que no hayáis hecho ya, dar que no hayáis dado ya? Y tú, abuelo, que tan bien sabías hablar a las flores y a las aves, tú, que me lo has enseñado todo sobre la naturaleza universal, el frescor del agua, la tibieza del aire, el calor del fuego, ¿es posible que esta tierra seca se ofrezca a la hoguera del cielo tan solo para acoger en su seno gélido los cuerpos exangües de los inocentes? Escucha mi oración, abuelo, e intercede por mí ante el Todopoderoso para que su infinita bondad se esparza como la lluvia y haga renacer una vida pacífica y próspera. Que así sea».

El otoño tocaba a su fin.

Desde hacía varias semanas, Ubaid y Badr recorrían las provincias mientras Abdelkrim iba y venía regularmente entre Torrox y Sevilla para localizar los últimos manantiales y las valiosas bases de avituallamiento a lo largo de la ruta que debían seguir las tropas.

Cada día llegaba una partida de nuevos combatientes que se unían a la causa de los insurrectos, hasta tal extremo que fue imposible alojarlos en el recinto del castillo. Se improvisó rápidamente un campamento y pronto llegaron al pie de las murallas dos mil hombres armados para engrosar las filas de la guarnición. La descripción de Ben Mabruk se difundió por toda la región. En previsión de que las cosas se torcieran, un barco amarrado en el pequeño puerto pesquero de Torrox esperaba listo para zarpar en cualquier momento y conducir al príncipe omeya hasta Nador, a la espera de circunstancias más favorables.

Abderramán, por su parte, pasaba sus días en compañía de Selim y le relataba las bellezas de Oriente, sus paisajes grandiosos y la riqueza de su vegetación. El joven bereber se embecía de sus palabras y sus grandes ojos abiertos como platos brillaban un poco más con cada descripción de una especie desconocida.

Todas las tardes, bien escoltados, daban largos paseos por la orilla del mar y nunca olvidaban, antes de despedirse, ir a ver el cactus, que parecía muy bien adaptado a su nuevo clima.

No había puesta de sol en que Abderramán no pensara en el pequeño Alí, los ojos perdidos en la inmensidad crepuscular del cielo. No obstante, una noche buscó durante un buen rato las primeras estrellas y solo vio un débil halo de luna que las espesas nubes oscuras tornaban borroso.

Un estallido siniestro lo despertó en mitad de la noche y creyó que el castillo se hundía. Se levantó, abrió las ventanas de su habitación y respiró el aire húmedo que parecía paralizar el espacio en un silencio opresivo. Tuvo la vaga sensación de haber vivido ya ese mismo instante y buscó en su memoria. Su rostro se iluminó de pronto al reconocer de lejos el canto regular de la lluvia.

¡Oh, Señor misericordioso, hacía tanto tiempo que no la escuchaba! Había llegado de improviso, sumergiendo al pueblo en un agua purificadora, liberando todos los

perfumes de la tierra, goteando por los caminos y los callejones, como si trajera la palabra divina.

Se vistió frenéticamente, bajó de cuatro en cuatro la gran escalera del torreón y salió al patio. Todos los ocupantes del castillo estaban allí reunidos, y cantaban y bailaban felices bajo la tormenta.

Algunos rezaban con fervor y nada más ver a Abderramán en el umbral, lo rodearon, aclamándolo. Una mano se posó sobre su hombro.

—Déjame mirarte...

Sorprendido, se volvió. Un anciano de rostro pálido e imberbe, reseco por los años, lo miraba fijamente con sus ojos claros de una intensidad inusitada, casi hipnótica. Una larga estola de seda blanca le cubría la cabeza y caía sobre sus hombros prominentes.

—¿Quién eres, anciano?

—Me llamo Eusebio de Antioquía. He seguido los caminos de Simón Pedro hasta Roma, pasando por Corintio, y me han encomendado la misión de difundir la palabra secreta de los Evangelios en las provincias del sur.

—¿De los Evangelios? ¡Entonces eres cristiano!

—Lo soy, joven sirio, con la misma fuerza y la misma convicción que las que han forjado tu fe de musulmán. Tenemos tantas cosas en común...

Ante la mirada incrédula de Abderramán, siguió con una sonrisa luminosa.

—El amor, hijo mío, por el cual has traído la lluvia. El amor en el esplendor exaltado del Padre, creador de todas las cosas de este mundo, que mostró su sabiduría y su bondad infinitas a los ojos de los santos profetas, Musa el Hebreo salido de Egipto, Mohamed de Medina e Isa ben Mariam, Jesús el Nazareno, hijo de la bienaventurada María siempre virgen, que dio su vida para salvar a los hombres. Benditos sean sus nombres y el tuyo para siempre.

Acercó su mano nudosa al rostro del omeya, recorrió con un dedo tembloroso el fino borde de la barba, luego ascendió por la nariz recta y trazó con una caricia el signo de la cruz sobre la ancha frente, enmarcada por cabellos negros y sedosos.

—Te pareces tanto a él...

Abderramán ni siquiera había pestañeado, fascinado por las extrañas palabras del viejo patriarca y el increíble gesto con el que acababa de ser consagrado.

Se vio de nuevo al pie de la cruz en la capillita de Jerusalén, unos años antes, bajo la mirada infinitamente triste de aquel a quien sus protectores llamaban el Hijo del Hombre y al cual adoraban como a un dios.

Volvió a dormirse al alba, acurrucado como un niño, apretando contra su pecho el saquillo de piel que contenía toda su vida.

En los pasillos del palacio del Alcázar reinaba una atmósfera glacial. Yusuf al-Fihri entró en el salón del Consejo, contempló con aire melancólico los revestimientos macizos de los muros y se dejó caer en su sillón suspirando. Se sentía desesperadamente solo en medio de esta fortaleza húmeda y fría donde nadie, ni siquiera la mujer más hermosa de su harén, era capaz de alegrar un ápice su existencia.

Llovía sobre Córdoba desde hacía más de un mes y, pese al reverdecimiento de la naturaleza para gran alivio de los campesinos, la tierra dura como la piedra no lograba absorber más trombas de agua y vertía por doquier auténticos torrentes de barro.

Los graneros estaban vacíos y el Guadalquivir, el Río Grande, era cada vez menos navegable y dificultaba el comercio y el abastecimiento.

Su ejército, pese a la victoria, había salido diezmado en las provincias del norte. Tal como estaban las cosas, era incapaz de combatir otra vez o resistir un asedio. Para colmo, los rumores de una posible sublevación se tornaban cada vez más acuciantes y la sola evocación de ese engendro de omeya que todos tomaban por el Salvador lo irritaba soberanamente.

Por despecho se sirvió una copa de vino hasta el borde y se la bebió a grandes tragos.

—Gobernador, el señor Ben Mabruk ha llegado. Espera su beneplácito.

—Que entre.

Al ver acercarse la silueta sombría e impresionante del hombre de negro, se le encogió el estómago. No le gustaba Ben Mabruk y desconfiaba de él como de la peste.

Esbozó una sonrisa crispada y lo invitó a sentarse.

—Bienvenido seas, caballero. ¿Tomarás una copa de este excelente vino de jerez?

—Gobernador, nuestra religión...

—¡Al diablo la religión! Si no hubiese llevado montones de barriles para calentarles el cuerpo y el espíritu, hace un siglo que mis soldados habrían capitulado al pie de las montañas. Tú ya has participado en esta clase de expediciones y me comprendes, ¿verdad?

Ben Mabruk solo comprendía una cosa. Yusuf al-Fihri era un pedazo de idiota que solo sabía guerrear y no conocía las sutilezas del poder.

El miedo y la religión, esa era la clave. Frente al miedo, la religión siempre es el último refugio. Bastaba con suscitar el primero y echar el cerrojo a la segunda para tener al pueblo a tu merced. Ahora bien, él destacaba en el arte de provocar el miedo y su querido califa, en calidad de comendador de los creyentes, era el único garante, temible y temido, de la verdad del Libro. Así se rizaba el rizo.

Se llevó con prudencia la copa a los labios y bebió un trago de vino. Estaba delicioso.

—Entonces, mi querido amigo, ¿sigues buscando al joven mequetrefe?

Ben Mabruk recibió el comentario como una bofetada. Reprimió una mueca de irritación.

—Al que espera con paciencia todo le llega, mi señor. No le he seguido la pista durante más de cuatro años para abandonar ahora. Tenemos la certeza de que el chacal desembarcó este verano, procedente de Nador, y que se esconde en algún lugar de la costa. Cuenta con muchos cómplices, sobre todo un tal Ubaid ibn Allah, cuya morada he puesto bajo vigilancia en la medina de Loja. El cerco se cierra y solo es cuestión de días.

—¿Estás seguro de que no va a atacarnos ahora?

—¿Atacaros? Imposible, gobernador. ¿Cómo iba a hacerlo? A menos que ya tenga un ejército a su disposición, en cuyo caso disimula muy bien su juego, pues no hemos detectado ningún movimiento sospechoso. Me cuesta creer que se dirija hacia Córdoba tras un tiempo de preparación tan corto. Además, ¿quién se atrevería a cruzar las montañas en este momento? Los caminos son intransitables. Si intenta algo, no será antes de que termine el invierno, es decir, dentro de tres meses como muy pronto. Podéis dormir a pierna suelta.

—Tanto mejor. Eso me deja unas semanas para volver a poner en pie a mis hombres. Voy a encargarte, pues, una misión. Por eso precisamente te he hecho venir.

—¿Una misión?

—Sí, y de las más agradables. Regresarás a Bagdad para anunciarle la victoria al califa. Nuestras tropas de la alcazaba de Zaragoza poseen el control total de las provincias del norte y podemos permanecer tranquilos un buen tiempo. A modo de obsequio, he mandado preparar un baúl herméticamente cerrado, lleno de cabezas de rumíes. Estoy seguro de que nuestro gran comendador lo apreciará, ¡le encantan estas cosas!

Estalló en una risa sonora que retumbó en toda la sala.

Un escalofrío desagradable recorrió el espinazo de Ben Mabruk. Si al-Fihri hubiese querido hacerlo adrede, no le habría salido mejor.

—Gobernador, ¿puedo pedirlos un favor?

—Por supuesto.

—Si Abderramán atacara antes de mi regreso, prometedme que haréis lo imposible por capturarlo vivo. El teniente del Profeta es asunto personal mío.

—Lo entiendo perfectamente, puedes contar conmigo. Entretanto, esta será tu misión. En Cádiz te espera un barco con los víveres necesarios. Buena suerte, amigo mío.

La audiencia había concluido. Seguramente todo se había decidido de antemano. Bien mirado, a Ben Mabruk no le disgustaba regresar a Bagdad. Tras meses de continuo trasiego por tierras andaluzas, estaba deseando volver a disfrutar de las noches cálidas de los barrios populares, las peleas de gallos y las esclavas nubias de nalgas protuberantes. Las cabezas de los infelices derrotados servirían de anticipo a la del príncipe omeya y calmarían, o eso esperaba al menos, la furia obsesiva de Abu-l-Abbás.

Partiría, pues, al día siguiente con su funesta carga. Y dos o tres ánforas de jerez, únicamente para amenizar el viaje.

Por primera vez después de mucho tiempo, se sorprendió sonriendo.

Año de gracia 756 de la era cristiana

Año 134 de la hégira

Encaramado a un cerro, el pueblecito de Archidona resplandecía al sol. Los olivares se extendían hasta donde alcanzaba la vista, jalonados aquí y allá de rodales de encinas con el follaje aún claro en esta primavera temprana.

Llegada de todos los rincones de la región, una muchedumbre considerable se había congregado a la vera de los caminos y aguardaba en silencio el paso del príncipe de Damasco y su ejército.

Aparecieron poco antes de mediodía por el camino del sur, tras una larga marcha de casi una semana que los había llevado a Vélez-Málaga, Alcaucín y Zafarraya. La interminable procesión serpenteaba por las vaguadas, avanzando lentamente al ritmo de las bestias de carga con víveres y material.

La vanguardia se componía de soldados de infantería bereberes cuyo número había aumentado de manera considerable desde su salida de Torrox. Habían llegado por centenares para acatar las órdenes de su hermano de sangre, reservándose la misión de protegerlo al frente de la tropa. Detrás del gran estandarte blanco que enarbolaba orgulloso el joven Selim, Abderramán, también él vestido de blanco, cabalgaba al lado de Badr delante de la caballería de lanceros sirios, estimada en un millar de hombres.

Luego venían la caravana de zapadores y la cohorte de intendentes con las provisiones de comida, las reservas de agua y los equipos. Abdelkrim había tomado el mando de la retaguardia y vigilaba con aire inquieto a cerca de dos mil guerreros amonitas, acompañados de un batallón de voluntarios que se les habían unido en desorden, armados con horcas, hondas o simples palos.

El largo cortejo se detuvo al pie del cerro. Abderramán, Badr, Abdelkrim y los principales jefes militares remontaron a caballo la fila de combatientes, cruzaron la antigua puerta romana de la alcazaba y siguieron por la calle principal que ascendía hasta la cima. Allí, en el centro de un patio pavimentado que dominaba la llanura, la pequeña Mezquita se proyectaba hacia el cielo.

Tras un almuerzo frugal, se desataron las lenguas y todas las conversaciones giraron en torno a la futura batalla. Abderramán aprovechó para llevarse aparte a Badr.

—Es extraño, cuando pasaba por delante de ellos, tuve la impresión de que estos hombres y mujeres ya no me miraban como a un bicho raro. Créeme si te digo que he oído una voz a mis espaldas que decía: «Que Alá proteja a nuestro nuevo califa...».

—No debe sorprenderos, amo. Todo esto es fruto de un largo trabajo de condicionamiento cuya apoteosis debería tener lugar hoy mismo. Por primera vez desde vuestra llegada a al-Ándalus, os mostráis a plena luz del día a vuestro pueblo así como al conjunto de vuestros ejércitos. Es un acontecimiento importante, tanto para ellos como para vos. Teníamos que escenificar esta gran concentración y preparar al pueblo sin omitir ni un solo detalle, pues sabíamos que no podíamos permitirnos el mínimo error. Sobre todo después del capítulo de la lluvia...

—¡Eso, por ejemplo! ¡No irás a imaginar, tú también, que hago milagros!

—Mi amo, ¿no es acaso un milagro que después de haber rozado la muerte, aguantado las peores torturas del alma y del corazón, os encontréis en este momento, sano de cuerpo y espíritu, en los caminos de la gloria? Llamadlo como queráis, pero yo lo veo como una señal inequívoca de la sabiduría divina. Y si el Todopoderoso ha querido que caiga el agua del cielo, es porque os ha oído.

—Si no entiendo mal, según tú, yo soy el elegido de Dios y tú, mi ángel de la guarda...

Badr sonrió divertido.

—No tengo ninguna duda al respecto de vos. En cuanto a mí, empiezo realmente a preguntarme cosas.

Abderramán se echó a reír.

—¡Ah, Badr, mi fiel amigo! Me pregunto qué haría yo sin ti. Y puesto que todo lo sabes, dime cuándo llegará Ubaid, estoy ansioso por verlo.

—Hemos acordado el reencuentro en la próxima luna nueva, es decir, esta noche. No debería tardar, pues.

Ubaid ibn Allah y su ejército llegaron por el camino del este a la hora de la cuarta oración, con las llamadas vibrantes del muecín. Debido al terreno particularmente accidentado, la última etapa desde Loja había sido larga y difícil, pero las tropas avanzaban aún a paso ligero a la hora del ocaso.

Los arqueros egipcios abrían la marcha al ritmo de trompas y tambores, seguidos por los lanceros árabes a caballo, las inevitables carretas de la intendencia y la infantería yemení armada con puñales y alfanjes de filos temibles.

—Son incluso más numerosos que nosotros...

—Dos mil hombres como mínimo, amo. Ubaid ha hecho un trabajo extraordinario.

—No tendrá que vérselas con un ingrato. Ahora deseo retirarme. En cuanto los jefes estén reunidos, hazlos entrar en el templo y colócalos según su rango. Te quiero a mi lado, así como a Ubaid y a Abdelkrim.

Abderramán entró en la penumbra de la Mezquita, donde flotaba una claridad extraña, casi irreal. Comenzó sus oraciones y pronto se sumió en un dulce letargo. Cuando recobró los sentidos, se volvió y el corazón le dio un vuelco en el pecho. Todos los jefes estaban ahí, sentados y silenciosos, con los ojos clavados en los

suyos. Supo entonces que se avecinaba uno de los momentos más importantes de su vida. Se levantó, inspiró profundamente y se lanzó sin reservas.

—Queridos amigos, hermanos míos, he nos aquí reunidos por vez primera, en este día bendito del Altísimo, en que la esperanza resplandece como una estrella. La mayoría de vosotros no me conocéis, pero sin duda habéis oído hablar de los caminos escarpados de mi pobre vida, desde la horrible prueba de ver a toda mi familia aniquilada por la hoja maldita de unos secuaces de Satán. Muy pocos hombres habrían salido indemnes y sin embargo, hoy estoy aquí, entregado a vuestras miradas. No creo en el azar, hermanos míos, sino en la voluntad de Alá que me ha guiado hasta vosotros, como estoy seguro de que os ha guiado hasta mí, en nombre de su santísima justicia. Ahora bien, no puede haber justicia en este mundo sin rectitud previa, la del corazón y la razón frente al odio salvaje y la estulticia. Precisamente por el odio que late en la voluntad de apropiarse del poder y por la estupidez que late en la interpretación ciega de las palabras del Profeta, mis gloriosos y queridos ancestros han sido asesinados. Ellos, que siempre predicaron el respeto al prójimo y la libertad de espíritu, al final fueron acusados absurdamente de tratar a los infieles con benevolencia. Eso no les impidió, que yo sepa, servir al Islam con fervor y difundir sus valores más nobles con valor y lealtad. Aun a riesgo de sorprenderos, os pido, pues, en su memoria, que reflexionéis bien sobre esto, pues tal es la lección que me han inculcado siempre: antes de apuntar con el dedo a aquel que llamamos infiel, preguntémonos primero si no sería mejor volverlo contra nuestra propia conciencia. Pues el primer infiel, hermanos míos, está en cada uno de nosotros. Y el primer sentido de la yihad es una lucha constante contra nosotros mismos, para llegar a ser, mediante la rectitud de nuestros actos, dignos de Aquel que no nos decepcionará, pero tampoco admitirá que lo decepcionemos. Nuestra guerra es justa, hermanos míos, pues apunta a aquellos que rechazan la paz y la armonía de los pueblos. Aquellos que se niegan a creer que, antes de gozar del descanso eterno en los jardines de Alá, todos podemos, sean cuales sean nuestros orígenes y creencias, pretender el paraíso en esta tierra. Yo he conocido el paraíso durante veinte años en el corazón de mi Siria natal y tengo la intención, con vuestro apoyo, de hacerlo renacer en este maravilloso país vuestro. Pero no os confundáis, solo lo lograremos con la fuerza de la fe. La que no miente, la que no hace trampa y la que, contra viento y marea, resiste todas las villanías, todas las infamias. ¡La fe es fuego, hermanos míos!... La esperanza es su luz y el amor, el calor radiante. Solo en nombre del amor y no del odio venceremos en la luz, aunque sea a costa de muchas vidas. Sabemos que en adelante no serán sacrificadas en vano. Que Alá en lo más alto de los cielos nos bendiga y sea misericordioso con nosotros. He dicho.

Un prolongado murmullo de aprobación creció en la pequeña mezquita de Archidona hasta transformarse en una auténtica ovación. Todos los jefes se levantaron para felicitar a Abderramán y le manifestaron su lealtad inquebrantable.

Ubaid no fue el menos entusiasta.

—¡Mi príncipe, habríais sido un imán perfecto! ¡Qué discurso! Con unas palabras habéis ganado definitivamente su apoyo a vuestra causa. Vuestro padre no lo habría hecho mejor.

—Lo que dices me llega a lo más hondo del corazón, Ubaid. Permíteme que rinda yo a mi vez homenaje a la excelencia de tu reclutamiento. Gracias a ti nuestro ejército es más fuerte y más resuelto que nunca.

—Oh, eso no me ha costado mucho...

—¿Qué quieres decir?

—Los yemeníes, señor. Tras el cambio de régimen se rebelaron contra el poder abasí y los derrotaron en la batalla de Segunda. Desde entonces tuvieron que someterse, pero nunca digirieron su derrota. Profesan un odio feroz a Yusuf al-Fihri y están dispuestos a todo para despedazarlo como a un animal. He preferido acantonarlos en la retaguardia, pues su estado de excitación es tal que podrían comprometer nuestros planes en cualquier momento.

—Haré que los vigilen. Entretanto, salgamos. El pueblo nos espera.

Atravesaron la corte y se unieron a sus acompañantes, que se habían congregado por encima del muro de recinto, desde donde se dominaban las cuatro vaguadas.

Al pasar Abderramán, los jefes de las tribus principales bajaron sus estandartes multicolores en señal de vasallaje. El joven príncipe se dirigió hacia la pequeña atalaya, en la esquina suroeste. Con un nudo en la garganta, subió los escalones y, una vez arriba, plantó en el suelo la bandera inmaculada que llevaba en la mano.

—¡Abderramán! ¡Abderramán!

Como una onda de salvación, el inmenso clamor de un pueblo entero inundó los cerros y se expandió hasta el pie de las montañas.

El pesado convoy se puso en marcha al alba en medio de un rechinar de carretas subrayado por los pasos lentos y regulares de los caballos.

Tras bordear los campos fértiles de Antequera, subió hacia el noroeste por Mollina, Estepa, Osuna y Arahál, e hizo un alto a las puertas de Alcalá de Guadaira, desde donde podían distinguirse, cuando el cielo estaba despejado, las murallas de Sevilla.

Antes de pisar tierra, Abderramán recorrió con una mirada perpleja el ancho llano.

—Es curioso, los campos están desiertos y Sevilla parece adormecida. Esta tranquilidad me da mala espina.

Se disponía a compartir sus sentimientos con sus amigos cuando llegó un batidor a todo galope y se detuvo ante él en medio de una polvareda.

—Mi señor, una decena de caballeros han salido de la ciudad y vienen en nuestra dirección. No van armados y desean parlamentar.

—Vuelve con ellos y condúcelos lentamente hasta nosotros mientras nos preparamos para recibirlos.

Enseguida erigieron un palio y lo amueblaron con lo justo.

Era la hora del mediodía. Abderramán y sus fieles ya habían empezado a comer cuando la tropa de caballeros sevillanos se presentó ante ellos. El que parecía dirigir la delegación se acercó al príncipe y lo saludó ceremoniosamente.

—Muy honorable señor y amo, mi nombre es Harún ibn al-Kashi, comandante de la guarnición de Sevilla. Mis hombres y yo estábamos hasta hace poco a las órdenes del gobernador Yusuf al-Fihri. En el mismo instante en que os hablo, considerándonos liberados de nuestras obligaciones, venimos de común acuerdo a engrosar vuestras filas.

Se volvió, tomó un almohadón sobre el que descansaban las llaves de la ciudad y lo ofreció extendiendo hacia él sus brazos, e inclinando la cabeza.

—Tomamos nota de vuestra decisión, comandante. No obstante, convendréis conmigo en que todo esto nos parece muy extraño y merece una explicación. ¿Cuáles son, pues, las razones que os han empujado a cambiar de bando tan rápidamente?

—La traición y el deshonor, muy noble príncipe. Hace dos meses, cuando una parte de la guardia estaba en misión bajo mi mando, los notables de la ciudad, ayudados por algunos de mis hombres sin escrúpulos, mandaron recaudar los impuestos y huyeron hacia Córdoba con todo el tesoro. Cuando regresamos, nos dimos cuenta de que habían vaciado los graneros y saqueado las tiendas. Algunos incluso abusaron de las mujeres y los niños. Hoy la población está al borde de la hambruna. Ya son muchas las víctimas y venimos humildemente a pedir ayuda y protección.

Abderramán no estaba sorprendido. Con los abasíes cabía esperar cualquier cosa, hasta lo imaginable. Miró de hito en hito a los caballeros y dio orden de que les dieran de comer. El frenesí con que se lanzaron sobre la comida le demostró que no mentían.

El ejército reanudó la marcha en dirección a Sevilla. Unas horas más tarde plantó el campamento a las puertas de la ciudad, isla perdida en medio de la extensión llana, donde el ocre de las altas murallas se perdía en el cielo. Muy cerca, a dos cables de la puerta oeste, el Río Grande reencontraba su lecho y arrastraba sus apacibles aguas hacia el mar.

El príncipe se puso al frente de un destacamento de lanceros y pidió a Ubaid que concentrase a los principales jefes militares yemeníes para que se uniesen a ellos. Unos trescientos caballeros entraron así en la ciudad, detrás de la llama blanca de los omeyas.

En medio de un silencio lúgubre subieron por las calles desiertas, donde solo unos pocos perros famélicos disputaban a las ratas los restos de huesos, que desprendían un olor pestilente. Aplastada por un sol de plomo, Sevilla parecía muerta, privada de su sustancia.

Abderramán se volvió hacia Ibn al-Kashi.

—Nos temen y se encierran en sus casas. Envía a todos los hombres de que dispongas por toda la ciudad para anunciarles que venimos en son de paz, que pronto tendrán víveres a su disposición pero que antes deseo hablarles en la gran plaza de la alcazaba. Date prisa.

Los emisarios partieron de inmediato y se dispersaron por las callejas. Poco a poco asomaron a las ventanas rostros pálidos, marcados por el hambre y el cansancio, luego salieron de las casas pobres cuerpos demacrados que convergían en cortejos fantasmagóricos hasta la plaza central.

Conmocionado, Abderramán revivía su propio sufrimiento sin decir palabra. Su tristeza cedió espacio a una ira sorda. Una vez en la explanada, formó a sus jinetes delante de la multitud. Tras una larga mirada circular, hizo avanzar su montura unos pasos, se enderezó en su silla y rompió el silencio.

—¡Pueblo de Sevilla! ¡En nombre de mis muy nobles ancestros omeyas, los califas de Damasco, que jamás faltaron al honor y siempre fueron fieles siervos de Alá, vengo a liberarte del yugo de la tiranía! Juro solemnemente que jamás volverán a martirizar a tus hombres, injuriar ni violar a tus mujeres, degollar a tus hijos por el placer abyecto de unos monstruos sedientos de sangre. Me comprometo a hacer de esta ciudad un lugar de paz y prosperidad, donde se respeten las diferencias y el libre acceso al conocimiento, un lugar de amor y fraternidad donde no habrá cabida para el odio. Si hay algo que debemos odiar en esta tierra, será el odio en sí mismo, siempre portador de desgracia y desesperación. Con determinación inequívoca y el auxilio del Padre eterno todopoderoso defenderé hasta la saciedad la causa que considero justa y cuyo único fin es devolver la dignidad a los hombres. ¡Sé digno, pueblo de Sevilla, y vuelve a levantar cabeza!... ¡De ahora en adelante eres un pueblo libre!

Gritos de júbilo invadieron la gran plaza y, pese a su estado de agotamiento, la multitud rodeó al salvador para expresarle su felicidad. Todos querían acercarse al hombre que había obrado el milagro.

Abderramán, con expresión singularmente tranquila, respondía como podía a las manos tendidas y a las miradas locas de reconocimiento. En medio de aquella algarabía, su caballo empezó a dar signos de nerviosismo y Ubaid tuvo que intervenir para proteger a su príncipe.

Cuando se calmó todo, le espetó con una sonrisa cómplice:

—Ahora entiendo vuestra insistencia en que los jefes yemeníes estuvieran presentes. Mientras les hablabais, los he observado discretamente. A algunos no les llegaba la camisa al cuerpo, otros estaban paralizados como bloques de mármol. A todas luces, han recibido el mensaje.

—Queda por ver si lo recordarán. Más les vale, pues de lo contrario no tendré piedad de ellos.

Regresaron al campamento, donde Badr y Abdelkrim se ocupaban de las tropas. Repasaron el estado de sus reservas con los intendentes y decidieron distribuir

viveres a la población para quince días; el resto sería despachado desde Córdoba en espera de la primera cosecha de primavera. Una manera de devolverle al buen pueblo lo que le habían robado. Mandaron evacuar la ciudad ante la mirada vigilante de Ibn al-Kashi y sus hombres, prestos a atravesar de una estocada a los saqueadores. Luego intervinieron los zapadores, limpiando calles y quemando cadáveres e inmundicias.

Poco a poco, Sevilla recuperaba su alegría de vivir. Una fila larga y silenciosa se extendía desde las murallas hasta el centro de distribución del campamento donde Badr, Ubaid y Abdelkrim velaban porque cada cual recibiese su justa ración. Un poco apartado, Abderramán pronunciaba de paso unas palabras de aliento para los más indefensos, que se arrodillaban y le besaban los pies en su mayoría.

Acababa de levantar a una joven madre y a su hijo cuando se topó de frente con una estola blanca sobre la que brillaban dos llamas grises. Apenas tuvo tiempo de enfrentarse a la mirada penetrante de Eusebio de Antioquía antes de que este lo agarrase febrilmente.

—Hijo mío, ¿has oído hablar alguna vez de la multiplicación de los panes?

—No, anciano.

—Lástima. Pero no pierdo la esperanza de hablar un día contigo sobre eso. Entretanto, bendito seas por todo lo que haces.

Eusebio quiso acercar su mano al rostro del príncipe, pero Abderramán ya se había dado media vuelta y alejado prudentemente, convencido de que el viejo estaba loco.

El alba vestía las montañas de una palidez azulada. A lo lejos se perfilaba la sombra rasante de las cimas, y los gritos roncocos de las cornejas, que arañaban el silencio, se ahogaban en las capas nebulosas suspendidas sobre el campo adormecido.

Bajo las lonas de la gran tienda de mando ya había llegado la hora de la verdad. Abderramán y sus amigos se habían reunido para un último consejo de guerra antes de la marcha final sobre Córdoba.

—¿Qué camino tomamos?

Badr fue el primero en responder.

—Seguiremos la orilla izquierda del río, amo. La del corazón. No es ese el único motivo, claro está, pero sabéis tan bien como yo el valor simbólico que debemos atribuirle. Lo cierto es que al-Fihri ha querido ahorrar fuerzas a la vuelta de una expedición larga y difícil. Por eso no se ha dejado ver todavía. Está atrincherado en el Alcázar bajo la protección de su guardia negra y ha encargado a su hijo que encabece el ejército en la batalla. El hijo nos espera a pie firme en la orilla izquierda, no lejos de Córdoba, lo bastante cerca como para soportar un asedio en caso de repliegue. La orilla derecha sería un suicidio para él, pues conduce a la alcazaba pasando forzosamente por las puertas oeste y norte, que son auténticos embudos.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Por los guerreros yemeníes, amo. Me pedisteis que los vigilara desde que salimos de Archidona y eso es lo que he hecho, gracias a algunos espías bien infiltrados. Desconozco cómo actúan, pero saben muchas cosas. Incluso demasiadas, y eso es lo que me preocupa.

Abderramán estaba furioso. Tenía el convencimiento de que los yemeníes preparaban un golpe sucio. Todo podría tambalearse y se echarían por tierra meses de esfuerzo y preparación. Había que pasar a la acción, pues, y liberar a los hombres de la espera lo antes posible, enviarlos a la batalla.

—Bien. Despertad a toda esta admirable gente de inmediato. Levantamos el campo. Reunión de aquí a una hora con los jefes de las tribus.

La orden era inapelable. Durante largos minutos de preparativos febriles, las vociferaciones se mezclaron con el tintineo de las armas y el relincho de los caballos; luego todo volvió a la calma y los jefes se pusieron firmes bajo la mirada resuelta de su príncipe.

—Soldados, se acerca la hora. La batalla que se avecina puede ser larga y mortal. Su desenlace no dependerá solo de vuestro valor, sino también de vuestra capacidad para permanecer unidos y ejecutar estrictamente las órdenes que se os den. No olvidéis que el combate que reñimos es el de la libertad y no el del terror. Ya se ha derramado demasiada sangre, velaré porque no se desperdicie inútilmente. Por tanto, no permitiré ningún abuso contra las poblaciones civiles, en especial contra mujeres y

niños inocentes. Asimismo, queda prohibido cualquier tipo de saqueo. El tesoro de guerra se dividirá en partes iguales, y se entregará a todos aquellos a quienes el opresor ha despojado indignamente. Los culpables tendrán que rendir cuentas ante mí. Adelante, y que Dios os proteja.

El ejército avanzó en orden de marcha y al cabo de una hora Sevilla tan solo era un punto en el horizonte.

Debido al calor, el avance resultaba más lento y difícil de lo previsto. Borearon el Guadalquivir durante cinco días por olivares y caminos de sirga, aguantando el ritmo del alba al crepúsculo y concediéndose pocos descansos, justo el tiempo de hacer un alto a mediodía para comer y dar de beber a los caballos. En mitad del sexto día, cuando el sol estaba en su cénit, varios hombres dieron signos de cansancio y decidieron instalar el campamento en el lugar llamado Palma del Río, un sitio sombreado a ambos márgenes de la corriente. Según sus cálculos, Córdoba no estaría a más de dos días de camino y el ejército enemigo, a unas horas como mucho.

Cuando todo el mundo se afanaba en plantar las tiendas, se oyó un grito estridente en el campamento yemení cercano a la orilla. Un guerrero se retorció de dolor en el suelo, con el muslo atravesado por una flecha. Una vez pasado el primer momento de estupor, sopló un viento de pánico entre las filas de soldados, y cada cual buscaba con angustia la procedencia del ataque. Una segunda flecha vino entonces a clavarse en un árbol, rozando la cabeza de un joven recluta que se desplomó de inmediato, pero esta vez de miedo. No había ninguna duda, procedía de la otra orilla. Los soldados yemeníes se apresuraron hacia el río gritando y profiriendo juramentos, al encuentro de una decena de siluetas oscuras, ocultas tras las espesuras, que lanzaron entre risas burlonas algunas saetas esporádicas antes de desaparecer como habían llegado. Cuando Ubaid, enviado por Abderramán, llegó al lugar, los soldados estaban en tal estado de frustración y nerviosismo que tuvo que hacer grandes esfuerzos para retenerlos. Este primer incidente no presagiaba nada bueno y fue necesario convocar un consejo restringido a toda prisa.

Impasible, Abderramán tomó la palabra.

—No hay motivo para preocuparse por la vida de nuestros hombres. El río es ancho y profundo y dudo que pueda cruzarse por el punto donde nos hallamos. No obstante, no entiendo por qué nuestro adversario irrumpe por la orilla derecha cuando todo parece indicar que nos espera al otro lado. Aquí hay algo que no encaja. ¿Qué piensas tú, Harún?

Harún ibn al-Kashi, que el príncipe había insistido en llevar con él por su conocimiento de la estrategia enemiga, respondió sin dudar.

—Es una trampa, mi señor. No es la primera vez que actúan así. Durante su primera expedición a las provincias del norte, en la cual participé, al-Fihri usó esta estratagema y envió a un destacamento para provocar a los rumíes y atraerlos a un desfiladero. Los caballeros cristianos se adentraron en la garganta, el grueso del ejército los sorprendió por detrás y se desató una auténtica matanza. Estamos ante la

misma jugada. Quieren hacernos cruzar el río y atraparnos en una tenaza. No me extrañaría que sus arqueros reanudaran sus fanfarronadas antes del anochecer para excitar a las tropas.

Ante la sola evocación del desfiladero, un escalofrío recorrió la espalda de Abderramán.

Se dijo que había hecho bien al confiar en el capitán sevillano, pese a las reticencias de sus amigos. Este hombre era una auténtica mina de informaciones.

—Puesto que la cosa está así, que dupliquen en el acto los puestos de vigilancia y los centinelas. Queda formalmente prohibido responder a las provocaciones. Todos los hombres se situarán fuera del alcance de los disparos enemigos hasta que cese el fuego. Después de lo cual, podrán regresar a sus tiendas. Duplicad las raciones de comida para esta noche, eso les calmará y les infundirá fuerzas. ¿Habéis enviado batidores?

—Sí, mi señor.

—Perfecto. A la mínima alerta, avisadme inmediatamente.

El resto de la tarde transcurrió con tranquilidad hasta la hora de la cena, cuando se reanudaron los disparos con más fuerza que antes, acompañados de los gritos burlones de los agresores y los rugidos de impotencia de sus víctimas.

Aunque nadie había resultado herido, la excitación estaba al rojo vivo. Los soldados se hallaban al borde de la rebelión. Abderramán, alertado de inmediato, subió a su caballo y salió galopando hacia el campamento yemení. Una vez ante los jefes de las tribus que se habían reunido y gesticulaban en todas direcciones, lanzó con voz seca:

—¿Quién manda aquí?

—Yo.

Un hombre joven y larguirucho avanzó con aplomo y se plantó ante él, con la mano apoyada en la empuñadura de su sable. Su tez tostada y el brillo dorado de sus ojos almendrados le daban un aspecto de animal salvaje presto a atacar. Miró al príncipe con aplomo, al límite de la insolencia.

Justo lo que faltaba para sacar de quicio a Abderramán.

—¿Quién eres tú? ¡Di tu nombre ante mí!

—Ismail del país de Mareb, señor, descendiente de los soberanos del antiguo reino de Saba. Mis súbditos y...

—¡Tus hombres no son simples súbditos, sino soldados a los que ni les van ni les vienen tus títulos de nobleza! Para ellos tú eres un guerrero y esperan que te comportes como tal dando ejemplo. En lugar de hacer valer tus derechos y empujarlos al odio en nombre de una hipotética corona, sería mejor que recordaras tus deberes de jefe militar, y el primero es hacer que se respete la disciplina.

—Pero...

—¡Silencio! Tengo tantas razones como tú para exigir venganza y mandaré degollar a los asesinos, pero solo tras haber liberado al pueblo con la mayor dignidad

posible de todos los sufrimientos que le han infligido. No tengo la menor intención de mostrar a estas pobres gentes la imagen de un libertador bárbaro y cubierto de sangre, y todo por culpa de unos irresponsables. Por tanto, exijo que hagas entrar en razón a quienes estén bajo tu mando y les recuerdes que toda falta al honor y toda desobediencia a las instrucciones dadas recibirán un castigo ejemplar. ¿Está lo bastante claro? La mano del yemení se crispó sobre la empuñadura del sable. Su rostro, que había empalidecido, se torció en un rictus de rabia, luego sonrió de forma enigmática y dio media vuelta.

Abderramán volvió grupas y regresó a sus cuarteles, intentando poner un poco de orden en su cabeza.

Decididamente este asunto pintaba muy mal. La confusión empezaba a reinar entre todos sus soldados y se preguntaba cuánto tiempo más podría retenerlos. Sobre todo teniendo en cuenta que los batidores seguían sin regresar. Lo que podía significar dos cosas: o el enemigo estaba más lejos de lo previsto y todavía le quedaba mucho camino por recorrer, o habían tendido una emboscada a sus hombres y cabía esperarse un ataque por sorpresa cuyo secreto solo conocían los abasíes.

Comió poco y no consiguió dormir hasta bien entrada la noche, tras haber comprobado antes que sus centinelas estaban en sus puestos y el campamento había recuperado cierta apariencia de serenidad.

La noche era todavía oscura cuando notó que una mano lo agarraba febrilmente del hombro.

—¡Amo, amo, despertad! Ha ocurrido algo grave.

—¿Eres tú, Selim?... ¿Qué... qué ha pasado?

—Los yemeníes, amo. Han abandonado el campamento en plena noche. Nadie sabe adónde han ido.

—¡Por las llamas del infierno! ¿Has avisado a los otros?

—Estamos aquí.

Con la cara descompuesta, Ubaid entró en la tienda, seguido de Badr, Abdelkrim e Ibn al-Kashi.

—Desaparecidos, mi príncipe. Volatilizados. Han descendido hasta la orilla y matado a los vigías apostados más abajo. Nadie ha oído nada. Imagino que habrán flanqueado el río para evitar cruzar el campamento y habrán continuado hacia el norte. En cuanto a lo que habrá sido de ellos... misterio.

Abderramán estaba hundido. ¿Cómo habían podido evaporarse más de mil hombres sin que nadie se percatara? Convencido de que seguramente habrían gozado de firmes complicidades, se prometió realizar una investigación más tarde.

—Badr, prepara mi caballo. Tenemos que averiguar adónde han ido. Ubaid, Abdelkrim, zafarrancho de combate. Todos los hombres en formación de ataque. Los arqueros primero, luego la infantería y la caballería al final. La intendencia se nos unirá más tarde. ¡Por Alá!... ¡Si hace falta, decid que el enemigo está arremetiendo contra nosotros!

Mientras Ubaid y Abdelkrim daban órdenes, Abderramán y Badr se dirigieron hacia la orilla y remontaron lentamente el río a la luz de las antorchas. Descubrieron uno a uno a los centinelas, que yacían en el suelo con el cuello marcado por los viles signos de estrangulación. Después de las últimas tiendas, el río formaba un recodo oculto por los árboles y se estrechaba bruscamente hasta una anchura no superior a cien pies. Una playita de arena y guijarros descendía en suave pendiente hacia las aguas, que sonaban de un modo distinto. Los dos sirios levantaron sus antorchas y vieron unas rocas que descollaban relucientes en la penumbra.

—¡Un vado! Han encontrado un vado y lo han atravesado. Amo, mirad todas estas huellas en la arena. No cabe duda, por aquí es por donde han pasado.

—¿Cuándo supones que lo han hecho?

—Hace una hora, dos como mucho. Las huellas aún están húmedas.

—Bien. Quizá tengamos una posibilidad. Reúne a los lanceros árabes, son ellos los que poseen los animales más veloces y resistentes, y tráeme a esos locos peligrosos como sea. Si es necesario, no dudes en matar a sus jefes, incluso con ardides. Así nos seguirán mejor. Si te los encontrases en pleno combate, sobre todo no metas a tus hombres en la batalla y vuelve de inmediato para prestarnos ayuda.

Unos minutos después, bajo la claridad naciente del alba, Badr y sus caballeros cruzaban el vado y se lanzaban en persecución de los soldados yemeníes. Estos últimos habían salido de noche y por un camino especialmente sinuoso, de modo que no les llevarían mucha ventaja.

Mientras cabalgaba, Badr pensaba en su joven amo. Desde su llegada a Archidona se había revelado como un orador excepcional y un gran jefe militar. Cada palabra, cada decisión sonaba justa en su boca y no inspiraba sino admiración y respeto. El vivo retrato de su padre. En apariencia hablaba la sangre, pero se dijo que él también tenía algo que ver, y sintió un hondo orgullo.

Un olor acre lo sacó de sus pensamientos. Inquieto, pidió a sus hombres que apretaran el paso cuando subían a duras penas un repecho. Una vez en la cima se detuvo, petrificado por el horrible espectáculo que aparecía ante sus ojos. El campamento de los abasíes se extendía más abajo como un sudario escarlata aureolado de silencio y de muerte. Centenares de cadáveres revestían el suelo entre cenizas y humaredas, y los buitres, llegados de las montañas vecinas, ya habían comenzado su danza macabra alrededor de los cuerpos ensangrentados.

Visiblemente, los arqueros de al-Fihri habían caído en su propia trampa. Confiados en el éxito de su plan, no habían imaginado ni por un momento que el enemigo respondería tan rápido a sus provocaciones y acudiría a atacarlos en plena noche. Los yemeníes, por su parte, no habían dejado ni un superviviente y a juzgar por las escasas motas claras que contrastaban con las túnicas oscuras de los abasíes, muy pocos guerreros habían perecido en el asalto.

Badr no pudo contener un juramento.

—¡Los hijos de perra! Los han masacrado y han continuado hacia Córdoba.

En ese mismo momento uno de sus hombres señaló con el dedo hacia el norte. Al otro lado del río, una polvareda blanca bajaba lentamente por los cerros. Ibn al-Kashi estaba en lo cierto. El ejército enemigo pensaba todavía en tenderles una emboscada y atacarlos cuando fueran más vulnerables, en el momento de cruzar el vado. Pero los yemeníes, con su locura mortífera, habían cambiado la jugada a su favor.

—¡Media vuelta, rápido!

Regresaron a rienda suelta y cruzaron a medio camino la vanguardia egipcia que avanzaba por la orilla opuesta. Badr hizo un cálculo rápido. Necesitarían aproximadamente una hora para alcanzarlos. Encontraron el vado, que pasaron entre chorros de espuma, y ascendieron hacia el frente sin detenerse siquiera. Cuando divisaron las tropas, estas acababan de emprender la batalla.

Los arqueros, desplegados en semicírculo, se habían resguardado detrás de dos filas de carretas colocadas a tresbolillo. Coronaba cada carreta una ancha pantalla de leños contra la cual venían a estrellarse las flechas enemigas. Cada vez que los abasíes lanzaban una ráfaga, los arqueros egipcios de la primera fila tomaban posiciones, disparaban sus flechas y volvían a ponerse a cubierto, cediendo el sitio a sus compañeros de la segunda fila, que empujaban sus carretas hasta la primera línea y disparaban a su vez.

La táctica era tan simple como temible. En poco tiempo causó tales estragos en las filas contrarias que el enemigo perdió confianza y empezó a replegarse. De inmediato el ala derecha se cerró como una red, lo que obligó a los arqueros abasíes a retroceder hacia el río. Estos últimos estuvieron pronto a tiro de lanza y los guerreros bereberes pasaron a la acción, provocando auténticas atrocidades. Los que habían escapado de las saetas de la muerte, arrinconados y atrapados, se tiraron al agua entre gritos de espanto y fueron arrastrados por la corriente. Los soldados de infantería que acudieron en su ayuda no pudieron hacer nada contra los soldados amonitas y el batallón de voluntarios enfurecidos que los asaltaron rápidamente.

Las muertes ascendían ya a varios centenares cuando la caballería persa decidió intervenir. Seguros de su fuerza, los caballeros abasíes formaron una ancha línea frontal y atacaron con un alarido salvaje al tiempo que hacían girar los alfanjes sobre sus cabezas. En ese mismo momento los jinetes sirios, encabezados por Abderramán, se lanzaron al asalto con el sable apuntando hacia delante. El choque se produjo con sorprendente violencia, pero apenas duró un instante. Cuando los hombres de al-Fihri, cegados por el sol y el polvo, comprendieron la maniobra, ya era demasiado tarde. Para rechazar el cara a cara, los caballeros omeyas habían formado una única columna que, cual poderoso ariete, los traspasó por el centro para volver a desplegarse luego más allá de sus líneas, impidiéndoles cualquier retirada. Badr y sus jinetes atacaron a su vez y volvieron a cerrar el círculo. El enemigo, rodeado por doquier, se lanzó a la batalla con la energía de la desesperación, pero disminuyó poco a poco en número. El hijo del gobernador cayó en plena pelea con el cráneo abierto por un sablazo y murió pisoteado por su caballo. Sus tenientes abandonaron de

inmediato el combate y pronto toda la caballería persa, o lo que quedaba de ella, entregó las armas.

Cuando volvió la calma, Abderramán, aterrado, vagó lentamente entre las víctimas. Era su primera batalla. Jamás imaginó que pudiera ser tan violenta. Los gritos desgarradores de los heridos se mezclaban con los gemidos de los moribundos. La sangre corría allá donde se dirigiera la vista, manchando la tierra con un raudal indeleble de sufrimiento y desgracia.

De pronto le entraron unas ganas locas de dejarlo todo y entregarse a la muerte. Su honor no valía el precio espantoso de tamaña matanza.

—Amo, no os agobiéis. Todas las guerras son crueles. Hoy la lucha ha sido inclemente, pero vuestra victoria es total.

Con el rostro lívido, el joven príncipe se volvió. Badr debía de llevar un buen rato observándolo, como si hubiese adivinado sus pensamientos.

—¿La victoria? Mira a tu alrededor, Badr. ¿Cómo puedes llamar a esto una victoria?

—Es el triunfo del amor sobre el odio, señor, aunque cueste muchas vidas conseguirlo. He escuchado estas palabras recientemente en la mezquita de Archidona. Salían de boca de un gran hombre. Este hombre, hoy, no puede flaquear ante su pueblo.

Abderramán encajó el golpe sin rechistar. Badr siempre tenía las palabras justas para hacer entrar en razón a cualquiera.

—¿Y los yemeníes, a propósito?

—Una auténtica matanza.

—¿Han continuado hacia Córdoba, no es cierto?... Me lo temía. Esos perros tendrán su merecido.

La comitiva de la intendencia acababa de llegar. Ibn al-Kashi fue designado enseguida para enterrar a los muertos con los zapadores, mientras que Ubaid y Abdelkrim empezaron a ocuparse de los heridos y los prisioneros. Abderramán y Badr convocaron a todos los jinetes sirios y árabes y enfilaron hacia Córdoba.

Entraron en la ciudad cuando caía la noche sin encontrar resistencia. Como Sevilla, Córdoba estaba exangüe, privada de vida. Los escasos transeúntes que se cruzaban parecían aterrorizados y se refugiaban bajo los cobertizos de las casas, temblando.

Encontraron los primeros muertos pasado el puente romano, cerca del palacio. A medida que se acercaban, más numerosos eran los cadáveres que obstruían el paso. Los soldados de la guardia negra habían opuesto una resistencia feroz a los yemeníes y luego se habían atrincherado poco a poco en torno al último refugio de su gobernador. Los últimos asaltos tuvieron que haber sido de una intensidad poco común a juzgar por las expresiones de ira y odio plasmadas en los combatientes. Cuando se disponían a atravesar la gran puerta del Alcázar, esta se abrió de golpe y

dejó escapar un torrente de soldados yemeníes histéricos que se dispersaron corriendo con los brazos cargados de joyas y demás objetos preciosos.

—¡Detened a esos saqueadores y cerrad las puertas de la ciudad! ¡Que no vuelva a escaparse ni uno!

Los caballeros se dispersaron enseguida por las estrechas callejuelas a la persecución de los fugitivos. Una vez solo con Badr y los jefes de la tribu, Abderramán ordenó descabalar. Confió a Selim el cuidado de los caballos y entró el primero en los jardines del Alcázar, bandera en mano.

Se preguntó si no estaba soñando. De lo que habría sido antaño un jardín no quedaba más que un rectángulo árido donde algunos árboles secos entregaban el alma a Dios y buscaban su escaso alimento bajo un suelo polvoriento, sembrado de hierbajos. En el centro un último rayo de sol pulverizaba una fuente muda. El esplendor de al-Ruzafa quedaba muy lejos.

Desolado, recorrió el camino central y llegó a la puerta del harén, que abrió sin esfuerzo. Tuvo que agarrarse al asta de su bandera para no desplomarse. Ante él se extendía lo indecible, el paroxismo del horror...

Eunucos, cortesanas y siervas yacían amontonados en un charco de sangre, ofrecidos en sacrificio por el placer bestial de unos animales inmundos.

Instantáneamente, el joven príncipe sintió un temblor irreprímible en todo el cuerpo, tan fuerte que Badr tuvo que sostenerlo un buen rato con sus brazos antes de que recuperase la calma. Jadeante, con el cuerpo sudoroso, Abderramán miró como perdido a su amigo y luego su rostro volvió a ensombrecerse de golpe. Un velo de hielo cubrió su mirada.

—Seguidme.

Corrió por los pasillos y de una patada rabiosa echó abajo la puerta de entrada al salón del Consejo.

Los jefes yemeníes al completo, borrachos como cubas, se pasaban entre risas una jarra de jerez y sorbían con avidez. A sus pies, el cuerpo desnudo de Yusuf al-Fihri no era ya sino una masa de carne sanguinolenta. Luego de degollarlo, se habían acercado uno a uno puñal en mano para arrancarle los ojos, las orejas y la lengua, rajarle las extremidades y el estómago hasta las zonas más íntimas. Se habrían ensañado con el cadáver bastante después de que el gobernador hubiera exhalado el último suspiro.

Ismail, risueño, tendió la jarra a Abderramán.

—Sed bienvenido, noble y poderoso príncipe de Damasco. Estábamos festejando la victoria. ¿Queréis uniros a nosotros?

Abderramán se acercó a él y lo abofeteó con todas sus fuerzas. Ante la violencia del golpe, la jarra resbaló de las manos del yemení y se rompió en mil pedazos.

—¡Miserable canalla! ¿Cómo te atreves a presentarte ante mí después de las atrocidades que acabas de cometer con tu gente? No es así como uno arregla sus cuentas cuando se cree de noble linaje. No eres más que un vil señor, un reyezuelo

miserable y vergonzoso, incapaz de dominar sus impulsos de venganza y de odio. ¡Me has desobedecido y vas a pagar por todos tus crímenes!

Ismail se enjugó rápidamente con el dorso de la mano el hilillo de sangre que corría de sus labios y se volvió hacia sus hombres con un brillo dorado en los ojos.

—Amigos míos, ¿habéis oído bien? Mirad cómo os agradecen la ayuda preciosa que habéis prestado arriesgando vuestras vidas. Estaréis todos de acuerdo conmigo, ¡solo nos queda pagar con la misma moneda a este... perro omeya!

Con una rapidez fulminante dio media vuelta, puñal en mano, y saltó como un gato. Pero Abderramán ya había bajado la bandera y se había echado hacia delante, rodilla en tierra. Arrebatado por su impulso, el yemení no pudo esquivar el golpe y fue a clavarse en la punta acerada que le perforó el corazón. Pasmado y boquiabierto, dejó caer su arma, miró la mancha roja que teñía su pecho, luego se desplomó lentamente y murió con un sollozo patético.

Los jefes yemeníes, paralizados, fueron incapaces de esbozar el menor gesto. Los desarmaron en el acto y los condujeron a las mazmorras del palacio.

Abderramán miró taciturno el cuerpo de Ismail tendido en el suelo.

—Badr, búscame un lugar conveniente donde pasar la noche fuera de las murallas. No volveré a entrar en esta ciudad hasta que no se hayan lavado todas sus impurezas.

Se marchó de la sala como de un lugar maldito. Encontró a Selim, subió a su caballo y galopó hasta el río. Una vez en la orilla, se apeó y se zambulló completamente vestido en las aguas oscuras para purificarse.

Cuando notó que la sangre del oprobio había abandonado su cuerpo, volvió a la orilla, chorreando de pies a cabeza, se arrodilló y rezó mucho tiempo por la salvación de su alma.

Al igual que Sevilla, Córdoba se limpió de arriba abajo y dos días más tarde el nuevo ejército regular hizo su entrada solemne en la ciudad.

Los habitantes, serenados, se habían reunido a su paso y lo aclamaban entre gritos de alegría.

En el interior del palacio, el salón del Consejo, transformado para la ocasión en salón del Trono, estaba abarrotado. Todos los cuerpos constituidos estaban presentes, así como los notables y los jefes religiosos cristianos, judíos y musulmanes. Cuando el príncipe apareció en el umbral, le hicieron un pasillo de honor y se inclinaron respetuosamente ante él. Abderramán cruzó la sala con paso medido, subió los escalones que llevaban al trono y se volvió. El corazón se le salía del pecho y se preguntó si sería capaz de articular una sola palabra. Cerró los ojos y buscó el rostro de su padre. Solo distinguió unos contornos vagos, pero, sin poder explicárselo, sintió el calor de su mirada propagarse por sus venas. Entonces, como llamas vivas, las palabras le vinieron a la mente.

Yo, Abderramán, príncipe de sangre de la muy noble, muy antigua y muy honorable dinastía de los omeyas, hijo de Maruán II y nieto de Hisham II, califas de Damasco la Magnífica y Siria,

Ante Dios y ante los hombres;

Reniego del Oriente que ha renegado de mí y de los míos, y que ha traicionado vergonzosamente los mandamientos divinos de respeto y amor entre los pueblos.

Por esto declaro, en este día bendito del 15 de mayo del año de gracia 756 de la era cristiana, año 134 de la Santa Hégira, que adopto el nombre de Abderramán I, emir independiente de Córdoba y de todas las provincias de al-Ándalus, que defenderé el norte, el este, el sur y el oeste hasta que acontezca la muerte.

Juro solemnemente mantener los principios de honor, valentía y fidelidad que mis gloriosos ancestros me transmitieron, defender los valores de sinceridad, humildad, piedad y justicia que siempre fueron los suyos.

Restablezco el derecho imprescriptible a toda criatura de Dios, sean cuales sean sus orígenes y creencias, de ir y venir en este país, de expresar libremente en él su opinión, de aprender, de enseñar y, en general, de promover el conocimiento por el interés único del bien común.

Restauro, por tanto, la «Dhimma», ley soberana y sagrada de tolerancia entre las tres religiones del Libro, en el libre ejercicio del culto y el espíritu de la inteligencia mutua.

Elimino hasta nueva orden cualquier referencia en nuestras oraciones a un Oriente profanado por un usurpador que no reconozco y que actúa en nombre de un dios que ya no le pertenece.

Destierro el negro, símbolo de las tinieblas y la maldición, e instauró el blanco, emblema de luz, paz y fraternidad, como color del emirato en todos los decorados oficiales, vestiduras militares y uniformes de gala.

Promulgo además los siguientes decretos:

Libero en este día a mi fiel siervo y amigo Badr y lo nombro caballero, con el título de consejero particular de mi persona.

Nombro al caballero Abdelkrim, señor de Torrox, gran visir del emirato de Córdoba, con poder para recaudar el impuesto y administrar las provincias.

Nombro caballero a Ubaid ibn Allah, señor de Loja, comandante en jefe de los ejércitos del emirato y de mi guardia personal.

Ordeno, por último, que los jefes militares y responsables yemeníes que han desobedecido mis órdenes y perpetrado los peores abusos contra la población civil inocente sean ejecutados en la plaza pública como castigo por sus crímenes bárbaros.

¡Que Dios Todopoderoso nos proteja y nos infunda fuerzas! Que sea esto escrito y firmado de mi puño y letra.

Abderramán tomó la bandera blanca de manos de Selim y la sujetó entre las manos durante un breve instante. Luego la dejó caer con un ruido seco que retumbó en toda la sala y se instaló en el trono, instaurando así a ojos del mundo su justa y entera legitimidad.

Al día siguiente, Córdoba se despertó con una leve brisa marina. Había remontado el río y penetrado en las montañas, transportando bajo sus alas un poco de frescor del océano. Abderramán abrió la ventana de su habitación y respiró el aire perfumado. Ante él, un ancho prado descendía suavemente hacia las murallas que dominaban las aguas tranquilas y profundas del Guadalquivir. Había varios barcos amarrados a la orilla, llenos de provisiones para Sevilla.

Harún ibn al-Kashi, al cual acababa de revalidar en sus funciones de comandante de la guarnición, se encargaba de velar por la seguridad de la expedición. Siguiendo los consejos de Badr, que seguía desconfiando del abasí, le había asignado un regimiento de guerreros bereberes, fieles entre los fieles. En adelante, Sevilla estaría a buen recaudo.

Una multitud numerosa se había dado cita en el prado para asistir a la ejecución. Venidos de los arrabales populares de la orilla izquierda por el puente romano, así

como de los barrios ricos de la alcazaba, los cordobeses aguardaban impasibles con un murmullo sordo.

Los prisioneros llegaron a pie, flanqueados por soldados que los colocaron en fila al pie de las murallas y los obligaron a arrodillarse de cara al público con la cabeza agachada.

Cuando apareció Abderramán, un silencio sepulcral reinó de súbito en todo el entorno. Solo encima de su caballo, con el busto recto y rostro impenetrable, el joven príncipe se dirigió hacia el lugar del suplicio con una lentitud majestuosa, pasó por delante de los condenados sin dedicarles siquiera una mirada, luego se volvió hacia la multitud y la contempló largo y tendido antes de tomar la palabra.

—Dios solo concede su benevolencia a los sedientos de justicia. No tiene piedad con los bebedores de sangre. Verdugo, cumple tu función.

Se marchó sin darse la vuelta, con el corazón al borde del abismo, mientras el sable del castigo subía hacia el cielo. La continuación fue un calvario interminable, subrayado a sus espaldas por el silbido regular de la hoja y el ruido apagado de las cabezas rodando por el suelo.

Sintió sobre sus hombros todo el peso de la soledad y el poder. No era así como había imaginado el principio de su reinado; él, que detestaba la violencia por encima de todo, hasta el punto de que el menor sufrimiento se le hacía insoportable y lo ponía enfermo, incapaz de reaccionar.

Ya en sus aposentos se dejó caer en la cama y se quedó contemplando los mocárabes dorados que adornaban el techo de su habitación. Comenzaron a girar lentamente, después cada vez más deprisa, y lo arrastraron a un torbellino de luz celeste.

De pronto la vio. Fátima danzaba en las estrellas, con su rostro angelical iluminado por la eterna sonrisa del amor. Loco de dolor, tendió los brazos hacia ella, pero solo sintió entre sus dedos el vacío monstruoso de la ausencia.

Prorrumpió en sollozos y lloró todas las lágrimas de su cuerpo, lágrimas de lluvia, de todos esos aguaceros que habían surcado lentamente su vida.

Una paloma blanca se posó con un aleteo en la repisa de la ventana. Miró, curiosa, el interior de la habitación, se alisó las plumas con el pico fino y se comenzó a arrullar con dulzura.

Pero Abderramán no la oyó. Se había quedado dormido, arrastrado por sus sueños de arena.

No oyó nada de aquel maravilloso mensaje de paz y esperanza que una chiquilla de diez años, con un recién nacido en brazos, recibió un día de su hermano poeta en los jardines de Mshatta.

Cuando ya no queda nada por hacer porque ya se ha dicho todo, cuando ya no queda nada por decir porque ya se ha hecho todo, queda todavía el valor de amar. Ama...

ama con todas tus fuerzas, hasta el borde de ti mismo, ama del alba al crepúsculo y del crepúsculo al crepúsculo, ámalo todo, ama más que todo, pues el Gran Todo es Uno y tú formas Uno con Él. Entonces, y solo entonces, verás la insondable bondad del Señor, la sublime claridad de su sabiduría en la eternidad y el infinito reunidos, y ya nada podrá alcanzarte, no, ya nada, hasta el fin de los tiempos.

Tras un último arrullo, el pájaro blanco alzó el vuelo, dibujó un círculo perfecto en el azul celeste y enfiló directo hacia el sol.

PRIMERA PARTE

La Córdoba omeya

Eafet y Ualid llegaron al mismo tiempo al traspatio de la Gran Biblioteca.
—«Salam aleikum».

—«Aleikum salam». ¿Cómo te va, viejo hermano?

—A mí no muy mal. Lo que me preocupa es la pequeña. Se ha pasado toda la noche tosiendo.

—Sigue con sus crisis de asma, ¿eh?

—Mi mujer está reventada. Y la tuya, ¿sigue siendo tan buena cocinera?

—No para de refunfuñar. Los precios están por las nubes en el mercado de Sarajevo. Como sigan así, será prohibitivo comprar hasta un kilo de patatas.

Mientras charlaban, entraron en la secretaría. Safet abrió el despacho del director, desactivó el sistema de alarma y corrió hacia la ventana rezongando. Apestaba a tabaco. Desde que el jefe había encontrado cigarrillos americanos en el mercado negro, fumaba como un carretero y se dejaba las colillas por todas partes. La semana anterior había estado a punto de chamuscar un tratado de astronomía árabe del siglo xv. Un auténtico desastre.

Ventiló la habitación y puso un poco de orden. Entre los archivadores y los papeles, un Mac antiguo parecía asomar directamente desde la Prehistoria. La cultura no era una de las prioridades de la administración bosnia. Con un suspiro de desánimo actualizó el calendario colgado en la pared mugrienta. 22 de agosto de 1992.

Echó un último vistazo desganado al despacho y se dirigió hacia el salón de lectura. Ualid acababa de encender los neones y la inmensa nave se iluminó poco a poco con una pálida luz blanca, intemporal, que vino a sumarse a la del día. En medio de un silencio casi religioso los miles de volúmenes de la biblioteca, cuidadosamente ordenados y catalogados, dormían aún, reservando sus secretos para los curiosos y los eruditos de la madrugada.

Por encima de los estantes contempló la belleza absoluta.

Las arquerías de estilo otomano circundaban el edificio y se alzaban en varios niveles hasta la suntuosa vidriera, hexagonal que parecía ofrecer al cielo su corola transparente para recibir la luz del conocimiento.

Miró el viejo reloj de péndulo colgado sobre la entrada. Las ocho en punto. Se sacó del bolsillo un pesado manojó de llaves y se disponía a abrir la gran puerta cuando una deflagración sorda hizo temblar todos los cristales de la sala.

Asombrado, se volvió hacia Ualid.

—¿Qué es todo este follón?

—Otra tubería de gas que habrá reventado. No sé qué narices hacen en el Ministerio de Obras Públicas, pero como la cosa siga así, será la ciudad entera lo que salte por los aires un día de estos.

—A menos que sea un atentado. Esos granujas de los serbios serían muy capaces de hacerlo. ¿Viste la tele anoche? Milosev...

Le interrumpió una segunda detonación, seguida de otra, y de otra más fuerte, como si se desatase bruscamente una cadena de volcanes.

Los dos hombres cruzaron una mirada asustada y de golpe lo entendieron todo.

—¡Por Alá, un bombardeo! ¡A cubierto, rápido!

Todo sucedió en un abrir y cerrar de ojos. Primero el alarido estridente de un obús y un segundo después el ruido descomunal de una explosión. Safet y Ualid, derribados por la onda expansiva, creyeron que les había llegado su última hora. Un enorme agujero se abrió en el techo del ala sur y las vigas se estrellaron contra el suelo hechas añicos, arramblando a su paso con las estanterías saturadas de libros.

Un segundo obús estalló en el mismo lugar donde Ualid había iluminado la sala un minuto antes. El cuadro eléctrico, pulverizado, desapareció en medio de un chisporroteo que provocó acto seguido un principio de incendio. Por la violencia del choque se desprendieron fragmentos enteros de la vidriera, que se partieron veinte metros más abajo en medio de un estrépito ensordecedor. Milagrosamente, los dos bosnios, a cubierto bajo el mostrador de recepción, no resultaron heridos.

Corrieron con la cabeza agachada hacia la secretaría. Al pasar por delante del despacho del director, Safet oyó el timbre del teléfono. Entró en el cuarto, se metió debajo de la mesa y buscó a tientas el auricular, que apretó febrilmente con la mano.

—Diga...

—Hola, ¿eres tú, Safet?

—Sí... ¿Es usted, jefe? ¡Dios mío, esto es una catástrofe espantosa!

—Lo sé. Estos cabrones nos están disparando con cañones y morteros apostados en las colinas. Han alcanzado el palacio de la Presidencia, el Parlamento, la casa de la radio y las telecomunicaciones. ¿Cómo va todo por allí?

—¡Es horrible, jefe, horrible! ¡¡Se está hundiendo todo, está todo en llamas!!

—Cálmate y escucha. Te diré lo que vas a hacer: baja inmediatamente al sótano. Enfrente de la sala de calderas está la antigua sala de los archivos. ¿La ves?...

—Sí, jefe.

—Entras. Detrás de la puerta hay un baúl. Abres el baúl...

—¿Dónde está la llave?

—La tengo yo.

—¿Y entonces qué hago?

—¡Te las apañas! No pensarás que voy a pagarte un taxi para venir a buscarla, ¿no? Abres ese puto baúl como puedas y me traes el cofre metálico que está en el estante superior. Repito, el estante...

Un tercer obús cayó en la calle. Había fallado su objetivo visiblemente, pero causó destrozos considerables. Los cristales del despacho estallaron y varios fragmentos de cristal, que salieron despedidos como saetas, fueron a clavarse en el calendario.

Safet estaba aterrorizado. Se frotó los ojos, escupió polvo de yeso y volvió a coger el auricular. La mano le temblaba como una hoja.

—¿Qué hago con el cofre, jefe?... Oiga... ¡Oiga, jefe!... ¡Santo cielo, han cortado la línea!

Salió del despacho a cuatro patas y llamó a Ualid. Una voz sofocada le respondió desde el sótano. Se abalanzó hacia la escalera y se reunió con su colega, que aguardaba en cuclillas, postrado, con las manos pegadas a las orejas. Nada más verlo, Ualid se levantó, fue hasta él y lo agarró de la solapa de la chaqueta.

—¿Qué nos está pasando, di, qué nos está pasando?

—No es momento de hacerse preguntas. Sígueme.

Safet recorrió el pasillo, entró en la sala de los archivos y accionó el conmutador. Por fortuna el circuito auxiliar funcionaba todavía. Colgada del techo, una vieja bombilla tipo bayoneta iluminaba débilmente la habitación, y reconoció enseguida el baúl que se pudría en un rincón. No tenía más que un simple cerrojo, pero parecía resistente.

Miró a su alrededor y no vio más que montones de papelotes cubiertos de polvo.

—Que no cunda el pánico, mi pequeño Safet, sobre todo que no cunda el pánico...

Atravesó el pasillo y entró en la sala de máquinas. Junto a una enorme caldera, encontró al fin lo que buscaba: el armario de las herramientas. Abrió la puerta, cogió un hacha y una palanca y regresó junto a Ualid.

—Toma, coge esto y revientame esta porquería de baúl. Así te entretienes.

Ualid cogió el hacha y empezó a golpear el baúl con todas sus fuerzas. Una humareda negra acre invadió la habitación. Arriba el incendio estaría ganando terreno.

Al cabo de unos quince golpes la cerradura seguía resistiéndose y Safet comenzó a perder la paciencia.

—¿Qué narices haces? ¡Muévete, por Dios!

—¡Cómo que qué narices hago! Pero si no hago otra cosa, ¿no me ves? Este chisme está durísimo.

Safet le arrebató el hacha de las manos y se puso a golpear a su vez. La chapa estaba oxidada y vio que se había formado una ligera hendidura en la zona de la cerradura. Cogió la barra, colocó el extremo en la ranura y empezó a hacer palanca.

Un estrépito atronador hizo temblar el piso sobre sus cabezas. Los serbios seguían con su juego de matanza. Apareció una grieta en el techo que cubrió a los dos hombres con una polvareda gris. La atmósfera se tornaba irrespirable. Safet, con los pulmones ardiendo, le dio un tremendo puntapié rabioso a la tapa.

—¡Te vas a abrir, maldita sea, te vas a abrir, sí!

Ualid acudió en su ayuda y ambos se apoyaron con todo su peso en el mango de acero.

La tapa cedió con un chasquido seco justo cuando el techo empezaba a resquebrajarse. Safet apenas alcanzó a localizar el cofre en medio del humo y a sacarlo del baúl.

—¡Larguémonos, rápido!

Subieron las escaleras, atravesaron los despachos y salieron al patio. Con un rugido siniestro, el edificio administrativo se hundió lentamente sobre sí mismo, exhibiendo tras él un espectáculo apocalíptico. Las llamas gigantescas escalaban las paredes de la biblioteca y bajo el efecto del calor las vidrieras de las arquerías explotaban en cascada como petardos de un fuego artificial alucinante. En el suelo, los pocos libros que quedaban sin arder yacían entre los fragmentos de cristal, los escombros y las vigas torcidas.

—¡Dios todopoderoso!...

Safet, con el cofre entre los brazos, observaba fascinado el esqueleto ennegrecido y humeante de la biblioteca que rasgaba el cielo. Siglos de luz, cultura y saber se habían desvanecido ante sus ojos en cuestión de minutos, por culpa de la increíble locura de los hombres. Habría deseado gritar su odio al mundo entero, pero no tuvo tiempo. Ualid había salido corriendo, gritando de terror, y él siguió sus pasos por la calle.

Safet ni siquiera se volvió.

Cuando alguien tiene la suerte de escapar, nunca se vuelve a mirar el infierno.

Selim dio un pasito atrás y contempló su obra con aire satisfecho.

El cactus tenía buen aspecto en medio de la gran jardinera circular que había mandado rellenar de tierra y arena transportadas especialmente en barco desde Nador. Lo había rodeado de juncos que caían llorando sobre los bordes cincelados de la jardinera y formaban una corona de reflejos azules.

—¡Es espléndido!

La voz de Abderramán le sobresaltó.

—Este jardín llevará por fin el nombre que merece. No podía soportar verlo más en semejante estado de desolación.

Más que un jardín se trataba de un gran patio de recreo que él había remodelado por completo, conservando solo la fuente central. Lo rodeaba una galería pavimentada con losas claras, cuyo techo de tejas negras se apoyaba en una línea regular de columnas de mármol blanco vetado de gris. Los pedestales, los capiteles y los arcos trebolados eran de piedra color arena, labrada con mano maestra por los mejores artesanos.

Un gran estanque rectangular rodeaba la fuente, que cantaba de nuevo. En todo su perímetro las columnas y las arcadas idénticas a las de la galería formaban un quiosco espléndido a cielo abierto, al cual se accedía por cuatro anchas calles perpendiculares jalonadas de bojs y enebros. El resto no era más que hierba tierna, iluminada por motas de flores multicolores.

Selim se sonrojó por el cumplido y miró a su amo. Sentía tal veneración por él que estaba dispuesto a que lo clavaran en el sitio si él se lo pedía. Abderramán, por su parte, sentía gran aprecio por el joven bereber y mostraba un profundo interés por sus dotes artísticas. Todo lo que hacía era de un gusto exquisito. Como Yahara...

—Ven. Voy a enseñarte algo.

Lo llevó hasta las murallas que dominaban el Guadalquivir y sacó un esbozo que él mismo había trazado a pluma con una minuciosidad sorprendente.

—Este es el plano de los futuros jardines del Alcázar. Se extenderán hasta el pie de las murallas y se dividirán en tres partes: el palmar, el jardín frutal y el jardín floral, para el cual tienes mi confianza plena a la hora de elegir las especies y la distribución de los macizos. Estoy terminando la lista de las distintas especies de palmeras y árboles frutales que traeremos de Oriente.

—Amo, ¿ya vais a marchar de nuevo?

—Yo no... Pero tú sí.

Selim palideció y casi se desmaya.

—¡Mi querido amo, no conozco nada de esas regiones lejanas y no he viajado en mi vida!

—Es una ocasión excelente de ponerte a prueba. No has de preocuparte, he pedido a Ubaid que me proporcione los hombres más competentes y valerosos para garantizar tu seguridad. Están construyendo un barco especialmente habilitado para la conservación de semillas y plantas vivas. En cuanto esté terminado, podrás hacerte a la mar.

—¿Adónde tendré que ir?

Abderramán sintió una punzada de nostalgia que le sacudió el corazón.

—A mi hogar, a Siria. El palmar de al-Ruzafa era tan hermoso que los reyes y las reinas de las tierras vecinas se desplazaban con su corte para verlo. En cuanto a los senderos floridos de Mshatta, a menudo los comparaban con los del divino paraíso. Allá es donde encontrarás las especies que convertirán los jardines del Alcázar en los más bellos jamás imaginados. Todo se hará por el placer de los sentidos, los gustos más sutiles, las fragancias más delicadas, los colores más variados. Se oirá incluso el canto de ciertas aves, como en el palacio del emperador de la China.

Selim ya estaba en la otra parte del mundo. Dejó a su amo en un estado próximo al éxtasis, los ojos más brillantes que nunca. Abderramán observó el paisaje y buscó con la mano el saquillo de piel que llevaba siempre colgado al cuello. Su tacto mullido le sentó bien. Como sujeta por un cordón umbilical, su tierra natal lo seguía agarrando por el vientre.

Notó una presencia a sus espaldas y se volvió. Badr acababa de llegar.

—Buenos días, señor.

—Buenos días, amigo mío. Estaba soñando, como de costumbre. Es verdad que aquí todo se presta a la meditación, ¿no te parece?

—Sí, señor, y me alegra veros con tan buena disposición. ¿Puedo, no obstante, haceros una pregunta indiscreta?

—Sin duda.

—¿Sois feliz?

—Sabes bien que no, Badr. Me siento tan solo...

—Precisamente, ¿no creéis que ya es tiempo de pensar en tomar una esposa para garantizar la perennidad de la dinastía? Hace ya seis meses que reináis sobre el emirato y que os escondéis en el Alcázar como un lobo en su cubil. No es eso lo que vuestro pueblo espera de vos. Desea veros, saber que sois feliz y compartís su dicha.

Abderramán hizo una mueca de decepción.

Desde su entrada en Córdoba solo había tenido una idea en la cabeza, devolverle al palacio el esplendor perdido. Sin duda para ahuyentar de su espíritu las horas negras que había vivido y que lo obsesionaban aún. Por lo demás, hacía más de cinco años que no había conocido mujeres. Su ajetreado destino lo había mantenido al margen de los placeres de la carne, pero curiosamente no sentía ninguna añoranza particular. El tiempo y la benevolencia divina, «in sha'a Allah», ya se encargarían un día de hacerle encontrar su alma gemela...

—Es posible que tengas razón, pero ¿qué debemos hacer?

—Hacer lo que hace todo el mundo en este caso según nuestros usos y costumbres. Buscar jóvenes vírgenes y de buena familia que sean capaces de daros hermosos hijos. Entre vuestras favoritas, la primera que os proporcione un heredero varón compartirá vuestra vida íntima y tendrá un aposento especialmente habilitado junto al vuestro. Estará a vuestro lado en todas las manifestaciones oficiales que sean de su incumbencia y recibirá con gracia a vuestros invitados. Las demás tendrán un aposento común en palacio. En cuanto al harén, se compondrá de jóvenes esclavas y cautivas que serán educadas por una criada para saciar vuestros deseos. Cuidarán de ellas eunucos que mandaremos traer de Nubia y Sudán.

—¡Conociéndote como te conozco, seguro que ya has ido a la caza de esas jóvenes en flor!

—No solo las he buscado, sino que creo además haberlas hallado.

—¿Bromeas?

—No, señor. Están aquí y os esperan en el jardín.

Abderramán salió con una expresión divertida. Desde su infancia Badr lo cuidaba como un padre y él no tenía ninguna queja al respecto. Sabía anticiparse perfectamente a los acontecimientos y satisfacer en cada momento las necesidades de todo el mundo sin que fuera preciso recordárselo.

Lo siguió dócilmente por los pasillos del palacio hasta una alcoba discreta desde donde podía observarse el patio sin riesgo de ser visto. El sol otoñal envolvía las columnatas con reflejos tornasolados y, por el juego de las sombras, imprimía una ligereza increíble al jardín, como si estuviese suspendido en el espacio.

Tres bellas mujeres engalanadas de pies a cabeza paseaban por la galería conversando alegremente. Sus risas melosas se confundían con el murmullo regular de la fuente y, pese a la magia del momento, no parecían en absoluto impresionadas.

Sentada aparte en el borde del estanque, otra joven parecía no prestarles ninguna atención.

Inclinada sobre el agua, deslizaba la mano por ella para apreciar la frescura. Abderramán no veía su rostro oculto por una larga cabellera rubia, casi pelirroja, que caía sobre su túnica blanca para acabar desposando su arqueada cintura. Adivinó las formas perfectas de sus piernas bajo el pantalón de seda, la delicadeza de sus tobillos atados con los lazos dorados de sus sandalias.

Había en ella algo indefinible que imponía silencio. De pronto se levantó y volvió la cabeza en su dirección, como si hubiese adivinado su presencia.

Y el tiempo se detuvo.

Petrificado, apuntando con el índice a la inaccesible estrella, Abderramán creyó que se le había parado el corazón.

Contemplaba la eternidad.

—Ella...

El universo entero acababa de reducirse a la única palabra que era capaz de pronunciar en este momento divino.

Ella... ella y sus grandes ojos negros como el azabache con destellos de esmeralda, su fina nariz de curvatura imperceptible, los perfilados contornos de su boca roja como una granada abierta a los placeres azucarados.

Ella y el resto del mundo.

El cielo se había abierto bruscamente bajo otros cielos, otros soles y otras lunas.

Supo que desde entonces nada sería como antes, los días y las noches, el temblor de los olivos bajo la brisa, el sabor silvestre de las especias, el borboteo de las fuentes, el color de la tierra y la dulzura de la miel.

Su vida había cambiado de rostro.

La joven dio unos pasos. Tenía un porte de reina. Abderramán la deseó enseguida. Su gracia felina, sus gestos lentos impregnados de una elegancia refinada propagaron en su interior una onda de calor irreprímible.

Agazapado en la sombra de la alcoba, Badr sonreía dulcemente, satisfecho de su elección.

—Siria de pura cepa, señor. Su progenitor era el mejor perfumista de Damasco. Fabricaba aceites esenciales y comerciaba con ellos. Un día, justo después de la muerte de vuestro padre, la nave en la que había embarcado zozobró en una tempestad y pereció ahogado. Su esposa intentó sucederle en vano, pero los abasíes no aceptan a las viudas que se perfuman. Se exilió con su hija a al-Ándalus después de vender el negocio. De hecho, ¿sabéis a quién? Nunca lo adivinaríais... a nuestro amigo Salomón el judío que nos sacó de las garras de Ben Mabruk. ¡Entonces ya era rico cómo el que más, ahora no sabrá ni dónde meter sus monedas de oro!

—Quiero verla, Badr. Quiero hablar con ella sin demora. Quiero...

—¡Espacio, mi príncipe, cómo sois! Hay que respetar el protocolo. Solo podéis hablar con ella en presencia de su madre. En estos momentos está en casa de una amiga. Además, debo llevarle a su hija y aprovecharé para arreglar una cita.

—¿Para cuándo?

—Espero que hacia el final de la tarde. Entretanto intentad distraeros...

Abderramán no se distrajo en absoluto. Superaba todas sus fuerzas. Olvidó almorzar y pasó el resto del tiempo en el jardín, errando como un alma en pena en busca de la luz perdida.

Desde que Badr volvió para confirmarle la visita de ambas mujeres, no pudo estarse quieto. Se dio tres baños seguidos y se cambió de ropa cinco veces, hasta quedar completamente satisfecho con su aspecto.

Luego volvió al jardín, se sentó cerca de la fuente y aguardó.

Llegaron con las primeras sombras de la tarde. Badr se adelantó e hizo rápidamente las presentaciones. Abderramán se inclinó ante las dos sirias, que le devolvieron el saludo con un silencio recatado, impregnado de misterio. Durante una fracción de segundo cruzó una mirada con la joven y tuvo que hacer un esfuerzo desesperado para no desfallecer. Estaba sublime con un caftán azul que contrastaba con sus ojos oscuros. Los había resaltado con una fina raya de kohl que le daba un

aire de diosa egipcia. Un zafiro que colgaba de un collar de oro fino descansaba sobre el joyero satinado de su garganta.

Badr notó que a su amo le iba a dar un síncope y, con tono animado, propuso a la madre enseñarle el palacio.

Por primera vez estaban solos en el mundo. Después de un tiempo que le pareció infinitamente largo, Abderramán se armó de todo su valor y logró balbucear algunas palabras.

—Vamos a sentarnos, ¿quieres?

Se acomodaron en el borde del estanque. Ella repitió su gesto de la mañana con la misma indolencia, acariciando el agua, como si liberara ahí pensamientos secretos.

—¿Cómo te llamas?

—Soraya.

La palabra se despegó de sus labios y fue a rozar el rostro del príncipe como una caricia. La voz cálida y sensual se deslizó por sus venas y le inflamó el corazón.

La joven siria alzó los ojos y él se puso a temblar de la cabeza a los pies, cual cordero recién nacido.

—Yo... bueno, tú... no... quisiera...

—¿Sí...?

—Quisiera decirte... cómo decirlo... quisiera... eres muy hermosa.

Se sintió ridículo enseguida, pero era demasiado tarde. Permaneció plantado con los brazos colgando y puso cara de perro apaleado a la espera de la terrible sentencia. Soraya se echó a reír con una risita aguda, descubriendo sus dientes relucientes. Ofendido, Abderramán se retorció como un gusano, pero no pudo resistir mucho tiempo y se zambulló a su vez en el agua fresca de su ataque de risa.

Cuando posó su mano sobre la de ella, el tiempo volvió a detenerse.

Se devoraron con la mirada, sin decir palabra, unidos el uno al otro por una fuerza invisible. Sola, la fuente hablaba por ellos. No supieron cuánto tiempo permanecieron así, pero cuando Badr y su compañera volvieron al patio, ya era casi de noche y sus ojos brillaban como estrellas.

Soraya se marchó del brazo de su madre y se volvió discretamente cuando la puerta se cerraba. Abderramán le mandó un beso con la punta de los dedos y luego se puso a bailar por el jardín dando gritos de alegría. Loco de amor, se dejó caer en la hierba con los brazos en cruz y abrazó la tierra con ternura.

Volvió a ver a Badr en la cena y comió con un apetito feroz. Saciado, se puso a observar a su amigo, que le parecía extrañamente tranquilo y sereno, pese a las peripecias de este día turbador.

—¿Lo sabías, verdad?

—¿Qué sabía, mi señor?

—Sabías que sería ella, no me digas que no. Toda esta puesta en escena, por la mañana, era cosa tuya. ¡Badr, eres mi mejor amigo y el mayor granuja que conozco!

—Mi príncipe, yo no...

—¡Y hasta sospecho que, después de presentarme a la hija, pones las miras en la madre!... No parecía dejarte indiferente cuando has vuelto con ella de la visita a palacio. ¿Quieres que te lo diga? ¡Eres un pícaro!

Se levantó y, riendo, le dio una palmotada amistosa en la espalda. El golpe casi le hizo escupir el trozo de cordero que tenía en la boca. Se le sonrojaron las mejillas y se enredó en protestas indignadas que hicieron reír a Abderramán hasta hacerlo llorar.

Aduciendo un cansancio repentino, Badr dejó a su amo y cruzó el pasillo que llevaba a los aposentos. Suspiró profundamente como un día sin fin y luego estalló en una risa poderosa que resonó en todo el Alcázar.

Daba igual si su amo lo oía. Hacía tiempo que no se sentía tan feliz.

Bajo la luz estás desnuda.

Blanca azucena en el agua del lecho.

Brasa fresca, pavesa. Débil chispa en el fuego de mi deseo.

Muy despacio me he acercado a ti.

Sin darte la vuelta, has tendido imperceptiblemente el ópalo de tu cuello, como para incitarme mejor.

Me he acercado a ti, tanto que ahora mi respiración alza en ondas ligeras el dorado difuso de tus sienes.

Amor, noche, día, una vida... jamás, aún... dulzor, dolor, corazón, licor...

He recitado estas palabras robadas en el hueco de tus silencios, fascinado por el libro abierto de tu cuerpo.

Oh, Dios de Dios verdadero, ¿es posible amar más?

Como el viento que se desliza bajo las alas del viento, como la arena que roza la arena, mi mano acaricia la playa cobriza de tu hombro, la duna de tu seno, el desierto blanco de tu vientre redondo, hasta el oasis de luz pálida de donde brota la fuente pura, insatisfecha.

Entonces, sin reservas, me inmoló con el fuego de tus volcanes y me consumo en largos sollozos de vida...

Abderramán emergió del caos.

Era incapaz de decir si se había dormido o si había pasado la noche soñando despierto con ella. Soraya ya no lo dejaba. Solo la veía a ella, por ella y para ella. Todo su ser irradiaba una mezcla incandescente de pasión y beatitud que le marcaba al rojo vivo.

La amaba más allá del sufrimiento, hasta el olvido del tiempo. Se levantó e hizo sus abluciones mientras se preguntaba en qué podría emplear su tiempo hasta la próxima cita de la tarde. Permaneció encerrado en su habitación y dedicó largas horas a perfeccionar la lista de plantas destinadas a los jardines del Alcázar, dibujando algunas cuando le venían a la memoria.

La tarea resultó difícil, pues Soraya se inmiscuía constantemente en sus pensamientos. Vencido por el hechizo obsesivo de su rostro, comenzó a esbozar su perfil y dejó que la pluma resbalase por la página blanca, con suavidad, como una caricia.

Luego trazó la boca y se puso a besarla febrilmente, con un vuelco en el corazón.

Se acercaba la hora. Abderramán, que se había acicalado como nunca, bajó al patio. Soraya ya había llegado y estaba sentada tranquilamente en el mismo sitio que la víspera. Se contuvo de correr hacia ella, se acomodó a su lado y le cogió la mano con delicadeza.

—Buenos días, Soraya.

—Buenos días, señor.

La contempló sin decir palabra. Estaba radiante. Flor en el jardín de las flores, Soraya reflejaba la vida.

Le preguntó su edad. Ella le contestó que iba a cumplir veinte años.

Le extrañó que no se hubiera casado todavía, pues con veinte años una mujer ya debía conocer los dolores del parto. Ella le explicó que su padre, que la amaba y respetaba por encima de todo, le había sugerido a muchos pretendientes, pero que ella los había rechazado a todos porque los chicos de buena familia solo pensaban en la caza y los placeres fútiles. Y no era así como ella concebía el gran amor.

—¿El gran amor?...

—Sí, el amor perfecto. El del cuerpo, el alma y el espíritu. Como una iluminación que une a dos seres en un solo y mismo estado de gracia.

—Lo describes tan bien..., se diría que ya lo has encontrado.

Ella se sonrojó ligeramente.

—Quizá... bueno... no..., pero lo anhelo desde hace tanto tiempo. Aún no he gozado los placeres misteriosos de la carne, pero estoy segura de que solo pueden entenderse a través de la profundidad y la verdad de los sentimientos. El gran amor es compartir, es...

—¿Esto?...

No tuvo tiempo de terminar la frase. Los labios de Abderramán se habían posado sobre los suyos. Con la respiración entrecortada, Soraya entornó sus grandes ojos asombrados y se entregó lentamente a la infinita dulzura de este primer beso mientras un estremecimiento delicioso recorría todo su cuerpo.

Abderramán interrumpió el abrazo al cabo de un largo momento y la miró, maravillado.

—Soraya, mi corazón, mi tierno amor, te amo y te deseo desde el primer instante en que te vi. No tengo, yo tampoco, una gran experiencia de las cosas de la vida y hace mucho que no he estado con mujeres. Pero qué más da, es contigo y solo contigo con quien deseo vivir el gran amor. ¿Quieres compartirlo conmigo?

La mirada de la joven se turbó y luego bajó los ojos.

—Señor, no hay nada que desee más en el mundo. Si me hacéis el honor de escogerme entre todas las demás, estaré sumisa a vuestra voluntad.

—¿Sumisa? ¡Qué horrible palabra! No debes sentirte sumisa, sino totalmente libre de amarme como yo te amo. En esto consiste el gran amor, y si no, es que

entonces no entiendo nada. En cuanto a las favoritas que tanto parecen preocuparte, no serán más que tus siervas y damas de compañía.

—¿Y el harén?

—Estará reservado exclusivamente a los huéspedes insignes. Es simple, ¿no?

—¡Oh, Abderramán, Abderramán!...

Arrebatada por un súbito frenesí, se lanzó sobre él y lo besó con fogosidad. Sus dientes entrechocaron y sus lenguas se unieron en una exquisita tibieza de miel. Abderramán sintió cómo sus pies despegaban del suelo y se entregó a una ola untuosa de placer, hasta el aturdimiento.

A la sombra de los pórticos, Badr tosió discretamente. Al ver que los dos jóvenes no le prestaban ninguna atención, avanzó en silencio y apoyó una mano en el hombro de su amo.

—Señor, siento mucho tener que importunarle, pero se hace tarde y he de llevar a Soraya antes de que anochezca.

Abderramán se sobresaltó y le sonrió, con semblante molesto.

—No te excuses, amigo mío. Lo bueno no dura siempre. No obstante, me gustaría que arreglases una cita con su madre a partir de mañana, pues tengo la intención de hacer mi petición oficial de matrimonio.

—Perfecto, mi príncipe. Mientras, permitidme que os felicite por la prontitud y el acierto de vuestra elección.

Se inclinó ante Soraya, que mostró su gratitud inclinando con gracia la cabeza. Abderramán lo miró de hito en hito con malicia.

—No soy yo quien ha elegido, Badr. Es Alá todopoderoso quien lo ha querido así. Además, ¿no me has dado a entender que yo era su elegido y que me ha enviado un ángel guardián? ¿Cómo se llamaba, a todo esto? Ya no recuerdo bien...

Badr se puso colorado y casi se ahogó. Tuvo que esperar pacientemente el final de un beso interminable antes de separar a los dos tortolitos, luego cogió a Soraya de la mano y se la llevó refunfuñando hacia la puerta del jardín.

Desde luego, estos jóvenes tenían una caradura increíble, eran insaciables y se desentendían de las conveniencias.

Al día siguiente, Abderramán recibió a Soraya y a su madre en el salón del Trono.

La majestuosidad del lugar parecía impresionar mucho a las dos sirias, y Badr, que estaba presente en calidad de testigo, intentaba tranquilizarlas con la mirada como podía. El joven príncipe dedicó una sonrisa discreta a Soraya, después saludó a su madre solemnemente, avanzó un paso hacia ella y le cogió las manos con un gesto de familiaridad que la sorprendió.

—Señora, amo a vuestra hija y quiero consagrarle mi vida. Tengo, pues, el honor de pedir su mano y os garantizo que haré todo lo que me sea posible para hacerla feliz, tanto como Dios me dé fuerzas.

La siria le respondió con la voz temblando de emoción que se sentía extremadamente honrada y que medía en su justo valor el inmenso privilegio que el muy sabio y poderoso emir de Córdoba deseaba concederle a su querida hija. Su rostro pleno de nobleza se ensombreció de golpe cuando añadió que, por desgracia, circunstancias crueles la habían privado de su marido y que su situación económica no le permitía aportar una dote.

—¿Una dote? El amor que vuestra hija siente por mí es el bien más preciado que hay en el mundo. Y la sangre de los omeyas que corre por sus venas es una riqueza sin igual. Me siento colmado como nunca habría esperado. Muy al contrario, soy yo quien velará personalmente porque no os falte de nada. Vuestros aposentos privados ya están a vuestra disposición en un ala del palacio.

Su rostro se iluminó con una sonrisa benevolente.

—Además, será necesario que una abuela cariñosa y atenta se ocupe de cuando en cuando de sus nietos...

La atrajo hacia él y la estrechó afectuosamente entre sus brazos. Emocionada a más no poder, la madre prorrumpió en sollozos, dejándolo un tanto turbado. Con prudencia la devolvió a los brazos de Badr, que no se lo esperaba, y se volvió hacia Soraya. Silenciosa, con los ojos bañados en lágrimas, lo miraba como quien contempla la luz eterna. Él le besó con ternura las manos, también con unas ganas locas de llorar de alegría sobre su hombro. Pero delante de las mujeres no se llora, sobre todo tratándose de un emir.

Carraspeó y adoptó el semblante más digno posible.

—Permitidme que me retire ahora. Debo ocuparme de los asuntos del emirato y de los preparativos de la boda. Badr os mantendrá informadas en todo momento.

Salió de la sala y corrió a sus aposentos para tomar un baño. Estaba empapado en sudor, se le pegaban las ropas a la piel, y cuando se sumergió en el agua fresca emitió un rugido de placer. Ebrio de felicidad, se sacudió y cantó de júbilo.

Ubaid, Badr y Abdelkrim habían llegado para el almuerzo. Los cuatro amigos se reencontraron con alegría en torno a la mesa y, para empezar, hicieron balance de los primeros resultados de la administración del país. Abdelkrim cumplía muy bien sus funciones de gran visir y se tomaba su labor con mucha seriedad. Su primera acción había sido repartir con equidad el botín de guerra y distribuir la mayor parte entre los pobres, como había prometido Abderramán.

A continuación había instaurado un impuesto más justo al que terminaron plegándose los abasíes reticentes, pues preferían la paz de los bazaros a un retorno forzado a Bagdad. La «Dhimma», por su parte, hacía feliz a los religiosos, hasta el extremo de que cristianos, judíos y musulmanes volvían a frecuentarse y a intercambiar libremente sus culturas en todos los aspectos.

Abdelkrim aprovechó para recordar que sería tan necesario como juicioso construir una Gran Mezquita en Córdoba, dentro de la más pura tradición omeya. Abderramán le contestó que lo tenían en mente desde hacía tiempo, pero que por ahora no formaba parte de sus prioridades. Lo que importaba por encima de todo era el bienestar y la seguridad de la población. Las últimas sequías habían sido devastadoras. El antiguo sistema de riego romano, mal cuidado por los hombres de al-Fihri, se había vuelto prácticamente inutilizable. Era menester restaurar las acequias, hallar nuevos veneros y construir depósitos de retención. En cuanto a Córdoba, tenía un proyecto importante cuyos planos estaba trazando, pero solo hablaría de ello cuando los hubiera terminado.

Ubaid tomó la palabra a su vez. Acababa de regresar de las provincias, donde había instalado guarniciones en cada gran ciudad y distribuido los puestos de mando en función de las distintas etnias para no herir susceptibilidades. Solo los yemeníes de espíritu vengativo le preocupaban un poco, aunque de momento, privados de sus cabecillas, se mostraban tranquilos. No obstante, por precaución mandó reforzar la guardia de palacio con una unidad escogida.

Por último, Badr sacó a colación el tema de las ceremonias de la boda. Propuso que se celebraran al cabo de dos meses, el tiempo de anunciar la buena nueva por todo el país y organizar fiestas por todo lo alto. Ante las exclamaciones de protesta de Abderramán, alzó los ojos hacia el cielo y tuvo que rendirse a la evidencia: a su joven amo le hervía la sangre y no podía esperar más.

Se decidió que las nupcias se celebrarían al cabo de diez días en la más estricta intimidad. Las festividades se aplazarían hasta el nacimiento del primer hijo. Siguió el inevitable parloteo sobre la elección de los invitados. Tras una hora de discusiones apasionadas, los cuatro amigos acabaron poniéndose de acuerdo sobre una cincuentena de personalidades cuidadosamente seleccionadas. Se separaron bromeando con alegría sobre las ventajas del matrimonio, lanzándose de vez en cuando miradas cómplices.

Abderramán volvió a su habitación con la cabeza en las nubes. Los tres últimos días habían revolucionado su existencia. Procuró rememorar cada instante y saborear hasta la última gota de su néctar embriagador.

Soraya ocupaba todo el espacio. Su mirada, su voz, sus gestos, todo lo que emanaba de ella tocaba lo sublime, hasta ese beso loco, esa fuente de agua viva cuyo sabor azucarado seguía teniendo en la boca.

Se echó en la cama con las manos cruzadas detrás de la nuca y cerró los ojos sobre la imagen santa de su amor.

Sabía que no volvería a ver a Soraya hasta el día de las nupcias, pues tal era la costumbre.

Con el corazón en un puño, se dispuso a vivir los diez días más largos de su vida.

Ella era luna. Él era sol.

Llegaron en el mismo instante, ella sobre un gran escudo de plata, él sobre un escudo de oro puro cincelado a mano, ambos sentados con las piernas cruzadas y vestidos de blanco.

Soraya llevaba un velo. Solo sus inmensos ojos negros daban fe de su belleza hechicera y misteriosa. Abderramán llevaba la cabeza cubierta con una estola inmaculada, en señal de inocencia y pureza.

Los portadores los depositaron en tierra ante las miradas de admiración de los invitados.

El gran muftí se levantó e invitó a los futuros esposos a acercarse a él. Después de recitar un sura de las Santas Escrituras, hizo que compartieran la sal, el agua y el pan de vida, luego les exhortó a intercambiarse los anillos.

Abderramán había mandado engastar en una alianza de oro fino un zafiro brillante, como el que Soraya llevaba al cuello. Por su parte, ella había mandado grabar de nuevo la joya que más apreciaba, una sortija de sello plateada que pertenecía a su padre y de la cual él nunca se separó, salvo con ocasión de ciertos viajes largos. En el escudo podían distinguirse las armas de su casa: una palmera bajo una media luna.

Se hizo un silencio repentino entre los presentes mientras ambos jóvenes se acercaban el uno al otro.

—Por este anillo juro amarte y protegerte hasta mi último soplo de vida. Que la bondad de Alá el Altísimo y Misericordioso se extienda sobre ti y te haga fecunda, para que nuestros hijos, de generación en generación, se glorifiquen de la sangre sagrada de nuestra unión, por siempre...

—Por este anillo juro amarte y serte fiel hasta mi último soplo de vida. Que la sabiduría de Alá Todopoderoso se extienda sobre ti y te dé la fuerza para defender las leyes de su divina justicia por el honor de nuestros hijos y de sus descendientes, por siempre...

Él era luna, ella era sol. Iluminados por la sutil alquimia del gran amor, se habían intercambiado todo lo que constituía su esencia y ya solo formaban uno en adelante, un solo astro que brillaba en el cielo con una dicha inefable, virgen de todo sufrimiento.

—Te adoro, Soraya.

—Te adoro, Abderramán.

Con gesto suave, le quitó la estola blanca a su esposo y la dejó descansar sobre sus hombros.

Lentamente, le quitó el velo blanco a su amada y lo guardó apretado contra su corazón, fascinado por el esplendor celeste de su rostro. Luego se acercó a ella y posó

sobre sus labios un beso casto, suave, casi infantil.

Ella le devolvió su beso con una candidez conmovedora, entre las aclamaciones y los acentos alegres de la música.

La fiesta duró todo el día y se prolongó en la frescura de la noche. Soraya fue la primera en retirarse. Abderramán se reunió con ella discretamente en la habitación momentos después. De pie, cerca de la ventana abierta, ella contemplaba el Río Grande, mientras aspiraba los perfumes del otoño ahogados en la penumbra.

Él se acercó y quiso hablarle, pero ella se volvió y le puso un dedo en la boca. Con suavidad, lo empujó hasta la cama y lo obligó a sentarse, luego se soltó los largos cabellos, que salpicaron sus hombros de llamas doradas. Irreal bajo la luz vacilante de las antorchas, se quitó una a una las prendas, con una lentitud calculada. Cuando cayó el último velo, Abderramán pensó que iba a desmayarse. Antes de darle tiempo a hacer el menor gesto, lo levantó y lo desvistió con mano experta, sin dejar de mirarlo a los ojos. Luego se tendió en la cama y aguardó, con el rostro reposado, serena.

Bajo la luz, estaba desnuda.

Lila blanca en el agua del lecho, brasa fresca, pavesa... tal como la había imaginado siempre, maravillosamente mujer, infinitamente bella, Soraya lo miraba en silencio, con una sonrisa extraña en la comisura de los labios. De repente un brillo salvaje encendió su mirada. Lo agarró de la cintura y lo atrajo contra su vientre.

Con el corazón ardiendo, olvidando su desnudez, atravesó la puerta sagrada. Ella se puso rígida y soltó un gritito agudo, luego se distendió con un resoplido y permaneció con los ojos entornados y todo el cuerpo al acecho.

Cuando penetró en el santo templo, ella ardía de deseo.

La meció en olas lentas, al ritmo regular del flujo y del reflujo, hasta la última caricia. Entonces, vencido por la insoportable espera, sintió cómo subía en él la liberación sorda, irreprimible, y dejó brotar la ofrenda clara de su semen en medio de un fuego de felicidad deslumbrante.

Se amaron toda la noche y se durmieron al alba, exhaustos, sus cuerpos encallados en la playa, como dos naufragos después de la tormenta.

Unos ruidos de pasos y voces los despertaron poco después de mediodía.

Badr, la madre de Soraya y una nodriza rechoncha venían para proceder al ritual de virginidad. Con los ojos aún soñolientos, se escaparon a la sala vecina y empezaron a reírse como niños mientras escuchaban los cuchicheos y las observaciones íntimas de sus mayores.

Cuando volvió la calma, regresaron a su habitación y se lanzaron uno en los brazos del otro. Las horas y los días sucesivos constituyeron una serie de viajes maravillosos de la cama a la mesa y de la mesa a la cama, salpicada de breves pausas durante las cuales se hablaban con la fogosidad de los jóvenes amantes. Cuanto más

se hablaban, más se querían. Y cuanto más se querían, más descubrían el gran amor, el del cuerpo, el alma y el espíritu, el amor perfecto en el que la ternura y la gracia purificaban los placeres más secretos de la carne.

Apasionada, ciegamente, hasta el límite de sus fuerzas, devoraban la vida.

Noviembre llegó con su cortejo de nubes.

Abderramán había vuelto a sus asuntos y tuvo que ausentarse una semana. Los sevillanos, complacidos, deseaban agradecer a su emir todos los favores que les había prodigado. Habría querido llevarse a Soraya con ella, pero ella le dijo que se sentía cansada y, tristes, se separaron necesariamente por primera vez desde el instante bendito de su unión.

Entró en Sevilla bajo las ovaciones de la multitud y lo recibieron con suntuosidad. Ibn al-Kashi no había omitido ningún detalle y lo llevó de fiestas en recepciones por toda la ciudad, y por doquiera que fuesen, todo eran aplausos y aclamaciones. Intentó poner buena cara durante los tres días de visita oficial, pero tenía la cabeza en otra parte. El viaje de vuelta fue un verdadero calvario. Rehizo el camino que lo había llevado a la victoria unos meses antes y se detuvo, como un alma en pena, ante el campo de batalla para meditar. Luego corrió hacia Córdoba a rienda suelta y la caballería de su guardia se las vio y deseó para seguirle.

Entró en el Alcázar al galope, saltó de su montura y se precipitó hacia sus aposentos. Soraya no estaba allí.

Con un mal presentimiento, erró por los pasillos del palacio y se topó de narices con Badr, al cual agarró febrilmente.

—Badr, ¿has visto a Soraya?

—Sí, señor, la he visto esta mañana. Me ha dicho que iba con su madre a consultar a un médico. Pero...

—¡Ay, Dios mío, está enferma! No tendría que haberme separado de ella jamás.

Salió corriendo, acongojado. Cuando llegó al jardín, la vio junto a su madre y se precipitó enseguida hacia ella, con el corazón palpitante. La cubrió de besos, loco de ternura y amor.

—Amada mía, mi tierna esposa, no volveré a irme, te lo prometo. ¿Cómo he sido capaz de dejarte sola mientras estabas indispuesta? Perdóname, te lo suplico...

Ella lo apartó con suavidad y hundió sus ojos en los de él, sin decir palabra. Su mirada no traslucía ningún sufrimiento; al contrario, una paz profunda inundaba todo su ser. Delicadamente le cogió la mano y la posó sobre su vientre.

—Abderramán... espero un hijo.

—Vale, pero no es motivo para...

Por poco cayó de espaldas al estanque, pero se agarró al borde, con el rostro blanco como leche de burra.

—Un hijo... ¿Un hijo... mío?

Ella se echó a reír.

—¡Y de quién quieres que sea, «haza aziz»!

—Un hijo... Voy a tener un hijo... ¿Me oís todos?... ¡Voy a tener un hijo!...

Poseído por una verborrea súbita, vertió una profusión de palabras incomprensibles y se puso a caminar en todas direcciones. Luego se volvió bruscamente.

—No puedes quedarte así de pie... debes descansar... y podrías enfriarte... un médico... ¿Alguien puede decirme dónde hay un médico en este palacio?... Te llevaré a la habitación...

Se agachó para cogerla en brazos, pero ella lo apartó de nuevo riendo.

—¡Pero si estoy muy bien, mi amor! He consultado a la mejor partera de Córdoba y me ha dicho que estaba perfectamente sana. Solo me siento un poco cansada. Me ha dicho también que nuestro hijo nacerá a principios de verano, como tú. ¿Es una señal, verdad?

Conmovido hasta las lágrimas, Abderramán se hundió en su hombro.

Pero los emires no lloran en los hombros de las mujeres. Salvo en algunos casos excepcionales...

Se volvieron a encontrar ya caída la noche, tumbados en la cama, mudos de felicidad, como si se descubriesen por vez primera. Él no osaba tocarla, tan frágil como le parecía, y fue ella quien le hizo el amor, lentamente, con una dulzura infinita. Ante sus ojos maravillados, ella se adormiló como un pájaro, con las alas replegadas sobre sus sueños.

Se levantó con sigilo, se vistió en la oscuridad y se encaminó a las murallas del palacio. Tras mirar durante largo rato la ciudad dormida, contempló el cielo.

«“La Ilaha Illa ‘llah!...” Altísimo, poderoso y misericordioso Señor, tú que sacaste de la nada todo lo que debía ser, nunca te he pedido nada que no fuese acorde a tu santa justicia. Me has dado el poder de sobrevivir y de conocer el amor. Pero ¿de qué serviría la dicha inmensa que me has concedido si la sangre de los omeyas quedara para siempre apresada en mi cuerpo de simple mortal? Señor, haz que corra la sangre nueva en las venas de mi hijo y dame un varón. Escucha mi plegaria, Señor. Que mi voz se eleve hacia ti».

Alzó los brazos en cruz, inspiró profundamente y se puso a aullarle a la luna.

La larga caravana se detuvo bajo un sol plomizo.

Selim se enjugó la frente, bebió un trago de agua tibia y escrutó el horizonte con aire perplejo. Hacía tres semanas que había atracado con sus hombres en el puerto de Acre en Palestina, por preferir el valle seco de Galilea a las cumbres rugosas del Líbano.

Después de comprar no menos de cincuenta camellos y mulas, estaba totalmente equipado para la expedición y bordeó los contrafuertes montañosos hasta el lago de Tiberíades.

Desde allí se desvió hacia el noroeste en dirección al Eúfrates. Los animales empezaban a dar signos de cansancio y Selim ya se preguntaba si había acertado con la ruta, cuando un punto a su derecha le llamó la atención. Indicó el camino a los camelleros y les hizo seña de avanzar. La columna se puso en marcha a paso lento bajo el cielo incandescente. Veinte minutos después llegaron al brocal de un pozo, toscamente construido con algunas piedras inseguras. Un anciano con el rostro tostado por el sol movía jadeando una gran palanca de madera y subía a la superficie una calabaza cuyo magro contenido vertía en dos odres abombados que ceñían los costados de un asno famélico.

Selim lo interpeló desde lo alto de su montura.

—Hola, amigo mío, ¿puedes decirnos si queda mucho para el palacio de al-Ruzafa?

El anciano interrumpió su esfuerzo y le lanzó una mirada desengañada.

—¿El palacio? Ya no queda palacio, tan solo un montón de ruinas. Los hombres de negro lo saquearon hará pronto siete años. Lo destrozaron todo e incendiaron el palmar. Profanaron hasta las tumbas y mandaron quemar los despojos del califa y su familia. No vayáis, joven extranjero, es un lugar donde reinan la muerte y los malos espíritus.

Selim insistió.

—¿Dónde está?

—Allí, detrás de la duna, a una hora de camino.

Dio una palmada a su asno en la grupa, que avanzó a pasitos. Al cabo de unos segundos se volvió, con el rostro iluminado por una luz repentina.

—¡Larga vida a los omeyas!

Luego giró y se zambulló en el desierto.

Después de abreviar a los animales y renovar las reservas de agua fría, Selim encabezó la caravana y se dirigió hacia la duna que rodeó por el norte. Halló el lecho seco de un «uadi» y lo siguió hasta una vasta extensión árida en cuyo centro la masa oscura e inerte del palacio parecía surgir de ninguna parte.

Detrás de la imponente estructura, el inmenso palmar se extendía a lo largo del antiguo río, totalmente carbonizado, erigiendo sus árboles inmóviles como columnas funerarias. Cuando lo vio de lejos su corazón se encogió al pensar que su querido amo había pasado allí su infancia entera.

Con recogido silencio atravesó el muro de recinto y dio orden de levantar el campamento a la sombra de los primeros edificios. Mientras sus hombres se atareaban, se propuso visitar el palacio, o lo que quedaba de él. Solo se mantenían en pie los muros abovedados. Todas sus aberturas estaban quemadas, y las salas espaciosas que se encadenaban unas a otras se hallaban desesperadamente vacías, expuestas al aire sofocante del desierto.

Entró en los baños y dio un largo suspiro de desánimo.

Los pilones y las piscinas no eran más que un montón de mosaicos hechos añicos y de piedras gruesas que daban fe de la violencia con que los vándalos habían ejecutado su siniestra tarea. Fuera, el patio interior destinado al harén le recordó el jardín del Alcázar, cuando lo descubrió por primera vez con su fuente muda y sus árboles moribundos.

Todo aquí respiraba a muerte, una muerte lenta, inexorable. Con un nudo en la garganta recorrió un largo pasillo que daba al salón de recepciones, el único coronado por una amplia cúpula, donde yacían los restos carbonizados de la escalera monumental que debía conducir a los aposentos privados del califa. Por un lado se abría al exterior, por el otro daba a un segundo patio, más pequeño que el anterior, que llevaba directamente a la Mezquita. Su corazón empezó a sangrar al descubrir una docena de tumbas destripadas, condenadas al vacío eterno y al olvido. Venciendo su asco, cruzó el patio, atravesó el umbral de la Mezquita y cayó de rodillas. Todas las palabras santas inscritas en las paredes habían sido profanadas y el mihrab, orientado hacia La Meca, se reducía a un montón de polvo y escombros.

Abderramán estaba en lo cierto. Los abasíes profesaban un odio ciego al dios de los omeyas y solo la destrucción salvaje apagaba su sed insaciable de poder.

Totalmente conmocionado, Selim dio media vuelta. Nunca tendría el valor de describir a su amo lo que acababa de ver. No le hablaría de las tumbas, ni del mihrab, le diría como mucho que el tiempo no había pasado en vano y que el palacio de sus ancestros se había dormido lentamente bajo el sol.

Regresó al salón de recepciones y salió para tomar el aire que comenzaba a faltarle. Pero la luz le dio de lleno en la cabeza y tuvo que batirse en retirada a toda prisa. Permaneció postrado en la sombra, contemplando las palmeras que apuntaban por centenares sus cimas ennegrecidas hacia el cielo. El incendio no había perdonado a ninguna y el alineamiento regular de sus troncos quemados daba al paisaje un aspecto de fin del mundo. A sus pies el suelo estaba cubierto por una alfombra inextricable de maleza crecida, de la cual surgían ramas muertas con formas fantasmales.

Desesperado, Selim se dijo que había venido para nada.

Notó que el aire se hacía más fresco y se aventuró a salir. Caía la tarde y el sol empezaba a desaparecer detrás de la duna cuya beneficiosa sombra se extendía lentamente. Se abrió paso entre los matorrales secos y por poco tropezó. Sorprendido, se volvió y vio un plantón de palmera oculto entre los hierbajos. Medía casi dos pies de altura y parecía gozar de buena salud. Con el corazón palpitante siguió rebuscando y comprobó que había decenas más escondidas entre la vegetación.

En el colmo de la excitación se agachó, cogió un poco de tierra con la mano y la pulverizó despacio entre sus dedos. Todavía conservaba las huellas negras del aciago día en que entraron a sangre y fuego en el palacio. Lo entendió enseguida. Las cenizas, al cubrir todo el suelo, habían enriquecido la tierra aún húmeda, favoreciendo así la germinación de las semillas y los frutos caídos de los árboles durante el incendio. Gracias a la presencia de la duna erigida por los vientos, los brotes jóvenes habían resistido pese a la falta de riego, a resguardo de las tormentas de arena y la aguda sequedad del final del día.

Por la gracia de la Divina Providencia, la vida eternamente renovada había burlado la furia mortífera de los abasíes.

Selim volvió al campamento y dedicó buena parte de la noche a pergeñar un plan de rescate. Lo primero, impermeabilizar con barro seco el fondo de las cestas, y luego poner un espeso lecho de arena húmeda antes de colocar los plantones con su cepellón. Lo que implicaría sin duda varias idas y venidas entre el palacio y el pozo, y haría más pesada la carga.

Decidió reservar los treinta camellos para transportar las plantas, dejando a las mulas el agua y el resto de la carga.

Precisaron tres días para desenterrar los brotes y estabilizarlos en las cestas antes de instalarlos en los camellos, que gritarían de cólera bajo la carga. El cuarto día al alba se encaminaron así hacia el sur y llegaron al oasis de El Azraq, al cabo de una larga marcha de dos semanas por el desierto.

Después de una noche reparadora, Selim se llevó consigo media docena de mulas y a dos de sus hombres. Un beduino aceptó guiarlo hasta Mshatta a cambio de unas monedas. Fueron necesarios tres días más bajo la canícula para divisar el palacio de Hisham.

Preguntó varias veces al beduino si no se había equivocado. Ante él, una única sala grande abovedada se encontraba expuesta a los cuatro vientos. El resto no eran más que ruinas dispersas. El muro exterior estaba derruido y había dejado entrar la arena, que lo había cubierto todo. Alrededor, hasta donde alcanzaba la vista, la inmensidad ocre del desierto.

Con el corazón encogido cruzó el umbral que marcaban dos gruesos pilares cuadrados, erosionados por el tiempo. Una amplia extensión vacía y plana rodeaba los edificios. Ni un árbol, ni una hoja. La muerte había podido más que la vida.

Pasaron cerca de lo que parecía ser el brocal de un pozo y se inclinó maquinalmente. La arena casi asomaba, ahogando bajo su capa los recuerdos de un

paraíso perdido por siempre jamás.

En un rincón del recinto vio una pequeña construcción en la que no había reparado hasta entonces. No era de estilo árabe y recordaba más bien las casas de al-Ándalus con sus techos de tejas romanas alineadas con celo. Se encaminó hacia allí con paso lento y tuvo que agacharse para pasar por la puerta, cuyo batiente desencajado se balanceaba con un chirrido triste.

Entró en una sala oblonga muy oscura y toscamente pavimentada que daba a una alcoba semicircular orientada al oeste. En el centro de la alcoba, dos ventanucos como troneras iluminaban apenas desde el norte y el sur una mesa de piedra sin pulir tallada en un bloque. Los dos rayos oblicuos daban de lleno en mitad del escenario con un halo de luz rectangular y contornos insólitamente precisos. Intrigado, alzó los ojos y percibió que el halo quedaba justo debajo de la clave de bóveda, como si fuese su proyección perfecta. Retrocedió un poco y tuvo la revelación. Las dos ventanas, la clave de bóveda y el halo se situaban en un mismo plano vertical y formaban los cuatro extremos en forma de T de dos ramas iguales y perpendiculares.

¡La Cruz de Jerusalén!...

La conocía por haberla visto un día en la estola blanca del viejo Eusebio, que le había explicado su significado a petición suya. No cabía ninguna duda, se encontraba en la capillita de la que tanto le había hablado su amo durante sus largos paseos por la playa de Torrox. Formaba parte de un antiguo monasterio abandonado que su abuelo Hisham había ampliado, aprovechando el manantial para convertirlo en un remanso de paz y felicidad. El viejo califa, vivo símbolo de tolerancia y hospitalidad, la conservó intacta como cobijo de peregrinos de camino a la ciudad santa. El día que destruyeron el palacio, los hombres de negro echaron abajo la puerta de la capilla y al no ver nada aparte de una sala desnuda, dieron media vuelta y se fueron a saciar su sed de venganza a otro lugar.

Selim regresó junto a sus compañeros y se guardó bien de compartir con ellos su descubrimiento. Pero la realidad era amarga: volvía con las manos vacías, sin ninguna esperanza de traer consigo los árboles de frutos maravillosos que Abderramán le había encargado. Compartió su preocupación con su guía, cuyo rostro se iluminó con una sonrisa resplandeciente. Conocía a Amón, el propietario del vergel más hermoso de la región. Allí encontraría con seguridad todo lo necesario.

Dos días después entraron en los barrios de la antigua ciudad romana y torcieron hacia el este en dirección al vergel. Cuando lo divisó de lejos, Selim soltó una exclamación de alegría. Por primera vez en su vida veía un campo de granados. Reconoció enseguida las pomos rojas que brillaban al sol y cuya descripción precisa le había hecho su amo. Sabía que Abderramán quería importarlas de Oriente a toda costa y le alivió la idea de no decepcionarlo.

Su anfitrión, un hombrecillo barrigudo de aspecto jovial, le recibió como a un príncipe y le hizo visitar sus plantaciones a lomos de un burro. Selim estaba desbordado ante la multitud de plantas que desfilaban ante sus ojos. A la vuelta,

eufórico, cargó sus mulas hasta los topes con un centenar de plantones de granados y tantas; semillas e injertos de árboles frutales como pudieron llevar.

El regreso fue muy penoso. Debían desviarse a menudo hacia los manantiales y detenerse cada dos horas para humedecer la preciosa carga. Al cabo de tres semanas llegaron por fin al puerto de Acre, donde solo permanecieron el tiempo justo para descargar las cestas y llenar de agua dulce los aljibes del barco. Selim revendió los animales a buen precio y puso rumbo a Túnez, donde desembarcó tras quince días de travesía sin contratiempos. Aprovechó para compra allí especias y algunas plantas crasas para que acompañaran al cactus en el jardín de recreo del Alcázar.

Una semana más tarde, a principios del mes de julio, atracó en el puerto de Almería tras un largo periplo de tres meses.

Los plantones no habían sufrido demasiado. Solo habían perecido diez palmeras. Quedaban unas trescientas. Junto con los granados y todas las semillas e injertos de frutales que había podido traer se podía decir que la expedición era un éxito.

Acudió a la guarnición y se dio a conocer gracias a la orden de misión firmada de puño y letra por Abderramán que siempre llevaba encima secretamente. De inmediato pusieron a su disposición 10 mulas y los caballos necesarios, así como una escolta de soldados.

Tomó la ruta oeste por Alhama, Laujar, Ugíjar y Lanjarón. El paisaje era magnífico. Los castaños, los alcornoques y las chumberas se unían en una ondulación de colores vivos hasta el pie de las altas montañas, cuyos pinos trepaban hasta las cimas de blancura eterna. El agua corría a raudales, en cascadas y torrentes. Embriagado de tanta belleza, Selim se dejaba invadir por la frescura deliciosa que le había faltado desde hacía meses. Preguntó a uno de los soldados el nombre de esta región espléndida. El hombre le contestó sin vacilar, con un punto de orgullo en la voz.

—Las Alpujarras. Es la tierra más hermosa de al-Ándalus. Se extiende sobre treinta leguas entre la costa y la cordillera de Sierra Nevada.

A los dos días de dejar Lanjarón, llegaron a una meseta que dominaba la llanura fértil de Armilla. Tuvieron que volver a bajar por un sendero abrupto y desembocaron en un puente romano que atravesaba un pequeño valle muy encajonado. De un centenar de pies de largo, era tan estrecho que solo cabía un hombre a caballo, siempre que no sufriera vértigo, pues los parapetos eran muy bajos, llenos de baches en algunos puntos.

Selim miró el cielo que se cargaba de nubarrones grises. Era mejor cruzar de inmediato antes de que los sorprendiera la tormenta. Se apeó y avanzó el primero, llevando su caballo por las riendas.

Un hombre apareció al otro lado del puente y vino a su encuentro renqueante, con aire angustiado.

—Salud, joven caballero. Soy el guía. Sobre todo no hay que pasar a todos los animales juntos, es demasiado peligroso. Conozco de sobra a las mulas, son

imprevisibles. Si me dejas a mí, no habrá ningún problema.

Aliviado, Selim ordenó a sus hombres que siguieran las instrucciones del guía. Le llevó más de una hora cruzar uno a uno los animales al otro lado del puente. La densidad del aire los enervaba y cada vez se resistían más a dejarse guiar.

Al final solo quedaban las dos mulas cargadas con los plantones de los granados. La tormenta era inminente. El guía decidió atar con una cuerda a los animales y se adelantó con prudencia. Cuando llegaba a la mitad del puente, estalló un relámpago deslumbrante en el cielo, seguido de inmediato por un fuerte trueno que hizo temblar el piso de piedra.

Asustada, la segunda mula se encabritó y tropezó con el parapeto. Desequilibrada por la carga, se cayó y se precipitó al vacío, arrastrando con ella a su compañera, que intentó resistir desesperadamente. El hombre agarró su puñal entre blasfemias e intentó cortar la cuerda, pero era demasiado tarde. La mula que iba en cabeza se cayó a su vez con un rebuzno trágico.

El guía se acercó a Selim con paso lento y el rostro desencajado.

—Es culpa mía, nunca debería haberlas atado. Al menos podría haber salvado una. Lo siento mucho.

—No es culpa tuya, amigo, es Ala quien lo ha querido así. Pero yo he de continuar mi camino. Si puedes recuperar la carga, es tuya.

—Conozco la senda que conduce al fondo del valle. Encontraré los plantones y se los daré a mi hermano, que posee tierras en la vega. Sabiendo cómo es, hará buen uso de ellas. En cuanto a las, mulas, serán la alegría de los buitres.

Selim reanudó el viaje bajo un chaparrón, con el alma angustiada. Por fortuna había mandado separar cuatro brotes de granados de los más bellos, pensados para el patio interior. La decepción de su amo quizá sería un poco menor.

Tras pasar por Moclín, Alcalá, Alcaudete, Baena y Espejo, avistó Córdoba. El pulso se le aceleró cuando vio las murallas del Alcázar. Él, hijo de un pobre pescador de Torrox, acababa de correr a los veinte años una de las aventuras más emocionantes con que podía soñar un hombre.

Rebuscó en sus alforjas, sacó un objeto extraño y lo contempló con secreto afecto. Era una rosa del desierto. La finura de sus pétalos de piedra cristalizada le fascinaba, tanto que la sacaba a menudo para mirarla. La había encontrado en el camino de al-Ruzafa, y brillaba con mil reflejos bajo el sol. Antes de sostenerla en sus manos por primera vez, ya sabía a quién iba a regalársela...

Como su amo, sentía auténtica veneración hacia Soraya, por su dulzura, su belleza y su extraordinario carisma. Se dijo que tal vez un día también él tendría la suerte de encontrar a la mujer de su vida, que le daría hermosos hijos, que la amaría hasta perder el apetito y la sed y que iría a buscarle piedras preciosas a la otra punta del mundo.

Con el corazón iluminado de esperanza, se enderezó en su montura y entró en la ciudad.

Año de gracia 757 de la era cristiana

Año 135 de la hégira

Soraya dio un grito desgarrador.

Había roto aguas durante la noche y las contracciones no habían dejado de acelerarse con el paso de las horas.

De rodillas en su lecho, con las manos crispadas sobre sus muslos abiertos de par en par, miraba aterrorizada su vientre tenso, como si encerrase todo el sufrimiento de los hombres.

La partera había llegado al alba en compañía de una joven aprendiz y con una bolsa grande llena de sábanas, aceites y ungüentos. Tras un examen minucioso había hecho que Soraya se colocase en la posición inmemorial del parto, la que todas las mujeres, de generación en generación, se transmitían desde el primer don de la vida.

Sabía que el niño llegaba correctamente. Si a la princesa no le entraba demasiado pánico, todo iría bien y duraría poco.

—Inspirad, señora, espirad... En cuanto notéis que se acerca contracción, coged todo el aire que podáis, bloquead la respiración y empujad.

Soraya la miró con cara de ajusticiada. Habría dado cualquier cosa por dejar de sufrir. De pronto el dolor se apoderó de ella y la hizo jadear.

—¡Empujad, señora, empujad!

La joven tensó los músculos y empujó con todas sus fuerzas. Su cabeza estaba a punto de estallar. Al límite de su resistencia, con la cara roja por el esfuerzo, espiró con un largo quejido y se puso a temblar.

—Nunca lo conseguiré. Me duele mucho.

—¡Pues claro que lo conseguiréis! ¿Cómo lo han hecho las demás antes que vos? Pensad en el valor de vuestra madre cuando os dio la luz del día...

A Soraya le daba completamente igual. De momento era su propio vientre el que la torturaba. La única persona que podía ayudarle era Abderramán. Pero ¿por qué demonios los hombres no tenían derecho a presenciar la llegada al mundo de sus hijos? Juró que hablaría con él en cuanto se repusiera para que promulgase un decreto.

La partera la examinó de nuevo. El cuello estaba abierto de sobra y el nacimiento era inminente.

Se dirigió a su aprendiz, que contemplaba la escena embobada.

—Amina, ve a buscarme dos recipientes. Uno de agua fría y otro de agua caliente. He dicho caliente y no ardiendo, ¿me has entendido? Pero ¿qué haces mirándome así? ¡Venga, date prisa, zoquetilla!

El modo en que la joven salió de la habitación arrancó una débil sonrisa de los labios de Soraya.

Se sentía agotada. Unas finas gotitas de sudor perlaban su frente y todo su cuerpo estaba dolorido.

La partera se untó las manos con aceite de palma y se colocó de rodillas detrás de ella, arrimándose a su espalda para sujetarla mejor. Luego le pasó las manos por debajo de los brazos y comenzó a sobarle el vientre, con suavidad, de arriba abajo.

Volvió el dolor, fulgurante. Soraya chilló, con los ojos desorbitados.

—Respirad, respirad... bloquead. ¡Empujad, ahora, empujad!

Notó que la mujer la levantaba para aliviarla. Se contrajo y volvió a empujar, al límite de la ruptura. Justo en ese momento, Amina entró en la habitación.

—¡La cabeza! ¡Veo la cabeza!

—¡Perfecto! Vamos por buen camino. Un pequeño esfuerzo más, mi princesa, y os habréis liberado.

Soraya creyó que las fuerzas la abandonaban. Se dejó caer hacia atrás y apoyó la cabeza en el hombro de la partera, sin aliento, con los ojos quemados por el sudor.

—¡Dios todopoderoso, ayúdame!

Reunió todas las energías que le quedaban y tensó todos los músculos de su cuerpo con un aullido inhumano.

Inundada de dolor, ni siquiera notó que se vaciaba su vientre. Como en un sueño, le pareció oír a lo lejos el grito triunfal de Amina y luego se desmoronó en los brazos de su liberadora, desmayada.

—Amina, ayúdame, rápido.

La partera se retiró y logró tender a Soraya de espaldas sin tocar al crío.

—Ponle un almohadón debajo de la cabeza, haz que respire las sales y límpiale la cara con agua fresca.

Mientras hablaba, había cogido al niño en brazos. Era un varoncito precioso.

Había nacido ligeramente cianótico y tenía el cordón umbilical enrollado al cuello. Con gestos de una precisión asombrosa quitó el cordón, pegó los labios a la nariz del niño y aspiró las impurezas que escupió al suelo. Después le pellizcó las mejillas con el pulgar y el índice para obligarle a abrir la boquita. Y sopló dentro. Una vez hecho esto, agarró al bebé de los pies con una mano, lo levantó como un saco de higos y le dio dos palmadas en las nalgas.

Todo había transcurrido en unos segundos. La bolita de ojos aletargados se torció de repente con un rictus elástico y emitió un gritito punzante, pronto seguido de una larga serie de vagidos agudos que resonaron en la habitación.

La mujer cortó el cordón y lo ligó con una crin de caballo, luego vendó el vientre del bebé y se dispuso a lavarlo con agua tibia. El niño pataleaba en todas direcciones y no dejaba de llorar.

—¡Y bien, principito! Como te portes así toda tu vida, compadezco a tus futuros súbditos...

Mientras hacía su tarea miraba de reojo a Soraya, que empezaba a reponerse. En cuanto terminó, cogió al bebé y lo puso con delicadeza en el vientre aceitado de su madre.

—Aquí tenéis a vuestro hijo, señora. Sujetadlo bien contra vos, porque se os puede resbalar de las manos.

En cuanto notó el calor del pequeño cuerpo que se agitaba encima de ella, Soraya rompió a llorar con dulzura. Contempló a su hijo con una ternura infinita, sin atreverse a tocarlo apenas por miedo a romperlo. Osó, no obstante, acariciarle la cabeza. El cráneo frágil le cabía casi todo en una mano.

Loca de agradecimiento, alzó los ojos.

—Gracias.

—¿Gracias por qué, hija mía? No hago otra cosa desde hace treinta años. Es el oficio más bello del mundo. Lo aprendí de mi madre, que lo aprendió de su propia madre. ¡Ay, si los hombres pudieran entender el gran misterio de la vida como lo sentimos nosotras en nuestra propia carne enviarían con menos frecuencia a sus hijos a dejarse matar en la guerra!

Pensó acto seguido en el padre del niño. Ya era hora de que supiese la buena nueva. Se lavó las manos y salió de la habitación. Cuando abrió la puerta del salón, Abderramán, Badr y la madre de Soraya se levantaron a un tiempo y se precipitaron hacia ella, con expresión totalmente angustiada.

—Señor, ha sido un niño. Su madre y él están bien. Y el pequeño es magnífico. ¡Por Alá, qué guapo es!

Instantáneamente la madre de Soraya se deshizo en lágrimas en los brazos de Badr.

Aquello empezaba a ser una costumbre. Abderramán saltó como un cabrito y comenzó a dar vueltas en redondo a toda velocidad, gesticulando nervioso.

—Un niño... Acabo de tener un niño... ¿Estás segura de que no es una niña?... Entonces, es un niño... Es magnífico y por Alá qué guapo es...

Cambió de rumbo bruscamente y fue derecho hacia la puerta. La partera se interpuso autoritaria.

—Señor, vuestra esposa no está en estado de recibirlos todavía. Os prometo que en cuanto esté lista mandaré a alguien a buscarlos.

Le cerró la puerta en las narices con un golpe seco. Por muy emir que fuera, no sería él quien le dictara su ley. Tenía otras cosas que hacer.

Entró en la habitación y aseó a Soraya. Por fortuna no estaba desgarrada. La apaciguó con ungüentos cuyo secreto guardaba, luego le extendió un bálsamo en la cara y la peinó durante un buen rato mientras Amina terminaba de cambiar las sábanas manchadas. Lanzó una mirada al bebé, que dormía sobre un almohadón mullido colocado en una cuna de mimbre con forma de barca.

Satisfecha, se repantigó en una esquina de la cama.

—Amina, puedes ir a buscar a la familia.

La joven aprendiz no necesitó ir muy lejos. La noticia, a su vez, había traído cola. Una multitud alegre y bulliciosa esperaba al otro lado de la puerta de la habitación, en torno a Abderramán y Badr, que no conseguían consolar a la suegra.

La partera se incorporó, los hizo entrar a los tres y tuvo que levantar la voz para explicar que la madre estaba muy cansada y que solo se podría ver al pequeño heredero dentro de unos días.

Luego volvió a cerrar la puerta farfullando y echó el cerrojo. Abderramán, sentado en el borde de la cama entre Soraya y la cuna, no sabía ya a quién dar su amor. Como si aún no estuviera seguro de lo que veía, se volvió, el rostro radiante de luz.

—Entonces, ¿ha ido todo bien?

—Perfectamente, señor...

La partera clavó los ojos en Soraya.

—Y en lo que respecta al valor, nadie puede darle lecciones a vuestra esposa.

Como algo excepcional, dejaron pasar a Ubaid y Abdelkrim, así como al gran muftí, que se había desplazado en persona para bendecir al niño.

De noche, Abderramán y Soraya se quedaron por fin solos, inclinados sobre la cuna. El bebé dormía el sueño del justo. Se miraron sin decir palabra, como la primera vez en el jardín del Alcázar, cuando ya se amaban con toda su alma antes de decirse nada.

El gran amor brillaba como nunca en sus ojos, pero en adelante se repartía entre tres, con aquel pedacito de vida complementario surgido de la nada como por encanto. Un berrido vino a romper el silencio.

—Tendrá hambre. ¿Puedes dármelo?

Abderramán cogió con delicadeza el cuerpo frágil y lo dejó sobre el vientre de Soraya. El niño encontró enseguida el pecho y se puso a mamar vorazmente. El joven príncipe, muy interesado, quiso ver de cerca a su hijo atiborrándose del precioso líquido materno. Alzó los ojos, preso de una súbita inquietud.

—¿Crees que tendrá bastante?

Soraya se echó a reír.

—Creo que hasta tendrá demasiado. Mira, estoy llena como una oveja que acaba de parir...

Se apretó con los dedos el extremo del pecho libre y salió un chorro potente de leche azucarada que salpicó la barba de su esposo. Rieron a mandíbula batiente, pero el recién nacido no se inmutó y siguió llenándose el estómago a conciencia pese a los estremecimientos de su madre. Abderramán salió para limpiarse la cara. Cuando volvió, Soraya se había adormecido con su bebé. Con la mayor suavidad posible, sacó al niño, se lo instaló cómodamente en el hueco de los brazos y salió de la habitación con sigilo.

El aire templado de la noche acariciaba la cima de las murallas. Agarró al niño y extendió sus brazos, en signo de ofrenda, con la mirada levantada hacia la intensidad.

«“Shuf, abba, shuf!”... ¡Mirad, padre!... ¡He aquí el hijo de vuestro hijo, la sangre de vuestra sangre, la savia ancestral de los omeyas aún en pie! Dios el Altísimo no ha querido que yo sucumba y no he sucumbido, gracias a la fuerza que me infundíais. Que este niño sea el vivo símbolo de esta fuerza y continúe la misión sagrada que me habéis confiado. ¡Todo sigue, padre, todo sigue!... ¡Y tú, abuelo, mira a Hisham! Tal es el nombre que le pongo en tu memoria. Que Alá todopoderoso, hasta el último día de su vida, le dé tu sabiduría y tu bondad para que, a ejemplo tuyo, pueda proteger a los débiles y a los miserables, instruir a los hombres de buena voluntad con el conocimiento universal y hacer así que reine la paz sobre las naciones. Ves, abuelo, no he olvidado. ¡El amor no se detiene jamás!».

Atrajo hacia su pecho al niño dormido y lo contempló durante un buen rato, embargado de una profunda melancolía. ¡Qué contenta se habría puesto Fátima! Lo habría amado como había amado a Suleimán, a su manera, casi en exclusiva.

Con los ojos bañados en lágrimas levantó la cabeza por última vez. Le pareció que las estrellas brillaban un poco más en el cielo.

Las fiestas duraron dos meses, hasta mediados de septiembre. La noticia se había propagado por el país como un fuego de maleza avivado por el viento y había abrasado el corazón de los andalusíes. Todos los días una multitud abigarrada, llegada de todos los rincones del país, se congregaba al pie de la muralla, en un lugar acondicionado para la ocasión, y saludaba al pequeño príncipe. Instalaron un gran dosel en el balcón que comunicaba con los aposentos del emir y dominaba la parte del prado que Selim y sus jardineros aún no habían trabajado.

Después de asear y amamantar al bebé, Soraya salía con el niño dormido en brazos y se exponía durante unos minutos a las aclamaciones y aplausos de su pueblo. Después volvía a entrar para recibir con su esposo a los representantes de los gremios en el salón del Trono.

Cada cual llevaba su ofrenda, de modo que al cabo de unas semanas se había reunido un rebaño de ovejas, carneros y corderos, una cincuentena de borriquillos y un auténtico criadero de pollos, ocas y patos.

Los burros, las ovejas y sus crías se repartieron entre los pobres. Los carneros y las aves de corral terminaron en sus escudillas durante los grandes banquetes populares organizados al aire libre.

Agotados por este pesado protocolo del que no habían podido escapar, Abderramán y Soraya se sintieron aliviados cuando se anunció el fin de las festividades.

Sin embargo, una mañana, Badr, que se había encargado de organizar los festejos, pidió una audiencia imprevista.

—Señor, tenéis una visita.

—¡Otra! Pero si me habías dicho que no recibiría a nadie más.

—Disculpad mi insistencia, amo, pero se trata de una visita muy especial.

—Bueno. Pero es la última. Me cambio y voy.

—Creo que no será necesario, señor.

—¿Cómo? Si tú lo dices...

Abderramán siguió a su consejero por los pasillos del Alcázar mientras se preguntaba a quién debería sonreír educadamente una vez más. No reparó en la mirada maliciosa de Badr cuando este le abrió la gran puerta de la sala del Trono. Un mozalbete de constitución endeble le daba la espalda y examinaba con atención los detalles de los tapices que adornaban las paredes de la sala. El príncipe entornó los ojos. Los finos rizos de los cabellos negros le recordaban algo. De pronto le subió una oleada de calor a la cara y su corazón estalló.

—¡Alí!

—¡Abderramán!

El chiquillo se volvió, cruzó la sala corriendo y le saltó a su amigo al cuello, ciñéndole la cintura con sus piernas delgaduchas.

—¡Alí, diablillo! ¡Qué alegría volver a verte!

Tras un prolongado abrazo cargado de besos fogosos, Abderramán dejó al crío en tierra.

—Anda, deja que te vea un poco... ¡Has crecido más de un pie en dos años, palabra!

Alí lo miró con orgullo.

—Es que acabo de cumplir los siete.

—¡Y que lo digas, grano de avena: ya eres un hombrecito!

Se volvió hacia Badr, que observaba la escena con ojos tiernos.

—¿Otra de tus ideas, supongo?

—Selim necesitaba arena fina para sus plantaciones. Cuando vino a decírmelo, estabais demasiado ocupado con el nacimiento del bebé. Entonces le sugerí que mandara un cargamento desde Nador. Ya puestos, pensé que os agradaría...

—¿Agradarme? Dios es testigo de que es el regalo más bonito que podían hacerme después de la llegada al mundo de mi hijo.

Cogió a Alí de la mano y lo llevó hasta el jardín de recreo. Se detuvieron delante de la jardinera en cuyo centro el cactus lucía su primera flor.

—¿Lo reconoces?

—Sí.

Alí miraba en silencio la planta con sus dos ojos negros. Alzó lentamente la mirada hacia el príncipe.

—He pensado en ti todo el tiempo.

Abderramán sabía que no mentía.

—Yo también, hermanito.

El rostro del niño se iluminó de golpe.

—¿Sabes que he encontrado la Osa Menor? Era difícil.

—¿Ah, sí? ¿Y dónde está?

—En el borde de la constelación del Dragón.

—Exacto. ¿Y qué tiene en la punta de la cola?

—La estrella polar.

—¡Bravo! Llegarás a ser un gran astrónomo. Y puesto que sigues interesado en la ciencia, te enseñare algo.

Le tomó la mano otra vez y ambos se encaminaron hacia el río, seguidos a distancia por Badr, que reclutó al pasar un grupo de soldados de la guardia. En casos así las precauciones nunca eran pocas.

Llegaron al prado donde Selim se atareaba con una veintena de hombres.

Todos los plantones de las palmeras estaban ya en la tierra. Según las instrucciones de su maestro, el joven bereber los había plantado a cordel a lo largo de

las murallas en varias hileras, rompiendo el ritmo de vez en cuando con grupos de tres o cinco palmeras de especies diferentes.

Pese a la altura modesta de los brotes, el conjunto tenía muy buen aspecto y Abderramán disfrutaba a menudo imaginando los largos paseos con Hisham y Soraya a la sombra fresca de las columnatas.

—Buenos días, Selim. ¿Cómo va todo hoy?

—Muy bien, señor. Pero ya era hora de plantar los frutales. Algunos llevaban varios días sufriendo mucho, en particular los melocotoneros, los albaricoques y las moreras. Me ha parecido buena idea traerles arena fina para que se sientan menos desambientados. De hecho, ¿habéis visto los granados en el patio?

—¡Una maravilla!

—Es que han requerido una atención continua. Con estos calores había que regarlos tres veces al día. Aquí el problema se multiplica por cien. Y aunque el río está cerca, el transporte del agua a lomos de las mulas es muy penoso. Estoy deseando ver la noria construida de una vez.

—¿Qué es la noria?

Selim lanzó una mirada sorprendida hacia Abderramán, que se apartó con viveza.

—¡Oh, perdóname, Selim! Te presento a Alí, mi amigo de Nador.

—Buenos días, Alí. He oído hablar mucho de ti.

El corazón del pequeño se hinchó de orgullo ante la idea de haberse hecho famoso. Abderramán lo invitó a sentarse en la hierba y desplegó ante sí el plano de la noria sobre el que había trabajado en secreto desde hacía meses. Estaba casi terminado.

—¿Ves estos dos gruesos pies triangulares de madera? Son los que sujetan la noria. Está formada por dos grandes ruedas que giran a la vez alrededor de un mismo eje. Cada rueda tiene ochenta radios de veinte pies de largo y cada radio de una va unido a los otros con unas traviesas que sirven para consolidar el conjunto. De la última de estas traviesas cuelga un cangilón. Cuando el cangilón se sumerge en el río, la corriente lo llena de agua y lo empuja hacia arriba otra vez. Cuando se acerca al borde superior de este enorme aljibe situado justo a su espalda, se apoya en un tope que lo vuelca hacia atrás y vierte toda el agua. Luego sigue vacío su recorrido hasta el río. Y así una y otra vez, indefinidamente. Gracias a un desagüe ajustable el aljibe siempre está lleno sin desbordarse. Por tanto, la presión del agua es constante en el interior. Así, el agua puede fluir regularmente a través de otro desagüe, alimentando los jardines mediante un sistema de acequias y buena parte del Alcázar mediante «kanats» subterráneos.

—Y cuando baja el nivel durante la sequía, ¿qué haces?

Abderramán sonrió asombrado. La sagacidad del chiquillo era increíble.

Por supuesto, eso era lo primero que había pensado cuando proyectó la noria.

—Como no se puede levantar ni bajar la rueda porque pesa demasiado, los brazos de suspensión de cada cangilón son de longitud variable. De modo que pueden

alargarse más de un pie, pero no más, pues la fuerza de la corriente y el peso del agua los partirían.

—¿Y si el nivel es demasiado bajo para arrastrar la rueda?

—Hacemos lo que todo el mundo: ahorrar agua en el aljibe.

—¿Y cuando ya no queda agua en el aljibe?

—Hacemos como Selim. Vamos a buscar agua donde la haya y la traemos a lomos de burra. Dime, Arquímedes, ¿y qué tal si vamos a comer? ¡Tengo un hambre de lobo!

Antes de que Alí le agobiase con preguntas sobre el célebre sabio, Abderramán se levantó rápidamente, alzó al chico, lo sentó a horcajadas sobre sus hombros y salió corriendo, como en los buenos viejos tiempos.

Almorzaron con buen apetito. Alí se dio un festín de filetes de perca, pasteles de miel y leche perfumada, bajo la mirada divertida de su amigo.

Al final de la comida, Soraya fue a visitarlos con el pequeño Hisham en brazos. Este se entregaba sin inmutarse a su pasatiempo favorito: dormir con el estómago lleno. Ya estaba rollizo, pero Alí, lejos de deshacerse en cumplidos, comenzó a examinarlo minuciosamente. Con un tono casi doctoral, emitió su diagnóstico.

—Menos mal que es un niño. Las niñas son tontas. Solo saben reírse cada vez que pasas por delante de ellas.

Sin reparar en el ataque de risa de Soraya, prosiguió su meticulosa inspección.

Abderramán tuvo la repentina certeza de que ardía en deseos de preguntar cómo se hacían los niños. Cogió al chico por el hombro y se lo llevó hacia los pasillos del palacio.

—Ven, vamos a visitar el Alcázar.

Deambularon toda la tarde por el dédalo de los salones y las salas de recepción. Estaban amueblados con refinamiento y la luz entraba por doquier. No se sabía a ciencia cierta el porqué, tal vez por el temor enfermizo a un atentado, Yusuf al-Fihri había mandado tapiar la mitad de las ventanas de la antigua plaza fuerte. Abderramán había ordenado su reapertura inmediata para dejar entrar el día y el aire puro que bajaba de las montañas.

Alí se detuvo bastante tiempo en la sala de armas, donde la guardia especial tenía sus cuarteles. Armado con una cimitarra más grande que él, simuló un combate con un soldado que cayó al suelo con un gran alarido y el corazón atravesado por una estocada tan terrible como imaginaria. Emocionado por esta hazaña, solo echó una ojeada distraída a las cocinas y sus inmensas chimeneas, sus hornos de pan y sus largas repisas adornadas con mosaicos deslumbrantes.

Los baños le dejaron menos indiferente. A petición suya se tiraron desnudos a los estanques de agua pura y se salpicaron riendo durante un buen rato, como durante los días más espléndidos en la playa de Nador.

Con la mente despejada, siguieron la visita. Abderramán evitó prudentemente el harén y llevó a su joven amigo hasta el ala sur, donde reinaba una atmósfera más

tranquila.

Desembocaron en una sala oscura donde varios hombres provistos de largas plumas de oca se inclinaban en silencio sobre pesados pupitres oblicuos. A su alrededor, las sombras de algunos libros gruesos, apenas iluminados por las lámparas de aceite, temblaban en los estantes.

Alí se quedó boquiabierto contemplando este sorprendente espectáculo. Ya había oído hablar de los libros y de su extraño poder, pero era la primera vez que los veía. Abderramán no le dio tiempo a tomar la palabra.

—Esta es la sala de escritura. Desde que tienen edad de pensar, los hombres siempre han intentado comunicarse y dejar huellas de su paso. Primero dibujaron las paredes rocosas de las cuevas, luego grabaron su sabiduría en la piedra tallada, como hicieron los habitantes del país de Sumeria y los antiguos egipcios. Más tarde se inventó el papiro, que podía circular de mano en mano. Ciertos judíos escribían en rollos de cobre. En cuanto a los monjes cristianos, escribían aún sobre pergaminos de piel de cabra u oveja. Las hojas blancas que ves ahí son de papel. Vienen de la China. El papel se fabrica gracias a unos molinos que transportan el agua a unas pilas llenas de materia vegetal que se muele y amasa mecánicamente para formar una masa blanda. A continuación se extiende en capas finísimas que se dejan secar al sol. Sobre una de estas hojas he dibujado yo la noria. Espero impaciente los planos de fabricación, pues tengo mucha fe en esta técnica y quiero desarrollarla en al-Ándalus.

Alí estaba embelesado. Se acercó a uno de los escribas y lo observó con detenimiento.

Con gestos pausados, el hombre mojaba regularmente la punta de su pluma en un bote lleno de líquido negro y luego dibujaba signos extraños en una hoja en blanco, con trazos gruesos y perfiles de una increíble precisión.

—¿Qué escribe?

—El Santo Corán. La Palabra bendita del Profeta que rige cada instante de nuestras vidas.

—Y ese otro, ¿qué hace?

—Es un iluminador. Cada vez que su compañero termina una página, él rodea el texto con dibujos en arabescos de todos los colores para subrayar la belleza y marcar así la presencia de la luz divina.

—¿Y aquel?

—Un encuadernador. Cuando ha terminado la copia del texto, ordena las hojas por grupos de diez o doce, luego cose cada legajo con un hilo muy resistente y une el conjunto pegándolo, mediante una materia resinosa, a una gruesa cubierta de piel. Y el libro está terminado.

—¿Me enseñarás a leer y a escribir?

—Yo sin duda no tendré tiempo, pero te confiaré a los mejores preceptores.

Cada vez más excitado, Alí cogió un enorme volumen entre las manos cuyo peso casi le hizo caer de bruces.

Lo abrió febrilmente y exclamó acto seguido:

—¡Pero si no es la misma escritura que la otra! ¿Qué es?

—Griego. Los pueblos de la antigua Grecia constituían una gran civilización. Algunos de sus miembros eran auténticos genios, en especial los filósofos y los matemáticos. Los filósofos discurrían sobre la naturaleza humana, el sentido de la vida y las relaciones del hombre con el universo. Los más prestigiosos fueron Sócrates, su discípulo Platón y Aristóteles, a su vez alumno de Platón, a quien rebatió después. El libro que sujetas incluye una selección de los principales tratados de Aristóteles sobre la lógica, la retórica y la metafísica. Su pensamiento influye mucho en el Islam. Los matemáticos, que fueron también grandes filósofos, estudiaban los tamaños y las formas, los números que sirven para medirlos, así como sus combinaciones para explicar las leyes fundamentales que rigen lo que ellos llamaban el cosmos o «el orden del mundo». Algunos de los más célebres fueron Tales de Mileto, Pitágoras de Samos, Eudoxo de Cnidos y, sin duda el más grande de todos, Euclides de Alejandría, que elevó hasta lo sublime el arte de la geometría.

—¿Nosotros también tenemos matemáticos?

—Sí, al-Juarismi. Es el inventor del «al-yabr». *Al-yabr* en nuestra lengua designa al curandero, el que repara, el que vuelve a poner las cosas en su sitio. El método de al-Juarismi consiste en comparar dos magnitudes. Una de ellas posee un elemento cuyo valor se desconoce y que él llama incógnita. Para que las dos magnitudes sean iguales basta con encontrar el valor de la incógnita practicando la sustitución o permutación de los términos. A esto se le llama «resolver una ecuación»; es decir, definir las condiciones de la igualdad entre dos magnitudes.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Por mi abuelo. Recibía a muchos sabios en su palacio de Mshatta. Él fue quien me inició en la filosofía y las matemáticas. ¿Te gustaría estudiarlas?

—¡Oh, sí! ¿Cuándo es que empezamos?

—En primer lugar, no se dice «cuándo es que empezamos», sino «cuándo empezamos». En segundo lugar, tenemos cosas mucho más urgentes que hacer. Mañana es viernes, día de la gran oración. Por tradición, es el día de la semana en que me muestro ante mi pueblo en el camino a la Mezquita. Y tengo intención de llevarte conmigo.

A la mañana siguiente, después de asegurarse de que le habían vestido con ropas flamantes, Abderramán llevó a Ali ante la sala de guardia, donde lo esperaba su escolta.

Una treintena de soldados con uniformes de gala blancos aguardaban al pie de los caballos enjaezados. Badr, bandera en mano, recibió a los dos amigos con una sonrisa crispada. Siempre temía esta clase de manifestación pública, aunque comprendiera su necesidad. Una multitud delirante, sobreexcitada por la fe y el entusiasmo

campechano, podía volverse rápidamente incontrolable. Como medida prudente, había apostado un centinela cada veinte pasos a ambos lados del recorrido.

Abderramán subió a su caballo y se inclinó hacia delante.

—Anda, sube, grano de arena.

Ágil como un mono, Alí se agarró a las crines del caballo y trepó a su cuello. El príncipe le rodeó con los brazos, cogió las riendas y dio orden de avanzar.

Siguieron el Guadalquivir hasta la bifurcación del puente romano, luego se desviaron a la izquierda en dirección al barrio judío. Llegaron a las murallas del Alcázar, que bordearon por el lado este, frente al muro de recinto de la basílica de San Vicente. Los cordobeses, concentrados a ambos lados de la vía, lanzaban grandes gritos de alegría y algunos, cegados por la emoción, se preguntaban al ver al pequeño Alí por qué milagro el hijo del emir había podido crecer tanto en tan pocos días.

Tras pasar por delante de los baños, llegaron a la glorieta de la calle del Pañuelo, una calleja tan estrecha que los vecinos podían tocarse a través de las ventanas.

Siguiendo a poca distancia a su amo, Badr intentaba tener un ojo en todas partes. Notó que algo se acercaba detrás de él. Antes de alcanzar a darse la vuelta, un aleteo y un arrullo le rozaron la cabeza. Instintivamente se agazapó sobre su caballo y vislumbró una paloma que subía como una flecha hacia el cielo. El pájaro blanco dibujó un gran círculo y fue a posarse sobre el aguilón derecho de la calle antes de reemprender enseguida su vuelo hacia el tejado opuesto. Intrigado por la maniobra, Badr se puso la mano que tenía libre a modo de visera. Su sangre se heló cuando vio a contraluz a la paloma batiendo furiosamente las alas sobre una silueta negra que gesticulaba para espantarla. Quiso gritar, pero era demasiado tarde.

Dos silbidos casi simultáneos surcaron el aire seco.

Una flecha pasó rozando el hombro de Abderramán y fue a clavarse en el pecho del caballo de Badr, que se encabritó con un relincho de dolor y se tumbó de costado. En su caída el sirio tuvo el reflejo de apoyarse en el asta de su bandera y hacerse a un lado para no ser aplastado. Cayó al suelo, aturdido, y se levantó enseguida gritando.

—¡Un atentado! ¡La retaguardia, rápido, proteged a nuestro emir! ¡Los demás seguidme y bloquead todas las salidas de esta casa!

Un pánico indescriptible se apoderó de la multitud, que comenzó a chillar y a correr en todas direcciones. En medio de la confusión Badr llegó como pudo a la puerta de entrada de la casa, que tiró abajo de un empujón con el hombro y fue a dar a un patio estrecho. Subió de cuatro en cuatro los escalones de madera que llevaban a los balcones de los pisos. Llegado al último, descubrió una cuerda que alguien había enganchado con un nudo corredizo a la base de la chimenea. La agarró con las dos manos y se izó febrilmente. Unos segundos después llegó al tejado; le ardía el pecho, y vio a dos hombres que corrían por las cumbres. Corrió tras ellos y uno de los fugitivos se volvió. Después de un instante de vacilación, bajó a la carrera por la pendiente del tejado y al llegar al borde dio un salto. Aterrizó boca abajo en el tejado opuesto, empezó a resbalarse hacia atrás, pero logró frenar el descenso, se enderezó y

se alejó a grandes zancadas. Su cómplice intentó imitarle, pero con menos suerte. Justo cuando saltó, una teja se desprendió bajo sus pies. Cayó hacia delante y se quedó colgado del alero sin poder auparse. Badr desenfundó su sable y se dirigió hacia él con un brillo triunfal en los ojos. Pero cuando estaba a punto de alcanzarlo, vio que el hombre le dedicaba una sonrisa malvada antes de soltarse y desaparecer.

Un ruido sordo retumbó en la calleja, seguido de un alarido de dolor. Badr blasfemó entre dientes. Le habían tomado el pelo como a un principiante. Volvió sobre sus pasos con la esperanza de que el miserable siguiese con vida y poder arrancarle el corazón después de hacerle hablar. Cuando salió a la calle, una avalancha volvió a arrollarlo. Se abrió camino en medio del gentío, pero no encontró nada sospechoso. Furioso, regresó a la glorieta junto a los guardias que rodeaban la casa. Le preguntó a uno si no había visto a un hombre probablemente herido y cojeando. El soldado le respondió que no había visto nada y que sería hartamente difícil encontrarlo en medio de todos los lisiados que recorrían las calles de Córdoba.

Badr, desconcertado, estaba a punto de desistir cuando vio que los caballos, agrupados no lejos de allí, se agitaban nerviosos. Una sombra furtiva se coló entre los animales. Con el corazón palpitante, Badr reconoció al fugitivo a través de un rayo de sol y lo señaló con el dedo.

—¡Es él! ¡A mí la guardia! ¡Atrapad a ese canalla!

Cuando llegaron junto a los caballos, el hombre ya había huido a lomos de uno en dirección al puente romano. Lo cruzó a galope y voló hacia el oeste bordeando la orilla izquierda del Guadalquivir, por el camino de Palma del Río. Badr, que lo seguía a distancia, vio que se tenía a duras penas sobre la montura. Tendría la pierna rota. No le sorprendió ver que, tras una espantada del animal, el fugitivo resbalase a un lado y mordiera pesadamente el polvo. Trató de incorporarse, pero se desmoronó enseguida con una mueca de dolor y empezó a arrastrarse hacia el río. Cuando Badr y sus jinetes le dieron alcance, el agua le llegaba ya a la cintura. Justo cuando se disponía a zambullirse, una lanza le acertó a la altura de los riñones. Una segunda le atravesó el cuello. Se desplomó y sacudió los brazos; frenéticamente, como un pollo degollado. Luego dejó de moverse.

Su cuerpo, medio sumergido, se alejó lentamente a la deriva como un árbol muerto.

En medio de los vítores, Abderramán creyó oír el relincho de un caballo detrás de él.

Se volvió maquinalmente y vio con estupor que la cabalgadura de Badr se desplomaba. Algo grave acababa de ocurrir. Apretó a Alí contra sí para protegerlo y se notó la mano pegajosa. La miró y vio que estaba roja de sangre. Angustiado, se inclinó por encima del hombro del niño y descubrió el horror. La cabeza del pequeño colgaba inerte sobre las plumas de una flecha que le había atravesado el cuerpo de parte a parte. Una gruesa mancha escarlata teñía su camisa.

—¡Alí!... ¡Dios Todopoderoso!

Oyó a Badr lanzar órdenes como en un sueño, luego se dejó guiar, aturdido, por los soldados que se habían agrupado a su alrededor.

Momentos después atravesó la puerta del Alcázar, se apeó y corrió con Alí entre sus brazos.

—¡Un médico!... ¡Por el amor del cielo, que alguien vaya a buscar a un médico, rápido!

Soraya, alarmada por los gritos, salió al patio. Cuando vio a Abderramán cubierto de sangre, se puso a chillar.

—¡Señor, estás herido!

—No, no soy yo, es Alí... ¡Mira lo que le han hecho!... Pero ¿por qué, Dios mío, por qué?

Pálido, dejó el cuerpo inanimado en la hierba. El médico llegó enseguida y lo examinó con un silencio de plomo.

Sin alzar los ojos, rompió la terrible espera.

—Respira aún. La flecha no ha tocado el corazón, pero ha atravesado el pulmón y se ha hundido en las entrañas. Quitarla equivaldría a una muerte inmediata. De todos modos...

—¿De todos modos...?

—No podemos hacer nada por él. Ha perdido demasiada sangre.

Abderramán estalló.

—¡No, no, no! ¡Es imposible! ¿Me entiende? ¡Imposible! ¡Dios nunca ha querido esto!

Con los labios trémulos cogió entre las manos la carita de ángel que palidecía a ojos vistas.

—Alí... no te vayas, hermanito... no te vayas, te lo suplico... Nos queda tanto por descubrir juntos... ¿No irás a dejarme ahora, verdad?... ¡Alí, respóndeme, Alí!...

Pero Alí ya no le oía. La llama lejana que apenas brillaba en su mirada de cera acababa de extinguirse con una última proeza. Sin saberlo, había dado su vida para salvar a su amigo. Abderramán emitió un prolongado grito desgarrador y prorrumpió en sollozos. Toda una parte de la felicidad que tanto había costado construir se hundía de nuevo en un abismo sin fin donde solo transpiraba el humor absurdo y gélido de la muerte.

El viento podía soplar en las colinas, pero jamás borraría este instante.

En el cielo de los omeyas las lágrimas de Alá serían para siempre las de la desesperación.

Enterraron a Alí a la sombra azul de los juncos, bajo la jardinera de piedra oscura donde florecía un cactus de luz y de amor.

Como algo excepcional, no cubrieron su cuerpo con un sudario blanco ni lo acostaron de lado mirando a Oriente, simplemente le tumbaron boca arriba, con los ojos abiertos de par en par hacia las estrellas que tanto amaba.

Ahora tenía toda la eternidad para contarlas.

La taberna apestaba a sudor y a vino.

Ben Mabruk, apretujado en la sombra de la sala interior, bebió un largo trago de jerez y dejó rodar el cubilete por la mesa mugrienta, con la mirada sombría.

Una vez más había fallado. El hombre al que más odiaba en el mundo después de Abu-l-Abbás seguía vivo.

Un estremecimiento desagradable le recorrió la espalda. No tenía miedo a morir, y sin embargo la parca le había pasado tan cerca al llegar a Bagdad que aún tenía la piel de gallina.

Cuando abrió el baúl ante el califa, este miró las cabezas de los rumíes sin decir palabra y luego alzó los ojos hacia él. Su mirada lo penetró como una cuchilla fría. Recordó que había bajado la cabeza sin reaccionar, temiendo que lo decapitaran en cualquier momento. Pero Abu-l-Abbás no había hecho nada y le había dejado irse. Se zambulló de inmediato en los bajos fondos de la ciudad para aturdirse con alcohol y mujeres. Allí es donde había conocido a Hasán, apodado Hasán el Rojo por la fea mancha de color vino que le roía la mitad de la cara. Antiguo arquero, había desertado de la guardia personal del califa y se había dado a viles excesos, dispuesto a matar a cualquiera por un saco de guisantes.

Hasán llegó a la taberna y la cruzó lanzando miradas inquietas a su alrededor.

Ben Mabruk lo recibió mascullando.

—¿Qué horas son estas de llegar? Santo cielo, ¿dónde te habías metido?

—La ciudad está patas arriba. Imposible salir sin ser visto. ¿Tú sabes algo de eso, no?

El gigante encajó el golpe.

—Te advertí que no confiaras en ese yemení. Son todos unos inútiles. No acertarían un camello a diez pasos.

—Nada de eso, es un tirador excelente. Pero ¿quién podía saber que tu emir llevaría delante a un niño en el caballo? Al darme cuenta le dije que esperase a que pasara por delante de nosotros para dispararle por la espalda. Estaba de acuerdo, pero un pájaro de mal agüero tuvo que estropearlo todo. Se levantó para espantarlo y temí ser descubierto. Disparamos los dos juntos. No le di al hombre por poco, pero él no falló su blanco. Lógicamente, el crío ha acabado pagándola.

—Bien. Es inútil intentar nada por ahora. Esperaremos el momento propicio. Creo saber cuál, pero necesitaremos mucha paciencia. Escucha lo que vas a hacer...

Córdoba se asfixiaba en octubre. Las bandadas de golondrinas empezaban a agruparse en los aleros de los tejados y los gritos breves de las alondras subían ya de los rastrojos en torno a la ciudad.

Tras las lluvias torrenciales del mes de agosto, el Río Grande remansado corría lentamente bajo el cielo blanco.

Selim se rascó la cabeza y dejó escapar un largo suspiro de alivio. La noria funcionaba, al parecer con normalidad. Pero ¡cómo había costado construirla! Los pies de madera no resistieron e hizo falta desmontar las enormes ruedas a toda prisa antes de que se desmontaran. A continuación fue preciso acarrear cientos de bloques de piedra muy pesados para levantar los muros de contención, tan sólidos como los pilares de un puente. La operación duró más de seis meses.

Las inundaciones no fueron de gran ayuda y retrasaron considerablemente el fin de las obras.

El joven bereber hizo un cálculo rápido. Le quedaban diez días para terminarlo todo antes de la inauguración oficial prevista la víspera del ramadán. Las órdenes del emir habían sido categóricas, imposible posponer la fecha.

Con una sonrisa de compasión pensó en su amo. Desde el drama de la calle del Pañuelo, hacía más de un año, Abderramán ya no se mostraba en público. Había mandado anular sus salidas del viernes no por miedo, sino por desazón, para no rehacer nunca más el camino maldito que le había llevado a la desgracia.

Se encerraba todos los días en una salita contigua a la sala de escritura, de la que solo él tenía la llave. Allí pasaba largas horas meditando y tan solo salía unos instantes para ir en busca de libros, papel y tinta.

Todas las tardes quedaba con Soraya en el palmar. Recorrían el camino central cogidos de la mano y comentaban en voz baja la belleza exuberante de los jacintos y las zabilas. A veces se detenían para embriagarse en silencio de perfumes de arrayán y después continuaban su paseo susurrándose palabras secretas al oído.

Solo Soraya tenía acceso a los pensamientos íntimos de su esposo. Abderramán no deseaba sincerarse con nadie más, ni siquiera con Badr, el cual, también profundamente afectado por los acontecimientos, se conformaba con despachar los asuntos corrientes.

Abderramán había cambiado. Su sonrisa seguía siendo igual de luminosa, pero algunas arrugas le marcaban la frente y una llama fulgurante como la hoja de un sable endurecía a veces su mirada. Todas las personas que lo querían se habían dado cuenta. Un temor respetuoso pasó a eclipsar su afecto sincero.

Un día de invierno Soraya lo convenció finalmente para que saliera de su agujero. Él se dejó convencer y aceptó ir a la caza del jabalí. Persiguió a uno, viejo y solitario, durante buena parte de la mañana. Al final, ante el animal acribillado de flechas y

cubierto de sangre, palideció y comenzó a temblar con todos sus miembros. Badr lo acompañó a toda prisa a palacio. Desde este incidente se reanudaron sus pesadillas y Soraya tuvo que emplear toda su paciencia y amor para aplacar sus noches.

Selim salió de sus pensamientos y se dirigió hacia el patio de los guardias. Sabía exactamente lo que necesitaba. El «kanat» principal que alimentaba el Alcázar desembocaba en una sala húmeda donde partían en abanico las cañerías que llevaban a las cocinas, los baños y las cuadras. Los primeros ensayos no habían salido bien. El agua llegaba con demasiada fuerza, no se repartía correctamente y lo inundaba todo a su alrededor. Era menester encontrar un sistema mejor adaptado y construirlo a toda prisa.

Cuando llegó al patio, hervía de gente. Cazadores, pescadores, campesinos y mercaderes ambulantes venían aquí todas las mañanas a exponer sus productos y regateaban a voz en grito con los intendentes de palacio. En medio de las exclamaciones, la cacofonía de las aves de corral y los balidos de los corderos, se abrió camino entre los coloridos puestos de frutas, hortalizas y especias, admirando al pasar la frescura del pescado y el plumaje tornasolado de la caza.

Ante el porche de entrada a la sala de armas esperaba en silencio la larga columna de artesanos. Forjadores, carpinteros, alfareros, soladores y curtidores venían a diario para ofrecer sus servicios a cambio de alguna monedilla.

Selim pasó por delante de la fila y subió la escalinata. Luego se volvió y anunció con voz potente:

—Necesito a una persona que sea capaz de proyectar y construir redes de abastecimiento de agua. ¿Hay alguien entre vosotros que pueda hacerlo?

—¡Yo!

Un hombre de estatura mediana, con el rostro cubierto por un enorme turbante, se adelantó y avanzó hacia él con paso decidido. Vestido con cierta elegancia, llevaba en la mano izquierda un grueso rollo de documentos. Se llevó la mano derecha al corazón y se inclinó respetuosamente.

—Soy maestro albañil, excelencia. Acabo de realizar una red de canalizaciones para la residencia del señor Harún ibn al-Kashi, comandante de la guarnición de Sevilla. Estos son los planos... espero que le convenzan.

Selim cogió los documentos y los examinó con atención. Tenían buen aspecto. Los planos de sección en particular eran muy precisos.

Interrogó con la mirada al hombre. Este lo miraba intensamente con sus ojillos negros, perdidos en medio de un gran angioma rojizo que le daba un aspecto inquietante.

Le habría gustado saber más sobre este extraño individuo, pero no tenía tiempo. Con toda seguridad, Ibn al-Kashi estaría invitado a la inauguración. Se prometió que aprovecharía para preguntarle y saber a qué atenerse.

—Sígueme.

Tras hacer una breve seña a los centinelas, entró en la sala de armas.

Detrás de él, Hasán se regocijaba por dentro. Hacía tiempo que esperaba este momento. Con todos los sentidos alerta, apretó los falsos planos contra sí y trató de identificar el lugar según la descripción que le había dado Ben Mabruk.

Selim abrió la puerta de la sala húmeda.

—Entra, te lo ruego, y dime lo que piensas.

Hasán entró en la habitación, adoptó una pose y se puso a reflexionar con la seguridad de un viejo experto. Visiblemente el joven tagarote desconfiaba de él y quería ponerlo a prueba. Por fortuna, había descubierto con un primer vistazo dónde estaba el problema. Cuando él dirigía la guardia de arqueros a caballo, se había dado el mismo caso en Bagdad para abastecer comedores y establos. Él mismo se lo comunicó al arquitecto de palacio, que encontró la solución enseguida.

—No es así como hay que hacerlo. Hay que levantar más la llegada del «kanat» principal con respecto a las distintas salidas construir un gran depósito de desbordamiento. Así el agua se filtrará con mayor regularidad y tendréis reservas cerca en caso de sequía.

—¿En tu opinión bastarán diez días?

—Con material bueno y hombres que no holgazaneen se podría hacer en ese plazo.

—Bien. ¿Cuál es tu precio?

—Diez monedas de plata. Una por día de trabajo. Los materiales y la mano de obra corren por vuestra cuenta.

A Selim casi se le corta la respiración, pero no tenía alternativa.

—Trato hecho. Tendrás lo que pides. Voy a arreglármelas para que esté todo listo esta tarde.

Acompañó de nuevo a Hasán hasta el patio y lo observó mientras se alejaba, con aire pensativo. Había algo en aquel personaje que no le inspiraba demasiada confianza.

«In sha'a Allah», se dijo. Lo principal es que las obras se lleven a cabo correctamente y a tiempo. Lo demás ya se verá después.

Se ajustó el turbante y se encaminó hacia el palmar...

Había llegado el gran día. Por la mañana temprano habían mandado abrir las compuertas y el depósito acababa de llenarse. Selim estaba totalmente satisfecho con el desarrollo de las operaciones. El maestro albañil y sus obreros habían hecho un trabajo de gran solidez y precisión.

Hasán entró en la sala húmeda justo cuando el depósito empezaba a desbordarse. Juntos, miraron sin decir nada cómo el agua se colaba despacio por las boquillas.

Selim se volvió, con expresión jovial, y se desató de la cintura un saquillo de piel.

—Te felicito. Has cumplido. Toma la cantidad que habíamos, convenido.

Hasán cogió el saquillo y se inclinó, como era su costumbre, con una deferencia afectada.

—Os lo agradezco, joven excelencia. No obstante, antes de retirarme, desearía ver cómo se efectúa la llegada del agua a los baños. Si me lo permitís, claro está...

—Te acompaño, pero no me quedaré. Los primeros invitados están a punto de llegar y he de recibirlos en los jardines antes de que llegue nuestro emir.

Llamó a un guardia y se marcharon a los baños.

Badr, con aire preocupado, se dirigía hacia la sala de armas para formar el cortejo del príncipe cuando se cruzó con los tres hombres en el recodo de un pasillo.

—¿Va todo bien, Selim?

—Todo parece funcionar de maravilla, señor. Estamos con las últimas comprobaciones.

El sirio continuó su camino, dominado por una extraña impresión de malestar. El hombre que iba al lado de Selim lo había mirado de un modo raro, luego había vuelto la cabeza, como temeroso de ser reconocido.

Se detuvo y rebuscó en su memoria. Esa mirada huidiza, esa cara colorada bajo un turbante desmesurado le recordaban algo vagamente, pero no lograba asociarlos a un hecho concreto. Hizo un esfuerzo por concentrarse y varias imágenes desfilaron por su cabeza. De repente un destello blanco le iluminó la mente y un escalofrío le recorrió el cuerpo.

El hombre era uno de los dos miserables que había perseguido tras el asesinato de la calle del Pañuelo. No le cabía la menor duda. Al volverse, sus miradas se cruzaron durante una fracción de segundo y después saltó al otro lado de la calle y huyó por los tejados.

Badr dio media vuelta y empezó a correr con toda la fuerza de sus piernas. De camino vio otra vez a Selim y se precipitó hacia él.

—¿Dónde está el hombre que te acompañaba?

—Lo he dejado con la guardia en los baños. ¿Por qué?

—¡Maldición!

Reanudó su carrera desenfrenada y entró en los baños. La puerta secreta que daba a la escalera que conducía a los aposentos privados estaba entreabierta. En el umbral, el guardia yacía en un charco de sangre. Angustiado como nunca, pasó por encima del cuerpo inanimado y subió los escalones en silencio con el corazón latiéndole violentamente.

Llegó al pasillo del primer piso, sable en mano, esperándose lo peor. Luego cogió aire y entró en la habitación de su amo.

Abderramán, a solas, terminaba de vestirse.

—Badr, pero qué...

—¡Señor, uno de los dos asesinos de la calle del Pañuelo está en palacio! ¿Dónde están Hisham y Soraya?

—¿Hisham y Soraya? ¡Ay, Dios mío!...

Abderramán salió de un salto al pasillo.

Cuando llegó a la habitación del pequeño príncipe, Soraya le estaba poniendo la ropa de gala a Hisham. De rodillas en el suelo, le daba la espalda al canalla, que, con el brazo levantado, se disponía a apuñalarla. Movida por un sexto sentido, volvió la cabeza y soltó un alarido de pavor. El príncipe se abalanzó al instante contra las piernas del hombre y logró desequilibrarlo antes de que asestase su golpe fatídico. Rodaron juntos y se enzarzaron en una furiosa pelea.

Al ver que no podía intervenir por temor a herir a su amo, Badr se llevó a Soraya y al niño a la sala contigua. Abrió la ventana y se asomó para dar la voz de alarma. Cuando volvió a la habitación, Abderramán llevaba ventaja y sostenía el puño de su adversario para impedir que golpease. Sin reflexionar, le dio un cabezazo violento en la frente.

Derrotado, Hasán soltó el arma y se sumergió en la negrura. Cuando se repuso de la impresión, seguía tumbado en el suelo. Encima de él, dos ojos encendidos lo escrutaban con aire amenazante. Notó que el filo gélido de una hoja le rozaba el cuello.

—¿Quién te ha enviado?

Medio inconsciente, Hasán no contestó. Abderramán ejerció una ligera presión con la punta del puñal y una gota púrpura perló el cuello del abasí.

—Repito... ¿Quién te ha enviado?

La hoja volvió a hundirse en la carne y se deslizó en arco de circunferencia sobre la nuez de Adán, dejando tras ella una estela de sangre. Ante la sensación de ardor, el hombre movió sus ojillos espantados y comenzó a balbucear.

—B... Ben Mabruk.

—¿Dónde está?

—No lo sé.

—¡Oh, ya lo creo que lo sabes, perro! Juraría que hasta lo sabes perfectamente. Vas a decírmelo ahora mismo o te degüello como a un cerdo.

Hasán se puso a chillar.

—¡No lo sé, lo juro! Si miento, te doy mis ojos.

—¿Ah, me das tus ojos? ¡Qué detalle tan delicado! Acepto tu regalo con placer. Si no te importa, voy a sacar uno enseguida...

Abderramán acercó el puñal al ojo izquierdo del abasí, que lo miraba aterrorizado. Con gesto preciso hundió la punta, le dio una vuelta completa en la órbita y tiró con un golpe seco. Hasán sintió un dolor insoportable que le arrancó un grito inhumano. Su ojo ensangrentado, sujeto por el nervio óptico, le colgaba en la mejilla como un higo pocho.

Empezó a jadear y susurró con un gemido:

—El barco...

—¿Qué barco?

—Bajo el puente romano... piedad...

Abderramán pareció dudar un breve instante. Luego su mirada se hizo tan dura y fría como la piedra. Agarró el puñal con las dos manos, volvió a colocar la punta en la herida abierta y apretó con todas sus fuerzas hacia dentro. La hoja rompió el hueso y perforó el cerebro, cortando de un golpe la arteria carótida.

Hasán el Rojo murió en menos de un minuto, sin ninguna reacción.

Abderramán, extrañamente tranquilo, se levantó y se volvió, cubierto de sangre. Cruzó la mirada de Ubaid, lívido, que había acudido entretanto y asistido a toda la escena.

—Ubaid, reúne a tus mejores hombres y encuentra a ese monstruo. Ten cuidado, es un loco peligroso. Es capaz de todo. Badr, ¿dónde está Soraya?

—Con su madre, señor. Se ocupan de vuestro hijo.

—Bien. Las veré más tarde. Por ahora, te quedas conmigo. Necesito darme un baño y cambiarme.

Bajaron de nuevo a los baños. Al pie de la escalera habían quitado el cadáver y limpiado el suelo.

Badr miró cómo se purificaba su amo en el agua. Sabía por qué el príncipe le había pedido que permaneciera cerca de él, temía sin duda sufrir una nueva crisis de convulsiones. Pero no pasó nada. El joven emir empezaba a acostumbrarse a todas estas matanzas que le habían endurecido el corazón y el cuerpo. Cuando regresó a sus aposentos, Soraya se lanzó en sus brazos llorando. La abrazó un buen rato, mientras la cubría de besos, y sumergió la mirada en sus grandes ojos bañados en lágrimas.

—Ya ha pasado todo, amada mía. Al fin podremos vivir en paz y dedicarnos a nuestro hijo.

Soraya lo abrazó y sonrió con tristeza. Sabía que su esposo acababa de cruzar la barrera de un mundo donde ella no ocuparía el mismo lugar que antes.

Ubaid y sus hombres dieron con Ben Mabruk. Curiosamente, no opuso ninguna resistencia.

Una vez más había jugado y había perdido. Sabía que era la última.

Lo llevaron atado de pies y manos a la estrecha plataforma de la noria, luego le obligaron a arrodillarse, cabizbajo, y lo entregaron los gritos de la muchedumbre concentrada en la orilla.

Algunos empezaban a tirarle piedras y la excitación ganaba terreno cuando una voz poderosa resonó por encima de los murmullos y los rugidos.

—Lo quiero vivo.

Sorprendida, la asistencia se volvió. Erguido sobre su caballo, Abderramán miraba con frialdad la silueta encogida del hombre de negro. Su rostro de mármol, impregnado de una gravedad que nadie le había conocido hasta entonces, no delataba ninguna emoción.

Se abrió paso entre el gentío en medio de un silencio sepulcral e inmovilizó su caballo, sin desviar ni un ápice la mirada.

—Ha llegado tu hora, desecho inmundo. Vas a pagar por todos los crímenes horribles que has cometido. Someterte a la justicia de los hombres sería concederte demasiado honor, pues no eres un hombre, sino una bestia maligna, apenas merecedora de los parásitos que corroerán pronto tu cuerpo hasta la podredumbre. Que la ira de Alá caiga sobre ti para siempre. Él y solo Él te hará pagar en el otro mundo todo el mal que has hecho en este. De entre los mil tormentos que te reserva, me ha encargado que te haga padecer el primero en esta tierra. El castigo por codicia. ¿Me buscabas verdad, Ben Mabruk?... Aquí estoy.

Se apeó del caballo y avanzó lentamente hacia el gigante sin dejar de mirarlo. Cuando estuvo a diez pasos de él, se paró y tendió un brazo a un lado.

—Badr, tu sable.

—Señor...

—¡Tu sable, Badr!... Haz lo que digo.

Consternado, Badr dejó su arma en la mano de su amo, que la arrojó acto seguido a los pies del abasí.

—Desatadlo.

Mientras le quitaban las cadenas, Ben Mabruk levantó la cabeza. Una llama salvaje ardía en su ojo sano y un rictus de odio le torcía la boca.

Consciente de que debía estar alerta, Abderramán se plantó firmemente sobre sus piernas, blandiendo el sable.

Aún de rodillas, Ben Mabruk recogió el arma de Badr y empezó a levantarse. No había terminado de enderezar su corpachón cuando se precipitó hacia delante con un rugido feroz.

El príncipe había previsto el golpe y lo esquivó rápidamente. De paso comprobó que el coloso era incluso más grande de lo que pensaba. Aunque él mismo tenía una altura superior a la media, Ben Mabruk le llevaba una buena cabeza.

La hazaña legendaria de Dawud contra Yalut, el gigante filisteo, le vino enseguida a la cabeza. Una pedrada de honda entre los ojos, cien veces narrada por su abuelo

cuando era pequeño. En su caso no tenía ningún arma arrojadiza y debía aceptar el combate cuerpo a cuerpo. Era necesario encontrar su punto débil. A decir verdad, lo conocía desde hacía tiempo por haberlo vivido a menudo en sus sueños oscuros de venganza.

Cuando Ben Mabruk volvía a la carga, se puso a bailar a su alrededor por el lado del ojo tuerto.

El gigante, desconcertado, dando vueltas como una fiera enjaulada a la que se excita tranquilamente, hizo silbar la hoja de su sable con amplios movimientos desordenados. Pero solo halló el vacío. Ciego de rabia, redobló los golpes, sin darse cuenta de que su adversario lo atraía hacia el río.

Tras una serie de asaltos de increíble violencia, los dos hombres se encontraron cara a cara, jadeantes, en el pontón de la noria. Abderramán daba la espalda a la gran rueda, tan cerca que podía notar su soplo húmedo. Un paso más hacia atrás sería la caída mortal.

Entonces sucedió algo inconcebible. Con los ojos clavados en el rostro del hombre de negro, el príncipe dejó caer su arma al suelo. Un murmullo de espanto recorrió la multitud. Un guardia quiso tensar su arco, pero Ubaid le retuvo el brazo. Sabía perfectamente lo que pretendía su amigo. El castigo por codicia... Ismail, el reyezuelo de Mareb, había tenido la triste experiencia. Abderramán gritó con voz seca:

—¿Así que quieres matarme, pedazo de bestia? ¿A qué esperas, pues, para venir a por mí?

Fuera de sí, Ben Mabruk levantó su arma y se abalanzó hacia delante con un rugido descomunal. En ese instante el príncipe se dejó caer de rodillas al tiempo que desenfundaba su puñal. El sable del abasí fue a clavarse en un radio de la noria mientras la hoja acerada de la daga le atravesaba el pecho.

Todavía cegado por la furia, el coloso quiso retirar su arma, pero esta, arrastrada por la rueda, se le escapó de las manos. Su rostro se tornó grisáceo de pronto y sus fuerzas le abandonaron.

Abderramán se incorporó sin dejar de sujetar a Ben Mabruk con el puñal. Luego le hizo dar media vuelta y lo arrojó a las aguas espumosas. Por un instante creyó que el fondo lo retendría, pero al cabo de un momento reapareció, levantado por un cangilón, con la cabeza desarticulada colgando en el vacío, la garganta expuesta a un último sacrificio.

El príncipe observó sin decir palabra la lenta y macabra ascensión del cuerpo de su peor enemigo. Cuando bajaba de nuevo hacia él, agarró el sable y lo levantó hacia el cielo.

—«Slama». Buen viaje al infierno, Ben Mabruk.

La hoja cayó partiendo el aire como un grito de victoria.

Selim estaba desconsolado. Errante como un alma en pena, arrastraba su miseria por los paseos del Alcázar.

Su irreflexión había estado a punto de costarles la vida a su amo y su familia. Merecía cien veces la muerte. Cuando Abderramán lo convocó en el salón del Trono, se echó a sus pies llorando en señal de perdón y luego aguardó, resignado, la justa sentencia.

Para su gran sorpresa, el príncipe lo miró con benevolencia y se inclinó para cogerle la mano.

—Levántate, mi joven amigo, y sécate las lágrimas. Lo que tenía que suceder ha sucedido. Que este drama abominable te sirva, no obstante, de lección. No vuelvas a confiar en nadie, ni siquiera en el corderito más inofensivo. Bajo su frágil apariencia puede ocultar un demonio. No te apures, no te he hecho venir para castigarte, sino al contrario, para calmar los remordimientos que te atormentan. Y puesto que amas los viajes, voy a darte la oportunidad de airearte un poco.

Dio unas palmadas. Aparecieron dos criados con un baúl de oro macizo reluciente. Cada detalle, desde el simple refuerzo al ornamento más refinado, había sido trabajado a mano con extraordinaria habilidad. Una auténtica maravilla.

Abderramán se apoyó en el hombro del joven bereber.

—Ábrelo.

Con el corazón palpitante, Selim se acercó al baúl. Levantó la tapa, se le escapó un grito agudo y se llevó las manos a la boca. Paralizada con una última expresión de odio, la cabeza pálida de Ben Mabruk lo miraba con ojos apagados. El olor fétido que exhalaba se le clavó en la garganta. El príncipe, que adivinó su malestar, le tendió un pañuelo perfumado y añadió con tono cínico:

—Se la he confiado al mejor embalsamador de la ciudad. Según mis informaciones, Abu-l-Abbás tiene previsto ir próximamente a Kairuan para visitar la Gran Mezquita y honrar con su presencia las fiestas que ponen punto final al ramadán. He pensado que le gustaría este regalito. Tienes el tiempo justo para prepararte y encontrar el puerto más cercano si quieres llegar antes que él. Irás directo a la Mezquita y pedirás que te reciba el imán. Entonces le entregarás el baúl y le dirás que le llevas un presente del emir de Córdoba en homenaje a la insigne grandeza de su califa. Por supuesto, con la orden formal de abrirlo exclusivamente en su presencia. Partirás sin demora y volverás a informarme.

Ante los ojos aún atónitos de Selim, Abderramán miró por última vez la cabeza de Ben Mabruk y cerró la tapa.

Mandó lacrar el cierre y aguardó unos instantes. Luego apretó el puño y con un golpe seco de su sortija selló en la carne tibia de la cera la venganza de los omeyas.

*En el principio existía el Verbo,
y el Verbo estaba en Dios,
y el Verbo era Dios.
Todo se hizo por él, y sin él no se hizo nada de lo que se ha hecho.
En él había vida, y la vida era la luz de los hombres.
Y la luz brilla en la tiniebla, y la tiniebla no se ha apoderado de ella.^[1]*

Abderramán dejó el libro y se reclinó en su asiento, con aire pensativo.

Si la vida era la luz de los hombres, para algunos hubiera sido mejor no conocerla nunca.

Demasiada luz mata la luz. Ciega el ojo y seca la boca. Quema los dedos en el brillo del oro, en la mirada embrujadora de las cortesanas, en los gritos triunfales de los vencedores sedientos de loas y sangre. Hace perder la razón.

Hunde en las tinieblas.

Conocía bien esta luz por haberla afrontado durante toda su vida. Tenía el rostro de Satán y el calor imposible del Fuego de la Gehena. Había luchado contra ella sin respiro y había terminado por sucumbir, hechizado también él por la llama fría de la venganza.

No era mejor que los demás.

¿Dónde está entonces la verdadera luz? ¿En el Verbo?

Así, Dios había hablado. Sin embargo, él había reclamado mil veces su Palabra durante sus oraciones, pero solo había obtenido como única respuesta la implacable verticalidad del silencio.

Dios hablaba únicamente a los elegidos. A los *enviados*. Habló a Musa en la Montaña Sagrada, y su pueblo adoró el Becerro de Oro. Habló al Nazareno y los sacerdotes le condenaron. Entonces, como Juan el Bautista que bautizaba a orillas del Jordán, una voz empezó a gritar en el desierto. Respondió al «Quran», a la llamada de Alá que bajó del cielo por mediación de Yibril, su mensajero, que los hebreos llamaban Gabriel.

Mohamed, el Deseado, bendito sea su nombre, certificó los textos antiguos. Recordó la filiación sagrada de Ibrahim, Ishaq y Yaqub, padre de las doce tribus de Israil. Autenticó el linaje davídico de Isa, hijo de Mariam, concebido por la gracia del Espíritu Santo, sin que hubiese habido acto carnal. Pero Isa no era hijo de Alá. El Rabb de los universos no puede engendrar a un hombre de carne y hueso, por muy santo que sea. Es padre de todo lo que existe.

Entonces condenó a los idólatras y fustigó a los «kafiruna», los infieles, los que habían olvidado la palabra de amor. Los combatió. Proclamó la «Shari-at», la Ley, el Orden y los Cinco Pilares del Islam: «Shahadat», la profesión de fe, «Salat», la oración, «Zakat», el azaque, «Sawm», el ayuno, «Hayy», la peregrinación. Y las

leyes consuetudinarias del matrimonio, el repudio de las mujeres, las dotes y las sucesiones, las abluciones, la alimentación, todo lo referido a la vida. La vida con su cortejo de hambrunas y enfermedades... la vida no era todos los días la luz de los hombres.

Abderramán sabía todo eso. Conocía la Ley y la había aceptado. Formaba parte de los «afiliados».

Pero había una cosa, solo una, que lo mortificaba.

No matarás.

He aquí que una de las Diez Palabras inscritas en el monte Sinaí sobre las Tablas Sagradas del profeta Moisés, a quien el Nabí consideraba su hermano, se había roto, como un trueno, contra la cúpula sangrienta de la Guerra Santa.

*Combatid por Dios contra quienes combatan contra vosotros,
pero no os excedáis: Dios no ama a los que se exceden.*

*Matadles donde deis con ellos,
y expulsadles de donde os hayan expulsado.*

Tentar es más grave que matar.

*No combatáis contra ellos junto a la Mezquita Sagrada,
a no ser que os ataquen allí.*

*Así que, si combaten contra vosotros, matadles:
esa es la retribución de los infieles.^[2]*

¿Dónde estaba, pues, la verdadera luz?

Nunca lograba resolver esta extraordinaria contradicción. Recordó que un día expresó su inquietud a su padre. Maruán le respondió:

—Ninguna yihad es justa si no está *justificada*. Nadie puede arrogarse la justicia divina. Está muy por encima de nosotros. Al igual que hay judíos buenos y malos, cristianos buenos y malos, también hay hermanos buenos y malos que riñen, como los demás, combates buenos y malos. Los auténticos mártires están en todas partes. Son ajusticiados. No se lanzan ciegamente en brazos de la muerte para saciar sus propios sueños de gloria. Son los auténticos siervos de Dios. No olvides, hijo mío, que eres *Abd ar-Rahman*, el «siervo del Compasivo». Estás en la dirección de Alá, en su amor. Si un día tú también tuvieras que morir como un verdadero mártir, asegúrate al menos de haber llevado a cabo el combate justo. El del amor y no el del odio. Entonces entenderás por qué se puede matar por amor. Y morir en su nombre. El amor es la única justificación posible. Recuérdalo.

—Sí, padre.

No lo entendió todo, pero aprendió una cosa. Era un *guiado* entre los «muslimina», los musulmanes, los «sumisos».

Era un combatiente de la luz. Debía seguir la vía que Maruán había trazado, la de la paz, *Salam*, en nombre de un dios único y trascendente, el mismo para todos, con independencia de su nombre.

Alif. Lam. Mim.

Allah de los Ilah Elohim.

«En el nombre de Alá, el Compasivo, el Misericordioso...».

Dios es grande. Tan grande, tan elevado que el espíritu no puede alcanzar el Espíritu. Solo recibir su rocío beneficioso e impregnarse de su fuerza invisible.

El amor es más fuerte que la muerte.

Abderramán reanudó la lectura desde el principio.

*Entonces dijo Dios: «¡An Nur! Sea la luz»,
y fue la luz.*

Dios vio que la luz era buena,

Y separó Dios la luz de las tinieblas.

Dios llamó a la luz Día, y a las tinieblas llamó Noche.

Y fue la tarde y fue la mañana del primer día.^[3]

Sí, Dios había hablado. Pero fue antes, mucho antes de dirigirse a los profetas. Habló el primer día de los días, el primer albor de los albores.

Esta luz primitiva del Verbo era suya, había nacido de su Espíritu, de ese fuego latente que flotaba desde siempre sobre las aguas primordiales del caos.

¿Cómo encender las lámparas de una sala inmensa sumergida en las tinieblas si uno no tiene su propia lámpara encendida para encontrarlas? Dios tenía la lámpara. Él *era* la Santa Lámpara que había permitido, por la sola fuerza de su voluntad, encender la Gran Esfera de los mundos.

Venció a las Tinieblas. Entonces, y solo entonces, creó los cielos y la tierra. Y los iluminó. El sol que preside el día, la luna que preside la noche y el firmamento estrellado. Maravillosas luminarias... luces nacidas de la Luz.

«Lo que está abajo es como lo que está arriba, y lo que está arriba es como lo que está abajo, para hacer los milagros de la Cosa única».

Abderramán sintió que le invadía un dulce calor. Estas palabras veladas de misterio, que su abuelo Hisham le había revelado una mañana mientras contemplaban las corolas tornasoladas de un macizo de flores, cobraban de pronto todo su significado.

La luz de abajo era *la imagen* de la Verdadera Luz de arriba...

Como los jardines floridos de Mshatta, reflejos del jardín del Edén, lo visible y lo Invisible, lo creado y lo Increado, la existencia y la Esencia Eterna se fundían secretamente en una formidable alquimia de amor.

¡Dios, cuánta razón tenía Soraya! El gran amor no se limitaba solo a los placeres terrenales. Al sublimar el espíritu, elevaba el alma y el cuerpo al Séptimo Cielo.

Cogió su pluma, la mojó en la tinta y posó la punta afilada en la página blanca.

«En nombre de Alá, el Compasivo, el Misericordioso...».

Pensamiento. Verbo emanado del pensamiento. Creación emanada del verbo.

Una columna. Simple. Con un basamento sólido, pues deberá soportar una carga enorme. Sobre la columna, un capitel. Quizá de hojas de acanto. Sobre el capitel, el ábaco ancho de donde despuntan, simétricos, dos arcos de herradura.

Las dovelas se redondean y se intercalan con tonos claros y oscuros, esplendores proyectados por un sol radiante.

Descansando sobre el ábaco, una pilastra cuadrada sobrepasa el cornisamento, se extiende hacia arriba y se bifurca a su vez en arcos de medio punto sobre los arcos inferiores. Claridad divina. Arcos puros y perfectos, a imagen del Signo flamante que Alá trazó en el cielo cuando Nuh acababa de vencer en su arca las aterradoras aguas del Diluvio.

Otra columna. Otra más. Las líneas se alargan, se cruzan. Las arquerías se despliegan, se entrelazan como el doble dosel de un bosque de piedra y mármol.

Palmar sagrado donde la luz se envuelve, se estira y estalla bajo la bóveda en miles de palabras de oración.

«Sería ella y nada más...».

Lo sabía desde el primer bosquejo, desde que había notado que una fuerza irresistible guiaba su mano por el vacío inmaculado de la página.

Se había dejado llevar, como en un sueño. Y el sueño había cobrado cuerpo bajo sus dedos.

Abderramán cerró con llave la puerta y se dirigió al jardín de recreo. El pequeño Hisham trotaba alegremente alrededor de la fuente, intentando atrapar un gatito persa adorable que acababa de regalarle su abuela por su tercer cumpleaños. Sentada en el pretil del estanque, Soraya, más hermosa que nunca, cuidaba de su hijo.

Los abrazó con ternura y siguió hacia la sala del Consejo, espacio reservado al gran visir. Cuando entró, Abdelkrim se inclinaba junto a Badr sobre un mapa de la ciudad.

—¡Amigos míos, qué alegría volver a veros! Tengo algo que anunciaros.

Los dos hombres se miraron, desconcertados. Hacía tiempo que no veían al joven emir tan entusiasta. Abdelkrim habló primero.

—A juzgar por vuestro tono de voz, mi señor, debe de ser una gran noticia.

—Lo es, en efecto. He decidido construirla.

—¿Construirla?... ¿Construir qué, señor?

—«Al masyid», la Mezquita. La Gran Mezquita a la que Córdoba puede aspirar al fin. Será la más bella, la más extraordinaria que se haya visto jamás.

Abdelkrim sonrió radiante.

—¡Cómo coinciden las grandes mentes! Justo estábamos buscando algún terreno apropiado que querríamos someter a vuestra aprobación. Pero ¿quizá tengáis ya una idea del emplazamiento?

—No una idea, querido, una certeza. Estará... aquí. Justo al lado del Alcázar.

Abderramán señaló con el dedo un punto del mapa. El rostro de Abdelkrim se oscureció de repente.

—¡Pero si ahí es dónde está la basílica de San Vicente! Jamás lo permitirán.

—Pues tendrán que hacerse a la idea. No olvides que los cristianos, como los judíos, son «dhimmis», protegidos. A cambio de sus impuestos de capitación, les acordamos protección y total libertad de culto. Pero han de saber que tras haber pacificado el país, contamos con un derecho soberano de tanteo. No tendréis más que proponerles una reducción del diezmo y, si es necesario, cederles gratuitamente terrenos para que construyan sus iglesias.

Badr, hasta entonces silencioso, decidió intervenir.

—Eso puede llevarnos mucho tiempo, pero si esa es vuestra voluntad, trataremos de convencerles. Supongo que tenéis en mente cómo se dispondrá la Mezquita...

—Por supuesto. La entrada se hará aquí, al norte. Y el templo se orientará al sur, frente al Guadalquivir, el río grande de la vida.

—¿Y el mihrab?

—El mihrab igual. En línea.

Badr intentó mantener la compostura.

—Amo, no ignoráis que las Palabras Sagradas del Profeta nos exhortan a rezar nuestras oraciones hacia La Meca; es decir, al sureste. ¿Qué dirán los fieles?

—No tendrán nada que decir. Les explicaremos que las mezquitas omeyas de Damasco y de al-Ruzafa ya estaban orientadas hacia el sur y que hemos querido conservar la tradición.

—Perdonad mi insistencia, pero estaban orientadas hacia los lugares santos de forma natural, debido a su situación geográfica. Nadie se dejará engañar.

—¡Ya basta, Badr! Sabes muy bien dónde quiero ir a parar. Conozco mejor que nadie los deberes de nuestra religión y nunca he pretendido cambiar sus reglas y renegar de Oriente. Simplemente he condenado a los traidores que liquidaron a mi familia. Y jamás me postraré en su dirección. ¡Jamás! ¿Te vale esta explicación?

Badr no respondió. Era la primera vez que reinaba tanta tensión entre él y su amo. El príncipe notó que había ido demasiado lejos y adoptó un tono más conciliador.

—¡Amigos míos, tenéis que entender que este emplazamiento es una oportunidad histórica para nosotros! Al reunir el Alcázar y la Gran Mezquita en un único espacio, honraremos a la ciudad de Córdoba. Los monarcas que vengan a visitarla se extasiarán ante su belleza y cantarán por todo el mundo sus alabanzas. Qué espléndida venganza sobre Bagdad, ¿no creéis? Os dejo, pues, el cuidado de entablar las negociaciones con los responsables religiosos lo más rápidamente posible. Tenéis mi más absoluta confianza. He de volver a mis planos. Hasta pronto.

Abderramán dejó a los dos hombres patidifusos y volvió a su cueva. Una vez en la sala oscura, encendió las lámparas, se dejó caer en su sillón y miró a su alrededor con satisfacción.

Los libros, esparcidos por doquier, parecían aguardarle en la penumbra.

No eran muchos, unos quince a lo sumo, pero eran auténticas rarezas. Los había comprado a precio de oro y los guardaba celosamente en secreto, como si encerraran todo el conocimiento. El *Almagesto* de Ptolomeo, los dos primeros volúmenes de los *Elementos* de Euclides, *Las seis ecuaciones fundamentales* de al-Juarismi, la «Introducción» a *De Architectura* de Marco Vitruvio, con sus tablas de suntuosa complejidad...

Pero el que más apreciaba era la Torá, cuya traducción había encargado a un viejo loco llegado especialmente de Alejandría y que hablaba el arameo, el hebreo y el griego. Iluminado por la profundidad mística del texto, el hombre había añadido por iniciativa propia el Evangelio de San Juan.

Al contemplar el Libro Sagrado colocado junto al Santo Corán, el príncipe no pudo contener una sonrisa. En Bagdad lo habrían descuartizado allí mismo por cometer semejante sacrilegio. Cualquiera que fuese sorprendido con escritos impuros en su poder era enviado sin demora a la tortura y moría en medio de sufrimientos atroces.

Sin embargo, Abu-l-Abbás no era ningún necio. Sabía muy bien todo lo que debía a la tradición hebrea la Palabra bendita del Profeta en sus raíces más profundas. Y que, aunque no fuera el hijo de Dios, ese que los cristianos llamaban Jesús volvía como una larga letanía a las Santas Escrituras. Pero el odioso califa solo deseaba recordar la falta, el crimen imperdonable de los «infieles» que los condenaba sin remisión a la muerte.

¡Ah, si solo quisiera abrir el Libro de los Salmos de Dawud! Una auténtica maravilla. Un «Zohar», dirían los rabinos.

¡Si solo pudiese imaginar, aunque fuera por un instante, la magnificencia del Templo de Suleimán en su época de grandeza! Anclado como un faro en la cima del monte Moria de Jerusalén, era la luz del mundo.

Abderramán miró su diseño.

Sí, tendría su Mezquita. Aunque le costase cien años construirla.

Un nuevo capítulo de su vida se abría ante él. La primera página del gran libro de piedra ya estaba escrita.

Quedaba todo por hacer. Estaba preparado.

«En el nombre de Alá, el Compasivo, el Misericordioso...».

Año de gracia 785 de la era cristiana

Año 163 de la hégira

No era un secreto para nadie, a Hisham le gustaban las armas y las mujeres bonitas.

El brillo cegador de un sable lo embriagaba igual, si no más, que la mirada ardiente de las cordobesas.

Como es natural, su fuerte complexión lo había predispuesto al combate desde la más tierna edad. En cuanto a su atractivo, hacía estragos entre las jovencitas de buena familia.

Ojo de águila y diente de lobo. Así es como lo llamaban ellas entre ataques de risa cuando cuchicheaban durante las recepciones mundanas a las que él siempre estaba invitado. Estaban todas locas por él y lo sabía. Pero no abusaba de la situación. Su padre jamás lo habría aceptado. Hay ciertos límites que no pueden sobrepasarse, sobre todo cuando se es hijo de emir. Por tanto, cuando sentía un deseo apremiante, iba a desfogarse al harén en compañía de Harb, su escudero y amigo fiel. Todo el palacio estaba al corriente y cerraba los ojos.

Con veintiocho años no estaba casado, pero tenía un hijo, el pequeño Alhaquén. Y aunque sus padres no le habían dicho nada todavía, se figuraba que un día tendría que tomar una esposa legítima para garantizar la pesada sucesión del emirato. Y de la dinastía...

Hisham adoraba a su madre. Ella le correspondía. Siempre era buena consejera y nunca se enojaba. Su paciencia y su bondad rozaban la devoción. Pese a su edad, seguía teniendo una belleza luminosa. Comprendía por qué Abderramán la deseaba como el primer día. Los sentimientos mutuos de sus padres eran tan profundos que lo dejaban pensativo. No llegaba a imaginar que pudiera amarse tanto. Quizá por ese motivo no se había comprometido todavía.

Estoicamente esperaba, como ellos decían, el gran amor...

La relación con su padre, tempranamente difícil, se había vuelto tumultuosa en su adolescencia. Abderramán no soportaba ver cómo se pasaba el tiempo guerreando, aunque casi siempre saliera vencedor. Eso a él le había afectado profundamente, pues era el único medio de que disponía para demostrarle sus cualidades de guerrero y ganarse su confianza.

Un día no pudo aguantar más y rompió a llorar en brazos de su madre. Soraya lo escuchó sin interrumpirle y después le contó con calma la historia de su padre, las espantosas desgracias que había sufrido y de las que nunca le había hablado.

La escuchó a su vez sin decir nada, paralizado por el horror que lo torturaba a cada nueva revelación, hasta el asesinato del pequeño Alí, a quien Abderramán consideraba como su hijo adoptivo y a quien preparaba un futuro muy prometedor. Comprendió de repente por qué a su padre, tan respetado y tan temido, le daba auténtico pánico la sangre y un asco visceral la violencia en todas sus formas. Lo sentía mucho, pero los esfuerzos sinceros que estaba dispuesto a hacer en adelante para enmendar sus errores no lo volverían ni sabio, ni filósofo, como el ilustre bisabuelo cuyo nombre llevaba. Estaba hecho para la guerra y no para la ciencia.

Soraya le prometió que hablaría con su padre y cumplió su palabra. Desde entonces le pareció que Abderramán lo juzgaba con menos severidad. Otros preceptores nuevos, en lugar de enseñarle retórica, le habían hecho descubrir en los textos las hazañas de Pericles, Alejandro y César.

Para colmo había recibido un regalo suntuoso...

Hacía ocho años. Acababa de celebrar su vigésimo aniversario. Carolus Primus Magnus, Carlos I el Grande, rey de los francos, que soñaba con convertirse en emperador de Occidente y unificar la cristiandad, había atravesado los Pirineos y penetrado en las provincias del norte.

Abderramán le pidió enseguida a su hijo que se reuniera con él en Zaragoza para reforzar a Ubaid, que empezaba a hacerse viejo. Pese a las lágrimas de su madre, se marchó loco de contento, se puso al mando de los ejércitos y expulsó al invasor brillantemente.

Encontró valiosos aliados en los vascones, un pueblo rudo pero valiente, ducho en el combate en las montañas. Hasta tal punto que, para agradecérselo, les dejó el honor de terminar el trabajo. Los vascones hicieron una auténtica matanza, diezmando la retaguardia enemiga en el desfiladero de Roncesvalles. Roldán, el sobrino del rey Carlos, halló la muerte, no sin haber combatido con valentía.

Cuando volvió a encabezar las tropas, Córdoba lo aclamó triunfalmente.

Abderramán lo miró a los ojos y le dijo tan solo:

—Mira a tu pueblo, hijo mío. Está orgulloso de ti.

Luego lo estrechó largamente entre sus brazos. El corazón se le desbocaba y rompió a llorar.

Hisham salió de la sala de armas empapado en sudor.

Para él, ejercitarse en el combate era tan natural como llenarse el estómago. Sus ejercicios cotidianos lo mantenían en forma y expulsaban de su mente las guerras que tal vez no volvería a combatir.

Entró en los baños, se quitó sus pesadas ropas de protección y se zambulló en el agua fresca con deleite.

Justo en ese momento, Harb se asomó a la puerta.

—Señor, vuestro padre os llama. Os espera en la obra de la Mezquita.

—Gracias, Harb. A propósito, ¿qué piensas de mi última finta?

—Imparable, señor. ¡Menos mal que habéis dado un cintarazo, si no estaría lisiado para el resto de mis días!

El joven escudero se bajó el pantalón, enseñándole una ancha marca roja que le cruzaba la parte superior del muslo, y desapareció entre carcajadas.

Mientras chapoteaba, Hisham se preguntaba para qué lo llamaría su padre. Si era por el asunto de la Mezquita, no le sería de ninguna ayuda. Se consideraba un buen musulmán, pero su profesión de fe no iba más allá. Lo demás no le interesaba. No se veía como constructor de templos, menos aún cuando ese con el que soñaba Abderramán era la causa de todos sus problemas desde hacía años.

Al principio, cuando las autoridades eclesiásticas se enteraron de las intenciones del emirato, pusieron el grito en el cielo. Fue necesaria toda la diplomacia de Abdelkrim y de Badr para calmar la ira del obispado. Solo al cabo de largos meses de negociaciones el clero aceptó por fin soltar la concesión, pero con una condición: no se tocaría la basílica mientras la nueva iglesia no estuviera construida.

La obra duró más de quince años. Las canteras vecinas se agotaron y los materiales pronto empezaron a escasear. Abderramán, sospechando que los responsables rezagaban voluntariamente los trabajos, presionó de tal modo a Badr que pasó lo que tenía que pasar.

Una disputa terrible entre los dos hombres, un día gris. A la mañana siguiente Badr había desaparecido. Se marchó de Córdoba dejando una carta. Su padre, completamente pálido, se la leyó en silencio a él y a Soraya. Luego agachó la cabeza. Era la primera vez que lo veía llorar.

Pero lo peor estaba por llegar. Su abuela, que albergaba sentimientos tiernos hacia el viejo consejero, sufrió una depresión y se dejó morir de pena. Un drama más en la familia...

Una vez terminada la construcción de la nueva iglesia, los monjes penitentes organizaron una gran procesión a través de la ciudad para trasladar los objetos de culto y las reliquias del santo. Desde la mañana siguiente fue posible empezar a dismantelar la basílica.

Todo, desde la primera teja hasta los últimos cimientos, fue arrancado con cuidado y después rascado, lavado y ordenado con esmero a lo largo del muro norte del recinto. No se tiró nada a los escombros, ni siquiera las piedras rotas, que se usaron para rellenar los hoyos que habían dejado los antiguos cimientos.

Un verdadero trabajo de titanes.

Hisham miró el alminar con aire distraído y atravesó Bab el Hitta la Puerta del Perdón. Salió a la amplia explanada de la obra donde cientos de obreros se afanaban como hormigas. A su derecha vio a su padre ocupado con los contramaestres, ante un plano desplegado sobre un enorme bloque de mármol en bruto.

Abderramán parecía muy concentrado. Bajo su turbante blanco, las arrugas que le marcaban la frente y la larga barba entrecana delataban su edad, pero no parecían mermar su determinación. Seguía teniendo una mirada despierta y la voz firme.

Alzó la cabeza y se le iluminó el rostro.

—Ah, buenos días, hijo mío. Me alegro de que estés aquí.

—Buenos días, padre. ¿Me habéis mandado buscar?

—Oh, nada grave, tranquilo. Simplemente quería hablar contigo. Antes que nada, ¿has visto el alminar?

—Sí, padre. Es magnífico. La puerta es bellísima también.

—¿Verdad? Por ahí es por donde he querido empezar. Era puramente simbólico, pero le concedo mucha importancia. Ahora, como ves, estoy supervisando la distribución de la Mezquita. He encargado el trabajo a los egipcios, son excelentes agrimensores. Por lo visto, todos los templos de sus ancestros se construyeron bajo el mismo principio. Estaban orientados en un eje este-oeste, la puerta abierta al Levante para que el sol dejase penetrar la vida cada mañana. Se dividían en tres partes: una primera sala hipóstila, una segunda longitudinal, el pronaos que tenía la forma de un cuadrado largo, y una tercera sala, la naos, que solía ser un cuadrado perfecto con la estatua del dios en su interior. El Templo de Jerusalén, edificado según los planos del Tabernáculo de Reunión de Musa, presentaba características idénticas: Ulam, el vestíbulo; Hekal, el santuario; y Debir, el sanctasanctórum. Ahora bien, mientras estudiaba la basílica antes de que la desmantelaran, he comprobado que estaba construida según el mismo modelo: el nártex, la nave y el coro. ¿Curioso, no?

—Muy curioso, en efecto.

—¡Pues bien, no tanto como podría pensarse! Reflexionando bien, esta división tripartita corresponde al cuerpo, el alma y el espíritu del mundo creado por el Todopoderoso. Y necesariamente al hombre, puesto que él mismo es el prototipo del universo. Así, cuando entramos en el templo, debemos purificar nuestro cuerpo para ser dignos del Altísimo ante quien nos presentamos, luego elevamos nuestra alma para la oración en el interior del santuario y nuestro espíritu, así sublimado, puede elevarse a su vez hasta el Divino en su morada. Cuanto más avanzamos hacia Él, más penetramos en el templo de nuestro corazón... ¿Me sigues?

—Eeh... creo que sí.

—Por eso he querido yo también que la Gran Mezquita se divida en tres partes bien diferenciadas: el Patio de Abluciones, la Gran Sala de Oración y el mihrab.

—Perdonadme, padre, pero no hay nada nuevo en todo esto, creo.

—Cierto. Pero lo que es totalmente nuevo es el modo en que se distribuirán las cosas. Todo se hará para exaltar el deseo de espiritualidad del creyente. El Patio de Abluciones, en cuya esquina nos encontramos ahora, será una réplica del jardín del Edén. Dispondremos grandes pilones llenos de agua pura a lo largo del paseo central, a cuyos lados plantaremos naranjos que simbolizen el Árbol de la Vida. Se accederá a la Gran Sala de Oración por la Puerta de las Palmas, que he llamado así porque la

sala será un inmenso palmar, a imagen del de al-Ruzafa. Las columnas de mármol, así como los capiteles y las dovelas de los arcos, se traerán de las ruinas de Itálica, la antigua ciudad romana, próxima a Sevilla. El techo será de madera de cedro del Líbano, como el templo de Suleimán Llevo tiempo buscando la dimensión ideal de esta sala y creo que la he encontrado. Habrá una relación perfecta entre la longitud, la anchura y el perímetro. Lo que el gran Euclides llamaba la «proporción en media y extrema razón». Los antiguos egipcios la conocían desde antaño. Oculta un número infinito y trascendente tan precioso como el oro. ¡Qué riqueza para el espíritu! Así, el fiel que rece bajo la bóveda estrellada tendrá la impresión de estar en plena armonía con el universo. El mihrab, por el contrario, me preocupa. No me gustaría limitarlo a la Santa Cueva donde el Nabí oyó la llamada de Alá. Necesito otra cosa... delante, quizá... un espacio sagrado. Hace meses que le doy vueltas y aún no he encontrado nada. Pero no paro de hablar y ni siquiera te he preguntado tu opinión.

—¿Queréis saber realmente lo que pienso?

—Con todo mi corazón.

—Vuestro proyecto es suntuoso, padre, pero el trabajo es colosal. Nunca llegaréis a terminarlo a tiempo.

—Precisamente por eso te he hecho venir. En primer lugar, para que tengas una visión de conjunto, luego... Pero no nos quedemos aquí, podrían oírnos.

Ante una breve seña, la guardia personal se adelantó y retomaron la dirección del Alcázar.

Hisham estaba atónito. Con ojos de iluminado, su padre lo había abrumado con un torrente de palabras bonitas, en su mayoría incomprensibles para él. Se preguntaba cómo había podido acumular tanto conocimiento. Y sobre todo cuál era la razón de fondo. Quizá debía rendir cuentas al Todopoderoso. O a sí mismo. En cualquier caso, Abderramán esperaba algo de él y eso no presagiaba nada bueno.

Lo siguió dócilmente por los pasillos del palacio, hasta una puerta baja que el viejo emir abrió con una gruesa llave.

—Entra.

Hisham entró en un pequeño cuarto oscuro, apenas iluminado por una ventana minúscula. Las paredes estaban tapizadas de libros ordenados en estantes que se doblaban bajo el peso. En el centro había una mesa grande cubierta de planos y dibujos, y encima, desordenados, una regla, una escuadra y un compás. Un tintero sobre un atril y un sencillo sillón de mimbre completaban el austero mobiliario. Delante de la mesa, justo debajo de la ventana, una pequeña alfombra de oraciones dormitaba en silencio.

—Eres el primero en cruzar el umbral de este cuarto desde el día en que decidí que sería mi retiro. Aquí es donde vengo a pasar la mayor parte del tiempo, a meditar y rezar. Como tu madre ya te lo ha contado todo de mi vida, es inútil que te explique por qué me he retirado del mundo, en apariencia solamente, pues sigo velando por el futuro de al-Ándalus y el bienestar de nuestra familia. Pero pronto cumpliré cincuenta

y cuatro años. Mi vista se debilita y mis pobres piernas, por desgracia, ya no me sostienen con tanta fuerza como cuando tenía tu edad. Será necesario que un día delegue en ti las responsabilidades del poder. Por eso quiero que desde hoy me prometas solemnemente asumirlas con un espíritu de justicia, amor y tolerancia. Está en juego la reputación de nuestra dinastía. Júralo ante mí.

—Lo juro, padre.

—Bien. Del mismo modo quiero que te comprometas, pase lo que pase, a llevar a término la construcción de la Gran Mezquita según los planos que acabo de enseñarte.

—Me comprometo a hacerlo.

—Perfecto. Ahora me gustaría enseñarte esto...

Se abrió la camisa y descubrió el saquillo de piel que le colgaba del cuello.

—Contiene un poco de tierra de Siria, la de nuestros ancestros. Antes de subir a los jardines de Alá, te lo daré. No deberás separarte nunca de él. Siempre te recordará la sangre de los omeyas que corre por tus venas, todo lo que les confirió su grandeza y los altos valores que defendieron sin cesar. En cuanto a este anillo, constituye la única riqueza que deseo llevarme a la tumba. Pertenece al padre de tu madre y fue Soraya quien lo puso en mi dedo el día de nuestra boda. La palmera bajo una media luna es el símbolo de la paz. Una suerte de vínculo sagrado entre la tierra y el cielo. Por eso la he convertido en mi sello. Y por esa misma razón he escogido el lugar donde deseo que me entierren. Salgamos ahora, si te parece.

Hisham siguió a su padre con un sentimiento mezcla de ternura y sorda inquietud.

El futuro le parecía de pronto cargado de un peso terrible. Había jurado. Jurado que haría lo imposible por evitar la guerra y terminar esta Mezquita gigantesca cuya utilidad no veía, solo para satisfacer el último sueño de un hombre que había sufrido toda su vida. Lo haría lo mejor posible.

Abderramán siguió el camino central del palmar, que forman una jaula dorada bajo los rayos del sol poniente. Se detuvo a medio camino y se llevó la mano al corazón, sin aliento.

—Padre, ¿os encontráis mal?

—No, pero a veces me siento muy cansado. Las fiebres, sin duda... No he dejado de padecerlas desde Tremecén. Aún no se lo he dicho a tu madre, son cada vez más frecuentes. Tendré que consultar a un médico... Pero dejemos de hablar de mí, ¿quieres?... Sigamos paseando.

Continuaron hasta el final del camino, bajo el susurro de las palmeras. Un poco apartada, una magnífica palmera datilera se alzaba, destacando entre el follaje. Mucho más alta que las demás, erguía su columna orgullosa frente a la tapia. Abderramán se acercó a ella y acarició su tronco rugoso con ternura.

—Enseguida supe que tenía que ser ella. Hay cosas, como esta, que uno no puede explicarse. La magia de un encuentro... Es a su pie, hijo mío, donde quiero descansar. No quiero tumbas ni flores, nada. Que la hierba tierna me rodee. Solo la

hierba tierna, ¿entiendes? Ya está, creo que te lo he dicho todo. Ahora me gustaría quedarme solo y recogerme.

Hisham se retiró lentamente. Tras dar unos pasos, se volvió, emocionado, para mirar a su padre. Abderramán le daba la espalda, arrodillado en la alfombra de musgo, sus pobres manos en posición de oración.

Con los ojos bañados en lágrimas, escuchó que murmuraba:

«¡Árbol, oh, mi árbol, tierna raíz en tierra extranjera! Eres el único amigo que me queda en este mundo, mi último confidente. ¿Qué sería yo sin ti, mi compañero fiel? ¿Quién mejor que tú sabría entender mi pena, mi llanto y mi tormento? Tú eres la vida y ahora la vida me abandona lentamente. Si pudieras, el día de mi gran viaje, acogerme en tu verde luz. Que tu sombra ligera acaricie mi cuerpo desocupado... y que entonces, si a Dios le place conducirme, que tu savia bendita me lleve hasta el cielo».

Córdoba...

¡Córdoba fenicia, Córdoba romana, Córdoba la omeya!

Tú, cuyo corazón todavía palpita con acentos de Séneca, haces que la vida se estremezca en el vientre de las piedras...

Bajo los cielos nacarados de rosa y azul celeste, a la sombra ahogada de tus callejas, en los recovecos de tus jardines, pura explosión de colores, tus fuentes destilan la canción fresca de las noches...

¡Córdoba la ocre, Córdoba la blanca!

Conquistada, nunca sometida, eriges tus palacios como un desafío a las estrellas y bajo la bóveda del gran templo casi terminado, un oasis de mármol y ónice asciende hacia la luz como una llamada a Dios.

Al pie de las murallas las aguas serenas y profundas del río arrastran lentamente la memoria de los hombres, llevándose hacia mar sus risas y sus lágrimas.

Todas sus lágrimas...

Porque hoy lloras, Córdoba. Lloras calladamente.

En esta mañana de verano de 788 de la era cristiana, año 166 la Santa Hégira, Abderramán I, príncipe de los omeyas, al-Dayil, exiliado, el desterrado, el conquistador del imposible amor, Abderramán se muere.

Tiene una cita con el Compasivo.

Soraya salió de la habitación, hundida. No quiso que lo viera morir. Ella lo había velado, no obstante, toda la noche, pero cuando notó que llegaba el fin, le pidió que se marchara tras un último adiós patético.

Cayó en brazos de Hisham, el cual esperaba, lívido, detrás de la puerta, y le dijo entre sollozos:

—Quiere verte.

Hisham entró en la penumbra de la habitación con el corazón encogido. Le costó reconocer a su padre, tanto como había cambiado en los últimos días. Su rostro enjuto, devorado por el cansancio, se perdía bajo la barba y los cabellos canos. Solo sus ojos, que ardían de fiebre, parecían aún activos.

Abderramán volvió su mirada hacia él y lo agarró del brazo con su mano descarnada. Luego murmuró en un suspiro:

—El círculo... todo está en el círculo... el cuadrado, eternidad... el círculo, infinidad... los dos reunidos... el nombre y el número... ¡Dios está aquí!

Apuntó con su dedo tembloroso hacia el techo, lo mantuvo así unos segundos y dejó caer blandamente la mano encima de la cama. Por un instante Hisham creyó que

estaba muerto. Pero seguía respirando de manera entrecortada, exhausto por el gesto insensato que acababa de cometer.

Hisham sintió que no se podía hacer nada más. Se retiró en silencio, desconsolado. Cuando se dirigía hacia la puerta, esta se abrió lentamente.

Selim apareció con una fruta roja en la mano.

Se acercó a su amo, lo miró con una ternura infinita y acercó la boca a su oído.

Un brillo imperceptible pareció asomar en la mirada del anciano.

—¿Eres... eres tú, Badr?

—No, señor. Soy yo, Selim. ¡Os traigo una excelente noticia!

—¿Eh?...

—¡Granada... la han llamado Granada!...

Dejó la fruta brillante en la mano de Abderramán, quien la guardó apretada contra él.

—¿Os acordáis de las dos mulas que cayeron al barranco, cerca de la vega de Armilla, cuando regresaba de al-Ruzafa? De eso hace treinta años. El guía me dijo entonces que si encontraba los plantones de los granados se los daría a su hermano para plantarlos y cultivarlos. Ha cumplido su palabra, amo, y del modo más hermoso. Acabo de volver de la región. ¡Qué belleza, señor! ¡Por doquier, hasta dónde alcanza la vista, miles de soles rojos al pie de las montañas! ¡Una maravilla! Encaramado al cerro que domina el llano, el pueblo de Elvira, construido sobre las ruinas de la Ilíberis romana, es ahora una aldea grande y hermosa, casi una pequeña ciudad. Acaban de rebautizarla, señor. La han llamado Granada, la ciudad roja de al-Ándalus. Todo gracias a vos, mi querido amo... ¡Granada es vuestra victoria más bella!

Abderramán no se había movido. Había apretado simplemente la fruta en su mano, los ojos perdidos en una visión bermeja de paraíso terrestre. Su respiración se tornó de pronto muy jadeante, sus labios empezaron a temblar. Selim creyó adivinar el esbozo una débil sonrisa en su pobre rostro pálido y descompuesto. El anciano príncipe emitió entonces con un murmullo:

—Granada... qué nombre tan bonito.

Luego todo su cuerpo se relajó, apaciguado. Su mano se abrió lentamente y dejó caer la granada al suelo. Había entregado el alma.

Abderramán se había ido.

Después de tantos años de alegrías efímeras y amargos sufrimientos, por fin cruzaba el umbral, la puerta sagrada que se abría al otro mundo, llevándose con él, como una última prueba, la imagen final y gloriosa de su vida.

Granada. ¡Qué nombre tan bonito!

Fue a enseñársela a todos aquellos a quienes había adorado y por quienes había entregado su alma... a sus antepasados, guardianes del Trono de la Gracia, a Fátima y sus cabellos de luna, a Yasmina y su sonrisa de ángel, a Yahara el poeta, a Suleimán el que corretea y al pequeño Alí, que ya no necesitaría preguntarle más puesto que había entrado, como él, en la luz indecible del conocimiento absoluto.

Allí esperaría a Soraya para amarla eternamente.

Hisham miró pensativo la tierra recién removida a la sombra del árbol solitario. Se preguntaba adónde habría volado el alma de su padre. ¿A los jardines de Alá?... Pero ¿existían acaso?

Lo único en lo que creía realmente era en estos dos palmares, uno de savia bruta, el otro de piedra tallada que Abderramán había mandado plantar en los jardines de su corazón. ¿Bastaría esto para ganarse un rincón en el cielo?

Lamentaba sinceramente no haber conocido antes a quien consideraba hoy un hombre excepcional. Sin duda le habría explicado aquellas extrañas palabras que le reveló un día, a su regreso de Zaragoza, sobre la grandeza de Dios y la inaccesibilidad de su Espíritu. Pero sobre todo aquella invisible conjugación de un círculo y un cuadrado cuya fuerza misteriosa se le había escapado por completo. Seguramente tendría relación con la Mezquita, mas no sabía decir cuál.

Lo esencial de la herencia de su padre residía a sus ojos en la grandeza de al-Ándalus y no en sus misterios. La glorificaba, pero a su manera, antes de legarla a su propio hijo.

Tras un último pensamiento, se inclinó respetuosamente y volvió a palacio.

Caía la noche. El aire era de una pureza increíble. Ni un soplo de viento. Todo estaba inmóvil.

La media luna se escapó de lo alto de las murallas e inició su lenta curva bajo el firmamento. Como si el tiempo se detuviera, el halo de miel se inmovilizó justo sobre el árbol, cubriendo de reflejos rojizos su corola de palmas.

Entonces, en la cúspide de la bóveda, un vivo resplandor estalló en el silencio y trazó la vía vertical y luminosa entre lo inmóvil y lo rotatorio, el eterno cuadrado de la tierra y el infinito circular del cielo. Maravillosa y sublime ósmosis que une en una conjunción perfecta la luz de abajo y la Luz de Arriba...

La Luz Verdadera que tanto había buscado Abderramán y hacia la cual ascendía en adelante, lleno de la gracia de los justos...

Una estrella con una claridad tan intensa, tan radiante que no podían contenerla ni todas las tierras ni todos los mares, ni siquiera todos los cielos de los Cielos...

La estrella flamante del amor.

TERCERA PARTE

La edad de oro

Safet encontró a su compañero en el otro extremo de la manzana. Ualid caminaba como un autómatas, insensible a las detonaciones sordas y a los aullidos de las sirenas. Cuando notó que su amigo llegaba a su altura, se detuvo bruscamente y se volvió, con la cara descompuesta.

—¿Adónde vamos?

—Volvemos a casa. ¿No tienes ganas de ver otra vez a tu mujer y a tu hija?

—¡Pero si solo pienso en eso! Tenían que ir a la ciudad a comprar una cartera para el colegio. Vete a saber si no habían salido ya cuando empezaron los estallidos. Me pongo enfermo solo de pensarlo. Y tú, ¿no piensas en Zemka? Vivimos en el mismo barrio, además...

—Razón de más. Hay que encontrar la forma de llegar hasta allí cuanto antes.

Apretaron el paso y se adentraron por las callejuelas hasta Sniper Alley. La avenida estaba desierta, ahogada bajo una espesa nube de polvo y humo. Aturdida, la población se ocultaba en las casas y los refugios improvisados. Sarajevo parecía cercenada del mundo.

Un furgón de la Cruz Roja pasó en tromba sin prestarles atención.

—Sujétame esto.

Safet entregó el cofre a Ualid y fue a apostarse en mitad de la avenida, mientras una vieja camioneta aparecía a lo lejos en medio de la atmósfera gris.

Plantado sólidamente en el asfalto, comenzó a gesticular con los brazos. El vehículo frenó en el último momento y paró en seco justo delante de él con un zumbido ahogado.

Una cabeza hirsuta asomó al instante por la ventana.

—¿Estás chalado, o qué? Casi nos mandas al otro barrio. ¿Qué quieres?

Safet se acercó a la portezuela y miró rápidamente en el interior. Dos jóvenes vestidos de civil ocupaban la cabina. El conductor, encaramado al volante, parecía en un estado de sobreexcitación avanzado. A su lado, su compañero sostenía en las rodillas dos kaláshnikov cargados. Sus pies descansaban encima de una caja de granadas antitanque.

Safet intentó conservar la calma. La camioneta era un auténtico polvorín ambulante.

—Mi amigo y yo venimos de la Gran Biblioteca. Ha ardidado entera, pero hemos logrado salvar unos documentos de extrema importancia para la administración. Tenemos que ponerlos en un lugar seguro a toda costa. ¿A qué parte vais?

—Hacia el noreste, al extrarradio, al cruce de las carreteras d Ni y Belgrado. Después de rociarnos a placer desde allá arriba, estos cabrones han enviado los blindados. Bloquean las salidas de la ciudad y disparan contra todo lo que se mueve. ¿Quieres lanzarte a la boca del lobo, o qué?

Safet reaccionó de inmediato.

—No, pero vivimos por ahí precisamente. Y entretanto, prefiero esconder los documentos en mi casa que en pleno centro de la ciudad. Os lo ruego, es muy urgente.

—Bueno, subid detrás. ¡Agarraos fuerte, está todo lleno de hoyos!

Treparon a la plataforma y se apoyaron de espaldas en la cabina mientras el vehículo arrancaba. Ualid no había soltado el cofre. Lo apretaba contra su pecho, como un escudo. Al cabo de un rato, molesto por los baches de la camioneta, exclamó:

—¡Oye, este trasto pesa una barbaridad! ¿Qué hay dentro?

—Ni lo sé ni me importa. Solo sé que casi la palmamos por culpa de un trozo de chatarra. Eso es lo único que sé. El jefe me va a oír, no te quepa la menor duda.

Safet pensó en Zemka, con un nudo en el estómago. Ni siquiera había podido llamarla por teléfono. Por suerte se acercaba a ella, pero sabía que ya estaba en una zona peligrosa.

Miró con aire ausente cómo desfilaban las casas a sus espaldas mientras se alejaban de los arrabales. De pronto la camioneta torció en ángulo recto alrededor de un edificio grande que estaban restaurando y frenó en seco con un chirrido. El motor seguía ronroneando.

Safet esperó un momento, luego se incorporó, inquieto, y asomó con prudencia la cabeza por encima del techo.

Ante él, a no más de cincuenta metros, paralizado como un perro al acecho, el cañón de un tanque le apuntaba con su ojo negro.

Año de gracia 929 de la era cristiana

Año 307 de la hégira

El hombre y el niño desembocaron en un claro, cada cual sujetaba su caballo por las riendas.

El chico, la tez pálida y los rasgos cansados, intentaba recobrar el aliento en el aire enrarecido de las alturas. Se dejó caer en la hierba y soltó un largo suspiro de alivio.

—Entonces, hijo mío, ¿«kaifa haluka»? ¿Cómo vas?

—«Al hamdou lillah, birhair!». ¡Todo bien, gracias a Dios! Pero por un momento pensé, padre, que nunca lo conseguiría. Ya hace dos horas que remontamos el río por este sendero escarpado y mis piernas no están acostumbradas a tanto esfuerzo.

El hombre se sentó junto al niño a la sombra de un avellano salvaje.

—Por si te sirve de consuelo, a mí también empezaba a hacérseseme pesado. Hacía veinte años que no venía aquí y recordaba el lugar más accesible. La sierra de Cazorla es realmente magnífica, pero no entrega sus secretos con facilidad...

Permanecieron un buen rato saboreando el silencio y la belleza del lugar.

A su alrededor, una abundancia de alcornoques, arces y castaños, trenzaba una corona de follajes que componían una sinfonía de colores.

Más arriba, los primeros pinos escalaban valientemente al asalto de las cimas nevadas.

Se levantaron con un mismo impulso y atravesaron el claro.

La pared rocosa, disimulada detrás de los matorrales y las hierbas altas, surgía bruscamente y se elevaba como la muralla de una fortaleza inexpugnable. Una larga fisura vertical la dividía de parte a parte y se ensanchaba hacia abajo para formar una pequeña cavidad encima de una poza de transparencia cristalina. El agua, de increíble pureza, rezumaba por la brecha como si saliese del vientre de la tierra y alimentaba la poza con ondas finas y regulares, para correr después como un chorrito fino en zigzag por entre la maleza, antes de rodar vertiente abajo.

Ante la mirada atenta de su guía, el niño contemplaba fascinado el maravilloso espectáculo de la naturaleza.

—¡Padre, es un manantial!

—Oh, mucho más que eso, hijo mío. Un lugar sagrado. Aparte de los escasos cazadores que acabaron perdiéndose aquí por casualidad, ha permanecido virgen de toda presencia humana desde el principio de los tiempos. Y tan cargado de misterio que nadie osa adentrarse en él. La fisura rectilínea que tienes ante ti se llama Al Falaq, la Grieta. Representa la justicia infalible de Alá, Creador de todas las cosas de

este mundo. La frontera intangible entre los contrarios a los cuales nos sometemos. Pues solo Él tiene derecho a juzgar entre el día y la noche, lo blanco y lo negro, el bien y el mal... la vida y la muerte. Al hacer que el manantial corra por la Grieta, Dios ha escogido la vida. Como el sexo de una mujer, fuente de placer y de fecundidad. Sea por siempre alabado.

El hombre se acuclilló en el borde de la poza y bebió agua fresca con sus manos a grandes tragos. El chico lo imitó enseguida y luego se enderezó con los ojos brillantes de luz.

—¡Padre, qué lugar tan mágico! Aquí se respira una paz total. Como si estuviéramos solos en el mundo.

—No es más que una impresión. En realidad la vida hierve ante nuestros ojos. Pero hay que saber observarla para apreciar mejor su sentido. Así, con un poco de paciencia, podrás percibir el paso furtivo de una garduña entre la espesura o la mancha rojiza de una ardilla en las ramas de un árbol. Si prestas mucha atención, quizá puedas distinguir el roce de alas de un tordo o el canto lejano de un urogallo entre el murmullo del follaje. La naturaleza solo sonríe a los que están atentos. Su templo es un encantamiento eterno. A propósito, hablando del templo, ya es hora de dar gracias al Señor...

El sol acababa de desaparecer detrás de las frondosidades, pero arrojaba todavía sus rayos sobre el cincelado de las crestas. El hombre levantó la cabeza, localizó un pino grande aislado y se alineó en la flecha negra de su sombra antes de arrodillarse. El niño se colocó cerca de él y rezaron así durante un rato.

Una vez terminada la oración, el pequeño volvió a levantarse y se puso a observar el cielo en silencio.

—Tienes un aire muy risueño, hijo mío. ¿En qué piensas?

—Padre, ¿hemos rezado de cara a Oriente, verdad?

—Exacto. Veo que eres un observador agudo y que has aprendido la lección.

—Pero cada viernes vamos a rezar a la Gran Mezquita, que, como todos sabemos, está orientada hacia el sur. Confieso que hasta aquí nunca me había molestado nada en especial. Pero al releer las Santas Escrituras me he dado cuenta de la fuerza de las palabras con que el Nabí nos exhortaba a orientar nuestras súplicas hacia La Meca. Así es que aproveché un ratito de libertad para preguntar al imán a la salida del último oficio. Me pareció muy apurado y no entendí nada de sus explicaciones.

—Es una larga historia. Hace más de dos siglos, tras la victoria de Tariq, Dar al-Islam era ya un territorio inmenso que se extendía de Oriente a Occidente bajo la alta autoridad de los califas de Damasco. Eran todos omeyas, grandes constructores ante el Eterno y muy tolerantes con «ahl al Kitab», la gente del Libro, es decir, los judíos y los cristianos que habitaban las «tiendas de la Escritura». Pero Abu-l-Abbás, el sultán de Bagdad, al cual apodaban as-Safá, el Sanguinario, no lo veía de la misma manera. Intransigente con los mandamientos de Dios, soñaba con un Islam puro y duro, limpio de infieles y de todo aquel que fuera benevolente con ellos. Venció al ejército

omeya en la batalla del Gran Zab, durante la cual perdió la vida el califa Maruán II. Se proclamó comendador de los creyentes y, en su locura mortal, tendió una emboscada a los últimos jefes enemigos. Solo Abderramán, el hijo de Maruán, logró escapar de la matanza con su familia. Pero pronto le dio alcance el innoble Ben Mabruk, el secuaz de Abu-l-Abbás, y asesinó horriblemente a su hijo, sus dos hermanas y su hermano. Se ignora por qué milagro Abderramán salió indemne, pero la verdad es que tras una fuga agotadora que duró casi cuatro años, consiguió refugiarse en Nador, en país bereber. De ahí llegó hasta al-Ándalus y reclutó un ejército en secreto gracias a numerosas complicidades. Liberó Sevilla, derrotó a las tropas del gobernador Yusuf al-Fihri a las puertas de Córdoba y se proclamó emir independiente en las barbas del califa. Escapó milagrosamente de dos atentados organizados por Ben Mabruk, que seguía empeñado en eliminarle. Este fue decapitado a manos del propio emir al término de un combate singular que conservan todas las memorias. Recuerda bien esto, hijo mío: Abderramán era un gran hombre. Sin él, Córdoba no sería lo que es hoy y la dinastía omeya se habría extinguido sin lugar a dudas. Al-Ándalus se lo debe todo: su belleza, su poderío y su gloria.

—Y la Gran Mezquita con su configuración actual.

—Solamente la primera mitad. Ni siquiera esa, no fue él quien la terminó.

—¿Y su orientación?

—A eso iba precisamente. Abderramán era un omeya auténtico, en la línea de sus ancestros. Poseía la ciencia innata de la construcción, la visión de las líneas puras y las estructuras armoniosas. El emplazamiento de la Mezquita, junto al Alcázar, era para él un regalo del cielo. Y su orientación natural hacia el sur, como la del palacio, imprimía una fuerza increíble al conjunto. ¡Imagina, hijo mío, un templo atravesado en un recinto ya perfectamente constituido! Eso supondría transgredir las leyes más elementales de la estética.

—Entonces, ¿favoreció la estética en detrimento de la fe?

—¡Cuidado con semejante reflexión! ¿Quién podría dudar un solo instante de la fe de este hombre al contemplar su obra? No era su propia gloria lo que buscaba, sino la de Dios, al erigir en su santo nombre uno de los templos más bellos que se hayan construido jamás. La verdadera razón es otra. Al orientar deliberadamente la Mezquita hacia el sur, no apartaba la vista de La Meca, sino de Bagdad. De Bagdad y de su califa, que había mandado exterminar a toda su familia. Confieso que, de haber estado en su lugar, yo no habría actuado de otro modo. Y quienes se atreven a invocar otras razones, más o menos fantasiosas, para explicar esta valerosa decisión no son más que unos tontos o unos ignorantes.

—¿Qué pensaron sus descendientes?

—Eso es otra historia. Prometo contártela en el camino de vuelta. Entretanto, tenemos faena antes de que caiga la noche.

Fueron a buscar los caballos para darles de beber y luego los ocultaron bajo los árboles. El hombre cogió un arco y algunas flechas y llevó al niño detrás de un

arbusto desde donde podía vigilarse el manantial sin ser visto. Empezó a hablarle en voz baja.

—A esta hora los animales vienen a abrevar. Vamos a tener visita, he visto huellas cerca del manantial.

Al cabo de unos instantes de silencio, asomó entre las hierbas altas la cornamenta de un joven corzo. El animal dio unos pasos prudentes y se quedó quieto, con todos los sentidos alerta. Tranquilizado, se acercó al manantial y bebió con largos lengüetazos. El hombre tensó su arco, lentamente, sin un ruido. Como si hubiese notado su presencia, el corzo levantó la cabeza, con sus grandes ojos negros paralizados de asombro. Pero la flecha ya había hecho su trabajo. El animal, herido en el costado, se desplomó en el suelo, fulminado. El hombre se precipitó y lo degolló acto seguido con un puñal para vaciarlo de sangre. Adivinando la emoción del niño, se volvió hacia él y lo tranquilizó con una sonrisa.

—Ve al bosque y tráeme una buena brazada de castañas mientras yo preparo un fuego para el animal. Presiento que vamos a darnos un banquete.

El chico no podía pedir más. Se zambulló en el bosque, se embriagó con los perfumes de humus y empezó a recoger una a una las cáscaras con pinchos que cubrían la alfombra de musgo. En su búsqueda encontró casualmente, escondidas entre los helechos, las capuchas púrpuras de unas setas. Pero no las tocó, pues había oído decir que algunas tenían muy mala fama. Cuando regresó al claro con la camisa llena, un delicioso olor a carne asada le abrió el apetito. Se unió a su padre al lado del fuego y empujó las castañas bajo las cenizas.

Se quedaron así durante un buen rato, contemplando las llamas que danzaban en la noche. Cuando se disponían a devorar la carne tierna de un pernil, un aullido lúgubre se elevó lentamente de las profundidades de la noche.

El niño palideció y se echó a temblar como una hoja.

—Padre, es...

—Un lobo, hijo mío, lo has oído bien. Pero no hay razón para asustarse. El lobo es un animal temeroso. Solo ataca al hombre en rarísimas ocasiones.

El aullido se reprodujo con más fuerza que antes, como un hondo quejido, que inundó el claro antes de desvanecerse en la penumbra.

—Será un viejo macho solitario. Si estuviese con su manada, ya hace tiempo que le habrían contestado. He tirado los huesos del animal al fondo de un barranco cercano. Los habrá olido. Estaremos tranquilos durante un buen rato.

Comieron sin mediar palabra, a la escucha del menor murmullo del bosque, pero el lobo no volvió a manifestarse. Cuando se sintieron saciados, el hombre avivó el fuego, enrolló los restos de la cena en un trapo, se marchó en dirección a los caballos y volvió con dos grandes pieles de animal que extendió en el suelo.

—Ya es hora de dormir. Mañana el camino será largo. Buenas noches, hijo mío.

—Buenas noches, padre.

El niño se tumbó debajo de la piel y permaneció con los ojos abiertos de par en par contemplando el cielo. Era la primera vez en su vida que dormía al raso. Se preguntó por qué su padre lo había embarcado en semejante aventura, lejos de su ciudad natal, de donde nunca había salido. Arropado con su manta, buscó los ruidos de la noche detrás de los latidos de su corazón y el crepitar del fuego. Luchó todo lo que pudo, pero exhausto como estaba, terminó por sumirse en un sueño profundo.

Regresaron al día siguiente con el frescor del alba, al son de los primeros gritos de las aves.

Al contrario de lo que habían pensado, la bajada resultó más penosa que la subida. El rocío volvía el camino más resbaladizo y había que frenar constantemente a los caballos en la pendiente empinada y cortada en la roca.

Tras una hora de esfuerzo, dejaron que el arroyo siguiera su curso hacia el norte y se desviaron hacia el oeste, donde volvieron a encontrar con alegría la suavidad de los cerros.

En cuanto pudieron montar en sus caballos, el niño preguntó con diligencia:

—Padre, ¿os gustaría contarme cómo sigue la historia?

—Claro, hijo mío. El reino de Abderramán duró treinta y dos años. Lo enterraron, a petición suya, al pie de una de las palmeras del jardín del Alcázar que había traído de su Siria natal. Nadie ha sabido nunca cuál, excepto su hijo Hisham, que guardó el secreto hasta el final. La obra de la Gran Mezquita, por una oscura historia de concesiones, tenía entonces justo tres años de existencia. En resumen, a la construcción le quedaba mucho para estar terminada. Hisham fue el encargado de acabarla. Más luchador que constructor, sin embargo, respetó escrupulosamente la última voluntad de su padre. Es cierto que todo el camino se encontraba ya trazado. Los planos estaban definidos desde hacía tiempo, los materiales depositados en su lugar y los contramaestres eran tan duchos en el equilibrio de las estructuras que ni siquiera fue necesario llamar a un arquitecto. El templo se inauguró con fastuosidad cinco años después, en el 793 de la era cristiana. Su fama ya había dado la vuelta al Mediterráneo y los soberanos de las tierras más lejanas enviaron delegaciones para felicitar a Hisham por el resultado de este edificio imponente y magnífico. El basileus Constantino despachó a su primer ministro en persona para rendirle homenaje. Pero el hecho más destacado fue el mensaje solemne de felicitación enviado por el califa de Bagdad, Harún al-Rashid, uno de los sucesores de Abu-l-Abbás. Significaba lo que Abderramán había deseado siempre durante su pobre vida errante y desdichada.

—¿La paz?

—No, el reconocimiento. La paz prácticamente no volvió a encontrarla desde el principio de su exilio. Pero el reconocimiento era el bien máspreciado para él, en nombre de sus ancestros y de toda la dinastía omeya. Harún al-Rashid lo entendió perfectamente. Y como tenía asuntos más importantes de los que ocuparse, como la

sublevación de los fatimíes por un lado y el anhelo de venganza de Bizancio por otro, decidió entablar con Córdoba un combate bastante menos mortífero, pero, oh, cuán eficaz, el de la magnificencia y el espíritu. Una especie de lucha a distancia por el predominio de Oriente. Así, después de Jerusalén y Alejandría, Bagdad se convirtió a su vez en la luz del mundo. Todas las eminencias en el campo de las artes, las ciencias y los buenos modales se daban cita allí. El oro corría a raudales y los diamantes brillaban con todo su resplandor en los dedos de las bellas princesas. Los viejos magos tenían poderes extraordinarios y sus criaturas encantadas habitaban con genios misteriosos para gran maravilla de la población.

—¿Y qué hacía Hisham mientras tanto?

—¡Mientras tanto, Hisham, de salud delicada, había pasado a mejor vida! Alhaquén, su hijo, le había sucedido. Con una admiración sin límites hacia su abuelo, dedicó la mayor parte de su reinado a hacer prosperar el país. Durante los veintiséis años de su emirato, y pese a ciertos conflictos como el que tuvo que resolver con los toledanos, infundió tal energía a todas las provincias de al-Ándalus que poco a poco se recuperaron de su atraso económico con respecto a Bagdad. Los florecientes intercambios con Oriente favorecieron literalmente la explosión de ciudades como Albarracín, Medinaceli, Murcia, Zaragoza, Valencia, Sevilla... y hasta la pequeña villa de Granada. Gracias al pacto de la «Dhimma», más en vigor que nunca, Granada asistió a la llegada de millares de judíos sefardíes que desarrollaron la cultura de la morera en la región de las Alpujarras e imprimieron un impulso prodigioso al comercio de la seda. En cuanto a Córdoba, se convirtió en una de las ciudades más ricas de Occidente y su población ascendió en poco tiempo a más de cien mil habitantes.

—¿Entonces fue Alhaquén quién agrandó la Mezquita?

—No, fue su hijo Abderramán, segundo de este nombre y bisnieto del Inmigrante, quien hizo la ampliación. Más místico que su padre, prolongó la Gran Mezquita hacia el sur conservando rigurosamente el estilo original de su glorioso abuelo. Gracias a los enormes medios económicos de que disponía, mandó importar materiales procedentes de las ruinas romanas esparcidas por la costa septentrional del continente africano. Al cabo de quince años de obras, la Mezquita se convirtió en la maravilla que puedes contemplar hoy. Causó tanta impresión en su época que un buen número de constructores de templos se inspiraron en ella, sin igualarla jamás. ¡Estaban todos tan subyugados por su extraordinaria luz interior que hasta los conservadores de la Gran Mezquita de Kairuán encargaron a los cordobeses la fabricación idéntica de sus lámparas de aceite!

—Otro signo de reconocimiento, ¿verdad?

—¡Si solo fuera ese! Abderramán era un hombre muy culto y por añadidura gran aficionado a la música. Contrató los servicios de un joven de nombre Ziriab, oriundo de Bagdad y muy talentoso. Ziriab, ya conocido por haber fundado la célebre escuela musical de Mosul e inventado nuevos instrumentos, se convirtió en pocos años en

una estrella en el cielo de al-Ándalus. ¡Hizo venir especialmente de Medina a tres cantantes, Fadal, Alam y Kalam, que amenizaron las noches cordobesas interpretando su repertorio compuesto por dos mil canciones! Como todo excelso poeta, era muy versado en distintas disciplinas: la astronomía, la geografía, la física, la filosofía y muchas más. De tal modo que bajo su luminosa influencia las mejores mentes empezaron a acudir al país. Matemáticos, médicos, alquimistas, arquitectos y escritores de todas las confesiones llegaron de las naciones vecinas y atrajeron consigo a muchos estudiantes. Córdoba rebosaba esplendor y conocimiento. ¡Y no era más que el principio!...

—¿Superaba a Bagdad?

—Todavía no... pues en esta lucha fratricida los califas de Oriente redoblaban esfuerzos e imaginación para conservar la supremacía. Pero Ziriab tenía un as en la manga. Bajo la mirada benevolente de su emir, revolucionó los comportamientos con la creación de nuevos peinados, atuendos más coloridos y sedosos, perfumes de fragancias más sutiles. Reinventó el arte culinario e ideó nuevas recetas que combinaban las especias orientales con las de la India y la China. Su gusto exquisito para todo transformó la sociedad cordobesa en una de las más refinadas de su época. Con su impulso la mezcla de culturas modificó por completo la imagen de la mujer, que encandiló a los hombres y pasó a ser objeto de admiración y deseo sin inspirar jamás el desenfreno. Además, Abderramán no lo habría permitido bajo ningún concepto. A partir de ese momento, al-Ándalus se convirtió, en todos los campos, en el cuerno de la abundancia de Occidente y, a más de dos mil leguas de distancia, Córdoba la deslumbrante empezó a eclipsar a Bagdad ante el mundo con su resplendor.

El niño había escuchado a su padre religiosamente. Su rostro se distendió de pronto y dijo con voz clara:

—¡Padre, vuestras palabras no solo me han enseñado mucho, sino que me han abierto un gran apetito!

—¡Ya veo, hijo mío, que Ziriab te ha inspirado y no olvidas los placeres terrestres!... Paremos un instante para almorzar. Pero sin entretenernos mucho, me gustaría llegar a Jaén antes de que anochezca.

Se instalaron a la sombra de una higuera, devoraron los restos del pernil y tomaron de postre algunas frutas jugosas que cogieron del árbol. Recostados en la hierba, gozaron durante un momento el silencio del campo y luego ensillaron de nuevo y siguieron el curso del sol.

La Guardia de Jaén, plantada en el cerro, alzaba orgullosa sus torres de piedra blanca en la noche. El hombre, erguido en su caballo, observó detenidamente los alrededores de la ciudad.

—La ciudad está en fiestas y no me agradan mucho las multitudes ruidosas. Si no me engaña la memoria, no lejos de aquí hay un albergue excelente. Allí podremos pasar la noche tranquilos.

Pocos instantes después llegaron a una casa grande de una sola planta al borde del camino. Con los brazos cruzados sobre su vientre barrigón, un hombrecillo rechoncho tomaba el fresco en el umbral de la puerta.

—¡Buenas, posadero! ¿No tendrás por casualidad una habitación libre?

—Lo siento, caballero, se me acabaron nada más empezar las fiestas. Pero tengo paja de la buena en los establos, quizá podáis apañaros.

—Podremos apañarnos perfectamente. ¿Y qué puedes ofrecernos en tu mesa? No hemos comido nada desde hace horas y seríamos capaces de engullir un cordero entero.

—Un cordero quizá no, pero ¿qué os parece una liebre matada esta mañana, acompañada de un buen ragú de calabaza y habas con comino?

—¡Por Alá, me parece estupendo! Puedes ir encendiendo la lumbre con el caldero mientras nosotros damos de beber a los caballos.

La comida fue suculenta.

Solos en el salón, el hombre y el niño comieron en silencio, saboreando cada bocado ante los ojos satisfechos de su anfitrión. Este terminó exclamando:

—Veo que el torneo ha dado hambre a nuestro joven escudero. ¡Menudo apetito! Espero tener suficiente comida para todos los hambrientos como él que no tardarán en llegar.

El niño lo miró con asombro y su padre salió enseguida en su apoyo.

—No hemos venido por el torneo. Solo estamos de paso. Pero dime, amigo, viéndote tan alegre, parece que los negocios andan bien. ¿Me equivoco?

—No os equivocáis, caballero. La región es rica. Aquí a nadie le falta de nada. Todo ello gracias a nuestro querido emir.

—¿Lo has conocido ya?

—No, pero todos los que han tenido el privilegio de acercársele me han dicho que, pese a su severidad, era un hombre de bien y de enorme inteligencia.

—De hecho, ¿sabéis que tiene la intención de proclamarse califa?

—¿Cómo diantres sabes todo eso?

—Jaén es un «muftarak», señor. Una encrucijada entre las dos montañas y los dos mares. Lógicamente, las noticias vuelan tan rápido como las mercancías.

—¿Y qué piensas de su decisión?

—Que es algo muy bueno. La prueba irrefutable, tras dos siglos de historia, de que los omeyas siguen en pie, haciendo frente a la omnipotencia abasí. Ahora falta ver si Bagdad no se lo toma como un desafío.

El hombre hizo una mueca dudosa, luego se levantó bruscamente.

—Bueno, ya es hora de irnos a dormir. Córdoba todavía está lejos. Toma esto, amigo mío, por tu excelente cena y nuestra noche en la granja.

Una moneda de oro rodó por la mesa. Valía como mínimo diez veces el precio de la estancia. Boquiabierto, el posadero la pilló al paso, la apretó con la mano y se inclinó ceremoniosamente.

—Que Dios os bendiga, caballero, a vos y a toda vuestra familia.

Se encontraron tumbados en el jergón oloroso, con los ojos fijos en el techo apenas iluminado por un pálido rayo de luna que se filtraba por las rendijas del techo. El chico fue el primero en romper el silencio.

—Padre, no comprendo. ¿Por qué no le hemos dicho al posadero quiénes éramos? Podríamos haber dormido en un lugar más cómodo.

—¡Vaya!... ¿No estás bien en la paja fresca?

—Sí, pero...

—Entonces ¿de qué te quejas? ¿Sabes que muchos pobres desgraciados desearían estar en tu lugar en este momento?

—Sí, padre. Perdonadme.

El hombre notó que había dado en el blanco. Dijo con un tono más amable:

—Si a veces me oculto ante mi pueblo no es para engañarle, sino para acercarme más a él. Has de saber, hijo mío, que siempre hay un fondo de verdad y de sentido común en boca de la gente sencilla. No razonan como los caciques del Alcázar y pueden enseñarnos muchas cosas de las cuales no tenemos conciencia, encerrados como estamos en nuestra torre de marfil. Por eso hay que saber infundirles confianza, escucharlos con atención y aceptar humildemente la crítica, ya que es constructiva. ¿Qué habría dicho este hombre de saber que yo soy su emir? Se habría enredado en zalemas y sin duda no habría tenido la franqueza que esperaba de él. ¿Lo entiendes ahora?

—Totalmente, padre. Ahora que lo pienso, su interrogante sobre un posible desafío de Bagdad me parece muy franco.

—En verdad, para serte sincero, no es la reacción de Oriente lo que me preocupa, sino la del propio Occidente. He tardado mucho en tomar la decisión de proclamarme califa, pero la considero indispensable para asentar nuestro poder de una vez por todas a ojos de las naciones, con una voluntad de paz y tolerancia. Es el único camino razonable para que seamos amados y respetados a un tiempo.

—Ya lo somos, me parece.

—Sí, pero ¿durante cuánto tiempo? Los reyes cristianos del norte se declaran la guerra sin cesar y dejan a sus pueblos en la miseria y la ignorancia. Roma vive en la anarquía y los sucesivos papas ya no tienen ningún poder. Llegará un día en que algunos iluminados pretendan dorar de nuevo el blasón de la cristiandad y poner orden blandiendo sus hachas por encima de todo lo que se mueva. Algunos hablan ya de marchar a la reconquista de los lugares santos.

—¡Pero Córdoba está infinitamente más lejos de Jerusalén que Bagdad!

—Da igual. Su enemigo es el Islam en toda su amplitud. Y en tal caso, seríamos los primeros afectados, seguro. ¿Por qué crees que he escogido a una princesa navarra como favorita? No solo porque es hermosa como el día, también por el juego de alianzas: conservo la paz entre cristianos y musulmanes, pero además entre los propios cristianos, los cuales me piden cada vez con mayor frecuencia que medie en sus estúpidas riñas. Así es como los tengo controlados. Ojalá Dios haga que esto dure lo máximo posible, por la felicidad de nuestro pueblo y la perennidad de la dinastía.

—A propósito, padre, espero con impaciencia el final de la historia de nuestra familia...

—¡Decididamente, hijo mío, eres insaciable!... Después de treinta años de gloria, Abderramán II dejó un país de una riqueza inmensa a su hijo Mohamed, que lo hizo prosperar durante treinta seis años más, antes de legarlo a su vez a su propio hijo Abdalá. Abdalá era tu bisabuelo. Nunca he sabido por qué, probablemente por razones de interés superior que nunca me explicó claramente, pero destituyó a mi padre Mohamed II en beneficio mío. ¡Por la fuerza del destino me convertí del día a la mañana en el emir más rico y poderoso de este mundo! Yo entonces era muy joven y tuve que adaptarme rápidamente a las duras realidades del poder. Es a esas realidades a las que intento prepararte desde ahora. Pues tú también, un día, serás llamado a sucederme. Pero ya te lo temías, ¿verdad, Alhaquén?... ¿Alhaquén?...

El hombre se volvió. El niño dormía plácidamente, el rostro suavemente iluminado por la débil claridad de la luna.

Oyó ruidos de pasos y unas risas ahogadas afuera.

Los caballeros volvían del torneo. Trató de imaginar la cara que pondrían si se enteraban de que Abderramán, tercero de este nombre y todopoderoso emir de Córdoba, dormía encima de la paja en una granja a dos pasos de sus lechos mullidos.

Con una sonrisa todavía dibujada en los labios, cerró los ojos y durmió el sueño del justo.

Al día siguiente retomaron el camino de Torredonjimeno y cruzaron la llanura al pie de Porcuna, El Carpio y Alcolea. Después de otra noche bajo las estrellas, en medio de los olivares, llegaron al fin a orillas del Río Grande. Imperturbable, el Guadalquivir se estiraba perezosamente al sol. Más al sur, apenas visibles, las murallas de Córdoba temblaban en el aire aún ardiente del final del estío.

Abderramán contempló las aguas tranquilas y murmuró para sus adentros, con los ojos llenos de una tierna admiración:

—¡Aquí estás de nuevo, amigo mío! Te echaba de menos desde hacía tres días.

El joven Alhaquén frunció el ceño.

—Padre, podría ser...

—Podría ser, hijo mío... podría ser que hayas remontado la fuente de todo lo que constituye la esencia misma de la vida. El agua, el primero de los cuatro elementos,

que impregna la tierra y la regenera a imagen de la sangre que corre por nuestras venas, esta agua que has visto brotar de la Grieta como el alma límpida de un recién nacido, ha tomado fuerza en la despreocupada impetuosidad de la infancia. El inocente riachuelo que se alimenta de la leche de las nieves derretidas ha acabado transformado en torrente. Su agua burbujeante se ha precipitado por la pendiente como un niño que devora la vida, casi sin aliento. Menos turbulenta, ha entrado como tú en la adolescencia, en busca del cuerpo del mundo y de su propio cuerpo. Se ha construido un lecho. Y el torrente se ha tornado afluyente. Y el afluyente dócil ha obedecido a los caprichos tortuosos de la tierra que lo ha domado a su gusto. Adulto, ha seguido su camino por los meandros de la existencia. Se ha nutrido de la sangre de sus amantes que lo han fecundado en felices confluencias. Se ha tornado madre. Ahí es donde ha encontrado poco a poco su camino definitivo, el de la sabiduría. Entonces el afluyente se ha tornado río. ¡Mira el río, Alhaquén!... Míralo tal y como se presenta hoy ante ti, oscuro, majestuoso, real, tras un largo viaje al principio del cual te ha revelado sin pudor su fuente misteriosa y muda. Respétalo. Escucha el canto fluido de su palabra. El Guadalquivir es un viejo sabio. Nunca habla para no decir nada y si su comportamiento es a veces violento, es para que seamos conscientes de la voluntad divina, en tanto mensajero suyo.

—Pero tendrá que morir un día, ¿verdad?

—¿Morir?... ¿Quién te habla de morir? El Río Grande es eterno. Al lanzarse al mar no se entrega a la muerte, brinda su agua a la vida. Esa agua de ofrenda va al encuentro del segundo elemento, el fuego del sol cuya acción purificadora transmutará el agua en aire, tercer elemento. El aire caliente, cargado de humedad, subirá a cielo para condensarse en nubes que, empujadas por los vientos marinos, vendrán a engancharse a las cimas de las montañas para verter su maná beneficioso. Por eso el manantial es un lugar sagrado, el punto de encuentro entre el alfa y la omega, el principio y el fin del ciclo de la vida que se renueva sin cesar, a imagen de nuestra propia existencia, a la vez nacimiento en esta tierra y renacimiento en el otro mundo.

—¡Qué maravilla! ¡He aprendido más en unos días que en catorce años!

—Ese era el objeto de nuestro viaje. Es tradición de los omeyas hacer esta clase de recorrido iniciático para transmitirnos de generación en generación los secretos y los misterios de la naturaleza. Nosotros, que estamos llamados a gobernar a los creyentes, no sabríamos exaltar la luz de arriba sin conocer las bellezas ocultas de abajo. Las Santas Escrituras hacen constantemente referencia a ello. «Dios es la luz de los cielos y de la tierra». Es «Malik al Mulk» y «Malik al Malakut», soberano de los dos reinos.

—Padre, ¿qué me falta conocer que no hayáis dicho ya?

—Todo, hijo mío. El saber es inmenso. Atañe a todas las cosas de este mundo, desde las más profundas a las más insignificantes. Siempre debes comportarte ante él con la mayor humildad. ¿Quieres un ejemplo entre muchos otros?

—El que gustéis darme.

Con una sonrisa enigmática, Abderramán cogió un cuerno colgado de la silla de su caballo y dio un largo soprido estridente, seguido de otro más breve.

Acto seguido, un rugido sordo hizo temblar el suelo. Alhaquén, extrañado, se volvió y vio salir detrás de un bosquecillo a una veintena de jinetes que se acercaron al galope.

Ante la cara asombrada de su hijo, Abderramán estalló en una risa poderosa que descubrió sus dientes brillantes.

—¡No ibas a imaginarte que partiríamos los dos solos a la aventura sin una guardia discreta que garantizase nuestra seguridad!

—¿Desde cuándo nos siguen?

—Desde el principio, y me sorprende que no hayas notado nada. ¿No has visto todos esos rastros en el camino de regreso del manantial? Eran las huellas que sus caballos habían dejado el día anterior, cuando subían detrás de nosotros.

—Confieso, padre, que tengo la cabeza en las nubes desde hace unos días.

—Primera lección para un futuro califa: mantener siempre los pies en la tierra y saber guardarse las espaldas antes de ponerse a contar estrellas o mariposas. No se trata de ciencia, sino de conocimiento de uno mismo ligado al instinto de conservación. ¿Lo recordarás?

—Sí, padre.

El comandante de la guardia llegó el primero ante el emir, sable en mano.

—Mi señor, estamos a sus órdenes.

—Perfecto. Ya es hora de regresar, Córdoba nos espera. Formad la escolta, por favor.

Cuando la tropa se puso en marcha, Alhaquén miró a su padre con serena admiración. Su lección de humildad había rozado la humillación, pero lo que había aprendido de él era tan valioso que no le guardaba ningún rencor. Después de todo, se lo había buscado.

El manantial, el lobo, la noche en la granja, los secretos del Río Grande, eso era mucho para un niño de su edad acostumbrado a una vida sin complicaciones, forjada entre los cuatro muros de un palacio lujoso.

Se preguntó, al ritmo que iban las cosas, qué le reservarían los próximos días.

No dudaba que cambiarían toda su vida.

Yo, Abderramán, siervo del Compasivo, tercero de este nombre en el linaje de la muy noble y muy honorable dinastía de los omeyas, Príncipe de sangre de los primeros califas de Damasco la Deslumbrante, emir independiente de Córdoba la Magnífica y Poderosa, En este viernes 2 de octubre, día bendito del Anno Domini 929, año 307 de la Santa Hégira,

Declaro en nombre de Alá, Señor de los Universos de Eternidad en Eternidad, Dueño del día del Juicio, recibir título y calidad de califa de Occidente, comendador de los creyentes con el mismo honor y rango sublime que el ilustre y excelentísimo califa de Bagdad, cuyos poderes y privilegios reconozco públicamente siempre que él reconozca los míos, Prometo y juro preservar hasta mi último suspiro de vida los altos valores que siempre fueron los de mis ancestros, transmitirlos puros y sin tacha a quienes tengan después de mí el derecho legítimo a defenderlos, a fin de que resplandezca, desde las tierras del Levante a las del Poniente, la Palabra del Profeta cuyo fiel lugarteniente soy desde ahora, Como tal envió a todas las naciones un mensaje solemne de paz, amor y fraternidad por el bien común de los pueblos ordenados bajo sus estandartes, sean cuales sean sus orígenes y creencias,

Declaro en consecuencia mantener en todas las provincias de al-Ándalus el Pacto de la «Dhimma» como prueba de respeto mutuo y tolerancia entre la gente del Libro, y garantizo su estricta observancia.

Restablezco oficialmente toda referencia a la Luz de Oriente en nuestras invocaciones y digo que, a excepción del lugar sagrado en que nos hallamos y en memoria del que lo ha iniciado, nuestras oraciones se harán desde el día de hoy hacia la Kabat de la Ciudad Prohibida, adonde iremos pronto en peregrinación como signo de nuestra fe indestructible.

«Allahu akbar!». ¡Dios es grande!

Que Él me dé fuerza y constancia para mantener mis compromisos, en honor y gloria de Su Santo Nombre.

Abderramán apartó la mano del Libro Sagrado que le sujetaba el gran muftí, lo rozó con los labios y asió el estandarte inmaculado instalado cerca de él. Con el brazo extendido miró con aire sombrío a los presentes, que, enfrente de él, contenían la respiración. La Gran Mezquita estaba abarrotada.

El maestro de ceremonias se las había visto negras para que cada invitado tuviera su sitio según las reglas de la prelación. Al fondo los notables y los gremios en traje

de gala precedían a los comandantes de las guarniciones y sus banderas multicolores. Un poco más adelantados, cuidadosamente alineados, los gobernadores de las provincias acompañados de sus prebostes lucían sus coloridos atuendos detrás de las principales delegaciones de las tres religiones del Libro, imanes, rabinos, priores y obispos llegados por centenares desde los cuatro rincones de al-Ándalus, de Zaragoza a Málaga y de Lisboa a Valencia. Venían a continuación los altos dignatarios de las grandes mezquitas de Alepo, Damasco, Jerusalén y Kairuán así como el arcediano del Patriarcado Ecuménico de Constantinopla con un traje resplandeciente. El legado pontificio, rodeado de su séquito interminable, con vestidura púrpura orlada de armiño parecía aburrirse soberanamente bajo su bonete negro y lanzaba de vez en cuando una mirada soñolienta hacia las primeras filas, donde se codeaban los representantes de las grandes familias, los jefes de las tribus bereberes y los príncipes cristianos del norte, con el rey de Navarra a la cabeza. Solo Rodolfo, soberano del reino de Francia e invitado de honor, no había podido desplazarse por estar guerreando contra los normandos.

El ruido sordo del asta retumbó contra el suelo, extendiéndose por la inmensa sala de oraciones.

—¡Prosternaos ante vuestro califa!

Al oír la voz del maestro de ceremonias, los invitados le rindieron homenaje solemne según su rango y título, arrodillándose los unos, inclinándose respetuosamente los otros.

Abderramán se volvió.

—Toma este estandarte y abre la marcha, hijo mío. Solo tú tienes derecho a llevarlo hoy.

Al joven Alhaquén le dio un vuelco el corazón. No esperaba ni por asomo semejante muestra de confianza. Con las piernas temblorosas, asió el pesado estandarte y avanzó con paso lento hacia el pasillo central, sin atreverse a mirar apenas a los grandes de este mundo inclinados ante él.

Cuando salió a la luz cegadora del día, lloró en brazos de su padre, agotado por la emoción.

El cortejo oficial tardó más de una hora en recorrer los pocos centenares de pasos que separaban la Gran Mezquita del Alcázar. Una multitud delirante se apretujaba a lo largo del paseo para glorificar al nuevo califa y aclamar a sus huéspedes de lujo. Estos últimos llegaron por fin a los jardines del palacio a mediodía para asistir a una gran recepción a la que se había invitado a las damas.

Esta fue la única fiesta organizada ese día. Abderramán no quiso celebrar ninguna más, pues deseaba que su proclamación fuese un acto puramente político y sin ostentaciones. Cuando la mayoría de los distinguidos visitantes se marcharon, retuvo al emisario bizantino y al legado de Roma para el almuerzo. Alhaquén, pese a sus protestas, tuvo que quedarse por petición expresa de su padre.

Durante toda la comida asistió sin pronunciar palabra a una requisitoria educada en la que los cumplidos se mezclaban con las quejas apenas veladas de ambos prelados. Así es como supo que el basileus Constantino *Porfirogénito*, llamado así porque había nacido en la púrpura durante el reinado paterno, solo tenía una palabra en la boca desde su toma de poder: Jerusalén. La intransigencia de Bagdad lo volvía loco de rabia y sus amenazas de reconquista se hacían cada vez más apremiantes. En cuanto al papa Esteban, ya no sabía a qué santo consagrarse en una Italia dividida, presa de la incuria y la corrupción, y temía verla entrar de un momento a otro en el temible Sacro Imperio Romano Germánico.

Ante las quejas y recriminaciones de sus interlocutores, Abderramán mantenía una serenidad sorprendente y escuchaba a uno y otro con la misma atención, sin tomar partido. Sabía a ciencia cierta que los dos hombres, bajo su apariencia meliflua, se odiaban a muerte y estaban dispuestos a excomulgarse el uno al otro. Su sueño máspreciado era ver a los ortodoxos bizantinos arreglar sus cuentas con Bagdad mientras él seguiría prodigándose los favores de los reyes católicos de Occidente, manteniendo la paz en al-Ándalus, enclave islámico en tierra cristiana. A fin de cuentas, la posible reconquista de Jerusalén no le disgustaría, aunque solo fuera para escarmentar a los altivos abasíes y calmar durante un tiempo las acritudes de una curia romana acorralada y, por tanto, imprevisible.

Cuando los dos invitados se despidieron y tras despachar a los siervos, Abderramán se quedó solo con Alhaquén, que lo contemplaba con aire pensativo.

—A ver, hijo mío, ¿qué piensas de este pequeño almuerzo entre amigos?

—Pienso, padre, que el ejercicio del poder es un asunto muy delicado. Admiro vuestra sangre fría y vuestra agudeza diplomática.

—No me divierte nada, pero me siento obligado a ello. Porque cualquier muestra de debilidad por mi parte sería fatídica para nosotros. El hecho de que los herederos de las dos grandes corrientes de la cristiandad se odien es una suerte para nosotros. Debemos hacer todo lo posible por mantener e incluso acentuar la fractura. Es un juego difícil, pero cuando dos hermanos enemigos se pelean, se debilitan entre sí sin darse cuenta. Y hay que sacarle partido.

—¿De qué modo?

—El conocimiento, hijo mío... El conocimiento universal que ilumina el mundo. Dios Todopoderoso se lo ha confiado a los hombres para que avancen en su Luz. Ahora bien, convencidos como están de que aquí abajo son los únicos mandatarios del Hijo de Dios hecho hombre, los dos pontífices y sus esbirros se erigen en depositarios del conocimiento y mantienen al pueblo en el oscurantismo. Esconden sus libros en las sombrías bibliotecas de los monasterios y confiscan el saber para conservar sus privilegios. Cualquier aporte de la ciencia que no controlen ellos es vilipendiado y considerado como una herejía. Pero nosotros, «muslimina», que somos los *guiados*, sabemos que la ciencia no es incompatible con los caminos sagrados del Señor, aunque algunos sean impenetrables. Precisamente gracias al saber podemos

ganar a más gente para nuestra causa, sean cuales sean sus confesiones. Frente a las inmensas riquezas de los religiosos, los pueblos del norte viven en el miedo, la suciedad y la miseria. Sin intentar convertirlos, debemos iluminarlos mientras les garantizamos la paz y el bienestar. Somos portadores de una auténtica civilización, Alhaquén, como el Antiguo Egipto y la Magna Grecia. De hecho, ¿sabes cómo descubrió Aristóteles que la Tierra era redonda?

—No, padre.

—Observando cómo se alejaba un barco en alta mar. ¡En lugar de verlo empequeñecer de forma uniforme hasta convertirse en un punto minúsculo, descubrió con asombro que lo primero en desaparecer fue el casco, como si se sumergiese en las aguas! Y cuando la vela tampoco tardó en hundirse ante sus ojos, concluyó que el barco seguía la forma de una curva y volvía a bajar detrás de la línea del horizonte. ¡Como esta última era circular vista desde cualquier punto, la Tierra no podía ser sino una esfera! Tan simple como eso. La observación e interpretación de las leyes que rigen el universo están ahí para que capturemos la belleza resplandeciente de la Gran Obra divina. No para alejarnos de ella.

—¿Como el ciclo del agua?

—Exactamente. Y cuento contigo para que transmitas el mensaje.

—Padre, no os sigo.

—Ven conmigo.

Pese a las fatigas acumuladas durante la jornada, Alhaquén siguió a su padre por los pasillos del palacio. Abderramán cogió una, antorcha de pasada y se detuvo ante una puerta que abrió con unas llave gruesa. Penetró en un cuartito oscuro y lo iluminó con lámparas.

Alhaquén, petrificado en el umbral, descubrió entonces el más asombroso de los espectáculos. ¡Libros! Cientos de libros en estantes inestables que llegaban hasta el techo, algunos de ellos hundidos por el peso, libros apilados en el suelo en equilibrio y de forma desordenada, libros por doquier y tantos como nunca habría imaginado, ni siquiera en sus sueños, él, cuyas lecturas se reducían Santo Corán y a algunos poemarios místicos destilados con cuentagotas.

El chico, boquiabierto, dio unos pasos indecisos hacia el interior de la habitación, como si atravesase el umbral de un templo misterioso que, por la gracia de la luz divina, le revelaba de improviso todos sus secretos.

Apoyó una mano temblorosa en la mesa central, se impregnó su caricia fría y pulida, y se dejó caer, pasmado, en el gran sillón de madera basta.

—Padre, no sabía...

—Ahora lo sabes. Este lugar, como la Grieta, es un lugar sagrado. Fue aquí mismo donde el Inmigrante, cuyo nombre tengo el insigne honor de llevar, decidió retirarse para estudiar las leyes ocultas del Universo. Sobre esta mesa dibujó los planos de la Gran Mezquita. Y aquí es donde comprendió lo que los increíbles efectos benéficos de la ciencia podían aportar a todos los hombres. Los libros, hijo mío, son

la memoria del mundo. No están hechos para permanecer en la sombra en manos de unos pocos ni para incitarles a manipular a los ignorantes. Deben abrirse a todos los ojos, a todas las conciencias. Empezando por nosotros, príncipes omeyas, que transmitimos de padre a hijo el amor por el conocimiento y nuestra misión sagrada es que nuestro pueblo se beneficie de él. Mira...

Se acercó a uno de los rincones de la habitación, retiró con gesto preciso una sábana blanca y destapó una gruesa bola metálica rodeada de varias anillas concéntricas que, gracias a un hábil sistema de rótulas, podían moverse alrededor de la bola independientemente unas de otras.

—Es una reproducción fiel de la esfera armilar de Platón, tal como está descrita en *Timeo*, su obra más lograda. Representa el cuerpo, el alma y el espíritu del mundo creado, según él, por un demiurgo, al modo de un alfarero o un cestero. ¡Estemos o no de acuerdo con su poesía cosmogónica, no podemos ni debemos ignorar el pensamiento de este inmenso filósofo! Conduce a la glorificación del Soberano Bien, en perfecta comunión con la idea trascendente que nos hacemos de un único y mismo Creador. ¿De qué demonios tendríamos miedo, en estas condiciones? ¿De que Alá nos fulmine porque nos fijamos en una teoría que no estaría en simbiosis con el espíritu de las Santas Escrituras? Eso es conocer mal la Palabra del Profeta. Como Platón, somos *buscadores*. Como él, buscamos la verdad en la luz de Dios. Y mientras nos maravillamos con esta luz, sean cuales fueren los caminos que tomemos, no incumpliremos jamás los mandamientos divinos.

Abderramán se interrumpió para recuperar el aliento. Frente a él, todavía con expresión embobada, Alhaquén se hundía cada vez más en su asiento.

—Padre, ¿qué esperáis de mí?

—¿Qué espero de ti? ¡Pero cómo me maravillas! Ahora estás en edad de comprender los secretos de la vida. ¡Sumérgete en el conocimiento, zambúllete en el agua benéfica de los libros! Empápate de su luz y notarás que todos sus caminos convergen hacia una única y misma meta. Los pensamientos, Alhaquén, son como las olas, son las rimas del mar. Dios solo escribe el poema eterno.

—Pero ¿cómo haré para aprender tantas cosas? Nunca lo conseguiré.

—Tienes toda la vida por delante. Y la suerte de ser un príncipe omeya. Somos ricos, hijo mío, muy ricos. Traeré del mundo entero a los mejores preceptores para que te enseñen a descifrar los textos sagrados escritos en arameo, en hebreo, en griego, en latín. Tendrás todo el oro, todo el dinero que quieras para obtener los libros más raros, los más prestigiosos en todas las disciplinas: teología, filosofía, retórica, aritmología, geometría, astronomía y muchas ciencias más. Para ello ya he contratado a los mejores ebanistas de la ciudad y van a habilitar tu nueva biblioteca en el salón contiguo a este, que alojaba desde hacía tiempo a los copistas y encuadernadores de palacio, pero estaban demasiado apretados y al final les he encontrado un lugar más adecuado para sus trabajos. Si alguna vez también tú necesitaras espacio, no lo dudes

ni un solo instante. Amplíalo a tu gusto. De todos modos, pronto tendrás el Alcázar para ti solo.

—¿Para mí solo?

—Sí. Tengo un proyecto importante del que te hablaré cuando llegue el momento. Mientras tanto quiero que me prometas que nadie más, aparte de nosotros, entrará en este lugar. Nuestros padres y los padres de nuestros padres siempre lo han considerado como un templo sagrado. Será siempre para nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos. Júralo ante mí.

—Lo juro.

—Que así sea. Buenas noches, Alhaquén.

Abderramán dejó la llave en la mesa y salió de la habitación sin volverse.

Una vez solo, desmoralizado por la tarea colosal que pesaba de pronto sobre sus frágiles hombros, Alhaquén soltó un largo suspiro de desánimo.

Miró de reojo unas hojas acartonadas que asomaban bajo el polvo. Un título escrito en caracteres árabes llamó su atención: *La tabla de esmeralda*.

Notó que el corazón le latía con más fuerza.

Entonces, como para romper el silencio ensordecedor que le envolvía, se puso a leer en voz baja, lentamente, separando cada palabra.

Es verdadero, verídico y real:

Lo que está abajo es como lo que está arriba, y lo que está arriba es como lo que está abajo, para hacer los milagros de la Cosa única.

Y así como todas las cosas han salido de una cosa por el pensamiento del Uno, así también todas las cosas han nacido de esta cosa única por adaptación.

El sol es el padre, la luna es la madre, el viento lo ha llevado en su vientre y la tierra es su nodriza.

El padre de todo, de cada cosa —el Telesma— está aquí: su fuerza es entera si es convertida en tierra.

Tú separarás la tierra del fuego, lo sutil de lo denso, dulcemente, con gran arte.

Sube de la tierra al cielo y luego desciende a la tierra, y reabsorbe la potencia de todas las cosas superiores e inferiores.

Tú obtendrás por este medio toda la gloria del mundo, y toda oscuridad se alejará de ti.

Es la fuerza fuerte de toda fuerza, ya que vence toda cosa sutil, y penetra todo lo denso.

De este mundo ha sido creado el Universo.

De aquí saldrán innumerables adaptaciones de las cuales el medio es este.

Por todo esto he sido llamado Hermes Trimegisto, por poseer las tres partes de la filosofía del mundo.

Lo que he dicho de la operación del Sol es completo y perfecto.

Año de gracia 935 de la era cristiana

Año 313 de la hégira

—¡Zahara, mi azahar!

Un jardín de delicias apareció en el umbral del salón del Trono. Unos cabellos rubios y sedosos como trigo, una boca roja como un fruto de verano, unos ojos garzos, y bajo el vestido fino y ligero, la gracia elegante y esbelta de una caña bajo el viento. Un momento de pura delicia.

Sigismunda la cristiana, hija del rey de Navarra y rebautizada Zahara por el perfume embriagador a mandarina que dejaba a su paso, caminó despacio ante la mirada extasiada de Abderramán.

—¡Amada mía, mi dulce amada, mi preferida, acércate para que te bese!

Se levantó para besarle las manos y le rogó que tomara asiento a su lado. Un murmullo se propagó entre los presentes. Para los ministros y altos representantes de la nobleza cordobesa, avezados en las reglas del protocolo, esa deferencia tan súbita y efusiva rozaba la provocación. No se permitía la entrada a ninguna mujer en el Gran Consejo, aunque fuera princesa de sangre. Y la política, desde luego, no tenía nada que ver con esas muestras de ternura.

Para cortar en seco las habladurías, Abderramán se puso en pie y dijo con su tono más convincente:

—Queridos amigos, me he permitido invitar excepcionalmente a mi favorita a esta docta asamblea por un motivo que me causa un gran placer y espero que merezca vuestra aprobación. Mis intenciones estaban claras en mi mente desde hace mucho, y si he esperado hasta hoy para comunicar mi decisión es porque quería evitar los rumores que sin duda habrían perturbado mis planes. He decidido construir... una ciudad. Será la ciudad más magnífica, la más extraordinaria, la más fabulosa que se haya imaginado nunca desde la creación del mundo. Se llamará...

Todos contenían el aliento, pendientes de los labios del califa.

—¡Medina Azahara!

Un «¡ah!» general de asombro resonó en el salón, seguido de tímidos aplausos. La noticia era sensacional, y los miembros del gobierno, desconcertados, cruzaban miradas interrogantes para saber qué había podido motivar al califa a tomar una decisión tan fantástica. No parecía propio de él.

Abderramán había previsto su reacción. Sin perder la calma, prosiguió:

—Desde hace décadas, Córdoba es la gloria de al-Ándalus. Vuestra única gloria, amigos, debéis reconocerlo. Porque las mentes más preclaras que han venido y siguen viniendo para iluminaros con su sabiduría lo han hecho siempre en provecho vuestro

y de vuestros hijos. Por muy enriquecedoras, por muy brillantes que hayan sido vuestras reuniones de salón, sus efectos beneficiosos apenas se han notado fuera de los muros de vuestras casas y palacios. El pueblo ha permanecido en el olvido, y quiero deshacer ese entuerto. De modo que he decidido abrir las puertas del arte y la ciencia a quienes no tienen, como vosotros, la suerte de ser ricos. He encomendado a mi hijo Alhaquén que convierta el Alcázar en un templo de conocimiento, con una biblioteca que algún día, estoy seguro, llegará a ser tan famosa como la de Alejandría. Todos, desde el estudiante más pobre hasta el comerciante más acaudalado, podrán acudir allí sin trabas y recibir, si lo desean, una enseñanza selecta transmitida por los mejores maestros. ¡No quiere esto decir que no haya pensado también en vosotros! La ciudad que tengo intención de construir no estará reservada exclusivamente a mi persona ni a mis familiares cercanos. Estará abierta de par en par a vosotros, y cuento con vosotros para que sea un lugar de delicias y magnificencias sin igual en la tierra. Es a eso a lo que la destinaré. En otras palabras, si Córdoba, como espero, será uno de los pilares de Occidente, ¡Medina Azahara será su luz!

Abderramán notó que había dado en el clavo y había hecho bien en crear esa tensión. Después de un instante de silencio, una ovación prolongada acogió sus palabras, aprobando su plan sin reservas.

En medio de la algarabía y los aplausos, la puerta del salón se abrió y un guardia anunció con voz potente:

—¡Comendador de los creyentes, han llegado los arquitectos! Esperan su venia.

—¡Que entren!

Tres curiosos personajes aparecieron ante la mirada sorprendida de los consejeros. Vestidos igual de la cabeza a los pies, se apretaban unos contra otros en orden decreciente, como las cañas atadas de una flauta de Pan.

El primero, flaco y larguirucho, exhibía bajo las mejillas hundidas una barbita negra y afilada que se agitaba bajo su mentón. El segundo, de estatura mediana, tenía un tic horrible, como si quisiera atrapar con la boca un insecto volador. La cabezota del tercero, pelirroja e hirsuta, apenas se veía tras una pila de rollos en equilibrio precario.

Aunque no se parecían nada, la misma chispa brillaba en sus ojillos negros, que no paraban quietos, y les daba un aspecto cómico de tres hermanos pillados en falta, atemorizados y a la vez extasiados ante la autoridad paterna.

Con un mismo impulso, los tres se arrodillaron ante el califa. El pequeño, con su apresuramiento, dio un traspie y los rollos se desmoronaron con un estrépito de tambor.

Unos fuertes ladridos hicieron temblar las paredes del salón.

—¡*Tosham*, tranquilo!

Zahara calmó con una caricia al gran lebrel de Abderramán, que no se separaba nunca de su amo. Temblando de pies a cabeza, sin levantar la cara del suelo, los tres cómplices ensartaron una extraña letanía:

- Oh, comendador de los creyentes...
- Luz de luces...
- Sabiduría de sabidurías...
- Cuya sublime grandeza no tiene igual en este mundo...
- Que el resplandor del sol que se extiende...
- Del este al oeste, y del norte al s...
- ¡Ya basta! ¡Dejaos de zalemas y vamos al grano!

Abderramán empezaba a perder la paciencia. Después de recoger los planos esparcidos por el suelo, el más alto de los tres hombres se aclaró la garganta, estiró el cuello de cigüeña y habló con voz temblorosa:

—Hemos encontrado el emplazamiento ideal para vuestra ciudad, comendador de los creyentes.

- Luz de luces...
- Sabiduría de s...
- ¡Por las barbas del Profeta, callaos los dos y dejadle hablar!

La sabiduría de sabidurías no estaba para bromas.

—Se encuentra al oeste de Córdoba, a escasas dos leguas, a la orilla del Guadalquivir. Como podréis comprobar en el plano de sección, es llano y muy adecuado para construir una ciudad. Vuestro palacio, excelencia, podrá reflejarse en el agua del Río Grande. Se llegará a él por una gran avenida flanqueada de árboles, cortada en la mitad por otra avenida semejante a la anterior, de modo que ambas delimitarán cuatro grandes sectores ortogonales articulados alrededor de una sola joya.

—¿Una joya? ¿Qué joya?

El hombre sacó pecho y alzó el mentón.

—¡Un arco de triunfo en vuestro honor! —¿Un qué?

—Un arco de triunfo, grandeza. Un monumento grandioso, como los que erigían los griegos y los romanos en honor a los vencedores.

Abderramán estalló.

—¡Por todos los fuegos de la Gehena! ¡Yo no soy César, ni Alejandro! ¡Soy Abderramán III, descendiente de los califas de Damasco y no de los emperadores de Roma o Atenas! ¡Cómo tal, he recibido el legado de mis antepasados omeyas, poseedores de unos conocimientos arquitectónicos únicos en su género, que pretendo perpetuar! ¡No lo olvidéis! Como se te ocurra óyeme bien, como se te ocurra proponerme la construcción de un foro, un ágora o un tabulario...

Con mirada fría de serpiente Abderramán se acercó despacio a la barbita negra, que se agitó nerviosamente.

—... ¡te estrangulo con mis propias manos!

El desdichado, muerto de miedo, se encogió y, haciendo de tripas corazón, logró balbucear:

—Precisamente, habíamos pensado...

—¡Vosotros no pensáis nada! ¿Entendido?

Abderramán había gritado con todas sus fuerzas.

Volvió a sentarse, pálido, guardando un silencio amenazador. Tomó la mano de Zahara, suspiró hondo para calmarse y se volvió:

—Dejando a un lado los delirios grotescos de esos tres idiotas, ¿qué te parece el emplazamiento, hijo?

—Yo creo, padre, que pese a la buena voluntad de los arquitectos, ese sitio tiene un gran inconveniente.

—¿Cuál?

—El Río Grande. Siempre me habéis dicho que sus arrebatos pueden ser violentos. Que cuando haya una crecida el agua os llegará a la cintura.

Aprovechando la relativa calma, el hombre del tic gritó entre dos convulsiones:

—¡Podríamos construir un gran dique alrededor del palacio!

Un relámpago salvaje atravesó la mirada del califa.

—¡Ah, por fin una buena idea! Empezaba a desesperar. Así podré pasear plácidamente por el camino de ronda para ver cómo se ahogan mis súbditos a mis pies. Me parece que ya estoy disfrutando con el espectáculo... ¿Es eso lo que queréis? ¡Sois un hatajo de, inútiles! ¡Miserables, ineptos! ¡Desde hace meses os cubro de oro y lo único que se os ocurre es poner en peligro la vida de mi pueblo con vuestra incompetencia! ¡Salid, salid ahora mismo, antes de que os haga empalar!

Los tres acólitos salieron apresuradamente del salón chillando como conejos, mientras la concurrencia contenía la risa.

Alhaqué se dio cuenta de que el prestigio de su padre se tambaleaba. Era la primera vez que le veía pasar apuros ante el Gran Consejo. A pesar de las miradas de cariño y compasión de Zahara, su porte se había encogido y su mirada reflejaba un profundo malestar.

Sintió una necesidad irreprimible de apoyarle.

—Padre, estos malandrines, con su negligencia y estupidez, quizá hayan forzado las puertas del destino. Conozco bien ese sitio. A veces voy allí de caza, para recrearme con mis amigos. No muy lejos, hacia el interior, hay un pequeño paraíso frondoso que podría servirnos. Es un cerro grande adosado a los primeros contrafuertes: de Sierra Morena. El aire es puro y ligero, la flora y la fauna son variadas, al abrigo de los vientos del norte. En lo más alto brota un manantial abundante cuyo caudal podríamos encauzar fácilmente con un canal de derivación. ¿Qué os parece?

Mientras le escuchaba, Abderramán recuperaba el color.

—Tiene buen aspecto. Pero la configuración del terreno ¿no hará lenta y difícil la construcción?

—Con mucha voluntad y un mínimo de organización, no debería plantear excesivos problemas. ¡Tratad de imaginar, padre, una ciudad que cubre una ladera suave en varios niveles, con sus escaleras, sus arriates de flores, sus cascadas! ¡Las

terrazas de Medina Azahar, podrían ser un lugar esplendoroso! ¡Comparados con ellas, los jardines de Babilonia no serían más que un paseo agradable!

Al oír la palabra Babilonia, la cara del califa se iluminó.

—¡Por Alá, es cierto! Tenía que haber confiado en ti antes, me habría ahorrado muchos disgustos.

Abderramán, recuperando su empaque, se puso en pie con agilidad y habló con orgullo a los presentes.

—Queridos míos, todos habéis sido testigos de que mi hijo Alhaquén es quien ha escogido el lugar bendito donde se alzaría la ciudad califal. Para que nadie lo ignore ni lo discuta, voy a mostrarle mi reconocimiento ante vosotros.

Después de una breve pausa, dijo con tono grave e inapelable:

—Él la construirá.

Mientras cabalgaba, Alhaquén se preguntó por segunda vez si más le habría valido callar. Aún no había cumplido veinte años y ya estaba embarcado, a pesar suyo, en un proyecto faraónico que ni siquiera acertaba a imaginar. Solo sabía que era el único responsable ante su padre. No tenía derecho a fracasar.

Le vino a la mente la reacción del gran visir al final de la última asamblea. El viejo gruñón, siempre tan adusto y con cara de pocos amigos, le había mirado con aire guasón y había esbozado una sonrisa retorcida muy reveladora. Su venganza estaba servida. Varias semanas antes, al ver que la biblioteca de palacio se ampliaba peligrosamente e invadía sus fincas, había ido a quejarse a Abderramán, quien le había despachado con cajas destempladas. Hecho una furia, el gran visir se había marchado maldiciendo para sus adentros a ese joven engendro que pretendía salirse con la suya. Desde el día anterior, casi se le veía cantando por los pasillos. El hijo del califa iba a estar una larga temporada entretenido con la construcción de la nueva ciudad, a ver si así se calmaban sus ardores expansionistas.

Alhaquén distinguió desde lejos la loma que se derramaba e ondas suaves al pie de la montaña. Las ovejas que pacían en silencio habían rasurado concienzudamente el manto de hierba alta y habían convertido en una alfombra aterciopelada, jalonada de rodales de encinas y algún tejo aislado que proyectaban sus copas hacia el cielo.

A medida que se acercaba a ese remanso de paz, la configuración del lugar se tornó más precisa. Dos plataformas naturales destacaban con claridad, una en la cima, bordeada de un fino cordón rocoso, y la otra un poco más abajo, que se fundía suavemente con la planicie. De inmediato se imaginó cómo podría sacarles partido.

Dar al-Mulk, la casa real, se emplazaría en la cima, al oeste, con su atalaya, su terraza al mediodía y sus jardines para los parientes próximos y los invitados distinguidos. En el centro, una zona residencial para el personal administrativo. Al este Dar al-Uazara, la casa de los visires, y la plaza de armas para las paradas de la sutra, la guardia personal del califa, que tendría sus cuarteles alrededor. Más abajo, un edificio suntuoso se alzaría sobre extensos jardines. Allí su padre recibiría a los visitantes insignes, en salones de un lujo inigualable, situados en la misma planta que sus aposentos privados. Delante del edificio los jardines bajarían en cuesta suave hasta la ciudad, dominada por la Gran Mezquita. En el centro de la ciudad, una vasta explanada flanqueada por las termas, la escuela de música y la biblioteca sería el punto de encuentro de todos los deleites, del cuerpo y del espíritu.

Quieras que no, Abderramán tendría su ágora. No pensaba decirle nada. Sabía que el detalle no pasaría inadvertido a la sagacidad de su padre. Esperaba hacerse perdonar esa afrenta a las reglas de la arquitectura omeya con el increíble esplendor del jardín del Edén que pensaba crear, un regalo para los ojos, el alma y el corazón de los hombres.

Al pie de la colina Alhaquén desmontó y le habló al jefe de su escolta:

—Espérame aquí, no tardaré mucho.

Subió por los senderos de pastores que serpenteaban entre la hierba.

La subida no era difícil, pero al llegar a la última plataforma tenía la respiración fatigosa y hubo de esperar un momento hasta recuperar el resuello.

La vista era magnífica. Todo, desde la base hasta la cumbre, encajaba a la perfección en el plano de conjunto que había imaginado espontáneamente.

Satisfecho, emprendió la ascensión a la montaña. Al cabo de un centenar de pasos oyó lo que estaba buscando. El ligero borboteo del agua corriente le llamaba desde un lugar cercano, como una canción familiar. No tardó en descubrir un manantial, agazapado en la roca, y el fino reguero que se abría camino entre las hierbas. Le sorprendió lo escaso del caudal. Subió unos pasos, se arrodilló y pegó la oreja a la tierra seca. Un fragor sordo perforaba la carne tierna del subsuelo y se perdía hacia el oeste, en dirección a Almodóvar. No cabía duda: un río subterráneo atravesaba la sierra de lado a lado y se filtraba un poco más abajo para alimentar el manantial. Cavar un pozo para desviar el río no sería cosa fácil. Pero la ciudad dispondría de toda el agua que necesitara.

Emprendió el camino de regreso con la cabeza llena de cascadas y fuentes. Cuando se reunió con su escolta, montó de un salto y miró detenidamente la loma para grabar en su memoria todos los detalles. Después de echar el último vistazo dio media vuelta y cabalgó hacia Córdoba.

Se alegró de volver a la quietud de su gabinete de estudio. Fiel a su palabra, él mismo había encalado las paredes para que nadie más entrara allí. Después había cubierto las baldosas frías con alfombras mullidas, dejando por todo mobiliario la mesa, el sillón, la esfera armilar de Platón y un armario macizo con sus libros más preciados. Los demás, debidamente catalogados, estaban en una habitación contigua, cuyas paredes pronto se quedaron pequeñas para acoger los diez mil volúmenes que había comprado desde el día venturoso de la revelación. Había sido necesario tirar tabiques para ampliar espacios, de modo que el ala izquierda del Alcázar se había convertido en un auténtico laberinto, ante las protestas airadas del gran visir.

En menos de seis años había llegado a ser un sabio. Su memoria prodigiosa le había permitido hacer progresos fulgurantes en todos los ámbitos. Hablaba con fluidez el hebreo y traducía el griego antiguo y el latín. La dialéctica socrática o la metafísica aristotélica ya no tenían secretos para él. Podía declamar durante horas pasajes enteros de Esquilo y Homero, recitar versos de Virgilio, Horacio y Ovidio, enardecerse con discursos de Demóstenes, Séneca, Tácito o Tito Livio.

Todas las ciencias le apasionaban. Devoraba a Demócrito, Apolonio, Eratóstenes, Boecio, Ptolomeo, Diofante y Nicómaco de Gerasa.

Las luces de Oriente no se quedaban atrás. Abu Kamil, al-Farisi, Abu al-Uafa, al-Nayrisi y al-Biruni se turnaban en su cabecera. Una lista tan impresionante habría desanimado a cualquiera. Pero él se sentía a sus anchas con esa profusión de

conocimientos y adquiriría nuevos volúmenes, arrojándose como un hambriento sobre todos los escritos que se ponían a su alcance.

Las únicas obras que no había renovado eran las Santas Escrituras. Seguía teniendo la versión del Corán con la que había aprendido a leer de pequeño. Se sabía casi de memoria las ciento catorce suras. Luego estaba la vieja Torá, curiosamente ampliada con el Evangelio de San Juan. La había leído y releído tantas veces y tantas veces la había comparado con la Palabra del Nabí que algunas páginas se habían desprendido y algunos pasajes estaban ilegibles. Algún día, cuando tuviera ocasión, pediría otra.

Pero aquel no era el momento de dedicarse a los libros...

Alhaquén desplegó sobre la mesa una gran hoja de papel en blanco, se concentró y luego trazó con gesto decidido los primeros contornos de la loma. Esbozar una ciudad entera no era cosa fácil. Pero al cabo de una hora de esfuerzos ya había bosquejado los edificios principales con gruesos trazos de pluma. Muy ufano del resultado, tomó otro papel y dibujó un plano de conjunto lo más preciso posible, delimitando cada sector.

Reflexionó con calma.

Las infraestructuras y los rellanos... por ahí empezaba todo.

En primer lugar había que pensar en las vías de acceso a las futuras obras. La única que existía era la que salía de Córdoba por la puerta norte de la alcazaba, pero era una calzada demasiado estrecha para los vehículos pesados y voluminosos. Habría que ensancharla y al mismo tiempo construir otra, más adecuada, que enfilara directamente al sur desde las obras a la carretera de Sevilla, siguiendo la orilla derecha del Guadalquivir, hasta el sitio donde los tres granujas habían proyectado su ciudad grecorromana. Allí, salvo cuando había crecida, las aguas del río eran tranquilas y profundas todo el año. Las barcazas podrían atravesarlas fácilmente desde la orilla opuesta, y así las caravanas evitarían el paso estrecho del puente romano y la travesía de Córdoba.

Rozar, allanar, terraplenar, compactar... era la tarea gigantesca que le esperaba después, para que se pudiera construir en los tres niveles, desde la ciudad alta a la baja, pasando por los jardines.

Dibujó el emplazamiento circular del enorme aljibe que, en lo más alto, retendría el agua del río. Desde allí, con un trazo rectilíneo, dibujó la larga espina dorsal que recorrería la colina de norte a sur, luego los tres ramales secundarios del «kanat» principal que regarían de oeste a este todo el emplazamiento.

La ciudad más magnífica y moderna del mundo debía contar con una red de conductos subterráneos. Cada edificio y cada casa tendría sus cañerías de plomo para la acometida y sus colectores de cemento en las cocinas, los baños y los lugares de recreo.

En los espacios públicos (avenidas, plazas y jardines), el agua brotaría por doquier para que la ciudad califal fuese una oda a la vida, un canto de alegría a la

gloria del Creador.

Había llegado el momento de construir el Paraíso terrenal. «En el nombre de Alá, el Compasivo, el Misericordioso...».

Al día siguiente Alhaquén se levantó muy tarde. Hizo las abluciones y después de rezar salió a pedir audiencia, sin pensar siquiera en desayunar.

Cuando entró en el Gran Salón del palacio no pudo evitar una sonrisa. Abderramán y Zahara estaban sentados, muy modositos, en el «suffa», cogidos de la mano como dos niños. Por sus miradas cómplices se adivinaba que no habían pasado la noche en charlas anodinas.

Pese a la diferencia de edad y la inocencia con que exhibían su relación sin recatarse, no les reprochaba nada. Sabía muy bien que la vida amorosa de su padre no había sido un paseo triunfal. De las cuatro mujeres con quienes se había casado, las tres primeras solo le habían acarreado disgustos. Ambiciosas para sus hijos, hermanos menores de Alhaquén, se peleaban durante horas cada vez que uno de ellos enfermaba, acusándose unas a otras de envenenadoras y hechiceras. Abderramán se había hartado y las había repudiado a las tres sin miramientos, después de un tremendo arrebató de ira que había sido la comidilla de toda Córdoba. Por suerte le quedaba su primera esposa, una mujer discreta y afable que le había dado a su heredero legítimo e hijo preferido. Sentía tal veneración por ella que, por respeto, no había osado tocarla después del parto.

El encuentro casual con Zahara, por motivos diplomáticos que se complacía en invocar, había cambiado su vida. Gracias a la princesa cristiana había descubierto el amor, así como una segunda juventud. Ella era la luz de su vida.

Zahara se levantó y besó a Alhaquén antes de salir de la estancia. El joven príncipe tuvo un ligero estremecimiento. Realmente era muy hermosa. Como para hacerle perder la cabeza a cualquiera. Y desprendía un aroma a mandarina... Todavía estaba arrobado por el suave perfume que flotaba a su alrededor cuando la voz paterna le bajó bruscamente de su nube.

—Acércate, hijo mío. Tienes mala cara, no parece que hayas descansado mucho últimamente.

Alhaquén se contuvo de devolverle el mismo cumplido.

—Padre, vengo a comunicaros el resultado de mis reflexiones. Es solo un primer esbozo, pero espero que os agrade.

Desenrolló los planos sobre la mesa baja y dio inicio sobre el papel a una minuciosa visita guiada de la futura ciudad. Abderramán, fascinado por la imaginación desbordante de su hijo, sacudía despacio la cabeza a cada detalle y sugería de vez en cuando alguna modificación.

Concentrado como estaba, Alhaquén no se percataba de las miradas furtivas de su padre, mezcla de cariño y admiración. Cuando terminó su exposición señaló el boceto

con el dedo.

—Padre, sin duda habréis observado que la Gran Mezquita está orientada al sureste. Ya hemos perdonado, ¿verdad?

—Sí, hijo, ya hemos perdonado..., pero no olvidaremos nunca.

Tras un silencio cargado de emoción, el joven príncipe prosiguió con voz alegre:

—¿Qué pensáis de la idea de una gran plaza pública en el centro de la ciudad baja?

Abderramán sonrió divertido.

—¡Excelente! Estoy de acuerdo con que tenga soportales sobre estilóbatos, pero ¡por lo que más quieras, no hagas como esos tres idiotas con sus columnas griegas! Quiero que los arcos sean trebolados, con las dovelas rojas y blancas. Es nuestro orgullo de constructores, nuestra marca personal, ¿entiendes?

—Muy bien, padre. Se lo diré a los arquitectos.

—¿Ya te has puesto en contacto con ellos?

—Todavía no. Tengo que organizarlo bien, porque habrán de ser bastantes y quiero a los mejores. Me he reservado el proyecto de vuestros aposentos privados, la Mezquita y los jardines. Les dejaré todo lo demás a ellos. Bajo mi dirección, por supuesto.

—Confío en ti. Pero me gustaría que junto al gran salón de recepciones me reservaras una estancia especial, de base cuadrada y unos quince pies de lado, con las paredes y el techo completamente desnudos, sin ninguna decoración.

—Nada más sencillo. ¿Y qué pongo en el suelo?

—Déjalo de tierra batida, lo más nivelado posible. Yo mismo me encargaré del revestimiento y en su día te daré una explicación.

Alhaquén asintió sin rechistar. Su padre le tenía acostumbrado a esos misterios. Si Abderramán lo quería así, sus buenas razones tendría.

Miró el plano y se dio una palmada en la frente.

—¡Ah, Dios mío, casi se me olvida! El túnel...

—¿El túnel?

—Sí, padre. He aprovechado la red de tuberías para añadirle, en paralelo, un pasadizo secreto. Oficialmente servirá para hacer comprobaciones en la acometida de agua. En realidad es para vuestra seguridad en caso de ataque; además os permitirá acceder por unas puertas ocultas a cualquier lugar estratégico de la ciudad sin tener que pasar por el exterior.

—Si no he entendido mal, podré aparecer y desaparecer a mi antojo. Eso añadirá misterio a la maravilla. ¡Qué idea tan genial! Hijo mío, sabía que podía contar contigo. ¿Cómo puedo agradecértelo?

—No me agradeczáis nada antes de pasar a lo más importante.

Abderramán tuvo un ademán de asombro.

—¿Lo más importante? ¿Qué es eso tan extraordinario que aún no me has dicho?

—El dinero, padre. Las sumas fabulosas que tendremos que gastar para llevar adelante una empresa tan colosal.

—Creo que ya te dije que tendrías créditos ilimitados, como para la biblioteca.

—Lo sé, pero no os imagináis el número de obreros que habrá que alojar, alimentar y remunerar mientras duren las obras. Para la explanación y la construcción de las calzadas, diez mil hombres...

—Concedido.

—Para la extracción de piedra en las canteras, el transporte entre los distintos lugares y la obra principal, otros diez mil hombres.

—Concedido, te digo.

—Para los albañiles, carpinteros, ebanistas, herreros, soladores, vidrieros, todos los oficios en general, los mismos hombres si no más. A los que hay que añadir los agrimensores, arquitectos, maestros de obra, intendentes... Habrá que nombrar a un tesorero pagador general y a sus ayudantes, encargados de reunir fondos por todo el país, para lo que harán falta también muchos soldados. Por no hablar de...

—¡Concedido, concedido, concedido! ¿Qué más?

—Las caravanas, padre. Las de Oriente hasta Samarcanda y las del sur que se adentren en el continente africano, allende el país de los bereberes. Son las que traerán el oro, la plata y las maderas y piedras preciosas que necesitamos.

—¡Por Alá, has pensado en todo!

—Es menester, si queremos hacer realidad el sueño. A propósito...

Alhaquéntitubeaba.

—Tengo que confesaros que un sentimiento extraño me embarga y me obsesiona desde que me encomendasteis esta misión. Es como si siempre hubiera sabido que sería así. Me siento atraído, a pesar mío, por una fuerza irresistible, guiado por un dedo invisible que me enseña el camino. Contestad, padre... ¿es el dedo de Dios? ¿Es Él quien lo ha querido y no yo?

—No exactamente.

—Entonces, ¿lo he querido yo, por mi propia iniciativa?

—Tampoco.

—Padre, explicádmelo...

Los ojos de Abderramán brillaron con un extraño destello.

—Dios ha querido que tú quieras. Te eligió desde que saliste del vientre de tu madre. Te eligió para que tú eligieras, y lo has hecho. Eres su elegido, hijo mío.

Alhaquéntitubeaba salió del Gran Salón con el corazón encogido. Acababa de saber que no era dueño de una parte de su vida y que no podría hacer nada para cambiarla. ¿Durante cuánto tiempo? ¿Cinco, diez años quizá? Qué importancia tenía eso. Su destino ya estaba escrito. Se detuvo un momento y tuvo un recuerdo para todos los que, antes

que él, habían entregado su sangre y sus lágrimas en el nombre sagrado de al-Ándalus.

Sosegado, miró al frente y emprendió su camino de gloria.

Había llovido toda la noche.

Córdoba se desperezaba, purificada después de la tormenta, impregnada en el aroma silvestre de las lacas, las flores y las piedras mojadas.

Jalid ibn al-Idrisí salió del Alcázar, rodeó la valla de la Gran Mezquita y se dirigió a la judería. Vio a un vendedor ambulante que arrastraba su carrito, le lanzó una moneda al pasar y cogió una gruesa tajada de sandía. Cuando mordió la pulpa fresca y sabrosa dio un gruñido de placer. El día empezaba bien...

Jalid era un omeya puro. Su padre, de uno de los linajes más antiguos de Damasco, era dueño de la mitad de Toledo. Todo lo que transitaba desde el sur de al-Ándalus hacia las provincias del norte pasaba por él. Como principal distribuidor por esa ruta de las telas y las especias, vestía de seda a los príncipes y las princesas y aderezaba sus platos con aromas sutiles. Sus relaciones privilegiadas con los reyes de León y de Navarra le habían convertido en uno de los hombres más influyentes del califato. Cuando decidió mandar a su hijo a Córdoba para que prosiguiera allí sus estudios, Abderramán en persona había recibido al joven en el Alcázar. A partir de entonces le trataba como a un miembro de su familia.

Entre Jalid y Alhaquén no tardó en nacer una profunda amistad. Alhaquén admiraba a Jalid por su belleza casi insolente, su forma inimitable de hablar a las mujeres y, tras su aparente desenvoltura, la presencia tranquilizadora de una lealtad inquebrantable. Jalid, por su parte, se había encariñado con ese joven príncipe algo enclenque, de frente ancha y abultada bajo la cual brillaban dos ojos enormes, llenos de bondad e inteligencia, y una memoria prodigiosa. A menudo se quedaba embobado viéndole estudiar, con el rostro sereno de un santo, como si sorbiera lentamente el bebedizo sagrado del eterno conocimiento.

Poco a poco Alhaquén le había contagiado su pasión por los libros. Demasiado ocupado desde el comienzo de las obras de Medina Azahara, había decidido encargarle la ampliación de la biblioteca y la compra de libros a cualquier precio, en cualquier lugar. Total, bastaba con acuñar moneda. El joven toledano había aceptado de buena gana, orgulloso de servir a su amigo y encantado de apartarle durante un tiempo de la envidia y las burlas de sus hermanos. Tampoco le desagradaba la idea de chingar al gran visir. Cada vez le resultaban más insoportables sus continuas recriminaciones.

Le habían dado carta blanca. Esperaba hacer buen uso de ella.

Jalid torció a la derecha y se adentró en la ciudad vieja por una callejuela estrecha flanqueada por las primeras casas sefardíes.

A unos cincuenta pasos se detuvo ante un rótulo de cobre repujado con la imagen de un libro abierto cruzado por una larga pluma de oca. Empujó la pesada puerta de madera. Un olor penetrante a cuero viejo y cera de abeja le azotó enseguida la nariz.

Bajó unos escalones y entró en una habitación oscura y abovedada con las paredes cubiertas de anaqueles polvorientos, curvados bajo el peso de una increíble confusión de manuscritos y legajos. En un rincón de la tienda, un hombrecillo de mediana edad mascullaba algo, inclinado sobre un mostrador carcomido que parecía a punto de desvencijarse. Levantó la vista y sus ojos negros y astutos le escudriñaron un momento, por encima de una nariz desmesurada. Luego su expresión se distendió y esbozó una amplia sonrisa.

—¡Bienvenido, joven señor! Espero que sepáis perdonar este desorden, estoy en pleno inventario. ¿Qué puedo hacer por vos?

—Soy un gran aficionado a los libros y quiero enriquecer mi colección personal. Su fama me importa poco, siempre que estén en su versión original, o por lo menos que su copia sea de excelente factura. ¿Tienes algo que ofrecerme?

—¿En qué campo, señor?... ¿Artes, ciencias, teología?

—Todos los campos y todas las lenguas en que estén escritos.

—Eso no limitará mucho mis indagaciones. Veamos...

Se acercó a los anaqueles y empezó a hurgar, sin dejar de comentar su búsqueda en voz baja.

Al cabo de un momento se dio la vuelta, muy contento, llevando un libro grande.

—Este os interesará. Es la reproducción exacta de un libro sumamente raro escrito en arameo, el *Sifra di-Tzeniuta*, que se creía perdido para siempre y extrañamente reapareció durante el Concilio de Nicea, hace más de seis siglos. Es el libro de la tradición oral transmitida por Musa el Profeta. Narra la creación del mundo y su relación estrecha con el arte real que trata de las operaciones de la Gran Obra Alquímica. No hay que olvidar que *al-jimía* no quiere decir la química, sino química de Al, es decir, química de Dios...

—¿Cuánto pide por esa obra?

—Veinticinco escudos de oro o cien monedas de plata. ¡Y porque es una copia! El original está en Alejandría. No tiene precio.

Jalid no pestañeó. Se alegró de no haber revelado el verdadero nombre del comprador. Si el hombre hubiera sabido que el libro estaba destinado a la biblioteca del Alcázar, habría triplicado inmediatamente el precio.

—Te ofrezco quince escudos y está bien pagado. Pero eso no es todo. He venido a proponerte un negocio. Volveré dentro de un mes, cuando hayas terminado el inventario. Juntos confeccionaremos una lista de los libros que me interesan y te los compraré todos, aunque tu tienda se quede medio vacía. Si mientras tanto le vendes alguno a algún cliente rico, anota bien su nombre y el precio al que se lo has vendido. Le haré una oferta que no podrá rechazar. Hay muchas personas que compran libros para que hagan bonito en sus bibliotecas, pero no los leen. Yo los leo y los estudio todos.

Jalid sacó una bolsa llena a rebosar y puso quince monedas de oro encima de la mesa. Luego tomó el libro de manos del asombrado librero y se dirigió a la entrada

sin darle tiempo a decir nada. Con la mano en el pomo, se dio la vuelta:

—Si me haces caso te haré rico. A propósito, ¿cómo te llamas, amigo mío?

—Al-Mimuni para serviros, señor...

—Muy bien. Nos vemos dentro de un mes, entonces.

El hombrecillo hizo tal reverencia que por poco se da de narices con el mostrador. Cuando se enderezó, Jalid ya estaba en la calle. Las cosas iban viento en popa. Tenía al librero en un puño y se había propuesto hacer lo mismo con todos los de Córdoba. No se le escaparía ningún libro digno de ese nombre. Estaba dispuesto a rastrear todas las provincias de al-Ándalus o de más allá, si hacía falta. Ya había dado instrucciones precisas a los caravaneros y esperaba que pronto regresaran los primeros que habían partido. Impaciente por enseñarle a su amigo la joya que llevaba bajo el brazo, caminó de regreso al Alcázar silbando.

Cuando llegó a la biblioteca le sorprendió encontrarla vacía. Intrigado, recorrió sus salas, pero no vio a nadie. Llamó a la puerta del gabinete de estudio y no hubo respuesta. Sin embargo, a esa hora de la mañana, Alhaquén siempre estaba consultando algún libro antes de irse a la obra, seguramente para inspirarse o descubrir en el último momento algún detalle técnico.

Con un extraño presentimiento, subió la escalinata que llevaba a las plantas superiores.

El silencio impresionante que reinaba en los aposentos privados del califa le dio un escalofrío. No cabía duda de que algo iba mal. Llegó a la puerta del Gran Salón, la abrió y se quedó petrificado en el umbral. Zahara y la madre de Alhaquén estaban sentadas en el «suffa», abatidas y silenciosas, cogidas de la mano. Era la primera vez que las veía juntas. La situación debía de ser más grave aún de lo que pensaba. En cuanto lo vio, la madre de Alhaquén se levantó y corrió hacia él sollozando.

—¡Jalid, ha ocurrido una desgracia! Alhaquén y su hermano Abdalá se pelearon justo después de tu partida. Yo estaba allí cuando ocurrió. Abdalá fue a pedirle un libro a Alhaquén y él le contestó que no lo tenía. Abdalá le llamó mentiroso y le dijo que estaba seguro de que lo encontraría en su gabinete secreto, donde escondía muchas cosas. Le exigió que le diera la llave, pero Alhaquén no quiso. Llegaron a las manos y Abdalá arañó a Alhaquén mientras le acusaba de todo. Ya conoces a mi hijo. Sin decir nada, muy pálido, se marchó en busca de su escolta para ir a la obra. Pero Abdalá se puso como loco. Fue a recoger su puñal y montó a caballo mientras, le gritaba a todo el mundo que iba a matar a su hermano. Unos guardias lograron retenerle y fueron a contárselo a Abderramán, que montó en cólera y convocó a la familia ante el Gran Consejo. Les pedí a los soldados que alcanzaran a Alhaquén y le trajeran a palacio. No sé cuándo volverá. Solo él puede calmar a su padre. Jalid, estoy angustiadísima. Abderramán, en su estado, es capaz de, todo. ¡Es capaz de ordenar la ejecución de su hijo!...

Aturdida por el torrente de sus propias palabras, la desdichada permaneció inmóvil un momento y luego, hecha un manojito de nervios, se derrumbó sollozando

en los brazos de Jalid. El joven toledano la llevó junto a Zahara y bajó a la sala del Consejo.

El juicio había empezado.

Rodeado de sus ministros, Abderramán presidía la reunión en el sillón del gran visir, frente a sus esposas y todos sus hijos.

Eran cerca de cincuenta, chicas y chicos que permanecían de pie, apretados unos contra otros, aterrorizados. Ante ellos, arrodillado en una alfombra, Abdalá agachaba la cabeza y miraba fijamente al suelo, apretando los dientes. A ambos lados dos guardias le vigilaban, con las manos apoyadas en la empuñadura del sable.

La voz ahogada de Abderramán resonó en la sala.

—¿Cuántas veces tengo que deciros que en la familia no se comparte el poder?... Alhaquén es el primogénito. Es el heredero legítimo del califato, y por consiguiente el único depositario de los poderes que le delego con mi autoridad. ¡Debéis reconocerlo y honrarlo como tal! Vuestro hermano sacrifica su vida por el futuro de su pueblo, y con ello también se desvela por vuestro bien. Os demuestra que os ama y os respeta. ¡De modo que, si no podéis amarle, al menos respetadle!

Los ojos del califa escrutaron a los presentes en medio de un silencio helado, y luego se posaron en su hijo.

—Abdalá, a pesar de mis advertencias, me has desobedecido. ¿Te das cuenta, al menos, de la gravedad de tus actos?... ¡Contesta!

El muchacho no pestañeó. Como un escollo en la tempestad, parecía ausente, fuera del mundo, como si nada pudiera afectarle.

—¡Por Alá! ¿No te arrepientes de nada? ¿Sabes cuál es el castigo por haber atentado contra la vida de tu hermano?...

Una losa de plomo se abatió sobre la sala.

Jalid no perdía de vista a Abderramán. A pesar de la dureza extrema de su mirada, lo notaba desvalido. El mutismo de Abdalá le turbaba profundamente y debía de ser un suplicio para él.

Un grito salvaje rasgó el aire cargado de olor a muerte. La madre de Abdalá, hecha un mar de lágrimas, se arrojó a los pies de su esposo y le imploró que tuviera piedad de su hijo. Abderramán la miró con desdén y la apartó de sí bruscamente.

—Mujer, ¿cómo te atreves a pedir perdón para alguien a quien no has educado y al que solo has sabido inculcar la envidia y el rencor, con desprecio de las reglas más elementales del decoro y el honor? ¡Eres tan culpable como él! Si aún estás viva, se lo debes a los hijos que todavía estás criando. En cuanto a este, como no tiene ningún remordimiento, recibirá el castigo que merece. ¡Guardia!

Uno de los hombres que custodiaban a Abdalá se puso firme. Levantó el sable en vertical y lo bajó con un golpe seco. La cabeza rodó por el suelo con un ruido sordo mientras el cuerpo se desplomaba blandamente, inundando la alfombra con un raudal de sangre entre los gritos de horror de las mujeres y los niños.

Abderramán se puso en pie, pálido.

—Enrolladlo en la alfombra y arrojadlo a una fosa lejos de la ciudad. El que pretendía ser mi hijo ya no lo es. No tendrá sepultura en estos lugares. ¡Fuera de mi vista!

Todo había sucedido en pocos segundos.

Tras esta escena irreal, Jalid salió de la sala dando gracias al cielo de que Alhaquén no hubiera estado presente. Sudoroso, con las piernas temblando, tuvo que detenerse al borde de una fuente para echarse agua en la cara y relajarse. Cuando notó que los latidos de su corazón eran más regulares, volvió a la biblioteca y se derrumbó en un sillón, con la cabeza aún llena de imágenes terribles.

Miró a su alrededor. El libro estaba ahí, como si lo esperase. Lo abrió y pasó el dedo por las primeras líneas. Sí, era arameo. Tuvo que hacer un esfuerzo de memoria para recordar lo poco que había aprendido. Lentamente, fue descifrando:

Esta es la historia del mundo.

Dios, en su infinita bondad, creó todas las cosas con medida y ponderación...

Jalid volvió a cerrar el libro, pensativo.

Teniendo en cuenta lo que acababa de suceder, se preguntó si Alá, al insuflar la vida a su criatura más lograda, no se había equivocado en sus cálculos.

Año de gracia 946 de la era cristiana

Año 324 de la hégira

Abderramán encendió la antorcha y siguió a Alhaquén por el pasadizo. Acababa de vivir unos momentos excepcionales. La llegada triunfal por la Puerta del Norte, en lo alto de la ciudad, los honores rendidos en la plaza de armas por la «sutra» en uniforme de gala blanco, luego el paso bajo el pórtico de entrada a la casa de los visires.

Alhaquén no había descuidado ningún detalle para que la sede del gobierno fuese un verdadero palacio con sus salones de recepciones y sus aposentos privados. La decoración y el mobiliario, escogidos con gusto, no ostentaban un lujo inútil. Tenían justo el toque funcional necesario para recordarles a los ministros que estaban allí para trabajar y no para pavonearse, prerrogativa reservada al califa.

La sala del Consejo, en el centro del edificio, era la excepción. Tan amplia como el salón del Trono del Alcázar de Córdoba, la riqueza de sus tapices y la gravedad señorial de sus muebles le daban una solemnidad abrumadora. El trono del gran visir, tallado a mano, era digno de un rey. El gran visir, que estaba presente, se había quedado boquiabierto. Por primera vez había mirado a Alhaquén con una amplia sonrisa de reconocimiento.

Abderramán había recorrido luego a pie la residencia destinada a la servidumbre. Los hombres, agolpados a lo largo de las calles, luminosas y bien trazadas, le habían ovacionado, mientras las mujeres, asomadas a las ventanas, lanzaban pétalos de flores a su paso.

Nunca olvidaría ese momento. Como tampoco olvidaría la entrada en los jardines de la casa real.

La familia al completo se había reunido para recibirle en medio de los macizos de flores de colores y las fuentes. Solo faltaba la madre de Abdalá, que no se dejaba ver desde el día terrible del juicio. Los niños, conscientes de la gravedad de los hechos, poco a poco habían acatado la razón de Estado y ahora miraban a su padre con temor, respeto y admiración. Alhaquén, para demostrarles la pureza de sus intenciones, les había habilitado una biblioteca de cerca de tres mil volúmenes, seleccionados por él mismo con arreglo a la personalidad de cada uno. Al lado había un gran salón de un esplendor insólito, donde la riqueza de los bordados rivalizaba con la delicadeza de las esculturas y el brillo de las taraceas.

En el ala este el baño de vapor, con sus mosaicos resplandecientes, daba a otro jardín rodeado de soportales, enfrente del harén. Los dormitorios enormes y los numerosos saloncitos podían albergar a más de dos mil mujeres, esclavas o

cortesanas acompañadas de sus criadas. Al otro lado, el oeste, la gran atalaya tenía dos salas, de guardia, la primera en el entresuelo y la segunda en la primera planta, que se comunicaban directamente con las habitaciones y los salones privados de la familia. Arriba, en la azotea de la torre había un pequeño camino de ronda desde donde se divisaba toda la ciudad y mucho más allá. Ningún movimiento de tropas podía escapar a la vigilancia.

Abderramán y su hijo avanzaban en silencio, atentos al ruido uniforme del agua que se filtraba por las alcantarillas.

Torcieron a la derecha y bajaron en cuesta suave a otro ramal, después de caminar cuatrocientos pasos.

Alhaquén, levantando la antorcha, se dio la vuelta.

—Hemos llegado al nivel de vuestros salones y aposentos. El canal secundario que va hacia la derecha está destinado a la parte oriental de la ciudad baja. De paso abastece el agua para el Patio de Abluciones de la Mezquita. El «kanat» principal continúa hacia el sur para regar los jardines, un poco más abajo lleva agua a las termas, en la plaza mayor, y al resto de la ciudad. Pero el pasadizo no termina allí. Sobrepasa la muralla de la ciudad y desemboca en la encrucijada de las dos carreteras por una salida secreta. Así, en caso de asedio, podréis pasar sin ser visto detrás de las líneas enemigas y, según la urgencia, ir a Córdoba directamente o tomar la dirección de Sevilla.

Abderramán soltó una carcajada:

—¡Por las barbas del Nabí, no sabía que fueras un estratega tan hábil, hijo mío!

—Me pedisteis que pensara en todo y eso he hecho, padre. Si queréis seguirme...

Alhaquén subió una escalerilla de piedra y se detuvo en un rellano estrecho con dos puertas enfrentadas.

—La puerta de la izquierda es la de la cámara secreta que me habíais pedido. He seguido fielmente vuestras instrucciones. Doscientos veinticinco pies cuadrados, techo y paredes blancos sin decoración, suelo plano de tierra batida. Desde que os di las llaves hace unos meses, os aseguro que no he vuelto a entrar allí.

—No habrías encontrado nada de particular. Ya nos ocuparemos de eso mañana... Mientras tanto, ¡dime lo que hay detrás de la otra puerta, estoy impaciente por saberlo!

—Vuestro guardarropa, padre. El último lugar adonde irían a buscaros, pues no permitís que nadie escoja vuestros vestidos y trajes de ceremonia. Da directamente a vuestro aposento.

Alhaquén abrió la puerta, corrió la cortina que la ocultaba por fuera y cruzó un gran ropero con cientos de camisas, pantalones y zapatos ordenados en unos estantes de junco trenzado. Oyó tras de sí el gruñido de aprobación de su padre mientras pasaban junto a la hilera de túnicas suntuosas. Satisfecho, se volvió hacia él y con un gesto amplio de la mano le indicó que avanzara. Abderramán, esbozando una leve sonrisa, entró con paso lento en la habitación. El estupor se reflejó en su cara. Ante

él, la luz dorada de la mañana iluminaba una amplia estancia rectangular. A un lado, un gran ventanal daba a una galería cubierta, con vistas a la Mezquita y a una parte de la ciudad, que se extendía más abajo.

Dentro todo era blanco, puro y radiante. Las baldosas de mármol de finas vetas, las paredes de escayola satinada, con molduras de lacería y ramajes entrelazados, las sábanas y los almohadones de seda de la gran cama, las colgaduras con festones bordados con hilo de oro y plata. No faltaba un detalle en esa sinfonía inmaculada. El techo de madera de ébano contrastaba con la blancura del resto. Su friso exterior con molduras rodeaba un sinfín de artesones entrelazados en panal con estrellas de nácar incrustadas. El conjunto era tan hermoso como sorprendente, y dejó sin palabras a Abderramán. Con un nudo en la garganta, contemplaba la bóveda con ojos asombrados de niño.

Como si temiera romper el frágil silencio, Alhaquén murmuró:

—Padre, nunca olvido aquella noche en la sierra de Cazorla cuando nos tendimos bajo el cielo iluminado. He querido record la magia de ese momento y tengo el placer de brindaros ahora esas estrellas que supisteis descubrirme. Ya veréis: por la noche, a la luz temblorosa de las lámparas, os parecerá que cobran vida y le hablan a vuestro corazón...

Esta confesión repentina de amor filial se le había escapado. Para no seguir cayendo en la sensiblería, abrió la verja de hierro forjado con arabescos que estaba justo enfrente de la cama y prosiguió, con voz alegre:

—Estos son los baños y el «hammam» personal. Son de mármol blanco, como el suelo de la habitación.

Abderramán, repuesto de la emoción, entró en los baños. Una pila de doce pies por seis ocupaba todo un lado. En el otro, adosado a la pared, un gran banco de pórfido invitaba a sentarse o tumbarse para tomar los vapores. En medio había una magnífica concha de jaspe sobre una columna entorchada. Cada uno de los compartimientos tenía una sal perfumada, un aceite o un unguento.

Abderramán lo apreciaba todo como buen conocedor y disfrutaba al pensar en las horas maravillosas que iba a pasar con Zahara en ese auténtico paraíso.

Alhaquén le despertó de su sueño.

—No la veis, pero detrás de esta pared hay una sala con una gran caldera de cobre que vuestros sirvientes mantienen encendida día y noche. Podréis disponer de agua caliente a todas horas y regular la temperatura de los baños a vuestro antojo. El vapor pasa por unos conductos hasta estas rejillas, a los lados del banco de reposo.

Después de echar un último vistazo, volvieron a la habitación y pasaron a un pasillo estrecho. Al final, tras una puerta con celosía, se podía observar el salón sin ser vistos. El salón estaba a oscuras, y cuando Alhaquén hizo entrar a su padre, tuvo que guiarle en la penumbra hasta que se detuvieron en el centro.

Abderramán notó que el pulso se le aceleraba. Algo extraordinario iba a pasar. Tenía un presentimiento extraño, inexplicable. La voz de Alhaquén casi le hizo dar un

respingo.

—Jalid, ¿estás ahí?

—Estoy listo, Alhaquén.

Y se hizo la luz.

El sol del mediodía estalló, espolvoreando las paredes con una claridad fulgurante a medida que caían los cortinajes negros que ocultaban el salón.

Instantáneamente, una explosión de colores encendió la estancia y la separó del suelo, sustrayéndola del espacio y el tiempo, como si todo hubiera vuelto a la luz primera e infinita de la Creación.

—¡Dios del cielo!

El efecto sorpresa había funcionado a la perfección. Abderramán no supo decir otra cosa, anonadado por la increíble deflagración luminosa que le había estallado en la cara e irradiaba en todas direcciones con miles de haces multicolores. Cegado por la divina refracción, avanzó con las manos tendidas hacia lo indecible, hasta rozar con los dedos el manto sedoso de los tabiques. Entonces lo entendió. Cada pared, de arriba abajo, estaba labrada en filigrana, y las enramadas en espiral, admirablemente talladas, estaban resaltadas para dar relieve a las formas y los contornos. En cada cavidad brillaba una piedra preciosa, engarzada con esmero. Había tantas que ni la mirada, ni la imaginación más delirante podía abarcarlas todas. Rubíes, esmeraldas, zafiros, amatistas, turquesas y aguamarinas se sucedían en caminos tortuosos de luz, irisando la superficie con sus espléndidos destellos.

—¿Qué prodigio...?

—No hay ningún prodigio, padre. Solo el trabajo de los mejores obreros, que han dedicado su tiempo y habilidad a glorificaros.

—Jamás hubiera creído que esto era posible. ¡Y tú, granuja, lo sabías todo, claro!

—De no ser por Jalid, padre, no lo habría logrado. Fue él quien reunió todas las piedras traídas por las caravanas, quien las mandó tallar una a una por hombres de confianza y las escondió hasta último momento en un lugar secreto del Alcázar.

—¿Dónde? No me di cuenta de nada.

—En la Casa de la Moneda. Haría falta un ejército para entrar allí.

El joven toledano acababa de reunirse con ellos. Abderramán dio un efusivo abrazo.

—Dios te bendiga, muchacho. Podías haber aprovechado para enriquecerte, pero no lo has hecho. Eres el digno heredero de al-Idrisí.

—Ante todo soy el amigo de vuestro hijo, mi señor. Y su amistad vale por todas las riquezas de este mundo.

El ambiente volvía a hacerse empalagoso: Alhaquén se alejó raudo hacia el ventanal con vista a los jardines y dio la espalda a la luz.

—Padre, venid a mi lado para poder verlo en perspectiva. Aún no me habéis dicho lo que pensáis del salón.

Abderramán se le acercó y paseó lentamente la mirada por la sala.

Dos filas de columnas brotaban del damero de mármol rosa y blanco crudo que cubría el suelo. Las basas y los capiteles estaban incrustados de diamantes, y los arcos bicolores sostenían enormes vigas de madera de cedro del Líbano.

Al fondo, delante de la pared principal, sobre un amplio estrado cubierto de coloridas alfombras y pieles de animal, había un suntuoso «suffa» custodiado a ambos lados por dos ciervos de bronce.

Entre las columnatas y las paredes laterales habían preparado sendos espacios amenizados con vegetación frondosa y fuentes en cascadas; uno para los músicos y el otro, lujosamente amueblado alrededor de una gran chimenea, para los invitados.

En el centro del edificio, bajo unos artesones completamente pintados a mano con arabescos, guirnaldas y rosetones dorados con pan de oro, el ancho disco de una bandeja de plata brillaba sobre una mesa baja de ébano, reservada al almuerzo del califa y sus huéspedes distinguidos.

Unos objetos preciados, colocados en el suelo o sobre consolas de marquetería fina, atraían las miradas con su magnificencia. Candelabros de oro macizo, estatuillas de marfil, jarrones de porcelana china y figuras de vidrio con reflejos tornasolados completaban con un gusto exquisito el lujo incomparable del lugar.

Abderramán no tenía palabras para ponderar el esplendor de la decoración. De pronto se sintió casi indigno de lo que su hijo había proyectado y realizado para él.

Trató de contener su alegría y dijo afectando indiferencia:

—Maravilloso... simplemente maravilloso. Espero que no te hayas olvidado de las cocinas, ¿eh?

Alhaquén reprimió una carcajada. Sabía que su padre estaba tocado en lo más hondo de su corazón y, por pudor, trataba de disimularlo.

Lleno de emoción, se acercó a una puerta medio escondida tras un gran hibisco y dio unas palmadas. De inmediato un ejército de criados con fuentes de manjares refinados entró en la sala.

—Las cocinas están junto al salón, en el lado opuesto a vuestros aposentos. He colocado allí un puesto de guardia desde donde es posible comunicarse por señales con la atalaya. A la menor alerta, la «sutra» al completo acudirá casi de inmediato.

Ya estaba todo dicho y solo quedaba sentarse a la mesa... Abderramán, Alhaquén y Jalid comieron mientras bromeaban alegremente sobre la escenificación tan impresionante que se había preparado en secreto. Alhaquén nunca había visto a su padre tan feliz. Le miraba con emoción, preguntándose cómo era posible que un hombre tan recto y riguroso, a veces más duro que la piedra, pudiera dejarse llevar por esos arrebatos de alegría.

Aquel día se dio cuenta de que un califa era un hombre como los demás, y que la fuerza de la razón no podía hacer nada contra las debilidades del corazón.

Los primeros invitados llegaron a media tarde.

Abderramán, vestido con su traje más elegante, estaba cómodamente arrellanado en el «suffa» y recibía a sus huéspedes con una sonrisa afable que traslucía un asomo

de condescendencia. Después de las exclamaciones ditirámicas sobre la belleza del lugar y las inevitables fórmulas de cortesía, cada uno recibió un presente: el *Libro de Botánica de los griegos* para el emisario del basileus de Bizancio, un cáliz con piedras preciosas engarzadas para el legado del papa Agapito, y una espada bastarda tan pesada como un tronco de árbol para Ramón III, llamado Ponce, conde de Tolosa, soberano de Occitania y Septimania.

Suñer I, conde de Barcelona, Gerona y Osona, enterado del fallecimiento reciente de *Tosham*, había tenido la feliz idea de regalarle al califa un espléndido galgo blanco.

Las delegaciones, guiadas por el maestro de ceremonias, iban pasando una tras otra ordenadamente para que todos pudieran ser recibidos antes del comienzo oficial de los festejos. Los jefes de las tribus bereberes habían viajado con sus familias, al igual que los miembros destacados de la nobleza andaluza. Entre los poderosos que habían sido invitados, el rey de Francia, una vez más, estaba ausente. Luis IV de Ultramar, enfrentado a Hugo el Grande en su propio territorio, estaba entrando en París a sangre y fuego.

Fue al-Idrisí quien cerró la marcha con los reyes cristianos de las provincias del norte y se encargó él mismo de las presentaciones. Entre ellos estaban la princesa de Cerdeña, menuda, con un vestido de brocado rojo y oro, y Ramiro, rey de León, acompañado de sus hijos Ordoño y Sancho. Este último, apenas salido de la adolescencia, estaba tan gordo que no podía caminar por sus propios medios. Desde su litera, llevada en andas por cuatro esclavos que gesticulaban por el esfuerzo, contemplaba el mundo con aire aburrido mientras mordisqueaba una mezcla repugnante de nueces aplastadas en tocino que inflaba su cuerpo a ojos vistas.

Con la boca llena de esa pasta asquerosa, Sancho no prestó ninguna atención a la decoración del salón y solo levantó una ceja distraídamente cuando una suntuosa aparición dejó mudos a los invitados.

Vestida al estilo cristiano en honor a su primo, Zahara llevaba un magnífico guepardo atado con una correa. Ambos ondulaban con la misma gracia felina, la fiera con su pelaje leonado moteado de negro y la dama ceñida en un vestido de seda blanca, mangas anchas y hombreras con trencillas, sobre las que caía su larga cabellera rubia.

Alhaquén creyó que su padre iba a perder el decoro al ver el generoso escote de su favorita. Para evitar cualquier exceso, le sugirió discretamente que fueran a visitar los jardines en compañía de los invitados insignes, y propuso al maestro de ceremonia que formara la escolta.

Cuando Abderramán salió al porche, la mayoría de los invitados ya estaban reunidos más abajo, esperando con impaciencia su llegada. Flanqueado por Alhaquén y Zahara, bajó lentamente entre exclamaciones los tres anchos escalones adornados con seis leones de alabastro que se enfrentaban, majestuosos, y sujetaban entre las patas una copa de aceite perfumado. Unos pasos más allá, el cortejo se detuvo delante

de un gran estanque cuadrado con una espléndida pila de ámbar amarillo en el centro, llena de un líquido brillante que ondeaba suavemente bajo la brisa. En las cuatro esquinas del estanque, unas ninfas arrodilladas de bronce vertían alternativamente el agua de unos jarros que llevaban en el hombro.

Alhaquén contempló con orgullo el ingenioso sistema hidráulico que había inventado.

El agua llegaba por un solo caño, llenaba el primer jarro, que se inclinaba hacia delante y vertía su contenido. Gracias a un juego sutil de contrapesos y palancas, el recipiente vacío volvía a su posición inicial y cortaba el agua con una válvula, dirigiendo toda la presión hacia el jarro siguiente. Las ninfas, que se movían así una tras otra, daban una animación extraordinaria al conjunto, incrementada por el chapoteo incesante del agua en el estanque.

Abderramán estaba embelesado. Se volvió hacia su hijo, mirándole con admiración:

—Viniendo de ti, algo tan encantador debe tener un significado especial. Me gustaría saber cuál es, para que pueda explicárselo a mis invitados cuando no estés a mi lado.

—He querido que estos jardines sean un poema en honor a al-Jáliq, el todopoderoso Creador. Como bien sabéis, la Gran Obra de Alá se manifestó primero en los tres reinos: mineral, vegetal y animal. Os halláis ante la representación del primero. La pila de ámbar amarillo simboliza el sol, el licor plateado que contiene, la luna. Padre, mirad cómo brilla y se ondula despacio al menor soplo de aire...

—¡Parece la arena de las dunas bajo el viento del desierto!

—Es mercurio líquido. La santa ciencia alquímica nos revela que es el principio lunar, hembra, frío y pasivo. El sol, por su parte, es azufre, principio macho, cálido y activo. En estado nativo, el azufre y el mercurio están fijados en una sola consustancialidad por la sal o «esperma mineral» que los penetra en una dosis infinitesimal. Esos tres componentes representan el cuerpo sulfuroso, el alma mercurial y el espíritu salino de la *materia prima*, el mineral primitivo que servirá para elaborar la Gran Obra Filosofal. Pero esta materia está muerta, enterrada en su envoltura terrestre. Para resucitarla, como el espíritu de Dios que sopló en la nariz de Adán creado de la tierra inerte, hay que añadirle una sustancia viva que no es otra que la sal, tal como existe libremente y con otro aspecto en la naturaleza. Es sumamente corrosiva. Es ella la que sublimará al padre y a la madre, al sol-azufre y a la luna-mercurio, y de su unión nacerá el *niño-rey*, la Piedra Filosofal, completando así la obra del sol, como dice *La tabla de esmeralda*. En el transcurso de estas disoluciones y coagulaciones sucesivas, tomará forma sólida, líquida, gaseosa e ígnea. De modo que será tierra, agua, aire y fuego. Ese tetramorfismo de la sal es lo que simbolizan las cuatro ninfas. Cada una vierte en el atanor del estanque la sal de vida que cocerá la materia y la depurará hasta la perfección.

—¿Acaso has desvelado el misterio de la transmutación de los metales? Hablas de esto con tanta propiedad...

—Claro que no, padre. Para eso haría falta una vida entera. Pero Jalid lo intenta desde hace meses. Ha llegado ya al primer estado del Magisterio, el de la piedra negra ocultada por el Sello de Hermes, la sublime Quintaesencia.

—No me sorprende, es un muchacho muy inteligente y me alegro de que sea tu amigo. ¿Y si pasamos ahora al reino vegetal?

—Está a dos pasos de vos, padre. No hay mucho que decir. Basta con que abráis los ojos y aspiréis los aromas de la tierra. Allí está el paseo de los naranjos, de acuerdo con el nombre que le habéis puesto a la ciudad. Dan frutos suculentos durante todo el año. Pero no son, ni mucho menos, los únicos. Como podéis comprobar, también hay azufafos, limoneros, granados y otros árboles maravillosos, como los del jardín del Edén.

El cortejo caminaba por una calzada de granito rosa con mosaicos de arabescos en los bordes.

Todo era encantador. Bastaba con extender la mano para palpar y saborear la dicha. Repartidos armoniosamente, rodales de enebros, matorrales de brezos y arrayanes, macizos de jazmines, lilas púrpuras y jacintos, emanaban sus fragancias y añadían a la explosión de colores los olores exquisitos del Paraíso.

Al final del paseo la vista se explayaba de repente en una maravilla de verdor trémulo, inundada de sombra fresca. Al borde de una laguna cristalina con orillas de arena fina, las columnas gráciles de unas palmeras datileras, fénix y arecas proyectaban sus penachos de palmas en el cielo. Aquí y allá, los matorrales de aloes, laureles y malvaviscos daban un toque de color a la hierba tierna.

Alhaquén advirtió enseguida la palidez de Abderramán, petrificado ante aquel oasis de frondosa paz. Lleno de angustia, murmuró tímidamente:

—El jardín de las palmeras, padre..., pensé que os agradaría recordar la tierra ancestral.

—¿De dónde es la arena?

—De Nador. Uno de los dos orígenes de nuestro ilustre antepasado... ¿he hecho mal?

—¿Que si has hecho mal? ¡Es magnífico! Tú y yo hemos tenido la misma idea. Imagínate que..., pero aquí no puedo hablar. Sigamos, ¿quieres?

Abderramán se adelantó y atravesó el palmar en silencio, seguido a cierta distancia por Zahara y la larga fila de invitados, que no dejaban de expresar su asombro desde el principio de la visita. Perdido en sus pensamientos, Alhaquén le alcanzó de una carrerilla y le anunció con orgullo:

—Esta es la isla de las aves, el primero de los dos escenarios del mundo animal.

Detrás de las ramas había una enorme pajarera de treinta pies de altura sobre un islote. La increíble elegancia de la jaula en forma de campana cubría por completo una gran encina poblada de una fauna tan llamativa como variada. Aves liras,

cacatúas, cálaos, ibis reales y faisanes dorados se mezclaban en una cacofonía de cantos agudos y colores chillones. El agua tranquila y somera del estanque, separada de la pajarera por una franja de rocalla, extendía su espejo circular bajo la bóveda celeste. En ella chapoteaban con paso lento grupos de flamencos rosas, grullas cenicientas, espátulas blancas y garcillas, entre los cisnes y los somormujos moñudos, indiferentes a la alegre algarabía de sus congéneres.

Todo celebraba la vida, como en los primeros días de la Creación.

Abderramán, maravillado, se volvió hacia su hijo.

—Gracias a ti, ahora me hago una idea de lo que serán los jardines del Señor...

—Ojalá lo que acabáis de ver no os aparte de su camino, padre.

—¿Qué quieres decir?

A Alhaquén no le dio tiempo a contestarle. Un criado pasó delante de ellos tocando un tambor y cantando:

—¡La comida de las fieras! ¡La comida de las fieras!

Antes de que su padre tuviera tiempo de expresar la menor emoción, el príncipe le tomó del brazo y le invitó a seguir al músico, con una sonrisa maliciosa en los labios.

Bajaron con paso lento hacia un amplio anfiteatro natural, cercado por completo con una verja de sólidos barrotes de hierro. Una gran explanada semicircular, delimitada por un foso lleno de agua oscura, era la residencia de una docena de magníficos leones. A la sombra de un bosquecillo, un gran macho aureolado con una espléndida melena rubia dormitaba en medio de tres hembras jóvenes y sus cachorros. No pareció que la llegada de la muchedumbre impresionara lo más mínimo a los animales, que permanecieron tumbados perezosamente. Pero su actitud cambió de pronto cuando una puerta se abrió y volvió a cerrarse enseguida con un chirrido, dejando en el umbral dos gacelas aterrorizadas. Las leonas se levantaron al unísono y se arrastraron lentamente hacia sus presas, con el cuello tenso y la mirada fija. Las pobres bestiecillas, hipnotizadas, temblaban con todo su frágil cuerpo, incapaces de hacer un movimiento. Mientras tanto, tras las rejas, los presentes contenían el aliento.

Las fieras se lanzaron al ataque. Todo sucedió muy deprisa.

Las gacelas se separaron. La primera dio un salto desesperado para esquivar a dos leonas que se abalanzaron sobre ella, pero un fuerte zarpazo la derribó violentamente. Cuando intentó levantarse, dos mandíbulas poderosas ya se habían cerrado sobre su garganta. La segunda, más afortunada, se valió de su agilidad para librarse de su cazadora. Empezó una loca persecución en medio de una nube de polvo, para disfrute de los espectadores, que batían palmas y gritaban de excitación. La desdichada gacela, despavorida, creyó que encontraría la salvación saltando al agua estancada; del foso. En cuanto se zambulló, tres largas barras oscuras con escamas puntiagudas salieron a la superficie y se deslizaron hacia ella con lentitud inexorable. La gacela intentó ganar la orilla, pero era demasiado tarde. Cientos de colmillos acerados la atenazaron y la arrastraron al fondo en un remolino de agua turbia.

Abderramán, con los brazos cruzados, disfrutaba de lo lindo. Sin volverse, preguntó con tono jovial:

—¿De dónde has sacado los cocodrilos?

—De la orilla del Nilo, padre. Los egipcios los consideran animales sagrados. ¡Gracias a Dios ya no rinden culto a Sobek!

No lejos de ahí, echado en su litera, Sancho el Gordo se inclinó hacia Jalid y articuló sus primeras palabras del día, entre dos bocados:

—Qué barbarie, ¿no os parece, amigo?

A Jalid le entraron unas ganas enormes de decirle que él no tenía ningún amigo en la familia de los paquidermos. Con su mejor sonrisa, contestó:

—Perdonadme, príncipe, pero yo no veo ninguna barbarie en esto. Son escenas frecuentes en los lugares recónditos de África.

—Puede ser, pero de ahí a convertirlo en un espectáculo...

—¿Y qué tiene de malo mostrar el espectáculo de la naturaleza? Esos leones matan para asegurar su subsistencia. ¿Acaso no hacemos nosotros lo mismo con los animales? La verdadera crueldad se exhibía en las arenas de Roma, cuando esas fieras magníficas se comían vivos a los primeros cristianos entre los aullidos de muchedumbres paganas sedientas de sangre.

Sancho, desconcertado, estuvo a punto de atragantarse. Se santiguó febrilmente con su mano grasienta.

—¡Por santa Blandina! ¡Dios me libre de un horror semejante!

Como para tranquilizarse, tragó sin respirar dos enormes bocados de tocino. Con la barbilla chorreando, prosiguió:

—No obstante... vosotros los musulmanes tenéis unas costumbres muy singulares. Por ejemplo, vuestro soberano. No solo vive con cuatro esposas, lo cual ya es hartamente sorprendente, sino que se ofrece el capricho de tener mil concubinas. ¡Me pregunto cuál es el prodigio que le permite cumplir con todas!

Jalid empezaba a perder la paciencia. Nadie hablaba así de Abderramán, comendador de los creyentes y califa de Occidente. Contestó con voz cortante:

—Sin duda, joven señor, no habéis leído nuestro Santo Corán. Son las Escrituras las que nos permiten tomar cuatro mujeres para tener más posibilidades de descendencia. En cuanto al harén, los refinamientos del amor no están prohibidos siempre que se practiquen con respeto y consentimiento mutuo. En él siempre imperan las buenas maneras. Y los hijos nacidos de esas uniones no son como vuestros bastardos, que están destinados a una vida de miseria y vergüenza después de los tristes ultrajes infligidos a sus madres con impunidad total.

El gesto de Sancho empezaba a descomponerse.

—¿Los ultrajes? ¿Qué ultrajes?

—¿Habéis oído hablar del *jus primae noctis*?

—¿Del qué?

—El *jus primae noctis*. El derecho de la primera noche. En otras palabras, el derecho de pernada. Al otro lado de los Pirineos, un siervo no puede tomar mujer sin el consentimiento de su señor. Y si así le place, el señor puede obligar a la prometida a acostarse con él antes de la boda. Son unas costumbres, ¿cómo habéis dicho antes...? Muy singulares, ¿verdad?

Los mofletes lacios del príncipe de León pasaron por todos los colores del arco iris. La única réplica que le vino a la mente fue un eructo sonoro y cavernoso, que propagó un olor fétido a su alrededor.

—«Al hamdu lilah».

—¿Al hambdu qué?...

Sancho no recibió respuesta. Jalid, a punto de estrangularle, había dado la espalda y se había mezclado con la masa de los invitados.

Anocheecía. El cortejo dio media vuelta y volvió a subir por el camino encantado.

La isla de los pájaros estaba en silencio. Al borde del estanque, las zancudas, en equilibrio sobre una pata, se hallaban en su primer sueño. Las plantas y las flores exhalaban sus aromas intensos en la tibieza de mayo mientras las pilas de aceite perfumado se encendían una a una.

Cuando terminaron de pasar los encendedores de lámparas, salió una procesión de criados con bandejas llenas de manjares sabrosos. Se desperdigaron por las calles de los jardines acompañados de grupitos de músicos, dando la señal para el comienzo de la fiesta. Un ambiente de alegría se propagó por los jardines y las risas se mezclaron con los acordes de los laúdes, las flautas y las panderetas. La noche azul se llenó de fiesta.

Cuando se marcharon los últimos invitados, Alhaquén y su padre volvieron al silencio del gran salón. Zahara se había quedado dormida en el «suffa», con el guepardo a sus pies.

Abderramán miró a su hijo y luego corrió hacia él y le dio un abrazo. Permanecieron así un momento, sin moverse ni decir nada. Ningún gesto, ninguna palabra habría podido expresar lo que sentían en ese instante tan especial en que los dos, olvidando el pudor, se habían dejado llevar por la ternura.

Abderramán dio fin al largo abrazo.

—¿Vuelves a Córdoba?

—No, padre, se ha hecho tarde. Pero tengo mi alcoba dispuesta en la casa real.

—¡Es verdad, qué cabeza la mía! ¿Qué hacemos mañana?

—Mañana, inauguración de la Mezquita para la oración de los viernes, luego visita a las termas en la ciudad baja y banquete en vuestro honor en la escuela de música, seguido de un concierto de canto y baile. Vendrá al-Ramadi a recitar sus poemas.

—Perfecto. Reúnete conmigo ala salida del sol en mi cámara secreta. Toma, la llave. No hará falta que llames, sabré que eres tú. Llega puntual a la cita. Buenas noches, hijo... y que Dios te guarde.

—Buenas noches, padre.

Cuando llegó a la parte alta, ante la entrada al palacio real, Alhaquén despidió a la guardia y se detuvo para recobrar el aliento. Le habría gustado recordar los mejores momentos de la extraordinaria jornada, pero estaba demasiado cansado. Además, su padre no bromeaba con la puntualidad y le quedaban pocas horas para descansar. Ya se disponía a retirarse cuando le embargó una sensación extraña. Buscó en su memoria y su corazón empezó a latir más fuerte. Estaba en el mismo sitio donde, unos diez años antes, su mirada se había posado en la loma verde y, por una suerte de gracia divina, la imagen de la ciudad le había venido de inmediato a la mente.

Ahora estaba ahí, concreta, brillando con todas sus luces como un largo collar de perlas centelleantes.

Sonrió complacido. Decididamente, el azar no existía. En eso tenía que andar metido el dedo de Dios...

Alhaquén entró en el palacio.

Detrás de él, silenciosa bajo la bóveda iluminada, Medina Azahara respondía a las estrellas.

Sombra.

Sombra y silencio. Abderramán está desnudo.

Desnudo en el centro del mundo. Solo lleva puesta una simple gandura blanca.

En total indigencia, la sombra de su pobre cuerpo se abandona al silencio de los justos.

Abderramán está rezando.

Sentado en el suelo, ofreciendo las palmas a la infinita verticalidad de Dios. Con los ojos cerrados, con una mano desgrana las cuentas del rosario y con la otra deja que se le escurra entre los dedos un hilillo de arena roja.

¡Oh, polvo de amor! ¡Limo sagrado de las lunas omeyas! Arena... dulce manto de nuestras tierras lejanas... ¡tú eres la sal de la vida!

Sea por siempre bendito tu nombre.

Puedas tú recaer en raudales de luz sobre los que no han olvidado a las almas vibrantes de sus antepasados, que han vuelto a la perfecta completitud del Eterno.

¡Dios! No hay más dios que Él, el Viviente, el Subsistente^[4].

¡Alá, oh, Alá, guardián del silencio de las sombras!... ¿Cuándo volveré a ver a mis padres?

¿Me recibirán en tus jardines, Señor? ¿Seré digno de su recuerdo?

Abderramán llora.

Una lágrima corre por su mejilla.

Lentamente, ha bajado por el surco de todas las alegrías, la fisura de todos los sufrimientos.

Se ha quedado junto a los labios temblorosos, brillando.

¡Alá!... Ha bastado una palabra.

Ha caído una lágrima.

Como un frasco frágil desbordante de amor loco, se ha roto sobre la tierra santa.

—¿Padre?

—Estoy aquí, hijo. Puedes entrar.

Alhaquén metió la llave en la cerradura y abrió la puerta.

—Apaga la antorcha y descálzate.

El príncipe, aturdido por la falta súbita de luz, distinguió en la penumbra la silueta encogida de su padre. Dio unos pasos cautelosos. Sus pies desnudos se hundieron en un frescor mullido que le arrancó una sorda exclamación de sorpresa.

—No temas, hijo mío. Solo es arena.

—¿Arena? ¿Cómo es posible...?

—Cierra la puerta y ven a sentarte enfrente de mí.

Alhaquén obedeció, con el pulso acelerado. Cuando se sentó, Abderramán prosiguió con voz pausada:

—Es de las dunas de al-Ruzafa, la tierra sagrada de nuestros antepasados. Mandé que la trajeran en las caravanas. En medio de la agitación general, nadie se percató de nada. Puedes estar tranquilo, los caravaneros no hablarán porque mandé que les cortaran la lengua. ¿Comprendes ahora por qué no te dije nada ayer en presencia de los invitados?

Mientras hablaba, Alhaquén iba dándose cuenta de lo increíblemente absurdo de la situación. Su padre, encerrado entre cuatro paredes desnudas, despojado de sus ropajes, iluminado por dos lámparas temblorosas colocadas sobre la arena... ¡Tanto trabajo para esto! Con un nudo en la garganta musitó en un hilo de voz:

—Pero ¿por qué no me habíais dicho nada?

—Porque no quería desconcertarte con esto cuando tú, para complacerme, solo pensabas en la grandeza y la belleza de las cosas. Dejé que dieras rienda suelta a tu espíritu creativo, y acerté. Jamás la palabra magnificencia habrá tenido tanto sentido, gracias a tu talento. Puedes estar orgulloso de lo que has hecho. Ya no tengo nada que enseñarte, hijo mío, salvo esto: la arena que tienes en la mano está hecha de tantos granos como estrellas hay en el cielo. Su valor de mercado es escaso, pero en nuestros corazones de omeyas no tiene precio. Es el símbolo mismo de nuestras raíces. Olvidar esto sería un gran pecado. Debería recordarte constantemente que todas las riquezas del universo no son nada al lado de un simple trozo de la tierra que vio nacer y crecer a nuestros padres. Su recuerdo te ayudará a hacer abstracción de los bienes de este mundo para gobernar con honor, rectitud y equidad. A propósito, ¿qué edad tienes, hijo mío?

—Treinta y un años, padre. Pronto cumpliré los treinta y dos.

—Deberías ir pensando en casarte. La dinastía necesita sangre nueva. Yo ya he superado con creces los cincuenta, y aunque doy gracias a Dios todos los días por conservarme la salud, sé que puede llamarme a su lado en cualquier momento. De modo que te encomiendo dos misiones. Tranquilízate, serán las últimas. Quiero que me entierres aquí tú mismo, en el mayor de los secretos. Pero antes, si place al Señor concederme esa gracia, me gustaría ver la Gran Mezquita de Córdoba en todo su esplendor, ya terminada... Solo tú, hijo mío, puedes hacerlo manteniendo el espíritu de sus primeros constructores. No te pongo ningún plazo, pero te lo ruego, no tardes. La Gran Mezquita será tu coronación.

—Haré lo posible, padre.

Alhaquén sintió rigidez en la nuca. Una vez más se echaba encima una pesada carga. Pero no había nada que replicar. Solo esperar que tuviera valor suficiente para llevar a término esos nuevos trabajos de Hércules.

Iba a levantarse cuando su padre le detuvo con una seña.

—Una cosa más, presta atención porque es importante: antes de morir, el Inmigrante le reveló un gran secreto a su hijo Hisham. Se refería a la construcción del

mihrab. Es probable que tuviera la clave, pero no le diera tiempo de ver cumplido su sueño. Desgraciadamente, ninguno de sus descendientes fue capaz de desvelar el misterio. Ahora voy a revelarte ese mensaje, tal como nos fue transmitido desde el origen, de generación en generación. Ahora te corresponderá a ti el honor de descifrarlo.

Abderramán se concentró, con todos los sentidos alerta. Una luz extraña iluminó su mirada. Lentamente, las palabras salieron de su boca, como una letanía aprendida con paciencia y repetida cien veces.

—«El círculo... todo está en el círculo... el cuadrado, eternidad... el círculo, infinidad... los dos unidos... el nombre y el número...».

Como un sabio por encima de las tempestades del mundo, levantó el brazo y señaló con el índice hacia lo Alto.

—¡Dios está allí!

Alhaquén contempló el dibujo rascándose la cabeza.

La mesa de su gabinete secreto estaba completamente llena de planos.

Los había encontrado en el gran armario, tal como los dejara, dieciséis años antes, tras el primer inventario de la biblioteca. Su estado aún era bueno y todos llevaban la misma firma, la del glorioso antepasado que los había dibujado con amor y aplicación.

El bosquejo preliminar de la Mezquita ocupaba casi toda la superficie de la mesa, con sus suntuosos encadenamientos de arquerías. El plano de posición, esmeradamente trazado a regla, dormía bajo una pila de croquis variados. Entre ellos había reconocido al instante los planos del templo de Salomón descrito por el profeta Jeremías en el Libro de los Reyes, y el del templo de Poseidón que Platón cantó magníficamente en su célebre *Critias*. En cambio, era la primera vez que veía los planos de la basílica de San Vicente. Era probable que los hubieran dibujado antes de dismantelar el edificio.

Ese cúmulo de detalles aportaba la prueba indiscutible de que el príncipe de Damasco buscaba algo.

Alhaquén extendió los planos sobre la mesa y se puso a compararlos. A primera vista, el esquema era el mismo: su forma oblonga se dividía en tres partes bien distintas, el ulam, el hekal y el debir del Templo de Jerusalén; el pórtico, el pronaos y el naos del de la Atlántida; y el nártex, la nave y el coro de la basílica.

El parecido con el Patio de Abluciones, la Gran Sala de Oración y el mihrab era evidente. Pero la alineación de los cuadrados y cuadrados dobles que estructuraban las secciones no sugería ninguna forma circular.

Solo el dibujo misterioso formado por un círculo y una extraña cruz en su centro parecía sugerir alguna respuesta.

Deo soli honor et gloria... solo a Dios honor y gloria. La leyenda, grabada a lo largo de la circunferencia, era vibrante y bella, como un grito de amor lanzado al todopoderoso Creador. Alhaquén se preguntó qué código secreto podía ocultar. Sin encontrar argumentos, cogió el papel y salió.

Pasó por delante del antiguo salón del Trono, transformado en una gran sala de lectura.

Jalid había hecho un magnífico trabajo. La biblioteca tenía más de cien mil volúmenes y ocupaba la mitad de la planta baja del Alcázar.

Aparte de la sala de armas, solo la Casa de la Moneda se conservaba intacta. Fue allí donde el joven toledano se instaló cuando Abderramán le nombró administrador de la ciudad, una manera de mostrarle agradecimiento y aligerar la tarea del gran visir, protegiendo de paso a su hijo y mejor amigo. Jalid se había tomado muy a pecho su función. Los deberes de su cargo eran considerables. Tenía que velar por la

buena aplicación del pacto de la «Dhimma», sufragar la construcción de los edificios religiosos y fomentar la prosperidad de Córdoba con la creación de nuevos espacios públicos. A petición expresa de Alhaquén, había fundado otra biblioteca en la ciudad, y un hospital donde los mejores médicos que habían creado una universidad dentro del propio dispensario, atendían gratuitamente a los enfermos. Abrumado por tantas responsabilidades, había tomado como ayudante a Lubna, una joven estudiante inteligente y discreta. Lubna acababa de cumplir dieciocho años. En vista de su capacidad de trabajo y su pasión por los libros, Jalid acabó encomendándole la conservación de la Gran Biblioteca, con la misión de comprar nuevas obras. No se podía contar ya con el hijo del califa, que, cinco años después de la inauguración de Medina Azahara, seguía encerrado en su gabinete secreto buscando la Mezquita ideal.

Alhaquén entró en la Casa de la Moneda. Jalid estaba de pie ante un facistol, consultando un grueso libro de cuentas. Los dos hombres se saludaron con una sonrisa. Antes de que su amigo tuviera tiempo de abrazarle, Alhaquén le puso un dibujo delante de los ojos.

—¿Te dice algo esto?

El toledano miró el bosquejo con atención y contestó con tono neutro:

—No. Por la inscripción latina, debe de ser un símbolo cristiano. Es todo lo que puedo decirte.

—¿No lo has visto en ninguna parte?

—Nunca. Habría que preguntar a alguna autoridad en la materia. Puede que conozca a esa persona. El obispo ha encargado hace poco la construcción de una iglesia. Ahora están haciendo el plano de posición. Seguramente hallarás ahí la respuesta a tu pregunta.

—¿Queda lejos?

—A dos pasos de aquí. Junto a los graneros del antiguo monasterio.

—¿Me acompañas?

—¿Cuándo, ahora?... ¿Por qué no? Así me despejo.

Salieron juntos de la ceca y se encaminaron a la sala de armas. Poco después llegaron con su escolta a una gran explanada que un grupo numeroso de obreros acababa de compactar y dejar lisa como una tabla. En el centro del terreno, un gran poste de madera proyectaba su punta afilada hacia el sol. Un hombre de espaldas, vestido con un largo manto y zapatos de ante, observaba el poste con la mano en el mentón.

Los dos amigos descabalgaron y caminaron hacia él. Jalid le dijo:

—Hola, buen hombre, ¿puedes anunciarnos al maestro de obra?

El hombre se dio la vuelta y mostró una cara imberbe enmarcada en una larga cabellera morena. En un árabe excelente con un leve acento extranjero, contestó sonriendo:

—Lo tenéis delante, noble señor. ¿A quién debo el honor?

—Inclínate ante Alhaquén, hijo de Abderramán, califa de Occidente y comendador de los creyentes.

El hombre, con presteza, retrocedió un paso y se inclinó respetuosamente llevándose la mano derecha al corazón.

—Teobaldo de Loye, maestro albañil de piedra franca, para serviros.

—¿De piedra franca?...

—Habéis oído bien, mi señor. Además de la inestimable ventaja de vivir al aire libre, que me agrada sobremanera, otro privilegio de mi oficio es que me exime de las prestaciones personales y alcabalas en todas las buenas ciudades donde tengo el placer de trabajar. ¡Sano de cuerpo y libre de espíritu, es mi divisa!

Alhaquén cayó bajo su encanto. La réplica de aquel hombre le granjeó de inmediato su simpatía. Rompiendo su silencio, le dijo:

—¿Qué haces tú, arquitecto, y qué es este poste que miras con tanta atención?

—Representa el *axis mundi*, vuestra grandeza. El eje del mundo que une el cielo a la tierra. He mandado que lo planten en el «Punto Sagrado», el lugar exacto donde se erigirá el altar. Desde entonces espero la respuesta del Señor.

—¿La respuesta del Señor? ¿Y cómo demonios iba a responderte?

—¡El sol, vuestra grandeza, el sol! La luz nacida de su Luz. Junto con la luna, su mensajero más hermoso.

Alhaquén sintió un agradable cosquilleo.

—Dime una cosa... ¿no estarás utilizando la técnica del gnomon, gracias a la cual Tales de Mileto calculó la altura de la Gran Pirámide?

—Y el gran Eratóstenes midió la longitud del radio terrestre. ¡Veo que vuestra grandeza está bien documentada! Así es, en efecto. *Gnomon*, en griego, significa «escuadra», pero también «conocedor», porque su raíz es *gnosis*, que significa «conocimiento». La técnica consiste en esperar al mediodía, cuando el sol está en su meridiano, en el ápice de su ascensión y su gloria en el cielo. La sombra que proyecta el poste, o el gnomon si lo preferís, da la respuesta.

—En este caso concreto, ¿cuál es?

—Tradicionalmente se hace el cálculo solar el día de la fiesta del santo patrono al que se consagra la iglesia. Hoy es 21 de septiembre y celebramos san Mateo, el santo evangelista. Este templo está dedicado a él. Pero también es el día del equinoccio de otoño. De acuerdo con la inclinación del eje terrestre y nuestra posición con respecto a él, los rayos del sol en su meridiano deben llegar al gnomon con un ángulo de incidencia de dieciocho grados.

—¿Qué significa?

—Que si mis cálculos son exactos, la longitud de la sombra tiene que ser rigurosamente igual a un tercio de la del poste. Como el poste tiene treinta pies de altura, debería ser, entonces...

Un obrero se les acercó con una estaca y un mazo.

—Perdonad mi intromisión, maestro, pero es mediodía.

—Perfecto. Ha llegado el gran momento.

Teobaldo de Loye, ante los asombrados visitantes, localizó con precisión la punta afilada de la sombra y clavó allí la estaca. Luego se sacó un cordel del bolsillo y, con la ayuda de su aprendiz, midió la distancia entre el final de la sombra y la base del poste.

Un destello triunfal iluminó su mirada.

—¡Diez pies exactos! Esta sombra es realmente el dedo de Dios sobre la tierra...

Alhaquéen dio un respingo.

—¿El dedo de Dios?

—No debéis sorprenderos, vuestra grandeza, de este antropomorfismo prohibido por vuestra religión. Nuestras Santas Escrituras nos revelan que Dios creó al hombre a su imagen. Era lógico, pues, que el hombre, en correspondencia, se representara al Creador a su semejanza. Aunque se trata de mero simbolismo. Este dedo que indica la dirección es un signo del Dios viviente que es cada uno de nosotros. Nos muestra las leyes de su divina manifestación.

Alhaquéen estaba atónito.

Aquel hombre era un erudito, y debía de saber mucho más que los clérigos que le habían encargado la obra. O bien ellos desconocían sus ideas, perfectamente heréticas, o bien habían decidido hacer la vista gorda, pues preferían cegar a sus adeptos, en vez de iluminarlos, con el gran misterio de la fe.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Trazar el cuadrado de la tierra.

—¡Por Alá! ¿El cuadrado de la tierra, has dicho?...

—Eso mismo, vuestra grandeza. Desde que el hombre está en edad de construir templos, siempre ha considerado el cuadrado, como un signo de estabilidad en relación con el movimiento incesante de los planetas en el cielo. Sus mediatrices, que se cortan en el centro, indican las cuatro direcciones del espacio opuestas de dos en dos: el Oriente y el Occidente, el Mediodía y el Septentrión. Los Padres de la Iglesia hicieron su aportación atribuyendo a cada uno de sus ángulos rectos un significado especial. Al ángulo noreste lo llamaron Punto de Tierra, símbolo de nacimiento o natividad; ángulo sureste, Punto de Fuego, sinónimo de purificación y comunión con el Espíritu Santo; al ángulo suroeste, Punto de Aire, en relación con el misterio de la ascensión; y al ángulo noroeste, Punto de Agua para recordar el bautismo.

La imagen de las cuatro ninfas y de la pila de mercurio apareció, fulgurante, en la mente excitada del príncipe omeya. ¡Así que la santa ciencia alquímica se inmiscuía en el esquema de los templos cristianos! Era cosa de locos.

Alhaquéen se preguntó si el Inmigrante lo sabía. Entusiasmado con su descubrimiento, cruzó la mirada con la del arquitecto.

—Déjame adivinar... Como es símbolo de natividad, el final de la sombra es el Punto de Tierra en el ángulo noreste, ¿no es así? Allí pondrás la piedra angular, la primera del edificio.

—¡En efecto! Entonces solo tendré que trazar el cuadrado en el suelo. El primer lado unirá el Punto de Tierra con el Punto de Fuego y pasará necesariamente por el Punto Sagrado que lo cortará por la mitad. El altar estará en el eje medio de la iglesia, orientado hacia el este verdadero. La longitud de lado será, pues, el doble de la sombra, veinte pies. Y lo demás en proporción. Una vez trazado el cuadrado del suelo, lo alargaré formando un cuadrado doble en dirección este-oeste, porque no debemos olvidar que si el cuadrado es el símbolo del Dios Uno, el cuadrado largo es el de su morada, el templo.

—El templo cuya nave mayor tendrá, si no me equivoco, veinte pies de ancho, cuarenta de fondo y treinta de altura. Exactamente las mismas proporciones que las del Hekal, el santuario del templo de Salomón... ¡Arquitecto, o eres un mago, o eres un genio!

Teobaldo de Loye se inclinó, esbozando una sonrisa enigmática.

—Lo dejo a vuestra elección, grandeza.

Los dos amigos se miraron furtivamente con una mueca cómplice de admiración. Alhaquéen había aprendido más con un rayo de sol y tres mazazos que durante cinco largos años de indagaciones inútiles. Pero seguía sin saber lo que significaba el círculo en esa cuadrícula sagrada, y menos aún dónde podía ocultarse.

Se sacó de la ropa el dibujo misterioso que había llevado consigo y lo desenrolló delante del maestro constructor.

—¿Te dice algo esto?

La respuesta fue inmediata.

—Por supuesto, ¡es la Cruz de Jerusalén!... Inscrita en un círculo, es el símbolo del fin de los tiempos descrito en el Apocalipsis de San Juan. La Jerusalén Celestial que desciende sobre la Jerusalén Terrenal, el círculo divino sobre el cuadrado de la tierra, representado aquí por sus mediatrices. No debe confundirse con la Cruz de Cristo, que no tiene la misma forma. Su origen data de tiempos inmemoriales. Los antiguos egipcios la representaban con una *tau* para marcar la conjunción entre el eje norte-sur del Nilo, el río sagrado, y el recorrido este-oeste del Sol-Re. Con un asa encima, simbolizaba la tierra bajo el infinito circular del cielo, es decir, la cruz del mundo bajo el círculo. Era el «anj», llave de vida, emblema de inmortalidad que llevaban en la mano los dioses esculpidos en la piedra de las tumbas.

—¿Qué tratas de decirme, amigo?

—Sencillamente, que en arquitectura sagrada lo que es de origen celeste es circular, y lo que es puramente terrestre, cuadrado. En otras palabras, el templo en la tierra es la proyección cuadrada del círculo divino.

Alhaquéen sintió una oleada de calor. Era algo entre la alegría y la vergüenza, que le hacía sentir fuertes deseos de flagelarse allí mismo. ¿Cómo se le había escapado algo tan evidente? ¡Y sin embargo, era tan sencillo! «Lo que está abajo es como lo que está arriba, y lo que está arriba es como lo que está abajo, para obrar el milagro de una sola cosa...». El milagro de una sola cosa era el eje del mundo que unía el

cielo y la tierra, era su padre en el centro del cuadrado de la cámara secreta, con la espalda recta como una estaca, el brazo extendido y el dedo apuntando al cielo, que designaba sin decirlo... ¡la clave de bóveda! No había más círculo en la planta del templo que cuadrado en el dibujo de un ánfora. Todo ocurría por encima, en la vertical inflexible del Punto Sagrado.

Con la emoción, Alhaquén no había advertido que Teobaldo de Loye se había ausentado discretamente. El hombre volvió poco después de la caseta de obra construida allí cerca, con una brazada de dibujos.

—Mirad, vuestra grandeza. Son varios bosquejos que me he traído de Rávena, en Italia, donde he estado hace poco. Los encontré en la nave mayor de la basílica de San Apolinar in Classe, decorada con mosaicos por los mejores maestros bizantinos. Mirad la aureola de Cristo Redentor. Es la misma que la de vuestro dibujo, con su cruz paté. El círculo es la luz divina del Padre y la cruz el mensaje de vida dirigido en su nombre por el Hijo a todos los hombres de la tierra.

Alhaquén y Jalid, boquiabiertos, admiraron el brillo de los colores y la fabulosa riqueza de las composiciones. Nunca habían visto nada semejante.

Cada vez más exaltado, Teobaldo de Loye sacó otro pliego.

—¿Y qué me decís de esta cruz polícroma sobre el mausoleo de Teodorico el Godo? ¿No os parece que este crismón magnífico es la réplica exacta de vuestro dibujo? Dejando a un lado la leyenda, claro está. Observad aquí arriba el Alfa y la Omega, a ambos lados de la rama vertical. Y el santo monograma en el centro, con una «ji» y una «ro» superpuestas que significan *Jristós* en griego. Es el mismo crismón que mandaré grabar con una «i», una «hache» y una «ese» entrelazadas para designar *Iéhosus*, el nombre latino de Jesús. Lo pondré en el tímpano del portón de la iglesia, en la copa del Árbol de Jesé.

—¿El Árbol de Jesé?

Alhaquén y Jalid habían mascullado a la vez.

—No olvidéis, mis señores, que este edificio está dedicado a san Mateo. En los primeros versículos de su evangelio menciona el largo abolengo de cuarenta generaciones que median entre Abraham y Jesús; la decimotercera es la de Jesé, padre de David. Es lógico, pues, que esta genealogía sagrada sea lo primero que se vea al entrar en el templo.

—¿Conociste a los maestros bizantinos de los que nos has hablado? Su trabajo es sublime y me interesa sobremanera.

—Sí, vuestra gracia. Me prometieron que vendrían en cuanto tuvieran tiempo. Será un honor entonces presentároslos.

—¿Qué encargo piensas hacerles?

—Les pedí que hicieran varios paneles de mosaico sobre las últimas horas de la Pasión de Jesús, desde el juicio hasta la Crucifixión. Los pondré a lo largo de la nave cuando se acabe de construir. Aquí no se conocen las Santas Escrituras. Es el único modo que tienen los eclesiásticos de enseñárselas a los fieles.

—Muy bien...

Alhaquén se sacó del bolsillo una bolsa llena de monedas de oro. Una pequeña fortuna. Se la dio a Teobaldo y le dijo con una sonrisa de agradecimiento:

—Esto es por la ayuda inestimable que nos has prestado. Que este dinero contribuya al éxito de la empresa que has comenzado de un modo tan admirable. Si necesitas nuestro respaldo, no dudes en mandarnos aviso. ¡Adiós, arquitecto, y que Alá te proteja!

Teobaldo de Loye hizo una lenta reverencia.

—Dios os guarde, vuestra grandeza.

Los dos amigos montaron en sus caballos completamente trastornados. De no haber tenido tanta fe en la palabra del Nabí, se habrían convertido allí mismo.

Tomaron un almuerzo frugal y luego se separaron, deseosos de volver a sus quehaceres habituales. Pero Alhaquén no lograba quitarse de la cabeza lo que acababa de oír. En su mente había un torbellino incesante de signos, formas y colores que casi le daba vértigo.

En el silencio de su gabinete intentó poner un poco de orden en sus ideas.

El primer punto sagrado del Islam se ocultaba en el corazón de la Kaaba de la Santa Meca. Pero estaba tan lejos... Seguramente habría otros, muchos otros, bajo las luces resplandecientes de las mezquitas de Damasco o de Alepo, de Jerusalén o de Kairuán. Estas últimas, desgraciadamente, solo las conocía por los relatos de los caravaneros. Pensó con espanto que todavía no había hecho la peregrinación, y que seguramente no la haría nunca...

¿Cómo iba a redimirse de semejante ofensa al Señor?

¿Dónde estaba ese punto sagrado que Abderramán ibn Maruán había estado buscando tanto tiempo y solo había encontrado en un último sueño, quizá? ¿Dentro del mihrab?

Por muy santo que fuera, el mihrab no era más que una humilde reminiscencia de la cueva donde el Profeta había recibido la Revelación. Más que un lugar, indicaba una dirección.

Alhaquén se arrodilló frente al ventanuco de su gabinete y cerró los ojos, juntando las manos para la oración. La claridad difusa de la tarde atravesó sus párpados cerrados.

Y todo se iluminó.

Allí, sí, allí... la puerta suntuosa, el arco de herradura con mil destellos de ternura y amor...

Delante, sí, delante... justo delante... ¡el cuadrado perfecto, las cuatro pilastras que elevan la cúpula y la ofrecen como una flor inmensa al Trono de la Gracia!

«Sería ella y nada más...».

Alhaquén fue corriendo a la mesa y mojó su pluma en la tinta negra.

Sintió que su mano se volvía ligera y vio que trazaba como por milagro la dulce caricia de una primera curva.

Estaba otra vez en la dirección.
En la punta del dedo de Dios.

Ain. Sin. Qof.

*Así es como Dios, el Poderoso, el Sabio, hace una revelación a ti y a quienes
fueron antes que tú.*

Suyo es lo que está en los cielos y en la tierra.

*Él es el Altísimo,
el Grandioso...^[5]*

Córdoba tiritaba bajo los jirones de niebla.

Un manto gris bajado del cielo envolvía la ciudad y tornaba plomizas y fantasmagóricas las murallas.

Lubna se embozó la capa de lana y salió de la casa. El aire helado de diciembre le mordió la cara. Agachó la cabeza y apretó el paso, perdida en sus pensamientos. Una dura jornada más para su padre...

Ibrahim, hijo de Hadad, era curtidor de pieles. Un oficio rudo y mal pagado. Su joven esposa había tenido la mala idea de morir en el parto justo un año después de la boda. Abrumado por la desgracia, había concentrado todo su amor en el único tesoro que le había dejado ella. Desde su más tierna edad, Lubna acompañaba a su padre a la curtiduría, donde se familiarizó con los olores penetrantes de los vellones que hervían en las tinas, los colores vivos de los tintes y el calor rugoso de las pieles puestas a secar al sol.

Una mañana el maestro curtidor, cuyo trabajo empezaba a ser reconocido en la ciudad por su calidad, acudió al Alcázar para presentar sus mejores productos en el taller de encuadernado. Se llevó consigo a Ibrahim y a la niña. Aquel día Lubna tuvo una revelación. Fascinada por los libros que veía por primera vez, pasó largos ratos disfrutando de la suavidad voluptuosa de las pastas de piel y acariciando las finas páginas con sus deditos. Cuando salió tenía la cabeza llena de sueños.

Tiempo después, cansado de verla callejear todo el día, Ibrahim consiguió que la admitieran en el taller como cosedora. Por la noche, después de trabajar, se quedaba con el maestro encuadernador, que le enseñó los rudimentos de la lectura y la escritura. Sus progresos fueron fulgurantes. En menos de un año sabía leer y escribir el árabe sin dificultad y traducía el hebreo. El maestro, impresionado, la inició a las matemáticas y la filosofía.

Fue entonces cuando Lubna hizo el segundo gran descubrimiento de su vida: una mujer extraordinaria que, con tesón e inteligencia, había conseguido hacerse un sitio en un mundo reservado a los hombres.

Hipatia la eminente, hija del astrónomo Teón de Alejandría, que cautivaba a las muchedumbres llegadas de todos los rincones de la Antigua Grecia para escuchar sus discursos vibrantes y sus demostraciones geniales. Hipatia la sublime fue su referencia suprema. Juró parecersele, y se dedicó en cuerpo y alma al estudio de las ciencias y de todas las sendas de la Sabiduría.

Con buen juicio, el maestro encuadernador la recomendó a los mejores profesores de la ciudad. Su agilidad mental y su extraordinaria memoria hicieron el resto. En poco tiempo llegó a ser una de las mentes más brillantes de la universidad de Córdoba. Fue entonces cuando Jalid la conoció y la tomó a su servicio.

Lubna se detuvo bajo el letrero y empujó la puerta del taller.

Sintió el calor acogedor de una chimenea encendida y se dejó caer la capa sobre los hombros. La habitación estaba vacía. Aún aterida, dijo tímidamente:

—¿Hay alguien?

Una voz sorda resonó en la trastienda:

—¡Sí, ya voy!

Un joven inclinado sobre un papel garabateado entró en el cuarto. Cuando alzó la vista hacia ella y le sonrió, Lubna creyó que iba desmayarse.

Si Dios o Satán tenían apariencia humana, seguramente sería uno de los dos.

Los cabellos largos y sedosos y la barba bien recortada dibujaban el óvalo perfecto de su cara, iluminada por el brillo dorado de sus ojos. Entre la nariz recta y el mentón volitivo, una boca incitante atraía irresistiblemente la mirada. ¡Y esa sonrisa, por Alá, esa sonrisa incandescente, como si acabara de salir de los infiernos, dispuesto a tragárselo todo! Lubna trató de controlar el temblor de sus piernas y balbuceó:

—¿Al... al-Mimuni?

—El dueño ha salido a un encargo y no volverá antes de la noche. Yo soy uno de sus ayudantes. Me llamo Aarón Quzmán. ¿En qué puedo serte útil?

—Yo también soy ayudante, de Jalid ibn al-Idrisí. Esta es su carta de recomendación. Mi tarea consiste en encargar y comprar libros para su colección personal.

Aarón tomó la carta, la puso sin leerla sobre el mostrador y miró a Lubna intensamente, sumergiéndola en el agua oscura y profunda de sus ojos.

Era evidente que la tez bronceada de la muchacha, la tersura cobriza de su piel y la redondez púrpura de sus labios le habían impresionado.

Lubna estaba aturdida.

Al ver que la había turbado, Aarón prosiguió con tono alegre:

—¿El señor Jalid? ¡Lo conozco bien, es el que viene a menudo a saquear la tienda! Pero da gusto trabajar para él. Precisamente tenía ya preparada la copia de los dos primeros tomos de las *Antigüedades judaicas* de Flavio Josefo que me había pedido. Estoy acabando el tercero. Puedes llevártelos si quieres, ya están pagados.

Hizo una pausa y añadió:

—Lástima que no escribiera su obra en cien volúmenes...

La muchacha, asombrada, murmuró en un suspiro:

—Ah... ¿por qué?

—Así podría volver a verte cien veces.

Lubna sintió que se ruborizaba hasta la raíz del cabello. En un mar de confusión, agarró febrilmente los dos libros y salió corriendo. En ese momento, una figura risueña asomó por la puerta de la trastienda.

—¡Por san José! ¿Quién es esa belleza tenebrosa que acaba de dejarnos?

Aarón no podía apartar los ojos de la entrada. Contestó con voz ausente:

—Betsabé...

—¿Te estás burlando de mí? Parece una bereber. Apuesto a que no sabes ni su nombre.

—Betsabé, te digo. Era tan hermosa que David mandó a Urías a la guerra para que le mataran y poder casarse con ella. Segundo Libro de Samuel, capítulo 11, versículo... versículo...

—Versículo 14. ¡Si ni siquiera recuerdas las Santas Escrituras, significa que ella te ha sorbido el seso!

Puesto el dedo en la llaga, Aarón se dio la vuelta.

—Mira quién fue a hablar, ¡la Virtud en persona, que la semana pasada, cuando vino la hija del carpintero a entregarte el atril, se puso blanco como un cordero lechal!

Dio un empujón amistoso al otro muchacho, que le respondió con el mismo gesto. Los dos compadres llegaron a las manos, riendo a carcajadas.

—¿Os interrumpo?

La pelea fraternal cesó de inmediato. Aarón y su amigo contemplaron con asombro la extraña figura que estaba al otro lado del mostrador. Un hombre menudo se ocultaba bajo un manto que le llegaba hasta los talones de la enorme capucha sobresalían las puntas de una nariz y una barba enmarañada.

Aarón vio bajo la barba el brillo familiar de una estrella. Tranquilizado, esbozó una sonrisa afable.

—«Shalom», hermano. Soy Aarón Quzmán y este es Recuerda, un cristiano de la peor especie al que tuve la desgracia de conocer en la Escuela Bíblica de Jerusalén. Desde entonces lo llevo conmigo a todas partes. No tengo más remedio, porque es el mejor iluminador del país y además gran especialista en la traducción griega y latina de los Evangelios. Yo me ocupo más bien del hebreo y el arameo. Pero no nos dedicamos solo a las Santas Escrituras. También traducimos libros de ciencia. ¿Podemos ayudarte?, a menos que desees hablar con nuestro maestro al-Mimuni en persona.

Una voz pausada y bien timbrada salió de la capucha.

—No, no, no he venido por él. Soy el sobrino del gran rabino de Gerona y quisiera llevarle un presente al regresar de mi viaje. Como es un hombre muy bueno, merece un regalo de calidad. Había pensado en una Torá.

—¿Una Torá? Nada más fácil.

—Sí, pero me gustaría que no se pareciese a ninguna otra. Me la imagino magníficamente adornada con guirnaldas de follajes, letras floridas de oro y unas pastas jaspeadas de la piel más hermosa. También me gustaría que en las pastas tuviese un doblez interior para guardar documentos. Mi tío es poeta y entre plegaria y plegaria le gusta escribir. ¿Podrías proporcionarme algo así?

—Desde luego. ¿Cuándo piensas partir?

—Dependerá de vosotros, pero me gustaría regalarle el libro para la fiesta de Pésaj.

Recuerda exclamó:

—¿Para Pascua? ¡Imposible, quedan menos de cuatro meses! Tenemos un libro a medio hacer y otro encargado por uno de nuestros clientes más fieles. ¡Jamás aceptaría que retrasáramos la entrega!

—Con un poco de voluntad, siempre se puede llegar a un acuerdo. ¿Bastaría con esto?

El hombre se sacó de la manga una bolsa y esparció su contenido en el mostrador. Había dinero como para traducir la Torá a quince lenguas. Aarón ahogó un juramento de asombro y dio una discreta patada en el tobillo a Recuerda.

—Veré lo que puedo hacer, pero no te garantizo nada. Vuelve a pasar dentro de tres meses.

—No faltaré a la cita. Gracias, hermano. Sé que puedo contar contigo.

Sus miradas se cruzaron por un instante. Aarón distinguió dos ojos expresivos que brillaban bajo una frente ancha.

Antes de que le diera tiempo a despedirle, el hombre se había dado la vuelta y caminaba hacia la puerta. Vio cómo se alejaba con paso medido, cabizbajo, como un peregrino en el camino de la esperanza. Un tipo extraño..., pero parecía sincero.

Una voz fuerte le sacó de su ensimismamiento.

—¡Lubna! ¡Tu amada se llama Lubna! Ya puedes olvidarte de Betsabé.

Aarón se volvió y vio que Recuerda agitaba triunfalmente la carta que él había dejado sobre el mostrador. No pudo evitar una sonrisa. Lubna... era un bonito nombre. Pero le daba igual. Su mirada, de pronto endurecida, se clavó en la de su amigo.

—La quiero, Recuerda... la quiero, ¿me oyes? Y la tendré.

Se acercó a la chimenea y miró las llamas que bailaban sobre las brasas.

—Aunque tenga que perder el alma.

Por primera vez en su vida, estaba enamorado.

Año de gracia 958 de la era cristiana

Año 336 de la hégira

La ampliación de la Mezquita iba a buen ritmo y los cerca de mil obreros que trabajaban allí estaban empezando la última fase. Alhaquén entró en la obra con los planos en la mano. Acababan de llegar los cargamentos desde las canteras de Almería. Pasó un buen rato contemplando los grandes bloques de piedra blanca y acariciándola con aire soñador. Luego llamó a los contramaestres para repasar los últimos detalles de la construcción.

En medio de la discusión alzó la vista y reconoció desde lejos la sonrisa de Teobaldo de Loye. El maestro constructor iba acompasado de un hombre de cierta edad, barrigudo y pintoresco, con un gorro de color lila y una larga barba entrecana que le comía toda la cara.

Alhaquén interrumpió de inmediato la reunión y despidió a sus hombres. Teobaldo se le acercó y se inclinó respetuosamente.

—Vuestra grandeza, gracias por haber tenido a bien recibirme. Tal como os prometí, os presento a Filípides de Esmirna, maestro taraceador que ha trabajado en los templos cristianos más hermosos de Oriente y hoy nos concede el placer de su visita.

El bizantino, a su vez, hizo una reverencia y declamó con voz grave y solemne:

—Dios os bendiga, vuestra gracia, y con vos a todos los que han trabajado en la edificación de esta obra maestra. En los treinta años que llevo dispensando mi humilde saber por doquier, no había visto semejante prodigio de arquitectura.

—Sé bienvenido, Filípides. Tu modestia te honra. He tenido ocasión de admirar tus obras en los dibujos que me ha mostrado el maestro Teobaldo y me ha impresionado su admirable belleza. Por eso te he hecho venir.

Alhaquén desenrolló sus planos y comenzó una larga demostración ante la atenta mirada del viejo sabio. Al final, este dijo con voz jovial:

—Estáis en lo cierto, vuestra gracia. La configuración peculiar del lugar sugiere que dos vías esenciales se cruzan y se penetran. La vía carnal del Río Grande, que sigue el curso del sol del Oriente al Occidente, y la vía espiritual de la Mezquita, que traza el camino de luz del septentrión al mediodía. Y como en vuestra religión no hay altares, el Punto Sagrado debe situarse en el centro del cuadrado, la vertical de la clave de la cúpula. En ese punto, el creyente verdadero, iluminado por la gracia del espíritu divino que viene de arriba y alcanzado en plena cara por la irradiación del mensaje profético, será el intermediario perfecto entre Alá y el Nabí.

—Has comprendido lo que necesita, una ornamentación excepcional del conjunto. ¿Tienes alguna idea de lo que podrías hacer?

—No puedo pronunciarlo hasta que la estructura ya esté bien definida. Pero, como podéis figuraros, el esquema de la cúpula será un octágono. En arquitectura sagrada es la mejor transición del; cuadrado al círculo.

—Entiendo. ¿Y cuándo podrás empezar?

—Mis pobres manos, por desgracia, ya no son tan hábiles como antes. Solo puedo transmitir mis conocimientos y comprobar que el trabajo se ajusta a mis instrucciones. Es lo que hago con mis dos fieles compañeros que en este momento están trabajando en la obra del maestro Teobaldo. De modo que, para empezar, me propongo instruir a vuestros mejores obreros, para que se pongan a la tarea en cuanto haya terminado la construcción.

—Desde ahora pongo a tu disposición a los artistas más hábiles del país, así como los materiales más nobles. Pide lo que quieras y serás servido. De tu salario no hace falta hablar, tu precio será el mío. ¿Trato hecho?

—Trato hecho. Agradezco infinitamente a vuestra bondad la confianza que habéis depositado en mí.

Teobaldo de Loye estaba encantado. La conversación se había desarrollado en un clima de entendimiento y estimación recíproca, en interés de ambos. Al ver su expresión alegre, Alhaquén exclamó:

—Y bien, arquitecto, ¿cómo va la construcción de tu iglesia?

El maestro constructor esperaba ese momento. Su rostro reflejó contrariedad.

—¡Muy despacio, vuestra grandeza, muy despacio!... Las piedras buenas escasean y hay que ir a buscarlas cada vez más lejos.

Alhaquén sonrió para sus adentros. Sabía que Teobaldo estaba en apuros y había acudido a pedirle ayuda. Medina Azahara había agotado las canteras en docenas de leguas a la redonda, y la escasez solo se podía afrontar con unos medios económicos y logísticos excepcionales. Contestó con tono benévolo:

—Hazme una lista de los materiales que necesitas con más urgencia. Te mandaré un cargamento. Ahora tengo que volver al Alcázar. ¡Hasta la vista, queridos amigos, y buen trabajo!

Los dos hombres, halagados por esa súbita muestra de familiaridad, se miraron con asombro y se olvidaron de despedirse. Pero ya el príncipe omeya había dado media vuelta, seguido como su sombra por su guardia personal.

Alhaquén subió directamente la gran escalinata que conducía a sus aposentos. De pronto se le encogió el corazón. Cruzó en silencio el pasillo oscuro que llevaba a las habitaciones y entró en una de ellas. Una mujer joven estaba sentada en el borde de una camita y velaba en la penumbra a un niño dormido. Alhaquén se le acercó con paso lento y le besó con ternura en la frente.

—¿Duerme?

—Casi. ¡Está tan cansado!... Alhaquén, estoy muy angustiada. ¿Qué podemos hacer?

—Nada, corazón mío. Tan solo rogarle al Todopoderoso que extirpe el mal que le corroe. Solo entonces viviremos en paz.

Ante la angustia de su amada se sintió completamente desvalido. Para que ella no le viera llorar, la tomó en brazos y la meció sin, pronunciar palabra, ocultando la cara en sus cabellos rubios.

Alhaquén adoraba a Subh, cuyo nombre cristiano era Aurora de Navarra, una mujer menuda de ojos azules que su padre le había presentado, un día de fiesta, en el gran salón de Medina Azahara. Por la mirada insistente que le había dirigido su progenitor, comprendió que la indirecta iba en serio. Con más de cuarenta años, Alhaquén tenía la obligación de casarse. La dinastía no podía esperar más. Varios meses después contraía matrimonio legítimo. Subh, que era endeble como él, había dado a luz con dolor a un niño tan frágil que temió por su vida. En ese momento, a pesar de los cuidados que le prodigaban, el joven Abderramán, a los tres años, hablaba muy poco, apenas se sostenía sobre sus piernas enclenques y se caía a menudo, mientras su carita pálida se inundaba de lágrimas secas. A pesar de todos sus esfuerzos, los mejores médicos solo habían podido encomendarse, impotentes, a la voluntad de Alá.

Alhaquén, lleno de angustia, bajó la escalinata para ir a su gabinete secreto.

La atmósfera cerrada del cuarto se le hizo pronto insoportable. Necesitaba aire para ventilar su pena y aligerarla. Sacó varios libros del armario, cerró la puerta con llave y se dirigió a la gran sala de lectura. Estaba vacía. Desde hacía cerca de un mes, la Gran Biblioteca estaba cerrada a los cordobeses para hacer inventario, y más de doscientos mil libros iban a cambiar de sitio. Buscó un asiento libre bajo una lámpara, se arrellanó en él y se sumergió en las aguas tranquilas y límpidas de las palabras sagradas.

No lejos de allí, perdida en un bosque de manuscritos que se elevaban hasta el techo en pilas tambaleantes, Lubna hacía intentos desesperados de reponerse.

Entre suspiro y suspiro, colocaba ordenadamente los libros en los anaqueles mientras rogaba a Dios que no se le hubiera olvidado ninguno en una pila, porque entonces tendría que empezar de nuevo la clasificación. Por prodigiosa que fuera su memoria, tampoco era infalible.

Iba a ponerse de puntillas para coger una antología de poemas cuando dos brazos fuertes le agarraron la cintura y la levantaron del suelo, arrancándole un grito de sorpresa. Enseguida sintió la caricia sedosa de una boca que le recorría la nuca. Conocía bien esa sensación deliciosa y exclamó con un estremecimiento de placer:

—¡Harún, estás loco, podrían vernos!

Los labios ávidos, haciendo caso omiso de la advertencia, siguieron explorando la piel satinada de su hombro y murmuraron entre dos besos:

—Aarón, no Harún... ¿Cuándo te decidirás a llamarme por mi verdadero nombre, mi perla del desierto?

Lubna se soltó de su abrazo y se dio la vuelta.

—Te llamo como quiero. Ahora dime: ¿cómo has entrado aquí? La biblioteca está cerrada al público.

—Desde que trabajo para el señor Jalid, tengo mis formas de entrar en el Alcázar. ¿Te vale mi respuesta, «anisa»?

A ella le encantaba que la llamara su «doncella», aunque hacía tiempo que no lo era, con riesgo de concitarse la maldición de los alfaquíes, esos fanáticos religiosos que siempre estaban al acecho para condenar a las pecadoras a las llamas de la Gehena.

El hecho de mantener relaciones con un judío no le importaba en absoluto, pues estaba convencida de que la gente del Libro adoraba a un solo dios, que habitaba en la cima de una sola montaña, aunque para llegar a Él hubiera que subir por senderos distintos. De todos modos, el único dios al que adoraba en este mundo era a Aarón.

Lubna tomó la mano del joven y le sacó de la sala.

—Salgamos de aquí. Si Alhaquén nos viera, me despedirían en el acto.

—¿Alhaquén, el hijo del califa? Me gustaría conocerle. Dicen que es un hombre piadoso y muy inteligente.

—Suponiendo que pudieras verle, no te recibiría. En este momento lo único que le preocupa es la salud de su hijo.

Se detuvieron sin hacer ruido delante de la puerta entornada de la gran sala de lectura. Lubna echó una prudente ojeada al interior y cuchicheó:

—Míralo, está ahí. ¿Lo ves, al fondo?

Aarón se inclinó tras ella. A lo lejos vio asomar medio turbante de un gran libro abierto que un hombre sostenía con las manos, y le ocultaba el resto de la cara. El corazón le dio un vuelco. Las pastas de piel verde luminiscente, con letras grabadas en oro, lo dejaron sin aliento.

—¡Por los cuernos del profeta, pero si es mi Torá! ¡La reconozco, es la que escribí para el sobrino del gran rabino de Gerona! ¿Cómo ha llegado hasta aquí?

—¿Quieres saberlo? ¡Tu sobrino no es otro... que el príncipe Alhaquén! Fue él mismo quien te la encargó. Pero no debe extrañarte, pues los soberanos omeyas llevan generaciones disfrazándose para mezclarse con sus súbditos sin ser advertidos. Es una costumbre de familia.

Justo en ese momento, el hombre bajó el libro y mostró un rostro pensativo, con la mirada perdida en una luz invisible. No cabía duda, era la misma mirada que, bajo aquella gran capucha, se había cruzado con la suya una mañana de diciembre.

Aarón estaba atónito. ¿Por qué había ocultado su identidad el hijo del califa? ¿Por pudor? Sin embargo, no había nada censurable en el hecho de que un futuro

comendador de los creyentes consultara el libro sagrado de los hebreos. Todo buen musulmán conocía lo que unía en esencia a la Torá y el Santo Corán. ¿Estaba Alhaquén buscando algo de lo que no quería hablar con nadie?...

Aarón, estupefacto, se dejó llevar como un niño por el largo pasillo.

Lubna se detuvo delante de una puerta baja y la abrió con ímpetu. Soltó la mano de su amante y entró en un reducto oscuro que olía a cera. Trastornada por el olor sensual y embriagador, se volvió y le llamó con un suspiro ronco y una chispa salvaje en los ojos, recogándose el vestido hasta el vientre.

Aarón sintió un fuego vivo que le ardía en las entrañas y perdió la noción de todo.

Loco de deseo, se apretó contra ella y rozó la carne tierna de su cuello con los dientes.

—¡Betsabé, amor mío!

Córdoba,
 Decimotercer día del mes de Ziv
 Anno Domini 963
 Año 341 de la Santa Hégira
 Al muy ilustre y poderoso príncipe Alhaquén II,
 Califa de Occidente,
 Lugarteniente del Profeta y comendador de los creyentes,
 Que el rocío bienhechor del Espíritu sea siempre sobre Él

Vuestra grandeza,

¡Bendito sea el cielo que un día me permitió conoceros, en unas circunstancias tan extrañas, ciertamente, que la trama se diría tejida por el mismo Dios! Espero no haberos ofendido en nuestra primera entrevista, ora con mi actitud familiar, ora con mis palabras, pero es así como converso con los que son de mi pueblo cuando veo, con alborozo, que están sedientos de conocimientos.

No sabría deciros cuán grande fue mi sorpresa cuando supe por boca de Lubna, fiel colaboradora de vuestro confidente y amigo Jalid ibn al-Idrisí, y hacia la cual, seguramente lo sabéis, albergo nobles y tiernos sentimientos, que el sobrino del gran rabino de Gerona no era otro que vos.

A menudo me preguntaba cuáles serían los motivos que os aconsejaron obrar así, ocultando a todos vuestra identidad. Tal vez pensabais que si el muy sabio y respetable depositario de la Palabra del Profeta encargaba a la vista de todos una Torá, eso podía perturbar el espíritu de los fieles. No obstante, más allá de la simple anécdota, he creído discernir en la discreción de vuestro encargo una humilde búsqueda de la verdad que me ha conmovido profundamente. Esa humildad me impresiona tanto más cuanto que conozco vuestra sabiduría inmensa y vuestro genio para la construcción, conforme a la tradición de vuestros gloriosos antepasados omeyas. En efecto, ¿cómo permanecer impasible ante la magnificencia de Medina Azahara, el esplendor de la Gran Mezquita de Córdoba y la belleza deslumbrante del mihrab que habéis terminado? Otros se habrían hinchado de orgullo, pero vos no lo habéis hecho, sumando así a vuestro talento de constructor de templos la prudencia de los edificadores del espíritu.

Por lo tanto, he llegado a la conclusión, tras largos meses de reflexión, de que vos erais, lo mismo que yo, de la raza de los «buscadores», que transitáis por la senda de una búsqueda perpetua

con la loca esperanza de conocer a Aquel que abrasa vuestro corazón. Porque nada está acabado en este mundo, ni siquiera la más santa de las moradas, erigida sobre la tierra o sobre las más altas cumbres del alma.

Si es cierto que Dios Todopoderoso solo existe en la conciencia iluminada que tenemos de Él, entonces permitidme, vuestra grandeza, y al mismo tiempo perdonad mi audacia, que añada un modesto rayo de luz en vuestro camino de esperanza, para que podáis discernir todo lo que nos une en una sola e indestructible fe.

Al principio creó Dios el cielo y la tierra.

La tierra era un caos informe; sobre la faz del abismo, la tiniebla.

Y el aliento de Dios se cernía sobre la faz de las aguas.

Dijo Dios:

—Que exista la luz.

Y la luz existió.

Vio Dios que la luz era buena; y separó Dios la luz de la tiniebla: llamó Dios a la luz «día» y a la tiniebla «noche».

Pasó una tarde, pasó una mañana: el día primero.

Cuando se relee el primer capítulo del Génesis, hay algo que salta a la vista de todo creyente.

Dios nombra. Dios crea.

El Pensamiento divino se formula en el nombre y se manifiesta en la creación.

Se expresa con el Verbo, acto volitivo y dinámico.^[6]

En hebreo el verbo *decir* es sinónimo de *crear*. Dios dice lo que hace, Dios hace lo que dice.

Es el principio primero de toda trinidad: Pensamiento Divino, Verbo emanado del Pensamiento, Creación emanada del Verbo.

Está en la base de muchas religiones antiguas y al parecer su realización plena es la Santa Trinidad del Evangelio de Juan: Dios Padre, Verbo Hijo y Vida Espíritu Santo.

Como Dios creó el hombre a su imagen, le confirió, por definición, el poder de crear por el Verbo. La lengua primitiva o lengua «adánica» tenía las cualidades del Verbo que alteraba la materia con encantamientos sonoros. Pero el hombre, abandonado a sus instintos tras la Caída, perdió el contacto armónico con la Naturaleza y tuvo que sustituir el Verbo creador por el «signo».

Fue así como se imaginaron los jeroglíficos para representar los objetos del mundo real y los pensamientos abstractos. Luego se

inventó la escritura hierática, cuyas palabras estaban formadas por letras, es decir, jeroglíficos estilizados. La escritura hierática salió de los templos egipcios. Su alfabeto estaba compuesto con estricto arreglo a las leyes fundamentales del Universo. Fue Moisés quien lo adoptó, junto con la doctrina que fue la base de su enseñanza.

Esta última afirmación, cuando menos sorprendente, con toda probabilidad no habrá pasado inadvertida a vuestra grandeza. Sin embargo es la pura verdad.

Si MoShe, o MShe, o MuSa, significa en hebreo «salvado de las aguas», el significado egipcio no es menos revelador. MoSu significa «el hijo de la carne», «el concebido», «el nacido» como nombre común, y Tut Mosu es el nombre de aquel hijo elevado al título divino de Hijo de Tot, el dueño de la Palabra y la Escritura.

Cabe entonces suponer que Moisés, lo mismo que los Tutmosis, era gran iniciado de los templos de Amón de Menfis y Tebas, y que se llevó la Palabra y la Escritura fuera de Egipto para transmitírselas a su pueblo.

¿Cuál era, pues, el contenido de su enseñanza?

Dado que el maestro del Gran Profeta era el Eterno y el campo de aplicación de sus conocimientos el Infinito, yo, humilde mortal, solo puedo proporcionaros algunas claves que se precisan para comprender su Obra. Una vida no sería suficiente para desvelar todo su misterio.

En guematria, la ciencia que analiza el valor numérico de cada palabra, el primer versículo del Génesis y los dos primeros versículos del Evangelio de Juan dan el mismo resultado: 2071.

No es una simple coincidencia.^[7]

Si hacemos la suma de las cifras que forman este número, se obtiene el número 10, igual que la de los dos números simétricos 37 y 73... ¡de los que es el producto! Si además vemos que 37 es el valor de la expresión «en Él» y 73 el de «la Vida», nos damos cuenta del lugar eminente, aunque oculto, que ocupa el número 10 en nuestro Libro de la Creación y en nuestra Santa Torá en general. Baste recordar el «Decálogos» o «Diez Palabras», impropriamente llamadas «Mandamientos», reveladas a Moisés en el monte Sinaí. Porque en realidad los mandamientos que hay en la Torá no son 10, sino 613.

También en este caso, vuestra grandeza, os sugiero que hagáis la suma de los componentes.

Al parecer, pues, el 10 es un número de realización.

Pero hay más. Es un formidable revelador de la consustancialidad total que reúne en las Santas Escrituras el nombre... y el número, el «nomen» y el «numerus», tal como los designa en su acepción latina

mi amigo cristiano Recuerda, a quien quizá recordéis haber visto en mi presencia.

Para apreciar mejor estos nexos tan profundos como sutiles es preciso empezar por el «principio», es decir, por el primer número y la primera letra, porque ellos solos contienen todo el Universo.

Para hacer un círculo es menester apoyarse en UN punto, sin el cual no se puede hacer nada. Este punto es «el centro del círculo del que equidista cada punto de la circunferencia». Como el círculo lo forman infinitos puntos, el punto central, número UNO o Unidad-Principio, es el número generador de la infinitud de las unidades o «mónadas» que proceden de él.

Este concepto muy pitagórico del Universo no es nada sorprendente; el propio Maestro de Samos tomó su metafísica de los números de las enseñanzas de los Grandes Sacerdotes de Mizraím, que representaban el poder creador de los dioses con un punto imperceptible en el centro de un círculo.

Si disociamos linealmente el punto central y el círculo generado por él, podemos leer mejor el número «punto círculo», que se escribe. **O** (10, Diez) y es el número del «infinito realizado».

Si quitamos el punto central del interior del círculo, este se torna puramente imaginario, porque es irrealizable al no tener centro. ¡Es nuestra única manera de expresar el «sifr» o cero, es decir, un círculo ficticio sin nada dentro!

Si volvemos a relacionar el uno y el cero en el número 10, obtenemos 1 sumado a O igual a 1.

Diez, número del infinito realizado, también es el de la vuelta a la Unidad-Principio.

En matemáticas es la base del sistema decimal. En cosmología es la Unidad en lo múltiple y la vuelta de lo múltiple a la Unidad, ley fundamental de la Armonía Universal.

Volvamos ahora a las Santas Escrituras.

«Y el aliento de Dios se cernía sobre la faz de las aguas»...

La masa inerte y fría de las aguas del caos original se representa con una línea recta.

El aliento de Dios que se cernía sobre esta línea se representa con el «yod» (en hebreo) símbolo de omnipotencia manifestada a la vez que el de la eternidad, es decir, de la vida sin fin de las cosas creadas.

El acto creador es el primer choque del aliento de Dios o éter en la masa inerte de las aguas, el del yod-principio vivificante que saca la masa inerte del estado pasivo y la pone en movimiento.



El primer choque del principio vivificante en la materia inerte la anima y hace brotar el fuego, segundo yod, a su vez portador de un germen que debe dar nacimiento a la vida eternamente renovable.



Este jeroglífico contiene en sí mismo los tres elementos de la materia (aire-éter, agua, fuego) o el principio del ternario primitivo, también llamado del primer desdoblamiento ideal y equilibrado.

Es el Alef, primera de las 22 letras sagradas del alfabeto hebreo.

Alef («alif» en árabe, «alfa» en griego) representa el dinamismo creador eterno, el Verbo.

Como tal, contiene todo lo que creó Dios, y por lo tanto todo lo que puede expresar el Hombre.

Alef, la primera de todas las letras, es la letra-número inicial en la cima de los Diez «Sefirot», los números elementales y constitutivos del sistema decimal.

También, como acabamos de ver, es la primera letra madre, Aer, aire o éter, nacida del yod, décima numeración, y unida en el ternario primitivo al elemento agua y al elemento fuego.

Alef Mem, Shin: Alef aliento-éter, Mem muda-agua, Shin sibilante-fuego.

Alef Mem, Shin: tres letras madres, Palabra de Dios

Alef Mem, Shin: en hebreo, y leído de derecha a izquierda: Shin, Mem, Alef

SH-in, **M**-em, **A**-leph: SHMA o SHEMA

Tal es el «shema» o Verbo Divino de engendramiento previo al proceso de la Creación.

Como vemos, no hay nada conocido que no se haya «pronunciado». Las humildes criaturas que somos también cumplen la regla. A imagen de la del Creador, nuestra propia palabra se forja en el silencio del pensamiento consciente. Sin este pensamiento está vacía

de sentido y no tiene ya poder creador. Hacer «Shema Hamforash» o «Shem Hammeforash» significa «pronunciar bien y explicar bien el Nombre Divino».

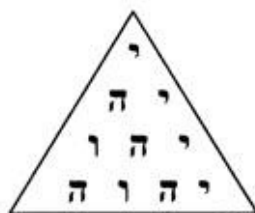
Ese Nombre es tan grande, tan misterioso, tan elevado que es incomunicable. Solo el gran sacerdote, una vez al año, el gran día de la expiación de los pecados, tenía derecho a formularlo en el «Kadosh Hakodashim», el sanctasanctórum del templo de Salomón.

¿Cuál era?

El Shema o Nombre incomunicable consta de cuatro letras.

Forman el Divino Tetragrama.

Todo el poder está en una sola, Yod,
Su reflejo está en otra, He,
Se explica con la tercera, Wav,
Se fecunda con la cuarta, He,



Esta triangulación, tan parecida a la sublime Tetractis de Pitágoras, sucesión de los cuatro primeros números cuya suma es... Diez, que se confunde con ella, debe ser comprendida en dos tiempos.

Las tres primeras líneas desarrollan el Ternario Espiritual, en lo más alto de lo Increado.

La cuarta y última subraya el Cuaternario de Realización Cósmica.

En este sentido,

Yod, **I** es el Dios de **Ibrahim**, «el Padre de los pueblos».

Yod He, **IAh** es el Dios de **IshAq**, «el Hijo engendrado».

Yod He Wav, **IAhO** es el Dios de **IAqOb**, «el Espíritu Santo».

¡Magia del Verbo! ¡Es la divina Trinidad hebraica de Abraham, Isaac y Jacob, que anuncia la cristiana!

Aquí, el Nombre se esconde en el nombre...

La añadidura del cuarto término, la He final y fecundadora, es el signo del Nombre «revelado».

Yod He Wav He, **IAhOUHE** es el Dios de Moisés, revelado en la zarza ardiente, que dictó de su mano las Diez Palabras. Es «Yo soy el

que soy», el que ha sido siempre y siempre será, de eternidad en eternidad.

Así se muestra lo Indecible.

Pero necesitamos «expresarlo» para invocarlo en nuestras plegarias. He aquí cómo:

El es el Dios Uno, la Unidad-Principio.

Eloá es la divina manifestación del Principio por la que Él es «conocido».

Elohim son las «emanaciones» calificadoras de Eloá a lo largo de la divina «involución», es decir, de la penetración del Espíritu Divino en lo más profundo de la Creación, desde el Ain Sof Aor, el éter infinito del reino de arriba, hasta el Malkut, el reino de abajo.

Asimismo:

«Al» es el Principio Absoluto.

«La», su inverso y simétrico, es su Reflejo en el mundo.

«He» fecundador, que da Al-La-h, es su Aliento creador eterno.

Eloá-Alá, Alá-Eloá. ¡Alabado sea el Señor! ¡No solo adoramos al mismo Dios, vuestra grandeza, sino que le damos el mismo nombre! Comprenderéis por qué debemos pronunciarlo con la veneración que la criatura debe a su Creador y el respeto que la criatura debe a la criatura.

Porque ofender al otro es ofender al Dios al que apela, el mismo para todos.

Es, por tanto, ofender a su propio Dios y a sí mismo.

Es, con el verbo, ofender al Verbo, a la Palabra de los profetas, a la de Musa, a la de Mohamed y a la de Ieoshua, hijo de Mariam. Él, el Verbo encarnado, porque «en Él» estaba «la Vida» y la Vida era la luz de los hombres,

Él, el más judío entre los judíos, el Hijo del Hombre que vino, «en nombre del Padre», no para abolir la Ley, sino para cumplirla,

Él, cuyo reino no era de este mundo,

Él, que fue condenado por el sanedrín envidioso de sus prerrogativas, flagelado, crucificado por el ocupante romano en nombre del mantenimiento de la paz y frente al pobre pueblo arrastrado a una violencia que no le concernía y le valió ser acusado injustamente de un crimen que no había cometido,

Él, por último, quien, en la Cruz, invocó a Alá-Eloá antes de morir: «Eloi, Eloi, ¿lama sabaktani? Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?».

Pero Dios no abandona nunca a los hombres. Ni siquiera en las peores circunstancias, cuando son ellos, los hombres, quienes Le han

dejado al borde del camino. Está siempre ahí, mudo, agazapado en la sombra, en su sombra, ese velo oscuro de su olvido, para reaparecer y trazarles con el dedo el rastro de una estrella.

Sé que hoy, vuestra grandeza, está muy cerca de vuestro hijo. Lo mira. Lo vela. Y si le place llamarlo a su Amor, entonces, ¡en el nombre del Padre, alabado sea vuestro hijo!

Su Vía Crucis está empedrado con las mismas piedras que las del Éxodo y la Santa Hégira.

Lleva directamente a la Luz Prometida.

Por esa luz de amor, de esperanza y de perdón, recibid, vuestra grandeza, el testimonio de mi más sincera compasión y mi eterna devoción.

Aarón Quzmán

Alhaquén mojó la punta de su pluma en el tintero y se puso a escribir con aplicación, muy entrada la noche. En el Alcázar dormido solo algunos crujidos lúgubres acompañaban las horas.

De repente sintió un sofoco terrible. El corazón se le aceleró en el pecho, atenazado por la angustia. A pesar de sus esfuerzos para apartarla de sus pensamientos, la imagen de su hijo agonizante le obsesionaba sin tregua y acorralaba su mente.

Se preguntó qué había ido a hacer a los rincones oscuros y helados del palacio. Seguramente quería huir de la visión aterradora de la muerte.

Hacía dos años, antes de que le hubiera dado tiempo a decirle adiós, su padre había entregado el alma, repentinamente, en su lecho blanco. Alhaquén le había velado toda la noche, hipnotizado por la mueca de sufrimiento de su rostro. Por la mañana temprano, fiel a su juramento, le había enterrado en la cámara secreta. Después de echar la última palada de arena se había sentado entre las dos lámparas, en el mismo sitio donde le había encontrado la primera vez. Luego había rezado, justo encima de él. Entonces había tenido una sensación extraordinaria, como si el alma de su padre se introdujera en su cuerpo y lo atravesara de punta a punta antes de subir al cielo.

Aquella sensación extraña había aplacado su dolor, pero sabía que sus penas no habían terminado. El estado de salud del pequeño Abderramán se había agravado bruscamente, y a pesar del aire puro de los montes, la vida se escapaba todos los días un poco de su cuerpo. Yazdai, el viejo médico de cabecera, no había podido hacer nada.

Abulcasis tampoco...

Alhaquén le había suplicado al ilustre cirujano que extrajera el humor maligno que mataba lentamente a su hijo, pero aquel le había contestado que cualquier intervención, del tipo que fuera, sería fatal para la criatura. Desesperado, se había arrojado en los brazos de Subh y habían llorado juntos días y noches.

De estas efusiones tristes había nacido Hisham, que hoy mamaba a los pechos de su madre. Alhaquén apenas se atrevía a mirarlo, por miedo de haber concebido, con cerca de cincuenta años, a un niño enfermizo, incapaz de reinar después que él.

De todos modos, dondequiera que se encontrara, tampoco se atrevía a mirar a su alrededor.

Por respeto a su padre prefería al lujo de Medina Azahara, el recogimiento austero de la Gran Biblioteca y la luz misteriosa de la Mezquita real, adonde acudía todas las noches, maravillado por la belleza sublime del mihrab que Filípides y sus discípulos acababan de terminar. Se quedaba allí horas y horas, sentado al pie de una pilastra, con el rosario en la mano, rezando por la salvación del alma de su hijo. Era el único lugar en la tierra donde podía encontrar paz.

Los primeros resplandores del alba entraron por la ventanita del gabinete.

Inclinado sobre su mesa de trabajo, su viejo Corán, su Torá y los Santos Evangelios, todos abiertos ante él, Alhaquén estaba terminando de contestar a la larga carta de Aarón Quzmán, que le había impresionado.

Cuando se disponía a estampar su firma oyó unos pasos furtivos en el pasillo.

Alguien se acercaba. La sangre se le heló de inmediato. Tres golpes seguidos se le clavaron como puñales en el corazón. Con la cara pálida y las piernas temblorosas, se levantó y abrió la puerta.

Jalid estaba ante él, exangüe, con los grandes ojos negros bañados en lágrimas.

—Alhaquén... tienes que ser valiente.

Fue todo lo que supo decir el toledano en ese instante patético. Extendió los brazos para estrechar a su amigo, pero este le rechazó, con una mueca de dolor y un temblor en los labios.

Anonadado por la terrible noticia, Alhaquén sentía que el suelo se hundía bajo sus pies.

Retrocedió con paso vacilante y cayó boca abajo sobre el sillón. Como un pez fuera del agua, dio varias boqueadas y luego se derrumbó sobre la mesa, con la cabeza entre las manos y el cuerpo sacudido por violentos sollozos.

Por pudor, Jalid no insistió y cerró la puerta. Esperó en el pasillo, convencido de que aquel a quien quería como a un hermano le necesitaba. Pasado un buen rato Alhaquén reapareció, con ademán extrañamente resuelto, a pesar de sus ojos entumecidos por el llanto. Esta vez fue él quien se arrojó en brazos de su amigo y le abrazó a su vez con una rudeza afectuosa.

Abrumado por la emoción, Jalid encontró fuerzas para pronunciar algunas palabras.

—Se ha apagado apaciblemente. Dios ha tomado su alma ligera para tenerla a su lado.

Alhaquén se separó y le miró con un misterioso brillo en los ojos.

—Todavía no, «ahri», todavía no la ha tomado... ¿Puedo contar contigo?

—¿Cómo me preguntas eso? Sabes que puedes pedirme lo que quieras.

—Quiero que hoy, a la puesta del sol, todas las puertas de la ciudad estén cerradas. Los cordobeses deben terminar su trabajo y volver a sus casas. Que detengan la noria y todos los molinos. No quiero ver a nadie en las calles ni tampoco en las ventanas, que tendrán que estar cerradas. En cuanto puedas, manda mensajeros para anunciar esto por toda la ciudad. Tendrán que asegurarse de que las órdenes se cumplen escrupulosamente. Mientras tanto tomarás a todos los hombres que necesites para cubrir con paños blancos las paredes interiores de la Gran Mezquita, desde el suelo hasta el techo, excepto el mihrab. Luego harás que preparen un lecho con dosel, que también tenga un velo blanco, y que lo pongan sobre un carro. Tú mismo lo conducirás, antes del atardecer, hasta Medina Azahara, donde lo dejarás bien custodiado junto a la salida secreta del pasadizo. Después te reunirás conmigo en el palacio real. Allí te estaré esperando con el niño. Ve.

Jalid no hizo ninguna pregunta y partió a cumplir las órdenes. Alhaquén, otra vez solo, volvió a entrar en el gabinete, introdujo cuidadosamente las dos cartas en el bolsillo de cuero de la Torá, luego cerró los tres libros y los colocó en el armario. Tras un último vistazo para asegurarse de que todo estaba en orden, echó el cerrojo en la puerta y se dirigió a la sala de armas. Algunos de los soldados de la guardia lloraban sin consuelo. Jalid ya les había informado. Pasó por delante de ellos, procurando mantener un porte digno, con un nudo en la garganta, salió al patio y montó a caballo.

Levantó maquinalmente los ojos para mirar al cielo. Su fluidez excepcional hizo que su rostro se iluminara con una débil sonrisa. Todo parecía propicio para sus deseos y la operación extraordinaria que había decidido ejecutar.

Jalid caminaba lentamente por el pasadizo, levantando la antorcha.

Alhaquén, con la mirada fija, le seguía en silencio, sin prestar atención al cuerpecito sin vida que llevaba en brazos. Ya lo había contemplado bastante, y bañado con sus lágrimas.

Más allá de su pena inmensa, lo único que contaba era la misión sagrada que debía cumplir. En momentos como este no cabía resistirse al dedo de Dios.

Subieron la escalera de piedra y salieron a la encrucijada por la puerta secreta. Allí los esperaba el carro fúnebre, rodeado de una docena de guardias de la «sutra» en uniforme de gala.

Jalid ayudó a su amigo a colocar el cuerpo del principito en el catafalco y luego se sentó en el pescante del carro para tomar las riendas. Alhaquén montó a caballo y los siguió detrás, solo. El cortejo, encabezado por la guardia a caballo, avanzó lentamente en la claridad dorada del crepúsculo.

Llegaron al pie de las murallas de Córdoba. La gran puerta del norte se abrió dejando ver una fila de llamas vacilantes. Inmóviles como estatuas, unos soldados apostados cada cien pasos llevaban teas encendidas y trazaban en la noche un camino de luz.

El cortejo se adentró por las calles empedradas, acompañado por los ecos de los cascos de los caballos.

Nada se filtraba por los postigos cerrados. La masa oscura de las casas, abrumada por el silencio, parecía fundida con el cielo negro. El mundo había dejado de girar.

Un perro, a lo lejos, emitió un largo aullido. El canto lastimero se elevó en las tinieblas, lúgubre, como el de un lobo.

Fue el único indicio de vida que oyeron hasta Bab el Hitta, la Puerta del Perdón. La cruzaron y se detuvieron en medio del Patio de Abluciones. Alhaquén desmontó y tomó delicadamente en sus brazos el cuerpo de su hijo. Jalid le acompañó hasta el umbral de la Puerta de las Palmas. Antes de retirarse, miró a su amigo y le murmuró:

—Dios te oiga, querido hermano...

Con el corazón a la deriva, Alhaquén entró en la Mezquita.

Se apoyó en la puerta y cerró los ojos, presa de un vértigo incontrolable.

Cuando los volvió a abrir, prorrumpió en sollozos. La Gran Sala de Oración, con sus cortinajes blancos, parecía posada en las nubes, ligera, con su bosque de arcos iluminado por la luz amarillenta de miles de lámparas.

Súbitamente tuvo la impresión de hallarse fuera de la tierra.

El Paraíso no debía de estar muy lejos, tal vez allí, al fondo de todo, detrás del mihrab que apenas distinguía a través de las lágrimas. Esa perspectiva brutal le hizo estremecerse. El último camino de sufrimiento, aquel del que quizá no se vuelve, se abría delante de él. Sabía que no debía contar con nadie para emprenderlo.

Iría solo con su carga de amor.

—¡Ayúdame, Señor Todopoderoso!

Reuniendo las fuerzas y el valor que le quedaban, avanzó por el eje. Solo dio veinte pasos. La terrible sensación de vértigo volvió a asaltarle, más cruel que la anterior. Una onda sorda le encogió el vientre, le subió por el pecho y le golpeó las sienes con tal violencia que no pudo resistir.

Alhaquén cayó por primera vez.

Cayó pesadamente sobre la rodilla izquierda para no soltar a su hijo.

El dolor fulgurante le arrancó un grito agudo que explotó bajo la bóveda. Roto por el cansancio, agachó la cabeza y esperó, resignado.

—Alhaquén...

Una voz le llamaba. Miró a su alrededor, pero no vio a nadie. Jalid se había quedado fuera, de modo que no podía ser él.

—Alhaquén...

La voz insistió, cálida y cautivadora. No la reconoció. Parecía que no procedía de ninguna parte, que se entretenía entre los arcos y se arrollaba como una serpiente en las columnas para acabar a sus pies, como un flujo de bendición.

—*Levántate, Alhaquén. Los omeyas solo se arrodillan delante de Alá, el Eterno y Altísimo. Tú no Le ves, pero está muy cerca de ti y si crees en Él, quizá Lo encuentres al final de tu camino de piedras. Entonces podrás prosternarte. Sigue la senda sagrada, Alhaquén. Solo ella te dará fuerzas para amar más allá de todas tus heridas. Mira mi pobre vida... no fue más que un libro de agua, arena y viento, perdido en un desierto de sufrimientos. Pero viví sus páginas con una felicidad indecible. Era Dios, en su infinita clemencia, quien las había escrito. ¡Vuelve la página, Alhaquén, vuelve la página de tu vida!... ¡Levántate y anda!*

Alhaquén, atónito, se levantó con una mueca y reanudó lentamente la marcha, empujado por una fuerza irresistible que le mandaba seguir. Al llegar a la mitad del templo se detuvo, agotado, para cobrar aliento. El mihrab todavía estaba tan lejos que le pareció inaccesible. Le entraron ganas de dejarlo todo y dar media vuelta. Apretó un poco más fuerte el cuerpo de su hijo en sus brazos y se inclinó sobre la carita dormida, consumida por la enfermedad.

—Hijo mío, amor mío, tierna carne de mi carne miserable, ¿qué he hecho de ti? Un pobre cuerpo sin vida, privado de luz, de toda esa luz que necesitabas y no te supe dar. ¿Podrás perdonarme algún día?... ¡Mi pequeño... mi pequeño!

Alhaquén cayó por segunda vez.

Cayó sobre la rodilla derecha con un rugido de impotencia y de pena.

Luego prorrumpió en llanto, como un torrente. Alhaquén...

Otra voz le llamaba, tan misteriosa y ondulante como la anterior, pero con un timbre distinto. Tampoco la reconoció.

—Alhaquén...

Con los ojos brillantes de ira, levantó la cabeza y se puso a gritar.

—¿Dónde estás?... ¿Quién eres?... ¿Por qué no dices tu nombre?... ¿Por qué te escondes? ¿Lo haces para regodearte en la sombra de mi desdicha y mi vergüenza? ¡Toma mi vida, si eso es lo que quieres, es lo único que puedo dar a cambio! ¡Pero tómala enseguida y acabemos de una vez!... Vamos, ¿a qué estás esperando? Dime, ¿a qué estás esperando?

La voz prosiguió suavemente, insensible a su grito de desesperación.

—*Levántate, príncipe de los omeyas... La muerte no es nada comparada con las ansias de la traición y el deshonor. Tú nunca traicionaste a nadie, Alhaquén, ni tampoco has perdido el honor. Si Dios ha llamado a tu hijo a su reino, es porque Él y solo Él lo ha querido. No lles a tu hijo como se lleva un pecado. No tienes que pedir perdón por nada y menos por él. ¡No renuncies, Alhaquén, no renuncies jamás! ... ¡Levántate y sigue a la palabra de amor!*

Alhaquén tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para levantarse.

Sentía un dolor agudo en las piernas, pero algo irresistible le seguía empujando hacia delante y le obligaba, pese a todo, a continuar su largo calvario.

Paso a paso arrastró lentamente su cuerpo de miseria hasta el límite, allí adonde nada ni nadie de este mundo terrenal podía llevarle. Se detuvo otra vez, al borde de la asfixia. Para su sorpresa, se dio cuenta de que el mihrab estaba justo delante de él y le observaba con su ojo enigmático. Su proximidad tan repentina como silenciosa le llenó de angustia, como si se sintiera ya condenado, sometido a la espera del terrible juicio.

—*Alhaquén...*

Una tercera voz le llamaba.

Y él la reconoció.

Fulminado, Alhaquén cayó por tercera vez.

Cayó sobre las dos rodillas, con la cabeza levantada hacia el cielo, iluminada por la gracia.

—¡Padre!...

—*Levántate, hijo. Ya casi has llegado al final de tu camino. Estamos todos muy orgullosos de ti. Con tu valor y tu tesón, nos has demostrado que eras digno de entrar en la Luz, allí donde solo pueden penetrar los verdaderos hombres de fe. Unos pasos más, Alhaquén, y conocerás la verdad.*

—Padre, os noto tan cerca de mí..., pero no os veo. ¿Estáis solo en los jardines de Alá? ¿Qué eran esas voces extrañas que me han hablado antes?

—*¿Cómo, no lo has entendido? Al remontar la senda sagrada, has atravesado el tiempo. Has ido al encuentro de los tres Abd ar-Rahman, los «Siervos del Compasivo» que han intervenido en la construcción de este santo edificio: al-Dayil, el Exiliado, que fue el primero; al-Yalil, el Majestuoso, que continuó su obra sublime; y yo mismo, tercero de ese nombre, para quien la has terminado de un modo tan brillante. Es justo que tú, al-Hakam, el Juez, puedas hoy hacer justicia a tu hijo,*

cuarto de ese nombre, y le hagas penetrar en el Santuario. Avanza hasta el Punto Sagrado. Escucha con atención y haz solo lo que te manden.

La voz calló.

Alhaquén obedeció, se puso en pie y avanzó con paso vacilante hasta el centro del cuadrado.

Delante de él, el gran arco de herradura se abría como un abanico de amor radiante, atauriques de espirales, volutas y palmetas sobre mosaicos de fondo dorado. Junto con la santa puerta, enmarcada por cuatro columnas finas, formaba el oscuro ojo de una misteriosa cerradura de la que solo Dios parecía tener la llave. Por encima unas letras negras, con encajes de alabastro en el borde, grababan en la piedra su mensaje de gloria, el de la eterna Unidad.

Un breve destello. Otro más...

El arco empezó a irradiar, irisando el espacio con colores vivos. Alhaquén, deslumbrado, logró contarlos febrilmente y su corazón rebotó de una alegría inmensa. ¡Los colores de los Cuatro Ríos de la Vida! El blanco de la leche, el azul del agua, el rojo del vino y el dorado de la miel se difundieron en oleadas luminiscentes que infundían a su ser una energía nueva, cálida y penetrante. El dolor desapareció por completo de su cuerpo y su triste carga le pareció más ligera, como si flotase en sus brazos.

Se preguntó si aquello era una alucinación. Las letras sagradas temblaban en su franja de yeso. Vio con estupefacción cómo iban separándose de una en una y, después de flotar en el aire un momento, se recomponían delante de él, tan cerca que podía tocarlas. Permanecieron un buen rato mirándole como la pupila dilatada de un ojo monstruoso y luego volvieron a su sitio, a su cuna de piedra.

Entonces una voz blanca y helada, casi inhumana, transparente como el cristal, resonó en lo más hondo del templo de su corazón.

Bienvenido, Hijo de la Luz.

Alhaquén se estremeció.

—¿Quién... quién eres?

Yo soy «Kalimat», la Palabra, el Logos, el Verbo. ¿Has oído hablar de mí?

—Sí, pero creía que solo te dirigías a los elegidos.

¡Tú eres un elegido, Alhaquén! ¿No lo sabías? No te he traído hasta aquí por el placer de someterte a la última prueba y verte sufrir. Si me revelo a ti, es para aplacar tu conciencia y tomar el alma de tu hijo elevándola de lo alto a lo Alto.

—¿De lo alto a lo Alto? ¿Qué quieres decir?

Gracias a tu amor, él ya era distinto del común de los mortales. ¡Tú mismo le habías elevado por encima de los demás!... Ahora no digas nada, mantente derecho y no te muevas.

Alhaquén obedeció en silencio.

La voz prosiguió:

Abre tu alma... ábrela por completo.

Bórralo todo, salvo lo invisible.

Y ahora, traza el círculo.

Estás en el centro de los centros... en el centro del infinito que no tiene centro.

El infinito es Él. El centro de los centros eres tú. Tú, Alhaquén, que vienes de Él.

ÉL, Él es. Él es UNO y Él te lo ha dado TODO. Te ha dado el mundo, pues Tú ERES el mundo.

¿Sientes el latido de Su corazón? Es el corazón del mundo que late al unísono de tu corazón. Allí, justo allí, en un lugar muy santo y muy puro, en alguna parte entre el cielo y la tierra.

Tienes toda la gloria del universo.

Tú eres armonía... armonía del mundo.

Es el momento. Grita.

—Pero... ¿qué puedo decir?

Grita, te digo, lo más fuerte que puedas.

—¿Alá?

Más.

—¡Alá!

¡Más fuerte!; Va a contestarte, sé que va a contestarte!

Alhaquén gritó con todas las fuerzas de su pobre cuerpo.

—¡Aláaa, Allahu Akbar!

¿Has oído? ¿Es su voz o el eco de Tu voz?

Llega de todas las direcciones del espacio y te traspasa de lado a lado, onda sublime que te ilumina por completo, a ti, el Hombre, a ti, el Templo, a ti, el Hombre Templo, el Nombre y el Número, el Punto Perfecto, el Centro de los Centros... el Seno de los Senos.

Escucha la clave de amor, el Alfa y la Omega, la primera y la última «palabra de poder».

¡La Vida, Alhaquén, la Vida eterna!...

¡El aliento divino del primer día de los días, de la primera alba de las albas!

¡Levanta la cabeza y mira! ¡Mira la estrella de amor, fuente de toda vida!

¡Allí está, justo encima de ti! Tal como es, tal como ha sido siempre y siempre será, de eternidad en eternidad.

¡Entrégale a tu hijo!

Alhaquén levantó la vista hacia la clave de bóveda.

Engarzada como un diamante en las lacerías de un octágono estrellado, la corola de una flor celeste ofrecía sus pétalos de oro a la infinita majestad de Dios.

Sus piernas volvieron a temblar. Tardó un rato en percatarse de que no temblaba él, sino el suelo bajo sus pies.

Un fragor sordo, inexorable, subía de las entrañas de la tierra. Instintivamente estrechó el cuerpo de su hijo contra su pecho. Las vibraciones aumentaron a tal punto que el edificio ya no vibraba, sino que se tambaleaba con un estrépito de fin del

mundo. Creyó que había llegado su última hora. Volvió a levantar la vista y lamentó no poder frotarse los ojos para saber si estaba soñando. ¡La gran cúpula se abría despacio bajo el firmamento, mostrando un gran círculo de cielo negro!

Justo encima de él, con un halo azul, una estrella brillaba intensamente...

Si no cabes en el cielo y lo más alto del cielo,
¡cuánto menos en este templo que he construido!

La plegaria de Salomón durante la dedicación del templo de Jerusalén le vino al instante a la memoria.

Una media luna amarilla penetró con suavidad en el círculo. Alhaquén, fascinado, vio cómo el astro de la noche se deslizaba insensiblemente hacia el centro y se inmovilizaba bajo la estrella en una conjunción perfecta. El fragor y las vibraciones cesaron de repente para dar paso a un silencio pesado y opresor. Parecía que el tiempo se había detenido.

Nunca supo por qué lo hizo, pero lo hizo. Levantó todo lo que pudo el cuerpo de su hijo y lo presentó al cielo gritando:

—¡Concede, Señor, concede y perdona!

Pasaron unos segundos que le parecieron interminables.

Oyó dentro de su cabeza una estridencia desagradable. El silbido agudo aumentaba poco a poco, desgarrador, hasta tornarse insoportable.

Cuando la luna salía de la conjunción, un cono de luz blanca, con una intensidad indescriptible, se abatió sobre él como un rayo y le envolvió por completo. Permaneció un momento inmóvil, sin saber qué hacer, perdido en la claridad deslumbrante que le perforaba el alma y el cuerpo. Entonces, movido por un extraño presentimiento, empezó a girar sobre sí mismo...

Primero despacio y luego cada vez más deprisa, Alhaquén daba vueltas como un derviche.

Como un gnomon viviente colocado en el centro del cuadrado, giraba bajo el círculo. Daba vueltas y vueltas, abriendo su corazón a la divina luminiscencia, como la luna alrededor de la tierra, como la tierra alrededor del sol, como el sol en medio de las estrellas y las estrellas en medio del cielo.

Alhaquén giraba como el cielo en medio de todo.

Ya casi no sentía el cuerpo de su hijo. Ya no lo llevaba en las palmas de las manos, sino en la punta de los dedos extendidos, con un ademán insensato de amor y esperanza.

Alhaquén bailaba en el sufrimiento.

Las vibraciones, en el paroxismo de su intensidad, le perforaban los tímpanos. Loco de dolor, olvidándolo todo, se llevó las manos a los oídos y se puso a gritar.

Solo al final de su grito desgarrador se dio cuenta de lo indecible. El cuerpo del pequeño Abderramán, lejos de caer al suelo, estaba suspendido en el aire y se elevaba

lentamente, aspirado de forma irresistible por el cono de luz. Con ojos desorbitados, vio cómo subía en un remolino gracioso hasta sobrepasar el límite de la cúpula.

Entonces se produjo lo inconcebible. La explosión de luz de la Creación.

Como un espejo roto, la estridencia aguda se volatilizó en el espacio y cayó en una lluvia de arpegios cristalinos, mezcla de sonidos frágiles de campanillas y de arpas. De la cúpula ya no quedaba nada, nada en absoluto. Todo se había esfumado en un instante. Todo... salvo lo invisible. El esplendor invisible de un edén maravilloso que flotaba ahora por encima de él, suspendido en el tiempo, colgado del silencio como la eterna verdad del primer día de los días.

¡Oh, Dios verdadero, ciertamente había algo al otro lado del cielo!

¡Era el santo «Yannat», el Jardín del Señor cantado a los hombres de fe como un poema de infinita pureza! Alá, que lo había concebido, era el primero, el más grande, el más sublime de todos los «ash-shuara». ¡Era la Poesía del Mundo!

Alhaquén vio la fuente de amor. Con su agua tranquila y cristalina alimentaba un río que serpenteaba bajo unos árboles majestuosos cargados de frutos resplandecientes.

Alhaquén vio ángeles. Blancos, tan blancos... más ligeros que el aire, más fluidos que el agua, más tiernos que la tierra, más puros que el fuego.

Una sensación de paz inefable emanaba de sus rostros. Era la primera vez que los veía, salvo a uno de ellos. Pero los reconoció a todos. Reconoció a los tres Abd ar-Rahim, los Constructores del Misericordioso. El Primero, que tenía en su mano diáfana una granada brillante como un rubí; el Segundo, que bendecía el mundo; y el Tercero, su padre, ah, su padre... con el rostro profundamente sereno. Reconoció a Ziriab y Yahara, que tocaban el laúd, a Fátima y Yasmina, que bailaban y entonaban cantares de niñas, a Suleimán y su perrito blanco, a Selim y su rosa del desierto, a Hisham y su sable deslumbrante. Reconoció a Alí, que apretaba orgullosamente contra su pecho un astrolabio de plata, y a Soraya, hermosa como el amor, que se mojaba la mano en la fuente. Reconoció a Badr, a Ubaid, a Abdelkrim y a todos los demás. Estaban ahí, delante de él, rebosantes de bondad.

Con el pulso acelerado, Alhaquén buscó a su hijo. Había desaparecido en la luz.

No desfallecer nunca... seguir la palabra del amor...

Las letras sagradas danzaron en su memoria.

Ta. Sin. Mim.

¡Mi Rabb, dale la Sabiduría, reúnelo con los Íntegros,

Dale un idioma exacto para los otros tiempos,

Ponlo con los herederos del jardín de los Encantos!^[8]

Los ángeles se detuvieron y miraron en la misma dirección. Alhaquén jadeaba de angustia. Creyó que se desvanecía cuando vio a su niño corriendo con agilidad; él, que nunca había logrado dar más de tres pasos seguidos, y arrojándose entre risas en brazos de su abuelo.

Ya no le quedaban lágrimas para llorar. Loco de felicidad, soltó una carcajada larga y sonora, entrecortada de violentos sollozos de alegría. Y los ángeles también reían, tendiendo las manos para recibir al pequeño príncipe. El agua de la fuente rebosó súbitamente un amor loco, incontrolable, que inundó todo el jardín y luego cayó sobre él como una cascada, en una catarsis deslumbrante.

La tierra tembló de nuevo. Todo se tornó borroso y las tinieblas reaparecieron tan de repente como antes la luz.

Alhaquén sintió un peso muerto que caía en sus brazos. Con la violencia del golpe, cayó de espaldas y se golpeó la cabeza con el suelo. Su turbante rodó por las losas frías. Cuando recobró la conciencia, el cuerpo de su hijo estaba acurrucado sobre su pecho.

Miró a su alrededor. La Gran Sala de Oración había recuperado la calma y su penumbra ambarina. Se levantó torpemente y contempló a su hijo.

No, no lo había soñado. El milagro había ocurrido. La cara del pequeño Abderramán ya no era la misma, ya no tenía esa tristeza infinita, grabada en la terrible palidez de la muerte. Estaba relajada, reposada, teñida de dulzura y sosiego, y en su boca fina se esbozaba como una flor secreta la imperceptible sonrisa de los bienaventurados.

Alhaquén desanduvo lentamente lo andado.

Cuando abrió la puerta, Jalid que no se había movido del sitio, retrocedió y gritó, con el rostro desencajado:

—Alhaquén, Dios mío; ¿qué te ha pasado?

—Mírale, Jalid. ¡Mírale, está transfigurado!

—Tu barba, tus cabellos... ¡se han vuelto completamente blancos!

—Los he visto, ¿me oyes? Los he visto con mis propios ojos. ¡Estaban allí para recibirme!

—Tus rodillas, tus manos... ¡están ensangrentadas!

—Me llevaron al jardín de luz. ¡Era tan hermoso, tan hermoso! Ahora ya podemos depositar su cuerpo en la tierra, descansará en paz. Eternamente.

Jalid sintió que no había nada que añadir. Alhaquén vivía ya en un mundo distinto del suyo. Más impresionado por su metamorfosis que por la de su hijo, le miró sin decir nada mientras llevaba el cuerpo del niño hasta el carro y lo tendía en el catafalco.

De pronto el corazón le dio un vuelco. Alhaquén, sin fuerzas, se abatía lentamente, agarrándose con sus pobres manos descarnadas a una columna

entorchada del dosel. Corrió hacia él y lo tomó en sus brazos, luego lo estrechó tiernamente contra su pecho y lo acunó como a un niño.

Empezó a caer una llovizna tibia.

Jalid le pidió a uno de los guardias que tomara las riendas, se sentó tras él y dio orden de partir.

Cuando la pesada puerta de la ciudad se cerró tras ellos, el creciente amarillo de la luna ya estaba bajo en el cielo.

Córdoba...

Córdoba la ocre, Córdoba la blanca. Conquistada, nunca sometida. Córdoba, luz del mundo.

¡Bajo tu manto de noche, nunca fuiste tan bella, tan radiante de la grandeza de los hombres!

Y sin embargo lloras, Córdoba.

Lloras tiernamente sobre el cuerpo de un niño.

¡Que tus lágrimas de lluvia le bendigan y le purifiquen de todas las maldiciones!

¡Reza, Córdoba la omeya, porque aún no sabes que estas horas terribles que acabas de conocer sellarán tu destino para siempre!

CUARTA PARTE

La caída

Safet comprendió que iba a morir.

Miró por el espejo retrovisor de la camioneta y sintió que un escalofrío helado le recorría la espalda. Los dos hombres, con una granada en cada mano, se disponían a saltar.

Miró descolocado a su alrededor. A pocos pasos vio un volquete grande en el bordillo, lleno de escombros. De momento, su única posibilidad de supervivencia.

Justo cuando los dos cómplices iban a abrir la puerta, saltó de la plataforma gritando:

—¡Ualid, a cubierto deprisa, va a estallar!

Los diez metros que tuvo que recorrer hasta llegar al volquete le parecieron los más largos de su existencia.

Todo estalló cuando caía sobre el asfalto y rodaba por la alcantarilla. Primero la detonación seca del cañón, seguida al instante de una deflagración increíble. Se acurrucó y cerró los ojos, seguro de que acabaría despedazado. Pero su escudo improvisado apenas tembló bajo la onda de choque y lo protegió milagrosamente.

Aguardó unos segundos y se atrevió a echar una ojeada enloquecida.

No quedaba nada, ni de la cabina, ni de los dos hombres que no habían logrado salir de su interior. El estallido de las municiones los había pulverizado y solo unos pocos residuos de chatarra calcinada daban fe de la tremenda violencia de la explosión. La plataforma se había partido en dos y se había volteado como una tortilla. Debajo, medio oculto, el cuerpo dislocado de Ualid yacía en un charco de aceite oscuro mezclado con sangre. Había muerto con el impacto.

El cofre habría salido disparado de sus manos como un corcho de champán y se había abierto al caer al suelo, vaciando su contenido. Tres carpetas de cartón con cintas y un grueso libro antiguo cuyas hojas estaban a punto de desprenderse.

Paralizado de horror, Safet balbuceó, temblando de arriba abajo:

—¡Ualid, no, tú no, hermano mío, tú no!...

Acto seguido, un rictus de odio y venganza fría le desfiguró el rostro.

Lo habría dado todo en aquel preciso momento por cubrirse el cuerpo de explosivos y lanzarse contra aquel tanque maldito antes de darle tiempo a reaccionar. Pero no llevaba nada encima, desesperadamente nada, salvo la ridícula opción de refugiarse en el edificio vecino para terminar como una rata atrapada en su trampa o huir por piernas con la certeza de que le dispararían como a un conejo.

Un ruido sordo y una bocanada de calor maloliente lo desviaron de sus pensamientos.

El depósito de gasolina acababa de incendiarse y los neumáticos empezaban a arder, desprendiendo una espesa humareda negra. Reflexionó a toda prisa. Antes de que la camioneta se parase, había visto una calleja estrecha que desaparecía entre las casas bajas del otro lado de la carretera. Según sus cálculos, debía de estar frente a él.

Era, quizá, la última oportunidad de salvar el pellejo.

Aguardó a que la humareda se espesara, luego se levantó lentamente, comprobó que no tenía nada roto y empujó con todas sus fuerzas el bordillo con el pie derecho. En dos segundos se halló en medio de la nube negra, con los ojos bañados en lágrimas y la garganta ardiendo. Tropezó contra un obstáculo y casi se cayó de bruces. Se acuclilló, buscó a tientas a su alrededor y notó algo debajo de los dedos. Tiró con un golpe seco y acercó el libro grueso abierto que había visto cerca del cofrecillo unos instantes antes. Cuando lo levantó, un fajo de papeles se escapó de su interior y se esparció por el suelo. Desde luego, no era el momento de recogerlos, estaba en peligro de muerte y el calor se tornaba insoportable. Apretó el libro contra él, rodeó la hoguera por la izquierda y avanzó a ciegas rogando a Dios no haberse equivocado.

Cuando atravesó la pantalla de humo, la calleja se abrió ante él como una luz de esperanza.

No recordaba haber corrido tan deprisa desde su infancia, cuando Ualid y él atravesaban juntos, casi sin aliento, el amplio descampado de camino a la escuela.

Con el pecho a punto de estallarle, se detuvo al cabo de doscientos metros y miró hacia atrás. No lo había seguido nadie.

Vio la puerta entreabierta de una casa y se coló dentro sin pensarlo. Tras cerrarla de un portazo, se encontró en un pasillo oscuro y húmedo y se dejó resbalar hasta el suelo, reventado, asolado por la visión de pesadilla que lo acosaba.

Entonces, por primera vez en su vida de adulto, rompió a llorar.

Año de gracia 1517 de la era cristiana

Año 895 de la hégira

Sara Quzmán atravesó el salón de los Embajadores del palacio de la Alhambra se detuvo, risueña, bajo la suntuosa cúpula de madera de cedro que se perdía en las alturas de la torre de Comares.

Cuarenta días... Tuvieron cuarenta días, ni uno más, para convertirse o abandonar el país. Hacía veinticinco años de eso. El éxodo fue brutal. En pocas semanas, decenas de miles de hombres y mujeres huyeron de al-Ándalus, vaciándola de toda su sustancia carnal.

La mayoría de los musulmanes cruzaron el Estrecho y se refugiaron en las costas septentrionales de África. Los siguieron muchos sefardíes, otros se dispersaron por el mundo como las puntas de una estrella. Las familias se establecieron por toda Europa y fundaron incluso auténticas comunidades, como en Palermo, Salónica o Amsterdam.

Sara solo era una niña por aquel entonces. Su padre, con gran tristeza de su alma, se vio obligado a convertirse, atado de pies y manos debido a su esposa, cuyo estado de debilidad extrema la incapacitaba para emprender un viaje largo. Experto en lenguas antiguas y profundamente creyente, hubo de abandonar sus actividades de amanuense y retomar su primer oficio de ebanista. Tras la muerte de su mujer no tuvo el valor de marcharse. Sara recordaba aún aquel período turbio cuando, de noche, a la luz de las velas, le enseñaba lenguas y le descubría la belleza de la Ley de Moisés, cerciorándose siempre de que retenía los signos y los símbolos de la religión católica para escapar así de las iras de la Santa Inquisición. Aquel juego peligroso le resultó fatídico. Pese a su prudencia legendaria, lo pillaron en su taller mientras recitaba oraciones un día de sabbat. La acusación era gravísima. Lo llevaron fuera de la ciudad y lo golpearon hasta matarlo sin proceso de ningún tipo.

Sara se encontró sola, a su libre albedrío, sin haber cumplido siquiera los dieciséis años. Gracias a su juventud le perdonaron la vida, pero sabía que no le pasarían por alto la menor falta. De modo que conservó la calma ante los sarcasmos de sus nuevos vecinos, que la tachaban de sucia marrana por sus antecedentes. Vivió humildemente durante tres años, aprovechando el pobre peculio que le habían dejado sus padres; luego se vio en la necesidad de vender las joyas de su madre, para verse al fin sin un maravedí en vísperas de sus veinte primaveras. Pese a su gran cultura, pues no dejó de instruirse conforme a los deseos de su padre, nadie la quería y solo le proponían empleos de doncella en los palacetes particulares de Granada, donde vivían los nuevos ricos. De rabia, juró que les devolvería todas las humillaciones que le habían

hecho sufrir. Bonita de cara y bien hecha, había vendido su cuerpo a los que la señalaban con el dedo unos años antes. Un modo de vengarse de sus esposas vulgares y empolvadas, al tiempo que conseguía algo de dinero. Porque solo tenía una idea en mente: marcharse de aquel país que tanto había amado y que la rechazaba.

Sara aspiró los perfumes de arrayán y bordeó suspirando el gran estanque rectangular del Patio de la Alberca. ¡Decididamente, los señores cristianos no eran más que unos patanes y no sabían nada de las sutilezas del amor! Pero pagaban bien.

Siguió su camino disfrutando el frescor del alba y desembocó en el Patio de los Leones. Una sonrisa amarga se dibujó enseguida en sus labios. Como una oda muda a la belleza mágica de los peristilos y de las lacerías, recuerdo de la deslumbrante grandeza de los reyes moros, los doce leones que sacaban pecho bajo los pilones de alabastro de la fuente central borraban el espacio y el tiempo de una de las imágenes más sacras de la arquitectura hebraica, la de los doce toros que, con sus cornamentas, sostenían antaño con sus lomos el Mar de Bronce del Templo de Jerusalén, estanque sagrado construido por Hiram el metalúrgico para los holocaustos en honor a Dios. Nadie sabía, ni sabría nunca sin duda, que los triángulos equiláteros grabados en la frente de los dos leones enfrentados formaban, al juntarlos, el Sello de Salomón.

Sara, todavía despechada, cruzó la muralla del recinto palaciego y bajó a la calle de Gomérez, una callejuela estrecha que se adentraba en la ciudad baja. Poco después llegó a la plaza de Bibarrambla. Estaba desierta. Rubén, su fiel criado, la esperaba con un caballo y una carreta cargada con algunas maletas singulares. Comprobó que estaban bien atadas, subió a la parte delantera y dio orden de ponerse en marcha. Sabía que no volvería a ver Granada, pero ni siquiera se le encogió el corazón. Había sufrido más de la cuenta desde su infancia como para permanecer allí por más tiempo. Además, las luces del Nuevo Mundo que acababa de descubrir un loco genovés llamado Cristóbal Colón la incitaban irresistiblemente a abandonar su patria, sin ningún estado de ánimo. Estaba decidido desde hacía tiempo: iría a Holanda y de allí embarcaría en el primer navío para atravesar el gran mar. Sus ahorros y la venta de la casa familiar eran de sobra suficientes para llegar a Ámsterdam, donde tenía algunos amigos que la habían precedido, y pagarse el viaje.

Dejaron atrás la ciudad y en la vega se unieron a la caravana de muleros.

Sara lo tenía todo previsto. Pese a la fuerte complexión de Rubén y a su abnegación sin límites, viajar ellos dos solos habría sido una auténtica locura. Los caminos estaban repletos de bandidos que no dudaban en matar por una moneda de plata.

Aparte de ser numerosos, una cincuentena, los muleros iban todos armados y acompañados por mercenarios a sueldo. Sara se había puesto bajo su protección a cambio de dinero contante y sonante, además de una buena dosis de encanto.

Tomaron el camino de Jaén a través de las vaguadas encajonadas de Sierra Nevada. Los senderos irregulares balanceaban peligrosamente el carro y Sara se volvía con frecuencia para comprobar el estado de la carga, un petate grueso con las cosas de Rubén, un odre lleno de agua fresca, algunas provisiones y sus maletas personales. Estas últimas las había cubierto con una vieja lona para ocultarlas de las miradas curiosas. Escondía un auténtico tesoro.

Un día nostálgico, mientras paseaba tristemente por el taller paterno, encontró, disimulado bajo un montón de leña, un cofre magnífico, tallado a mano con frisos y enramadas de extrema delicadeza. En la tapa, admirablemente cincelados, dos ángeles frente a frente, con las alas desplegadas. La obra maestra de su padre... la reproducción fiel del Arca de la Alianza de Moisés, rematada con dos querubines que velaban la Palabra de Dios inscrita en las Tablas de la Ley. Con el corazón palpitante levantó lentamente el «Kadosh Kapporeth», el santo propiciatorio, y las lágrimas le empañaron los ojos. El cofre estaba lleno de vestidos, los de su madre, Esther, esos que habían desaparecido después de su muerte. Aún conservaban su olor. Los fue sacando uno tras otro, y la visión de cada uno de ellos la inundaba de tiernos recuerdos.

Al retirar el último notó que el fondo del cofre sonaba hueco. Con ayuda de un gancho puntiagudo descubrió bajo la fina plancha de madera de sándalo, ordenados juntos horizontalmente, tres libros y un manuscrito apolillado que parecían antiquísimos. Los colocó ante ella y los abrió con sumo cuidado, por miedo a que se redujeran a polvo entre sus dedos. El primer libro era una Torá; el segundo, el Séfer Yetzirá o Libro de la Sabiduría; y el tercero, el Séfer Ha Zohar, el Libro del Splendor, llamado también «Carro Celeste».

¡La palabra divina dormía en el arca de su padre como una luz en la sombra, dejada como testimonio!

Los textos sagrados, maravillosamente conservados desde hacía siglos bajo una espesa capa de piel, estaban iluminados con pan de oro y caligrafiados con mano diestra. Llevaban todos la misma firma, la de un tal Aarón Quzmán, copista de oficio y experto en la traducción de las Santas Escrituras.

La lectura de ese nombre le arrancó un grito de sorpresa. Como por encanto, sus raíces más profundas resurgían del pasado. Tuvo la confirmación inmediata nada más leer el manuscrito, en lengua árabe, que devoró allí mismo con recatado silencio.

Era el diario íntimo de Lubna, hija de Ibrahim, el curtidor de pieles.

Lubna empezó su redacción nada más aprender a escribir. Su infancia pobre, su repentina pasión por los estudios y los libros se describían con mucha candidez y humildad, hasta que conoció a Aarón, que le cambió la vida. A la sazón era conservadora de la Gran Biblioteca de Córdoba, a las órdenes de Jalid ibn al-Idrisí, amigo de la infancia y confidente del califa Alhaquén. Tras la muerte prematura de su hijo, este se refugió en la oración y la soledad. No salía nunca de su gabinete secreto del Alcázar, salvo en muy raras ocasiones para visitar a Subh, su esposa, que residía

en Medina Azahara, donde educaba a su segundo hijo, Hisham, entonces de corta edad. Lubna andaba muy ajetreada entre su loca pasión por Aarón y la gestión de la biblioteca, que rondaba los cuatrocientos mil volúmenes. El problema se había vuelto insalvable tras la partida de Jalid, obligado a regresar a Toledo para hacerse cargo del negocio familiar tras la muerte de su padre. Alhaquén estaba muy afectado y se encerró en su mutismo, dejando la dirección del país a su gran visir y la educación de Hisham a Almanzor, un joven preceptor de mirada tenebrosa. Lubna lo odió desde el primer día. Adivinó, bajo su seguridad masculina, un orgullo desmedido y una sed de poder insaciable que no presagiaban nada bueno.

Los acontecimientos futuros le demostraron que no se equivocaba.

Una mañana gris de noviembre llamó a la puerta del gabinete secreto para pedirle unos datos a su adorado califa. Al no obtener respuesta, insistió de nuevo, sin resultado. Inquieta, llamó a los guardias para que derribaran la puerta. Después gritó. Alhaquén estaba sentado en su sillón, con el torso inclinado hacia delante y la cabeza apoyada en el borde de la mesa entre dos páginas del Santo Corán. Estaba muerto. Muerto de pena, de tristeza y de agobio, muerto de un éxtasis perdido que no pudo recuperar jamás. Mientras los guardias retiraban el cuerpo, ella aprovechó un breve momento de soledad para abrir el armario grande junto al escritorio. Sabía que contenía libros de incalculable valor. Fiel a su intuición, se los llevó y los ocultó en lugar seguro, un rincón oscuro que olía a cera y cuya llave solo guardaba ella. Luego fue a ver a Aarón a la tienda y lloró en sus brazos durante todo el día.

Las semanas siguientes transcurrieron con tranquilidad, pero todo degeneró cuando Almanzor destituyó al gran visir y anunció la regencia.

Pronto se rodeó de una banda de zalameros, ávidos de prebendas, que lo seguían por doquier y pudrían lentamente el espíritu de la nobleza andaluza en las fiestas suntuosas de Medina Azahara. Subh, abandonada desde hacía años por su anciano esposo, había terminado por sucumbir a los encantos del usurpador, inconsciente de la espantosa maquinación que este tramaba a sus espaldas. Instaló al joven Hisham en el Alcázar de Córdoba, donde, bajo sus órdenes, unos médicos poco escrupulosos le administraban poderosas drogas que lo dejaban en un estado vegetativo, a imagen de su hermano, fallecido unos años antes. De este modo Almanzor tenía el campo libre para gobernar a su antojo, y se lo facilitaba más aún el hecho de que la pobre Subh, convencida de que una maldición se cernía sobre sus hijos, se agarrase a él como a un último árbol después de la tormenta.

Con una insaciable ambición de poder, el nuevo amo de al-Ándalus solo tenía una idea en mente: la guerra. El frágil equilibrio se rompió con las provincias del norte, que cayeron una tras otra bajo su yugo.

Cegado por sus victorias, Almanzor cometió el sacrilegio de asediar uno de los lugares más santos de la cristiandad, Santiago de Compostela, donde mandó fundir las campanas de sus iglesias en señal de triunfo. Para no deber nada a sus predecesores, amplió la Gran Mezquita de Córdoba, aunque solo pudo hacerlo hacia

el este, privándola así de toda la fuerza de su simbolismo, y llevó su audacia hasta tal extremo que hizo pintar algunas arquerías con los colores de las piedras originales.

En esta atmósfera nociva, Lubna hizo un gran esfuerzo por salvar lo esencial.

Pues los alfaquíes, envalentonados por la espiral infernal de violencia, volvieron a la carga. El pacto de la «Dhimma» había saltado por los aires, los mozárabes y los sefardíes estaban de nuevo en entredicho y se prohibieron los libros contrarios a la ley coránica. Por temor a que los más preciados acabaran en la hoguera, los sacó uno a uno de la biblioteca y los puso a resguardo en la trastienda de al-Mimuni hasta poder sacarlos de la ciudad. Pese a todas sus precauciones, descubrieron su ardid y la amenazaron de muerte a ella y a toda su familia. Pero no cejó en su empeño. Hasta la mañana en que descubrieron el cuerpo de su padre, rojo como un cangrejo de río, en el fondo de la tina todavía humeante de la curtiduría. Lubna, destrozada de dolor y corroída por el odio, se convirtió al judaísmo y desposó a Aarón en secreto. Con ayuda de Recuerda, montaron una red compleja gracias a la cual los libros pasaban de mano en mano y se divulgaban ante las narices de los religiosos.

Luego se marcharon de Córdoba en dirección a Granada, uno de los bastiones sefardíes más resistentes de al-Ándalus, junto con Toledo. Lubna tuvo dos hijos con Aarón en edad madura, a quienes inculcó el amor por el conocimiento y el respeto a las tres religiones del Libro.

El manuscrito se detenía ahí, tras un último mensaje de esperanza. Sara, conmovida, lo volvió a dejar en el fondo del cofre con los tres libros santos. No entendía por qué su padre no le había hablado nunca de sus orígenes. Quizá porque corría sangre bereber por sus venas. No obstante, se sintió muy orgullosa de serlo.

La continuación de esta increíble epopeya pertenecía a la historia, tal como la relataban los ancianos durante las veladas. Sara se la sabía de memoria.

Tras la muerte de Almanzor en Medinaceli, la todopoderosa al-Ándalus se sumerge en el caos. Treinta largos años de guerras fratricidas por la sucesión.

Medina Azahara, saqueada, devastada, incendiada, no es más que un campo de ruinas.

En 1031 de la era cristiana, los notables y los jefes de las tribus de todas las medinas se reúnen para repartirse el territorio. Empieza la era de los reinos de taifas, que marca el fin del Califato de Córdoba y trae una paz relativa a un país dividido y a la deriva. Porque los cristianos del norte preparan su venganza. Jaca, Huesca, Barbastro y Mérida caen en sus manos. En 1085 Toledo capitula ante los ejércitos de Alfonso VI de León y Castilla. Los reyezuelos piden auxilio. Yusuf ibn Tashfin, emir de la dinastía de los almorávides, que reina sobre toda la parte occidental de África,

cruza el Estrecho e instauro un régimen severo según el cual el Islam no admite contradicciones.

De nuevo se desata la persecución contra los mozárabes y los sefardíes. Se reanuda con más fuerza que nunca la caza de los libros impíos.

Entretanto, al otro lado del Mediterráneo, el Imperio bizantino se derrumba. Los selyúcidas amenazan Constantinopla y el papa Urbano II llama de inmediato a la primera cruzada. Jerusalén es liberada en 1099 y el basileus de Bizancio, Alexis Comneno, confirmado en sus prerrogativas. Los cruzados, alentados por sus victorias, continúan la guerra santa en Occidente. Zaragoza y Tarragona caen a su vez, pero los reyes de León, Castilla, Aragón, Navarra y Portugal no se entienden entre ellos para proseguir con la lucha. Firman un *modus vivendi* con la nueva dinastía de los almohades, apenas más tolerante que la anterior y que hará florecer las artes y la cultura islámicas durante más de un siglo.

Las luces deslumbrantes de Averroes, de Maimónides y de Ibn al-Arabi nada podrán, sin embargo, contra los implacables avatares de la historia.

Dos cruzadas catastróficas marcarán la lenta pulverización del reino cristiano de Jerusalén, desde la victoria de Saladino hasta la caída de San Juan de Acre. Los caballeros de Occidente concentran sus fuerzas en la Península. La célebre batalla de las Navas de Tolosa, el 15 de julio de 1212, les dará la victoria. A Córdoba le llega la hora de capitular en 1236. Sevilla la seguirá doce años más tarde. Al-Ándalus, reducida a la mínima expresión, está perdiendo su alma. La paz recobrada no se la devolverá, por más que el reino nazarí de Granada, último refugio de su esplendor pasado, siga siendo poderoso.

Una vez más el fuego llegará de donde sale el sol. La caída de Constantinopla en manos otomanas incita al papado a consolidar las fronteras y a perfeccionar la unificación de la cristiandad en Occidente. El matrimonio de Isabel de Castilla y Fernando de Aragón será su base. Boabdil, el último rey de los moros, capitula en Santa Fe el 2 de enero de 1492.

Al-Ándalus ya no existe.

Sobre las murallas ocres de los antiguos palacios omeyas ondea en adelante la bandera de los Grandes de España.

Tras cruzar las montañas y hacer un alto de un día en Jaén, la caravana reanudó su largo camino hacia el norte y atravesó los llanos ardientes de la Mancha.

Toledo apareció por fin bajo el sol, encaramado a su cerro.

El camino ascendía y se estrechaba entre dos muretes de piedra, Al sentir que finalizaba el viaje, las mulas apretaron el paso. De repente, el caballo de Sara se paró en seco en medio del camino. Rubén bajó de la carreta e intentó que avanzase, pero el animal, al límite de sus fuerzas, se negaba a dar un paso más.

Cuando Sara bajaba a su vez para ir en su ayuda, un coche negro, tirado por cuatro alazanes fogosos y rodeado de hombres armados, surgió de lo alto de la cuesta y se detuvo delante de ellos en medio de una nube de polvo. Un guardia gritó:

—¡Eh, tunantes, despejad el camino y abrid paso al gran inquisidor!

La joven se estremeció. Como a todos los de su pueblo, el horrible recuerdo del padre Tomás de Torquemada seguía marcándolos al rojo vivo. Si descubrían el cofre, estaba perdida.

Contestó con tono tranquilo y natural:

—Eso quisiéramos, soldado, pero nuestro caballo está agotado y os estaríamos agradecidos si alguno de vosotros nos prestara ayuda.

En ese momento una voz chillona salió del coche.

—¡Por san Justino! ¿Qué pasa ahora?

Un bonete gris asomó por la ventanilla, calado sobre unas cejas pobladas que disimulaban dos ojillos negros y juntos. Entre las mejillas hundidas y la barbilla huidiza, el gancho de una nariz afilada y la hendidura apenas visible de una boca cortada a navaja daban al ocupante del coche el aspecto de una vieja garduña al acecho.

Sin perder la calma, Sara se adelantó.

—Monseñor, lo sentimos mucho, pero...

—¿Quién eres tú para dirigirme la palabra sin que te haya dado permiso?

—Sara Quzmán, monseñor.

Los dos ojillos brillaron con luz maligna.

—Quzmán... Marrana, ¿eh? Espero por tu bien que tu conversión sea sincera, si no...

Sara se arrodilló y se persignó febrilmente.

—Bendecidme, padre, porque he pecado.

De inmediato se dio cuenta de su error, pero era demasiado tarde. La portezuela ya se había abierto y el hombre bajaba, enfundado en un largo sayo negro sobre el que colgaba un gran crucifijo.

La miró de arriba abajo con desdén.

—¡Por Jesucristo Nuestro Señor, me gustaría tener aquí delante al mentecato que te ha enseñado a persignarte al revés! A menos que...

Su mirada áspera se posó en el cuello de Sara y descubrió la cadena que se perdía en su escote. Con un gesto brusco, separó la tela sedosa de la camisa, descubriendo dos pechos grandes y blancos entre los que brillaba la estrella de David.

Una mueca horrible le torció la cara.

—¡A menos que quieras engañarnos como todos esos judíos malditos que se entregan a la mentira y la lujuria!

Con sus dedos flacos tiró de la estrella, que cedió fácilmente; luego puso el pie en el pecho de Sara y la empujó con violencia. La joven cayó de espaldas y sintió la

punta afilada de los guijarros clavarse en los costados. Aterrorizada, extendió las manos y gritó:

—¡Monseñor, por favor, es el único recuerdo que me han dejado mis padres! Murieron cuando todavía era una niña. Pero os juro que soy una buena cristiana. Y si he podido cometer algún pecado, me confieso a vos muy humildemente.

—¿Ah, te confiesas? Muy bien, hija mía...

Con ojos chispeantes de odio, el hombre de negro arrancó el látigo de manos de su cochero y lo blandió encima de ella.

—¡Ego... te absolvo... in nomine... patris... et filii... et spiritus sancti... amén!

La correa restalló siete veces, marcando cada palabra con un doloroso arañazo en la piel. Sara intentó protegerse la cara con las manos, pero no pudo impedir que el cuero le lacerase el pecho y el vientre, cuya piel clara quedó cruzada de rayas azuladas y sanguinolentas.

Para no excitar aún más a su verdugo, hizo un esfuerzo sobrehumano y no gritó.

A unos pasos de allí, rodeado por completo, Rubén bajaba la vista y apretaba las mandíbulas, con la punta de una espada en la garganta.

El camino estaba despejado. Temblando todavía por su propia violencia, el hombre volvió a subir al coche y cerró la portezuela. Luego asomó la cabeza por la ventanilla.

—Con tu sangre ya has lavado todos tus pecados. Dejo que mis hombres se encarguen de ayudarte a meditar sobre los beneficios de la confesión.

A una breve seña, el siniestro cortejo se alejó, dejando atrás un pequeño grupo de soldados.

Tendida en el suelo, Sara intentaba olvidarse de su escozor lancinante. No decir nada y partir... irse de este país de locos donde el solo hecho de amar a Dios con otro nombre se consideraba un crimen. ¿Qué tenían esos hombres en la cabeza? ¿Qué maldición había pesado sobre sus madres para que engendrasen a semejantes monstruos?

Un gigante sucio e hirsuto se le acercó. Cuando ella vio que se soltaba la correa, con una sonrisa despectiva en los labios, se preguntó cuántos golpes más iba a recibir y se preparó para lo peor. Antes de que tuviera tiempo de entender, el hombre se le había echado encima aplastándola con su peso e introduciendo una rodilla entre sus muslos.

Cuando la penetró, ella soltó un gemido desesperado. Mientras ese salvaje se divertía jaleado por las voces y risas de sus compañeros de armas, ella dirigió a través de las lágrimas una mirada perdida al sol; luego cerró los ojos y recitó la oración de David.

*Ten misericordia de mí, oh, Dios;
ten misericordia de mí,
porque en ti he confiado mi alma.
En la sombra de tus alas me ampararé,
hasta que pasen las calamidades.
Él enviará desde los cielos
y me librerá de la infamia del que me oprime.^[9]*

El hombre acabó con un rugido bestial. Sara recibió su aliento fétido en plena cara. Apestaba a ajo y a vino.

Una luz salvaje se encendió súbitamente en los ojos del miserable.

—¡Aquí tienes tu paga, buscona!

Sin ningún remordimiento, gratificó a la desdichada con un fuerte cabezazo entre los ojos.

Sara ni siquiera sintió dolor. Con la frente abierta, se precipitó en la nada.

El grito se propagó por las galerías y su eco repercutió hasta lo más profundo de las tinieblas.

Rubén, pálido, sintió que una ola de sudor frío inundaba todo su cuerpo.

Llevaba meses temiendo ese momento, al tiempo que planeaba una terrible pero imposible venganza. Encontrar a la bestia inmundada que había violado a su ama, cortarle sus atributos con un cuchillo de cocina y metérselos en la boca hasta ahogarle...

Todas las noches la pesadilla le atenazaba como las garras de un animal asqueroso. Rubén revivía una y otra vez lo inimaginable, el acto odioso de la carne ultrajada, luego el cuerpo de Sara tendido en la carreta, la agotadora subida a pie hasta los alrededores de la ciudad y el ocultamiento en las catacumbas, vestigios del antiguo ocupante romano que agujereaban la tierra de Toledo como una inmensa topera.

Allí había encontrado refugio junto con los últimos sefardíes, perdidos en el laberinto de una loca esperanza en la llegada de tiempos mejores.

Después de varias semanas de descanso parecía que Sara se había repuesto, incluso se declaró lista para seguir el camino. Pero en el momento de partir la había asaltado un malestar repentino. Un viejo médico la había examinado y le había recomendado que no corriera ningún riesgo antes de que comprobara «algo». Ella había esperado pacientemente y al final se había rendido a la evidencia. Estaba embarazada. Aunque la noticia era previsible, le había destrozado el corazón. Quería abrirse el vientre allí mismo para extirpar al hijo de la vergüenza, pero en el fondo de la zarza ardiente de su alma, el sexto mandamiento del Altísimo le había recordado el respeto sagrado a la vida.

Como se acercaba el invierno, su estado le impedía cruzar de nuevo las montañas, de modo que se había resignado, matando el tiempo con pequeños quehaceres y saliendo muy poco, después de tomar las precauciones necesarias. La Inquisición tenía ojos en todas partes y no apreciaba mucho los vientres redondos, aparte del de la Santísima Virgen. Cuando el de Sara empezó a crecer a ojos vistas, se vio obligada a quedarse en la sombra y no volver a ver la luz del sol. Su salud se resintió. Se debilitaba de día en día y al final su rostro pálido y sin expresión presagiaba lo peor.

Otro grito desgarró el aire húmedo, seguido de un silencio insoportable. Rubén, con los nervios a flor de piel, se dirigió a la galería principal. Le pareció oír a lo lejos los vagidos de un recién nacido y apretó el paso. Cuando desembocaba en una de las numerosas salas abovedadas de la necrópolis subterránea, el médico se le acercó y le cerró el paso, con la cara desencajada.

—El niño está vivo, pero Sara no ha soportado la hemorragia. Es mejor que no la veas.

Rubén sintió que el corazón se le paraba. Apartó al viejo con el dorso de la mano y caminó lentamente a la luz de las antorchas. Lo que vio le dejó helado. Sara estaba tendida en el lecho, empapada en sangre, con el cuello tenso, la barbilla levantada, yerta en un último espasmo de sufrimiento. Sin perder la dignidad, había apurado hasta el final la copa del horror.

Rubén se arrodilló junto a ella, tomó su mano aún tibia y la besó tiernamente, con los ojos arrasados. Luego sintió un vacío inmenso. Se había quedado huérfano. Sara era su única familia, la única luz que le guiaba en este mundo.

Entonces pensó en el niño y se dio cuenta de que aún no le había visto. Se lo habrían llevado para dispensarle los primeros cuidados y dárselo a una nodriza. Ahora él era su único responsable y sabía que no tenía derecho a cometer errores. Aun concebido en la ignominia, era hijo de Sara y no había nada más importante en el mundo.

El médico, hasta entonces silencioso, balbuceó unas palabras detrás de él.

—Rubén, he hecho lo que he podido para...

—Lo sé, buen viejo, lo sé. Pero no es momento de lamentaciones. Haz que preparen el cadáver mientras yo voy a cavar la fosa. Volveré dentro de una hora.

Rubén fue a buscar la herramienta necesaria y se adentró en una galería, buscando un lugar oscuro y tranquilo. No eran estos lugares, precisamente, los que faltaban. Cuando encontró uno que le pareció adecuado, se puso manos a la obra. Cada golpe de pico era una estaca que clavaba, jadeando, en el vientre del monstruo. No contó cuántas veces le mataba, quizá mil, pero al final se dejó caer sobre la tierra recién cavada, bañado en sudor y con el ánimo apaciguado.

Cuando volvió a la sala ya habían retirado el lecho y envuelto el cuerpo de Sara en un sudario blanco. Varios hombres esperaban para llevarlo. Ante sus miradas sorprendidas, se ausentó un momento y regresó con la tapa del cofre. Luego mostró el camino y encabezó la marcha.

Cuando bajaron el cadáver a la fosa pidió que le dejaran solo al borde del agujero. Cogió la tapa, la colocó suavemente sobre el sudario y echó las primeras paladas de tierra. Cuando terminó, de pie ante la tumba, rezó con todas sus fuerzas para que los dos querubines velaran eternamente a su ama. Ella, que nunca había conocido la paz, podía ahora reposar a la sombra de sus alas y disfrutar del sosiego eterno de los santos.

—¡Todavía no nos has dicho cómo piensas llamar a tu hijo!

La nodriza, plantada sobre las dos piernas, sujetaba en su cadera al recién nacido, que mamaba dormido de su pecho lacio.

—Aarón. Aarón Quzmán.

Rubén no se lo pensó ni un segundo. Sara le había hecho jurar que no revelaría nunca lo sucedido después del humillante castigo del Gran Inquisidor. Antes incluso de la confirmación de su embarazo, le había suplicado que reconociese al niño como fruto de su unión. Él había aceptado por el amor que le tenía y, pese a sus impulsos

asesinos, había acabado por considerar un honor su papel de padre. En cuanto al nombre, Sara lo había escogido en honor a su ilustre antepasado. Como un desafío al tiempo, una forma de proclamar que las grandes familias no mueren.

—Os dejo solos para que os vayáis conociendo...

La nodriza dejó al bebé en un almohadón y se marchó. Rubén se arrodilló a su lado. El niño dormía profundamente con unas gotitas de leche aún pegadas a la boca. Rubén pasó un buen rato contemplándole y debatiéndose entre la tristeza y el arrobó; luego se levantó sin hacer ruido y fue a buscar el cofre de Sara para hacer el inventario. Clasificó con cuidado los efectos personales de su ama y solo guardó sus mantillas y su ropa de lana, con los que tapizó el fondo del cofre para convertirlo en un lecho mullido. Se quedó con la bolsa de cuero, donde había dinero suficiente para comprar una mula, un carro nuevo y una cabra, y con una dirección garabateada con tinta negra en un trozo de piel curtida.

Lo otro, cuya existencia le había revelado Sara, dormía escondido en el fondo del cofre y no tenía precio.

Alzó la vista. Fuera de la roca, Toledo se cubría con un manto de fuego.

Ya lo tenía todo pensado. Pasaría los dos primeros meses del verano en el frescor de las catacumbas y partiría cuando el clima fuera más benigno, con tiempo suficiente para cruzar los Pirineos y quizá de llegar a Ámsterdam antes del invierno.

Rubén cogió al niño dormido y lo colocó suavemente en su nueva cuna.

Aarón estaba en el Arca. Esta situación singular le arrancó una débil sonrisa. Era como si la historia volviera a empezar, después de treinta siglos de vagabundeo en busca de la Tierra Prometida.

La libertad, una vez más, estaba al final del camino.

Rubén nunca había visto una algarabía semejante.

El puerto de Ámsterdam bullía como un hormiguero. Una muchedumbre heterogénea circulaba en todas direcciones entre gritos y empujones, difuminada por la bruma marina.

Sólidamente amarrado al muelle con largas maromas de cáñamo, un magnífico galeón aguardaba meciéndose, con todas las velas arriadas y sus tres mástiles inmensos proyectados hacia el cielo gris.

Las dos pasarelas de madera que lo unían al muelle se deslizaban en un vaivén incesante. Una fila de baúles llevados por estibadores penetraba por la popa, bajo la botavara de artimón. En la proa, al lado del escobén, una abertura oscura se tragaba uno a uno los géneros perecederos traídos en carretas. Los sacos de harina y trigo, los cántaros de aceite, los barriles de vino, las tinas de carne y pescado ahumado, las cajas de quesos y los cestos de frutos secos se mezclaban con las jaulas de mimbre llenas de aves de corral apretujadas que cacareaban, los corderos que balaban junto a sus madres y los inevitables gatos callejeros, expertos en el arte de exterminar ratas.

En el puente, espoleados por los gritos de los cabos, los hombres de la tripulación hacían los últimos preparativos. Algunos trepaban por las jarcias, ágiles como monos, luego se ponían a horcajadas sobre el bauprés y la gran verga de mesana para revisar el aparejo. Otros, cargados de estopa, balas negras y barriles de pólvora, bajaban al entrepuente para armar el navío.

Por temible que fuera, la flota de su majestad Carlos V no estaba a salvo de los piratas.

Con el cofre al hombro y la cabra atada al cinturón con un cordel, Rubén trató de abrirse paso. Había tenido que vender el carro y la mula y estaba sin blanca. El viaje había sido largo y agotador, y solo gracias a la hospitalidad de unos mercaderes ambulantes había podido llegar a su meta. Por suerte, el niño se encontraba bien. Aarón era un hermoso crío de cinco meses, con ojos tan vivos como los de su madre. La buena leche de cabra seguramente tenía algo que ver en ello.

Entre contorsiones y excusas educadas, por fin llegó al puesto de intendencia.

Sentado tras un escritorio, un hombre anotaba en un gran libro de registro todo lo que entraba en el navío.

Rubén dejó el cofre en el suelo y dijo tímidamente:

—Buenos días. Querría saber si...

Sin levantar la vista, el hombre le interrumpió.

—Si es por un camarote, hace tiempo que no queda ninguno libre. El alcázar está lleno a rebosar. Tendrás que esperar a la primavera que viene.

Rubén se esperaba una respuesta así. Las familias ricas que podían permitirse una larga travesía no habían esperado a última hora para reservar plaza.

Ya iba a retirarse cuando se oyó una voz en la borda:

—¡Maestro intendente, el segundo marmitón se ha puesto gravemente enfermo! Hay que llevarle al hospital cuanto antes, dudo que pueda embarcar antes de que zarpe.

El hombre soltó un juramento y se dejó caer en la silla, con gesto sombrío.

La ocasión la pintan calva. Rubén la atrapó al vuelo, como un lobo hambriento que se abalanza sobre su presa.

—Mi padre era pescador y además un excelente cocinero. Me enseñó a pescar con caña y a guisar el pescado de mil maneras. ¡Que el diablo me lleve si no soy capaz de servir todos los días una buena captura en el plato del capitán!

Se sorprendió de haber hablado tan a tiempo y con tanto aplomo.

El intendente, sorprendido, alzó la vista y le miró de arriba abajo. La fuerte complexión de Rubén y su viveza surtieron efecto. Una amplia sonrisa iluminó su cara.

—¡Por Belcebú, la providencia te ha traído aquí, muchacho! ¡Es una excelente idea de comida sana que no se me había ocurrido! Voy a mandar que te preparen los aparejos. ¿Cómo te llamas?

—Rubén Peres, señor.

El hombre escribió el nombre en la lista de miembros de la tripulación y dio la vuelta al registro.

—Firma aquí o pon una cruz.

Mientras Rubén firmaba con mano torpe, el intendente miró a un lado y vio la cabra que rumiaba tranquilamente.

—¿Es tuya?

—Sí, señor.

—¿Y el cofre?

Rubén mintió descaradamente, rogando a Dios que el pequeño Aarón no se despertara en ese momento.

—El cofre también. Llevo ahí mis efectos y unos libros para unos amigos que me han invitado a pasar la noche no lejos de aquí.

—Tendrás que dejárselo, porque no hay sitio. Bastará con un petate.

—Bien, señor. ¿Cuándo zarpamos?

—Mañana al alba, con la marea. Sé puntual, el barco no espera.

Rubén se echó el cofre al hombro y se alejó sin decir nada. Mientras caminaba bendecía su suerte por haber llegado la víspera de la partida y haber conseguido tan pronto un empleo en el barco. Le deseó mentalmente un rápido y feliz restablecimiento al marmitón... cuando el barco ya estuviera en alta mar.

La reacción del intendente le había pillado tan desprevenido que no se había atrevido a hablarle del niño. Bueno, ya encontraría a alguien que cuidara de Aarón durante el viaje. En cuanto a la cabra, parecía que su triste suerte estaba echada. A partir de entonces el destino de cada cual estaba sellado.

Pensó en Sara. Sin duda ella habría aprobado su proceder y alabado su presencia de espíritu. Pero su corazón se encogió cuando leyó la dirección escrita de su puño y letra en el trozo de piel. La echaba terriblemente de menos.

Después de preguntar por la calle, entró en la judería. Caía la noche, silenciosa y helada. Los adoquines oscuros de las callejuelas, cubiertos de basura y guano de gaviota, zigzagueaban entre los tenderetes y las casas de madera. Qué diferencia con las calles floridas y soleadas de Granada.

Rubén se detuvo delante de la puerta de una casa estrecha de fachada entramada y llamó con un aldabonazo seco. La puerta se entreabrió y apareció una mujercita de rostro rollizo, con una cofia blanca de encaje.

—¿Señora Baeza?

—La misma. ¿Qué quieres, joven amigo?

—Me llamo Rubén Peres. Soy el criado de Sara Quzmán...

La cara se iluminó.

—¿Sara, la hija de Simón y Esther? Éramos vecinos en Granada. ¡Buena gente! ¿No ha venido contigo?

—Sara murió de parto, señora. He venido con su hijo.

Rubén puso el cofre en el suelo. Aarón acababa de despertarse y empezaba a patallar, con los ojos muy abiertos. La mujer, fascinada por ese angelito, alzó los brazos al cielo y gritó:

—¡Ah, Dios mío, ah, Dios mío, mételo en casa enseguida, el pobrecito se va a morir!

Rubén la siguió, estrechando el cofre contra su pecho. Entraron en un cuarto pequeño con una mesa, varias sillas y un arcón. Una gran chimenea con pilas de leños a los lados ocupaba toda una pared. Una olla, colgada sobre la lumbre, desprendía un olor delicioso a sopa. Una escalera de buhardilla, enfrente de la chimenea, llevaba a la única alcoba del primer piso.

—Pon eso en la mesa y dame al niño, que le vea bien...

Rubén obedeció dócilmente. La mujer, tan emocionada como una joven madre que acabara de dar a luz, cogió al niño en brazos y le comió a besos. Aarón sonreía, encantado con esa sensación nueva.

—¡Qué guapo es! ¿Cómo te las has arreglado para alimentarle?

—Directamente a la teta de la cabra. Basta con saber agarrarse a ella.

—Pues parece que lo hacía de maravilla.

Soltó una alegre carcajada y siguió haciéndole cucamonas al niño.

Rubén estaba asombrado. Todas las madres judías eran iguales. En cuanto veían un crío, se volvían locas por mimarle como si fuera su hijo.

La puerta se abrió bruscamente.

Un hombre de talla mediana, enfundado en una capa de lana y un gorro de fieltro negro, entró en la habitación empujando la cabra. Con gesto enfadado, farfulló moviendo su larga barba entrecana:

—¡Me pregunto quién se habrá dejado este animal delante de la casa! Será otro de esos titiriteros que...

—Zacarías, te presento a Rubén, el criado de Sara Quzmán. Te acuerdas de Sara, ¿verdad? Ha tenido un niño.

El hombre se calmó de inmediato.

—¿Que si me acuerdo de ella? Una niña muy bonita. Su padre era un buen amigo mío... Pero ¿qué haces aquí, muchacho?

Rubén contó su historia. Por respeto a la memoria de su ama no dijo nada de su vida disoluta en Granada, solo que había tenido algunas aventuras y que gracias a la generosidad de sus protectores había podido arreglárselas tras la muerte de sus padres. Pero no omitió ningún detalle sobre las circunstancias dramáticas de su viaje y el horrible calvario de Sara desde el encuentro con el inquisidor hasta su final trágico en las catacumbas.

Mientras su mujer lloraba a moco tendido, el hombre, sentado junto a la mesa, tenía la mirada baja y apretaba los puños, con el rostro crispado de dolor. Cuando Rubén terminó su relato, exclamó con voz temblorosa:

—¿Por qué, por qué la suerte se ceba así con nuestro pueblo? ¿Acaso no hemos sufrido ya bastante? ¿Hasta dónde llegará el sacrificio para que el Señor nos deje por fin en paz? Para colmo de desdichas, la enfermedad también ataca a nuestra comunidad. Es el tercer entierro al que asisto en una semana. El rabino Toledo ya no sabe qué vamos a hacer si esto sigue así...

—¡Zacarías, haz el favor, deja ya de quejarte! Tenemos otras cosas que hacer ahora. Ve poniendo la mesa mientras acabo de preparar la sopa. Rubén, el bebé empieza a impacientarse...

Se lo pasó. Rubén cogió delicadamente al niño, se acercó a la cabra y se arrodilló tras ella.

—Ahí, cabrita, tranquila...

Puso la cabeza redonda bajo la ubre. La boquita encontró el pezón enseguida y se puso a mamar vorazmente.

La escena pintoresca tuvo el don de relajar el ambiente, y cuando Aarón, ahíto de leche, volvió a la cuna, todos se sentaron con ganas delante del tazón humeante. Después de tomar varias cucharadas en silencio, el hombre alzó la vista hacia Rubén.

—¿Qué piensas hacer, muchacho?

—Mañana me embarco rumbo al Nuevo Mundo. He encontrado un empleo de marmitón en el barco.

Al hombre por poco se le cae la cuchara.

—¿Y te vas con el niño?

—Sí. Ya encontraré a alguien que se ocupe de él durante la travesía.

—¿Acaso piensas que no tendrán bastante con cuidar de su propia chiquillería? Esa gente parte con toda la familia, y sabe Dios en qué estado llegarán. No te vayas, hijo mío, no tientes a la suerte, ven con nosotros, mejor.

Rubén se sorprendió.

—¿Vosotros... vosotros también os vais?

—Sí, pero no enseguida. Cuando haya pasado el invierno y haya solucionado unos asuntos.

—Y si no es indiscreción, ¿adónde pensáis ir?

La mirada de Zacarías se iluminó con una luz extraña.

—Al encuentro de la Duodécima Tribu...

Su mujer le cortó bruscamente la palabra.

—¡No escuches a este viejo chalado perdido en sus sueños bíblicos! Partimos hacia el sur, a una región llamada Boznia, a mitad de camino entre Ámsterdam y Jerusalén. Está cerca del mar, rodeada de montañas y cubierta de laderas frondosas. Se parece mucho a las Alpujarras.

—¿Cómo lo sabéis?

—Los sefardíes están en todas partes, Rubén. Y las noticias vuelan. Una de nuestras comunidades más importantes se ha asentado allí, en una aldea llamada Saraj-Ovasi, a la orilla del río Miljacka. Los otomanos que la ocupan son un pueblo muy tolerante con los cristianos y los judíos. Esperamos encontrar allí paz y seguridad, como antaño en Granada. Créeme, Rubén, harías mejor en seguirnos. Mi marido te encontrará trabajo hasta que nos vayamos, y podrás vivir aquí como si fuera tu casa.

Rubén, desconcertado, no sabía qué contestar. Murmuró unas palabras ininteligibles y luego se sumió en el silencio, hecho un mar de dudas. Una vez más, la cofia de encaje tomó la iniciativa.

—Ya es hora de acostarse. Zacarías, lleva la cabra al patio mientras yo recojo la mesa.

Momentos después, cuando los dos volvieron, Rubén no se había movido de su silla. Los vio subir lentamente por la escalera, uno tras otro, con su palmatoria en la mano, y balbuceó con voz ahogada:

—Gracias... gracias por vuestra bondad.

La mujer se volvió.

—No nos las des a nosotros, Rubén, sino a Dios por la merced que te hace al dejarte vivir.

El mensaje estaba claro.

Rubén se quedó en el cuarto oscuro, apenas iluminado por el resplandor del hogar. El crío, bien abrigado en su cuna, dormía plácidamente.

Se acercó a la lumbre y trató de ordenar sus ideas.

Fiel a la voluntad de Sara, tenía la sensación de haber cumplido la primera parte de su misión. La otra mitad se le escapaba por completo. Pese al irresistible atractivo de lo desconocido que excitaba su imaginación desde que se enroló en el barco, era consciente de que el niño tenía pocas posibilidades de sobrevivir si lo llevaba consigo. Y la vida de Aarón era sagrada. Por otro lado, esa mujercita de fuerte

carácter que adoraba a los niños le hacía una llamada tan apremiante que no podía desoírla.

Le costó mucho dormirse. Cuando despertó aún era de noche y tardó un buen rato en acostumbrarse a la oscuridad. Se puso los zapatos a tientas y se acercó sin hacer ruido a la cuna, con un nudo en la garganta. Ya había tomado una decisión, pero estaba lejos de sospechar que le resultaría tan difícil confesarla, ni siquiera al más inocente de los seres. Tragó saliva varias veces, con la cara llena de tristeza, y murmuró en un suspiro:

—Hola, hombrecito... Me voy, pero no te abandono. Te dejo en otras manos, que se ocuparán de ti mucho mejor de como lo haría yo. Otros corazones te querrán como yo te he querido y te querré siempre. Tú no lo sabes, pero dos ángeles velan a tu madre dormida mientras tú, ángel mío, duermes sobre un tesoro. Que la palabra divina oculta bajo tu cuerpecito ilumine tus primeros pasos en la vida y te proteja de todos sus peligros. Dios te guarde, Aarón. Dios te guarde siempre.

Cuando salió a la calle sintió una punzada de frío. Las lágrimas que llenaban sus ojos le rodaron por las mejillas.

A la pálida luz del amanecer le pareció ver el mastelerillo mayor por encima de los tejados.

Entonces, para darse ánimos, esbozó una mueca que quería ser una sonrisa, cruzó los brazos sobre el pecho, hundió la cabeza en los hombros y desapareció en la niebla.

QUINTA PARTE

El nombre y el número

El comandante Zoran Stoikovich hizo un mohín de asombro mezclado de asco. Había dado la orden de disparar, pero no esperaba semejante matanza.

El morro de la camioneta se había volatilizado, proyectando a unos metros a la redonda fragmentos de chatarra y trozos de carne. La cabina estaría atestada de municiones.

El horror en todo su esplendor...

Abrió la escotilla y sacó la cabeza por la torreta justo cuando el depósito de gasolina explotaba. Mientras la ardiente onda expansiva le daba en la cara, el cañón pivotó bruscamente y tuvo que agarrarse al blindaje para no caer.

—¡Pero qué narices hacéis, santo cielo!

Una voz excitada contestó bajo sus pies:

—Comandante, uno de esos cabrones se ha escondido detrás del volquete grande en el borde de la acera. Vamos a pulverizarlo.

—Déjalo.

—Pero...

—¡A callar! Pero ¿es que nunca tendréis suficiente? ¿Qué tenéis en la mollera, eh?... Disparad y seré yo el que os tumbé, ¿entendido? Los dos cretinos lo habían sacado de sus casillas. Se encendió un cigarrillo para calmarse los nervios y pensó en esa mala bestia de Laslo Pilic. Seguro que se habría apresurado a tirar al blanco por puro placer.

¡Por todos los santos, nadie diría que los cristianos, ya fuesen serbios o croatas, se portarían como unos perros o unos hijos de puta! Él también había visto al hombre refugiarse detrás del volquete. No iba armado y no tenía ninguna pinta de miliciano o terrorista.

Una silueta oscura cruzó la carretera.

Stoikovich vio cómo desaparecía detrás de la espesa humareda negra, luego volvía a asomar unos segundos después y se metía por la calleja.

—Cubridme.

Bajó del tanque, desenfundó su pistola y se dirigió con paso lento hacia los despojos informes. A medida que avanzaba, el desastre causado por la explosión se tornaba más preciso y le ponía la piel de gallina.

Cuando llegó cerca de los restos en llamas, tuvo que retroceder debido al calor. A través de la humareda distinguió un cuerpo calcinado, atrapado bajo la plataforma de la camioneta, y una especie de cofrecillo metálico todo abollado; junto a él había algunas hojas esparcidas llenas de signos y dibujos extraños. Pero estaba demasiado

cerca de la hoguera para poder recogerlas. Un poco más allá tres carpetas de cartón le llamaron la atención. Se precipitó hacia ellas y las apartó hacia fuera con el pie.

Seguro de que no corría peligro, volvió a enfundar el arma, cogió una carpeta y la abrió.

Contenía documentos que parecían tratados antiguos, escritos en serbio y en árabe, así como planos catastrales y mapas detallados cuyas fronteras estaban subrayadas con rotulador negro.

Se llevó las carpetas, confiando en que un día podrían resultar útiles. Al menos eso que se llevaba de una guerra que lo repugnaba. El resto ya no le interesaba.

Asqueado, dio media vuelta y volvió al tanque sin mirar atrás.

Sarajevo, 22 de agosto de 1992

Año 1370 de la hégira

Una llama azul prendió en la calzada.

El chorrito de gasolina que la transportaba se deslizó entre las asperezas del asfalto y fue a lamer suavemente el borde de la primera hoja.

La llama se tornó amarilla anaranjada. Presa de una bulimia repentina, devoró con un ruido sordo la carta de Aarón Quzmán, luego se puso a mordisquear, una a una, lentamente, a través de la carne tierna del papel, las palabras de Alhaquén, último califa omeya de Occidente.

Las cenizas grises y ligeras volaron por el aire caliente, llevándose hacia los cielos la memoria de los hombres... un testamento, un mensaje de paz que nunca vería el día, salido de lo más recóndito de un libro santo, como una última gloria a la gloria de Dios.

Córdoba,

Cuarta luna del año cristiano 963

Año 341 de la Santa Hégira

Al escriba Aarón Quzmán,

Poeta de las Escrituras y guardián del Verbo Sagrado,

Que la paz sea con él

Nos, Alhaquén II,

Califa de Occidente,

Damos gracias a Dios por haberos encontrado y os perdonamos, por ello, de buen grado vuestras «familiaridades» que fueron la respuesta lógica a nuestro disfraz.

Esperamos no haberos herido en absoluto por lo que pudiera haberos parecido una impostura y no era, de hecho, sino el deseo sincero de daros confianza, garantizando a un tiempo la indispensable seguridad de nuestra persona.

Os rogamos que creáis, por tanto, que el hábil subterfugio que empleamos no tiene otro fin que el de ayudarnos a comprender mejor la naturaleza humana y nos colma a veces de favores inesperados, ¡como este placer sutil de oír que un hijo de Israel llama «hermano mío» al comendador de los creyentes!

Así pues, hermano mío, he recibido vuestra larga carta y la he leído con gran interés.

No sabría decirlos a cambio la dicha que sentí yo al caminar a vuestro lado por los senderos de la Palabra y lo Escrito, desde el Principio hasta el mensaje sagrado transmitido por los Profetas. El arte de la semántica, lo habéis adivinado, no deja de ocupar mi espíritu desde que tengo uso de razón. Si podemos explicar el mundo por el «hablante», él se ofrece plenamente a nuestros sentidos por el «significante». Ahora bien, en el Universo todo es «signo», desde la entidad más inmensa hasta la forma más ínfima. Por lo tanto, interpretar los «ayar», los signos, es acercarse en lo posible a la palabra divina para «nombrar» el mundo como Dios lo nombró. En vuestra carta, hermano, decís que la Palabra Perdida se recompuso lentamente en lo Escrito significativo hasta que Moisés la sublimó. Aunque estoy completamente de acuerdo con vos, permitidme añadir que las desdichas del pueblo de Israel hicieron que se volviera a perder durante el destierro en Babilonia, tras la caída del templo de Salomón. Gracias al profeta David y al escriba Esdras, la tradición oral se pudo reconstruir, pero solo en parte. Es probable que nunca sepamos en qué medida se modificó el alfabeto sagrado, pero el que vos usáis hoy seguramente debe de conservar su quintaesencia.

La lengua hebraica es, pues, la lengua de Dios por excelencia, lo mismo que «al-lisan arabiy mubin», la lengua árabe «distinta» que es la del Corán. Fue y sigue siendo el centro de vivas polémicas; algunos la consideran lo «hablado» por un hombre de carne y hueso, otros lo «significado» por el propio Alá.

Yo tiendo, como Aristóteles, a permanecer en el término medio. A imagen del «shema» cuya luminosa explicación hacéis, las letras sagradas que encabezan las suras del Libro Santo no son obra del Nabí, que no conocía lo Escrito, sino signos divinos destinados a ser oídos, «pronunciados» y transmitidos oralmente.

El Corán es la llamada, el grito de Alá «restituido» por boca del Profeta.

No tiene nada incompatible con la Torá, pues le reconoce al pueblo hebreo su calidad de pueblo elegido y alaba con fervor a los eminentes personajes que han jalonado su historia.

Lo mismo que el judaísmo y el cristianismo, el Islam toma su esencia de las profundidades de la conciencia humana. Ensalza la revelación del Dios Uno, Alá-Eloi-Eloá, Padre de todo lo que existe, el único y Sublime que lo ha engendrado todo.

Todos somos hermanos, mi hermano, y los hermanos de nuestros hermanos lo son tanto como nosotros.

Por eso considero con fraternal benevolencia el desarrollo del Nombre Divino en el Tetragrama, objeto de una constante triangulación.

El ternario aparece en él como un «binario equilibrado» bajo la Unidad-Principio.

El cuaternario es la continuación lógica.

El proceso de involución se efectúa, pues, por suma (Siete) y multiplicación (Doce) del ternario de engendramiento y del cuaternario de realización. El septenario y el duodenario son los ritmos principales de la armonía del mundo: los siete planetas y los doce signos del zodiaco en el espacio, los siete días de la semana y los doce meses del año en el tiempo, las siete puertas en el cuerpo pensante del hombre y la mujer (dos ojos, dos orejas, dos narices y una boca) y las doce puertas de la Jerusalén Celestial, pero también los siete colores del arco iris, los Siete Cielos que llevan al Trono de la Gracia, las doce tribus de Israel, los doce apóstoles de Cristo, los doce imanes... ¡y muchas cosas más!

Como vemos, en el Universo, el número cuenta y la letra narra. Habría que estar ciego para no percatarse de la inmensa bondad con que el Creador nos ha gratificado. Lo menos que podemos hacer en correspondencia es alabarle en todas nuestras oraciones y elevar en su Gloria unos templos dignos de su Obra. Es lo que siempre hicieron mis antepasados. Yo me limito a concluir humildemente su empresa arquitectónica.

Convendréis, no obstante, en que la geometría sagrada no es privativa del Templo. Todo el Universo, del cual es reflejo, es arquitectura, a imagen de la Palabra Divina que lo ha creado.

Habéis aportado la prueba deslumbrante en el desarrollo del Alef. Las otras dos letras madres son de la misma clase. Pues tal parece que el Mem es el símbolo de Nut, la diosa del cielo de los antiguos egipcios, la cual, sostenida por Shu, el dios invisible del aire, «arquea» su cuerpo sobre Geb, la Tierra, separando así las aguas de arriba de las de abajo.



El Shin, con sus tres lenguas de fuego, no necesita comentario. A este respecto comprobamos con agrado que la escritura hebrea, a ejemplo de la arquitectura del templo de Salomón, es una escritura

«angulosa», mientras que la árabe se traza con curvas y suaves redondeces. Ambas conjugan admirablemente el cuadrado de la tierra y el círculo del sol, un modo sutil de contar lo Eterno, una de ellas, y narrar lo Infinito, la otra.

El escrito significativo del número con la «cifra», que debemos a la sabiduría de las Indias, también respondería a las leyes de la arquitectura divina.

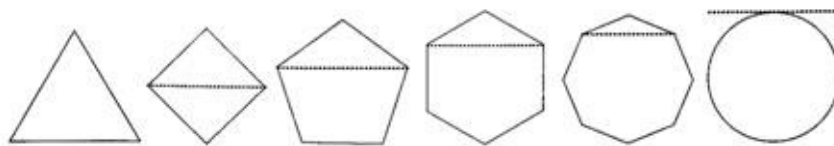
En la letra madre podréis distinguir el 1 en el Yod, el 2 en el Yod encima de las aguas del Mem y el 3 en la unión de dos Yod y el Mem para formar el ternario creador del Alef.



También aquí el nombre y el número se unen íntimamente para expresar el Universo.

El maestro Filípides de Esmirna me mostró varios ejemplos significativos en la gran cúpula de la Mezquita real que contemplo todos los días y que, estoy convencido, aún no me ha revelado todos sus secretos.

No os sorprenderéis si insisto en los tres primeros números, apoyándome como vos en el ternario primitivo. Es lo que hacía Pitágoras, para quien el crecimiento triangular era generador de todos los números figurados planos o sólidos, como si el ojo del «Gran Ordenador del Cosmos» se abriera cada vez más para acabar abarcando todo el Universo en el único punto de tangencia entre el círculo y la recta, símbolos del infinito.



Por consiguiente, no puedo pasar por alto el misterio de la Santa Trinidad.

Ya conocéis, mi hermano, todas las reservas que formula al respecto nuestra religión. No obstante, me gustaría explicaros cuál es mi opinión personal, esperando que con ello no hiera vuestra sensibilidad ni la de vuestro amigo Recuerda. Conociendo vuestra inteligencia, creo que no sucederá tal cosa.

De entrada, en la relación entre Abraham, Isaac y Jacob veo una «trilogía» de carne y hueso cuyos engendramientos sucesivos revelan la «Unidad trina» en lugar de la «Trinidad una» que vosotros adoráis.

Porque «uno en tres» y «tres en uno» no son lo mismo. Si Dios es Uno en cada uno de los tres, los tres siguen siendo «distintos» en la Unidad espiritual que forman.

Este modo de ver las cosas me lleva a considerar la Trinidad cristiana desde otro ángulo, por la vía trascendente de la Inmaculada Concepción.

Mariam, Luz de Alá el Compasivo, es el símbolo mismo de la «Matriz del Mundo».

Un mundo necesariamente virgen de todas las cosas en el Comienzo. Jesús-Isa, su «primogénito», fruto de su vientre, personifica la Vida, y ella es su Santo Receptáculo.

De modo que yo concibo la Trinidad en la milagrosa aparición del Yod-Principio en las aguas matriciales del Mem, para generar al Hijo, germen o Segundo Yod que se realiza en el ternario vital del Al-ef

Yod-Mem-Yod. En la cadena ininterrumpida de la vida, la identidad carnal del progenitor ya no tiene importancia real, puesto que es a la vez padre e hijo, y actúa como «mensajero», portador del germen primitivo y divino que le ha transmitido desde la primera generación el Adán Kadmon, primogénito de Alá. En este sentido Isa es hijo de Dios.

El personaje central de la Trinidad es, por tanto, «Mem-Mariam».

Como Asiya, que recogió y crio a Moisés, como Jadiya, la primera esposa del Profeta, y Fátima, su hija, ella es mujer entre todas las mujeres, madre entre todas las madres.

Malhaya quien, a través de ella, ofende a una mujer, porque ultraja el principio matricial y sagrado que representa, y por lo tanto la imagen de su propia madre...

En cuanto a la mujer impura, ¡quien no ha pecado nunca tire la primera piedra!

Subh, mi amada esposa, está en este momento al lado de nuestro hijo moribundo.

Mi sitio está junto a ella. Voy, pues, en su busca, enriquecido con las palabras sublimes de ánimo que me habéis dirigido y que no olvidaré nunca.

Bendito seáis por ello, mi hermano.

Que Alá-Eloi-Eloá os tenga siempre en su Amin.

Nos, Alhaquén II,

Califa de Occidente y comendador de los creyentes,

Por la gracia de Dios Todopoderoso,

Firmado de nuestra m...

De cuclillas en la penumbra, Safet Lugavic miró el libro que llevaba en las manos.

Una suave luminiscencia emanaba de las pastas gruesas de piel verde, como el halo claro de una luciérnaga en el corazón de la noche. Cuando lo abrió, reconoció enseguida los caracteres hebraicos y le sorprendió la belleza de las iluminaciones dibujadas en oro fino sobre el papel amarillento.

Buscó febrilmente la primera página y leyó GÉNESIS escrito en letras mayúsculas.

¡Una Torá! ¡Era por una Torá, pues, por lo que se había jugado la vida y había visto morir bajo sus ojos a su mejor amigo! ¿Qué Dios o qué diablo había podido forjar el destino para empujar a dos musulmanes, sin tener en cuenta ningún peligro, a salvar de las llamas cristianas el libro sagrado de los hebreos? Por muy precioso que fuera, no valía el horror que acababa de soportar.

—Alá, oh, Alá, ¿por qué me has abandonado?...

Safet se puso a llorar en voz baja, solo al borde del vacío de su pobre existencia. Entre sollozos, miró de reojo maquinalmente su reloj de cuarzo e intentó leer la hora a través de las lágrimas.

10:13

Se preguntó si realmente había salido de su pesadilla.

¿Qué podían significar estas letras en la esfera?... *el oi* no tenía ningún sentido. Se le habría estropeado el reloj.

Bruscamente, le vino todo a la memoria. Zemka... la flor de su corazón, ella, que no sabía distinguir su izquierda de su derecha, se lo había puesto esa mañana en la muñeca mientras él terminaba su café con la otra mano a toda prisa, por miedo a perder el autobús. ¡Claro, se lo había puesto al revés!

Casi se disloca el hombro para poder leer la hora correctamente. 10:13 su reloj funcionaba a la perfección.

Acababa de pasar dos horas infernales.

Safet salió a la luz del día.

Indiferente a su entorno, caminó derecho hacia delante, con el corazón pálido como el cielo.

No vio que lo observaban. Posada sobre el tejado de una casa, una paloma blanca lo miraba, curiosa, mientras se alisaba las plumas con el pico fino.

Comenzó a arrullar suavemente, luego alzó el vuelo con un alegre aleteo y subió muy alto entre las nubes.

Justo antes de desaparecer en el sol difuminado, dibujó un círculo perfecto por encima de la tierra y entonó un canto radiante, lleno de amor y esperanza, como un último adiós.

Cuando ya no queda nada por hacer porque ya se ha dicho todo, cuando ya no queda nada por decir porque ya se ha hecho todo, queda todavía el valor de amar. Ama... ama con todas tus fuerzas, hasta el borde de ti mismo, ama del alba al crepúsculo y del crepúsculo al crepúsculo, ámalo todo, ama más que todo, pues el Gran Todo es Uno y tú formas Uno con Él. Entonces, y solo entonces, verás la insondable bondad del Señor, la sublime claridad de su sabiduría en la eternidad y el infinito reunidos, y ya nada podrá alcanzarte, no, ya nada, hasta el fin de los tiempos.

EPÍLOGO

El 22 de agosto de 1992, durante el ataque contra Sarajevo perpetrado por el ejército serbio, compuesto en su gran mayoría de cristianos ortodoxos, unos musulmanes bosnios lograron salvar de las llamas de la Gran Biblioteca algunos tesoros de la memoria histórica, incluida una Torá escrita en Córdoba en el siglo x.

Confiaron el texto sagrado de los hebreos a un mando estadounidense de cascos azules de la ONU, el cual, tras hacer una copia, lo devolvió cuatro años después, en Ginebra, al gobierno de Bosnia-Herzegovina.

GLOSARIO

Ahl al-Kitab: la «gente del Libro», la de las tres religiones abrahámicas (judaísmo, cristianismo e Islam), llamada también «tiendas de la Escritura», pues los fieles vivían en tiendas

Ahri: hermano mío

Alcazaba: castillo, plaza fuerte

Al-Jáliq: el Creador (uno de los 99 nombres de Dios en el Corán)

Ar-Rahim: el Misericordioso (ídem)

Ar-Rahman: el Compasivo (ídem), de la raíz *rehmene*, «origen»

An Nur: la Luz

Ash-shuara: los poetas

Bab el Hitta: la Puerta del Perdón

Carolus Primus Magnus: Carlomagno

Dar al-Islam: literalmente «la casa del Islam», tierra sin fronteras por donde se ha difundido la palabra del Profeta

Dawud: David

Gehena: el Infierno según el Corán

Ibrahim: Abrahám

In shaa Allah: si Dios lo «decide», preferible a si Dios lo «quiere»

Ishaq: Isaac

Israil: Israel

Isa: Jesús

Kadosh Kapporeth: en hebreo literal, la «santa tapadera» o Santo Propiciatorio que cubría el Aarón Haberith, el Arca de la Alianza de Moisés que guardó Aarón-Harún, su hermano

Kerubim: querubines

Malik: rey, soberano (*melek* en hebreo)

Mariam o *Meryem*: María

Mulk: reino (*malakut* en plural, *malkut* en hebreo)

Musa: Moisés (el Moshe de los hebreos)

Nabí: Profeta

Nuh: Noé (la *Noah* de los hebreos)

Omeyas: dinastía fundada por al-Muauiya, gobernador de Siria, tras romper en el año 657 con los partidarios de Alí, yerno del Profeta

Rabb: amo (*rabbi* o *rabbuni* significan «mi amo» en hebreo)

Saraj-Ovasi: antiguo nombre de Sarajevo

Shaitan: Satán

Suleimán o *Sulaimán*: Salomón

Yahya: Juan Bautista

Yaqub: Jacob

Yalut: Goliat

Zohar. esplendor, maravilla en hebreo

Nota del editor:

Con relación al uso anacrónico de los topónimos de la antigua al-Ándalus, se ha tomado la decisión de utilizar los actuales para facilitar la contextualización del relato.

AGRADECIMIENTOS

Los autores agradecen calurosamente a su editor Daniel Radford la confianza que ha depositado en ellos, y dan también las gracias a Pascale Roger y Béatrice Lumeau, sin los cuales este relato quizá jamás habría visto la luz.

Vaya también su agradecimiento a Geneviève Beauvarlet, Yves Lehouerf, Jacques Robert, así como a todos sus parientes y amigos personales, y especialmente por su preciada ayuda a Myrna Najjar, Régis Dupey Philippe De Darán, Serge Sellem, Gérard Bégué, Jacques Soulié, Christian Baciotti, Patricia Mirouze, MarieChristine Potier, Mouna Lyazidi, Serge Panéro, Jérôme Del Col, Olivier Aubry Marie-Claire Archambault, Guy Courtade, Muriel Gelis, José María Recuerda, Patricia Ederhy y Maurice Arama.

Por último, les gustaría rendir homenaje a André Chouroqui por su excelente traducción del Corán (*Le Corán-LAppel*, Editions Robert Laffont, 1991), a Jean-Paul Lemonde por su lectura sutil de los «libros de piedra» (*L'Ombre du Poteau et le Carré de la Terre*, ediciones Dervy, 1997), y a los grandes maestros ElThas Levi y Roger Caro por las enseñanzas sublimes que les han inspirado.

Notas

[1] Juan I, 1-5 <<

[2] Corán, sura 2, versos 190 y 191 <<

[3] Génesis I, 3-5 <<

[4] Corán, sura 3, verso 2 <<

[5] Corán, sura 42, versos 2-4 <<

[6] Enel, *Trilogie de la Rota ou Roue Celeste*, Dervy-Livres, 1973 <<

[7] Dubourg, Bernard, *L'hébreu du Nouveau Testament*, Gallimard, 1987 <<

[8] Corán, sura 26, versos 83-85 <<

[9] Salmos LVII, 2 y 4 <<

JACQUES CARDONA Y GÉRARD SOLIVERES

EL ARQUITECTO DE LOS CIELOS

LA APASIONANTE NOVELA
SOBRE LOS CONSTRUCTORES
DE LA MEZQUITA DE CÓRDOBA
QUE HA CAUTIVADO A LOS
LECTORES FRANCESES



*Les arrebataron su
reino y solo al-Ándalus
les devolvió la paz*

Lectulandia

